

AVENTURERO IDEALISTA

George Sossenko



Centro de Estudio, Documentación e Investigación
Española Internacional
CEDOI



Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha

Este libro contiene las reflexiones de George Sossenko, un antifascista que luchó con las fuerzas republicanas durante la guerra civil.

Comunista con influencias anarquistas, dicho espíritu fue determinante en su decisión de venir a España a luchar junto a las fuerzas antifascistas, a pesar de tener solamente dieciséis años.

En una sede anarquista en París le felicitaron los medios para pasar a España, donde luchó en el frente de Aragón y en el de Teruel entre agosto de 1936 y agosto de 1937, marchando de España al ser requerido por su padre.

Es un relato que ilustra la ilusión de los que lucharon para defender la democracia frente al fascismo en la guerra civil española.

George Sossenko

AVENTURERO IDEALISTA

Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2004

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

Prólogo

Preámbulo

Libro I

1. Mi niñez

2. Signos de infancia

3. Una revolución en familia

4. Paternidad

Libro II

5. En tren

6. El viejo amigo Grimberg

7. Mejor en Hamburgo

8. El futuro se llama París

9. París y la École Communale

10. Asuntos importantes

11. El Cáucaso

12. Mis primeras experiencias sexuales

13. Del amor y la prostitución

14. Parroquianos del Cáucaso

15. Europa se mueve

- 16. Vacaciones en Boyardville**
- 17. Castillos medievales**
- 18. Confusión internacional**
- 19. Mis preocupaciones intelectuales**

Libro III

- 20. La guerra civil española**
- 21. Los estudiantes de la UFE y André Marty**
- 22. A España**
- 23. Durruti, Ortiz y la centuria**
- 24. Tren especial**
- 25. De Caspe al frente**
- 26. “Siempre en el mismo frente”**
- 27. Hombres exhaustos, la suerte de la revolución**
- 28. Batallas organizadas**
- 29. El movimiento antifascista**
- 30. De vuelta a casa**
- 31. París ha cambiado. Argentina espera**

PRÓLOGO

Gabriel Jackson

Muy a menudo, durante discusiones referentes al papel de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española, siempre dije que por mi experiencia personal, los “brigadistas” como grupo, fueron políticamente los más activos, los más enérgicos y los seres humanos más idealistas que tuve el privilegio de conocer. Durante las revoluciones americanas y francesas del siglo XVIII, durante la guerra de independencia de Grecia de 1820, y en las revoluciones de 1848, participó una cantidad enorme de idealistas individuales, en su mayoría de clases holgadas, que lucharon por la libertad humana. Sin embargo la guerra civil española fue un caso único, en el cual unos 40.000 hombres y mujeres, que llegaron de cincuenta naciones a España, eran en su mayor parte gente modesta, tanto de medios, como de posición social. Ellos vinieron antes de la guerra mundial en un esfuerzo desesperado para parar al fascismo, lo que resultó en un inmenso tributo de muertos y también como consecuencia, una larga lista de crímenes contra la humanidad.

George Sossenko era uno de los 40.000 voluntarios y en su libro él cuenta de su niñez y de su adolescencia que lo llevó, antes de los 18 años de edad, cuando le faltaba un año para terminar la enseñanza secundaria, para plegarse a la defensa de la España republicana.

El rasgo que define su estilo es un sentimiento de tolerancia, su matiz, comprensión simpática y una solidaridad en la acción con gente de diferentes ideales y temperamentos.

Su padre era un republicano convencido, que participó en derrocar la autocracia zarista, poniendo su esperanza en la formación de una constitución democrática bajo el caudillaje de Alejandro Kerensky en Rusia. Cuando los bolcheviques derribaron a su gobierno, su padre quedó indeciso en su juicio sobre Lenin, pero presintió que una dictadura, cualquier dictadura, era mala. Durante los pocos años de la Nueva Economía Programada (NEP), que resucitaron algunas iniciativas económicas privadas, él esperaba que el régimen comunista podría brindar un mejoramiento a la vida rusa. Lamentablemente en 1926 era evidente que el sucesor de Lenin, Stalin, terminaba con la NEP al establecer una dictadura personal, él llevó a su familia a la república alemana de Weimar, luego a Francia.

Sossenko explica todo esto sin rencor ni dogma. En París sus padres se hicieron socios, y al final dueños, de un popular restaurante ruso en el Barrio latino. Es adonde el jovencito escuchaba las discusiones políticas entre monárquicos, liberales tipo occidental, marxistas y eslavófilos, pero se impacientaba por su constante referencia de la Rusia que

desapareció para siempre. Le interesaban más las discusiones políticas entre sus compañeros estudiantes del liceo. Sus amigos eran en su mayoría comunistas, anarquistas, con algunos trotskistas. Sin embargo, todos estaban unidos por ser antifascistas, y en consecuencia pensaban en términos de solidaridad dentro de varias tendencias izquierdistas. Cuando en verano de 1936 él sintió que tenía el deber moral de ir a participar en la defensa de la República española, se presentó primero en las oficinas de reclutamiento del partido comunista, pero al ser rechazado debido a su joven edad, fue a juntarse a los anarquistas. En España mismo, donde combatió durante un año en el frente de Aragón, encontró una fuerte solidaridad en su unidad entre comunistas y voluntarios anarquistas.

El libro también incluye muchas observaciones interesantes de la vida familiar rusa, con las diferencias culturales entre rusos, alemanes y franceses, con el crecimiento odioso del anti semitismo de los años treinta, de la camaradería de la adolescencia, iniciación sexual, la mejor organización y disciplina comunista comparada a los anarquistas, en las unidades de voluntarios internacionales en España. En general, es una historia de educación, compromiso, entusiasmo y solidaridad ilustrada de los mejores lados de los que pelearon para defender en la guerra civil española la esperanza de la democracia mundial.

PREÁMBULO

Cómodamente sentado en uno de los sillones del pasillo del enorme aeropuerto de Miami, me deleitaba mirando con curiosidad cómo del otro lado del mostrador de las Aerolíneas Paraguayas se empujaba la gente, tratando de acercarse a uno de los empleados de la empresa para concretar los trámites habituales relacionados con su viaje. Llamaba mi atención un hombre de mediana edad, un poco obeso, canoso y de barba blanca que, por encima de su cabeza, movía de modo ferviente un pasaporte americano, empuñado por su mano robusta; pasaporte que trataba de poner en evidencia más por su nacionalidad que por llamar la atención de uno de los tres recepcionistas de la compañía de aviación, que iban con una indolencia deliberada de un lado a otro, ignorando completamente la impaciencia de los nerviosos pasajeros.

Parecía a primera vista muy americano, afirmando su aspecto con la vestimenta de cowboy, aunque me sorprendió oírle hablar un español impecable. El acento sin duda alguna era argentino, más aún, era porteño, nombre que se atribuye a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

El aeropuerto de Miami es uno de los lugares más impresionantes del mundo, con la presencia constante de una cantidad enorme de gentes de razas y orígenes diferentes, que, sin parar, se desplazan de un punto a otro siempre apuradas, como si estuviesen perdidas. El ruido y el movimiento humano era tan intenso que muy pronto perdí la curiosidad por el americano que hablaba castellano porteño, dirigiendo mi mirada a otra gente también llamativa que aparecía por doquier, llenando todos los espacios del vasto aeropuerto, yendo y viniendo sin cesar, en busca de los pasillos de llegada o salida de los aviones. Desde mi tierna infancia siempre me gustó mirar a la gente e, invariablemente, me procuraba un placer inmenso observar este desfile tan llamativo de la cambiante e inconmensurable ola humana.

El altavoz nos llamaba, anunciándonos el comienzo del embarque y, cuál fue mi sorpresa al ver, una vez sentado en el avión, que me llevaba de Miami a Buenos Aires con escala en Asunción, que a mi lado estaba sentado el mismo americano porteño con traje de cowboy. Me miró sonriendo, ahora completamente apaciguado, y, después de algunas palabras de introducción, seguimos hablando sin parar durante todo nuestro vuelo nocturno a Asunción. Yo, como siempre, había pedido un scotch, pero mi vecino de asiento dijo secamente: “¡No, no bebo!”. Luego, pensando quizá que su contestación había sido demasiado grosera, con su sonrisa compradora dijo: “El Señor (en quien no creo, ya que soy ateo), en fin, el Señor da a cada uno de nosotros una cuota de alcohol para beber y yo me bebí mi cuota, la cuota de mis hijos y la cuota de mis nietos... ¡ya no me queda más cuota para beber!”. Después se largó de inmediato a reírse de su propio chiste, lo que me hizo

suponer que le tocaba contar muy a menudo esta historia para deshacerse de los que insistían que tomase un trago.

El vuelo a Asunción fue uno de los más placenteros que hice, gracias a la compañía de mi vecino de asiento. Era interesante ver cómo pasábamos en nuestra charla con toda facilidad del inglés al francés o español, que ambos dominábamos, lo que aumentaba aún más el interés de nuestra conversación inacabada.

Y llegamos con placer a Asunción, capital del Paraguay. Salimos al pasillo para estirar las piernas, mientras aguardábamos en la sala de espera la salida del nuevo avión, que nos llevaría a Buenos Aires. El vuelo estaba previsto para dentro de un par de horas y aproveché para caminar un poco, mirando los miles de objetos llamados “recuerdos” que generalmente se venden en las tiendas de todos los aeropuertos del mundo.

Cansado de mirar estos productos de artesanía de indios guaraníes, que eran más o menos los mismos en todos los quioscos, terminé por sentarme al lado de una mesa del único café del aeropuerto y para no cambiar pedí un scotch. Mi compañero de viaje, que también andaba de un lado a otro, al verme, vino a sentarse a mi mesa poniendo a su lado el portafolios del que no se separaba nunca, mientras pedía al mozo paraguayo muy indolente un zumo de fruta. De repente, tornándose muy serio y envarado, mi nuevo amigo me preguntó muy tenso: “¿Va a quedarse usted en el aeropuerto hasta la salida del avión o piensa ir a la ciudad?”. “Por supuesto, me quedo aquí”, le contesté extrañado, “además

tenemos solamente un par de horas antes de la salida del avión y no quiero perderlo quedándome anclado en este lugar”, le repliqué. “Entonces -me preguntó- ¿puedo confiarle mi maletín mientras voy a un lugar no muy lejos de aquí?”, y, pescando en mis ojos una mirada de sorpresa, agregó más tranquilo: “Son solamente papeles lo que contiene mi maleta -aseguró-. Conozco el viejo truco, cuando se pide a un desconocido que le guarde un paquete, que luego resulta contener drogas”. Antes de terminar su frase y muy a pesar de mis protestas, asegurándole que le creía, abrió su vieja cartera de cuero, muy usada y me mostró el interior, lleno de un montón de pliegos repletos de hojas manuscritas. “¿Ve?” -siguió diciendo el porteño-, “¡No hay drogas!”. Después, nuevamente muy tenso, me dijo en inglés: “Estaré de regreso en una hora. Le puedo asegurar que estaré de vuelta a tiempo antes de la salida. Me urge ver a una persona que vive cerca del aeropuerto y voy a regresar de inmediato. Si llegase el momento de abordar -agregó-, por favor no me espere y no olvide mi maletín. Es posible que regrese en el último momento, pero esté seguro de que lo haré. Me queda aún una hora y media, más que suficiente para lo que tengo que hacer”.

El calor en este aeropuerto era insoportable. Uno tenía la impresión de que la mayoría de la gente sólo esperaba, como nosotros, algún cambio de avión para seguir su viaje. Por supuesto, la gran mayoría eran paraguayos, un hermoso pueblo mezcla de españoles con indios guaraníes, y se hablaba tanto su idioma como el español (es quizá el único ejemplo de un pueblo de conquistadores, los españoles, que hablan el idioma guaraní de los vencidos y subyugados). También había argentinos, brasileños, turistas alemanes y un pequeño grupo

de estancieros americanos establecidos en el Brasil con quienes entablé conversación, enterándome de que retornaban a su hacienda de Goiaz, donde poseían miles de hectáreas. Les alegró saber que conocía la región. “Es el viejo Far West americano del siglo pasado”, me dijo un tejano larguirucho, que regresaba de los Estados Unidos donde había ido a pasar las fiestas con su familia.

El ambiente era tranquilo y bastante reposado, sin disminuir la actividad del único bar del aeropuerto, siempre lleno de consumidores que bebían whisky, caña, alcohol guaraní y brasileño, cerveza, sodas o expreso. Cuando me dirigía hacia el pasillo para embarcar, de repente recordé la maleta de mi nuevo amigo que había dejado en el bar y regresé de inmediato para guardarla, tal como me pidió.

El aire dentro del avión era tan agradable y fresco que en seguida me sentí a gusto y abrí el libro que había comprado en Nueva York, reanudando la lectura interrumpida durante nuestro cambio de avión en Asunción; mientras, de vez en cuando, escrutaba de reojo el pasillo para cerciorarme de si llegaba mi compañero, que seguramente ostentaría su tan personal sonrisa. La lectura del libro, que trataba de política, me absorbió de tal grado que sólo una vez estuvimos en el aire me di cuenta de la ausencia de mi vecino de viaje, sospechando que podía haber perdido el avión. Esta situación se transformó en un estorbo para mi sosiego, aunque en mi vida -muy activa- había visto cosas peores. Además, soy muy lento en tomar decisiones y no quería precipitarme en hacer algo que tuviera que lamentar más adelante -como ya había ocurrido muchas veces en mi vida- y no me decidí a llamar a la azafata. No me

sentía demasiado trastornado pues empezaban a servir el almuerzo y conocía por experiencia que las Aerolíneas Paraguayas tenían fama de ofrecer buena comida y abundante vino, y de calidad, en sus vuelos. Echaba de menos, eso sí, a mi amable compañero de viaje y, tras el almuerzo, me decidí a preguntar a la azafata si sabía algo de mi vecino de asiento. La contestación era la que yo sospechaba, confirmando mi suposición de que el forastero con acento porteño había perdido el avión, pero me aseguraron que probablemente tomaría al día siguiente el avión del mismo horario que salía todos los días de Asunción a Buenos Aires.

Algo tranquilizado en cuanto a la suerte de mi compañero de viaje, de repente me acordé del maletín y empecé a cavilar analizando la nueva situación que se me planteaba. Se trataba de un contratiempo con el que no contaba y no sabía exactamente qué es lo que debía hacer. Interrumpí la lectura del libro de Noam Chomski, uno de mis autores preferidos, y me puse a buscar una solución al problema. Era imprescindible tomar una decisión rápida al respecto y, sobre todo, cómo devolver aquel maletín a mi nuevo amigo. Vacilaba entre entregarlo a la azafata o remitirlo a las oficinas de la aerolínea en Buenos Aires; pero pensé que el “cowboy porteño” podía aparecer al día siguiente, lo que me permitiría entregárselo directamente, dándome una buena oportunidad de verlo de nuevo.

Aún estaba algo nervioso y tuve el fuerte impulso de abrir la maleta y buscar una dirección o la mención de alguna persona que pudiera ayudarme a remitirla a su dueño. Aún teníamos dos horas para llegar a Buenos Aires y pensé que no sería

demasiada indiscreción abrirlo con la intención de buscar algún dato que pudiera ayudarme a aclarar la situación, que se volvía cada vez más confusa. Como no me gusta meterme en asuntos ajenos, vacilé un buen rato y al final decidí abrir el arrugado maletín. Encontré dentro, en varios ficheros llenos de hojas de papel cubiertas por una escritura en francés de letra muy fina, lo que resultó ser la autobiografía de mi amigo desaparecido. Después de hurgar entre los papeles desordenados, buscando alguna dirección sin encontrarla y por una curiosidad tan natural como humana, enpecé a leer el manuscrito. Pensé, ante tal descubrimiento, que no estaba preparado para enterarme de hechos tan profundos y, desde el comienzo, su contenido me clavó en mi asiento. Mi interés fue creciendo a medida que avanzaba por la escritura de esas letras finas que relataban la vida aventurera del protagonista. Fui sumido en la lectura hasta tal punto que apenas oí al apitán de la nave aérea anunciando nuestro próximo aterrizaje en Buenos Aires en el aeropuerto de Ezeiza.

Una vez que bajamos del avión, y después de todos los trámites aduaneros de rutina, agarré mi equipaje y fui a tomar un taxi para trasladarme a un hotel cerca de la plaza San Martín, donde ya tenía reservada una habitación. Anas ocupé mi cuarto, pedí un scotch y, sin siquiera abrir mis valijas, seguí la lectura del manuscrito, fascinado, sin poder desprenderme de una lectura que me absorbía. La emoción iba despertándose dentro de mí y creció mientras disfrutaba al enterarme de los pormenores de la vida de un ser tan interesante.

Aplacé varias veces las obligaciones por las que vine de Nueva York a Buenos Aires en este viaje de negocios, hasta que

pude terminar la lectura del manuscrito, que luego volví a leer de nuevo. Me enteré de que el nombre de mi compañero de viaje era Miguel Kirilóvich Burenko, que aparentemente vivía en Atlanta, Georgia, aunque no pude encontrar en todos los papeles ninguna dirección que pudiera ayudarme a localizarlo.

Al día siguiente llamé a las Aerolíneas Paraguayas, pero me contestaron que el pasajero Burenko nunca regresó al aeropuerto de Asunción; traté de encontrar su nombre en la guía telefónica de Buenos Aires, pero fue inútil: no figuraba; durante los días siguientes, seguí llamando a la compañía de aviación, recibiendo la misma contestación: que el pasajero Burenko no volvió a presentarse al aeropuerto y no dio señales de vida; me fui al consulado del Paraguay y les expliqué lo que había pasado -sin decirles sin embargo nada del portafolios, del cual ya estaba prendado y, en cierto modo, casi lo consideraba mío-, pero allá tampoco sabían nada de él. Parecía que había desaparecido del mundo sin dejar huellas. Me pasé un día entero en la sección internacional de la compañía telefónica, buscando en guías de varias ciudades argentinas, de Nueva York, Atlanta, de los Estados de Texas y de California, y hasta en países europeos: Francia, España, Italia y otros al azar, pero todo fue en vano. Ya había perdido una semana tratando de encontrar la pista de Burenko y era tiempo de que me dedicara a mis obligaciones. La paciencia de mis clientes americanos, por cuya delegación me encontraba en Buenos Aires, llegaba al límite y decidí dedicarme a mis negocios, tan importantes como para hacerme desplazar hasta tan lejos, postergando para mi regreso a los Estados Unidos la búsqueda de Burenko.

A pesar de todo lo que hacía, el manuscrito había trastornado mi mente y cada noche, de regreso al hotel, en vez de ir al bar para tomar un scotch, como solía hacer hasta entonces, lo hacía traer a la habitación para poder seguir leyéndolo.

Después de liquidar con éxito mis asuntos, y una vez de regreso a los Estados Unidos, pasé más de un mes buscando el rastro de Burenko. Agotadas todas las posibilidades de encontrarle, a él o a alguien que lo conociera, y habiéndolo pensado mucho, me decidí a publicar su autobiografía.

LIBRO I



Mi madre María, mi hermana Maya y yo. París 1933

1. MI NIÑEZ

Mi nombre es Miguel Kirilóvich Burenko. Mi apellido tiene sonido ucraniano, aunque mi padre siempre se había considerado ruso. Mi nombre ha sido escrito y pronunciado de muchos modos diferentes en los diversos países en los cuales he vivido: Michel en Francia, Miguel en la América Latina y España, Michael en los Estados Unidos y Mijaíl o Misha para mi familia, mis padres y también mis amigos de infancia en Francia, donde crecí. Me han gustado siempre todos estos nombres porque me daban diferentes identidades, lo que enriquecía mi imaginación, mientras yo mismo me adaptaba a todos estos lugares, donde mi nombre se pronunciaba de diferentes modos.

Desde que me acuerdo, y durante toda mi vida, siempre hubo alguien preguntándome si no me sentía confundido por haber vivido en tantos países diferentes, a lo cual invariablemente he contestado que me encantaba sentir distintas personalidades viviendo dentro de mí. Siempre me he sentido en casa en cualquier parte que me encontraba.

Nací en la ciudad rusa de Odessa, que ahora es parte de Ucrania, el 8 de diciembre de 1918 por el viejo calendario, que

sería el 22 de diciembre por el nuevo, pero mi madre, en su confusión, cuando emigramos a Occidente, me registró como si fuera el 20 de diciembre, fecha que quedó para siempre registrada en todos mis documentos, pero que, oficialmente me privaba del derecho de proclamarme Capricornio, lo que por supuesto siempre fui. Los recuerdos de mi niñez son muy confusos y cuando trato de recordar esa época es como si mirara un viejo álbum de familia. No veía mi pasado como una película en movimiento, sino como una serie de imágenes sin acción. Un montón de ellas, pero todas sin movimiento, o muy raramente algunas de ellas se movían y siempre muy despacio. Además, parecía que todo retornaba a mi memoria no solamente sin moverse, sino también sin colores, como viejas fotos en blanco y negro. Hasta los más horrorosos recuerdos eran imágenes sin acción, o esta se producía en muy raras ocasiones.

Debido a las vicisitudes de la guerra civil rusa, y como supe por mis padres unos años más tarde, debimos abandonar la mansión que poseían, para vivir en una barriada muy pobre de los alrededores de la ciudad de Odessa, llamada Bugayovka. La entrada a nuestras viviendas procedía de un camino de tierra, luego aparecía un corte, cubierto de pedregullos, delante de las moradas humildes que se alineaban una después de otra, casi todas iguales, sin pretensiones y plenamente desoladas. En aquel tiempo, yo tenía la impresión de que vivía mucha gente en este lugar.

Nosotros ocupábamos una pieza, en la cual vivíamos los tres: mi padre Kiril Andreyévich, mi madre María Efimovna y yo. Unas casas más adelante vivía el hermano mayor de mi padre,

Andréi Andreyévich, con su esposa, mi tía Anna, y sus dos hijas, mis primitas: Nadia, la mayor, y Tania, mi compañera de juegos, que era más o menos de mi edad. Ellas tenían una casa más amplia que la nuestra y me parecía que también tenían muebles más llamativos que los nuestros, vistos por mis ojos infantiles.

Mucha otra gente vivía en este complejo de viviendas, y recuerdo que para todos los inquilinos existía solamente un baño común hecho de madera. Era una casita con varias puertas y dentro tenía agujeros para las necesidades. Sin agua corriente ni, por supuesto, electricidad. La construcción de este baño era muy primitiva y, muy a menudo, viene a mi memoria un episodio penoso, cuando un cachorro se cayó en uno de estos agujeros, impulsando a todos los vecinos a movilizarse para tratar de rescatar al animalito. El animal nadaba en el fondo del pozo lleno de excrementos. Se lanzaron baldes atados con cuerdas para tratar de atrapar al perrito que aullaba aterrorizado, pero no se consiguió nada y se ahogó en esta vieja casita de madera podrida, a la vista de todos los que pudieron acceder allí. Aún ahora veo la aflicción pintada en todas las caras porque este incidente afectó sobre todo a los niños, que éramos numerosos, y nos pareció que era lo más terrible que pudo haber ocurrido en el mundo.

En aquel lugar había una gran cantidad de chicos que corrían por doquier, saltaban y jugaban con toda clase de viejos desperdicios, ya que ninguno de nosotros tenía un juguete verdadero. Aún veo en retrospectiva cuando nuestras dos familias se juntaban, lo que ocurría muy a menudo y era generalmente en la casa de mi tío Andréi, el hermano mayor de

mi padre, ya que, como he mencionado, su casa era más grande que la nuestra. Mientras nosotros los chicos jugábamos en el suelo con cachivaches, los mayores conversaban en voz baja, acercándose, a veces, a la puerta para cerciorarse de si afuera alguien estaría escuchando o espiándonos. Me daba cuenta de que los tiempos eran muy duros y sentí, muchas veces, mencionar la palabra “bandidos”, que parecía que andaban por todas partes. Oí una vez a mi tío Andréi relatando cómo tres de esos “bandidos” asaltaron la casa de un tal tío Grisha, que estaba en cama con tifus, y que casi matan a palos a su mujer, pidiéndole que les dijera dónde guardaba el dinero. “Pero la tía Marfusha -seguía el tío Andréi- resistió los golpes como ucraniana dura y no les dijo dónde escondían el dinero. El tío Grisha estaba temblando de fiebre y no sabía si sacar el revólver que tenía debajo de la almohada, pero como solamente tenía dos balas en el barril no se sentía en igualdad para pelear con los asaltantes y no se movió. Mucho más tarde supe que unos ocho millones de rusos murieron de la fiebre que vino como una epidemia y se llevó a unos cuarenta millones más en todo el mundo en el año 1918.

2. SIGNOS DE INFANCIA

Recuerdo, como si fuera a través de nubes o de humo, a un pequeño niño que apenas podía quedarse quieto en su cuna y que trataba de alcanzarme para golpearme. Supe, pues, que era mi hermanito Sezia (Sergio), que aún no había cumplido un año de edad cuando yo ya iba para tres. El pequeño hombrecito hacía esfuerzos enormes para agarrarse con sus manitas a las barras de la cuna, para acercarse a mí y tratar de golpearme, y al ver que no lo conseguía se estremecía de rabia. Me sentía más fuerte que el niño que estaba en la jaula, pero, por cierta razón desconocida, le tenía miedo. Se desesperaba en su esfuerzo por alcanzarme y castigarme con sus puñitos diminutos, mientras una mirada espantosa salía de sus hermosos ojos azules.

Desde mi tierna niñez no llegaba a comprender la violencia. Nunca comprendí el sentido de la violencia y me llevó un buen tiempo aceptarla, aún más tarde practicarla también, y, a veces, con intensidad acumulada.

Me enteré después de que este hermanito menor, Sezia, se murió de hambre unos meses más tarde. Más de siete millones de personas murieron de hambre en Rusia durante y después

de la revolución bolchevique, en un periodo de cuatro años. Mi madre no podía olvidar jamás cómo el presidente de Estados Unidos, Wilson, enviaba comida a Rusia, y siempre hablaba de los buenos mozos marinos americanos que llegaban al puerto de Odessa para aliviar el hambre que agobiaba a los habitantes. Recuerdo aún ahora cómo ella los mencionaba: “Eran hermosos, rubios, con ojos azules, y tan buenos mozos”. Lo decía muy a menudo, subrayándonos que nosotros no nos morimos de hambre entonces gracias a la ayuda americana. Por supuesto, Odessa es un puerto y gran cantidad de la comida descargada quedaba en la ciudad.

Muchos años más tarde, cuando vivíamos en París, donde mis padres tenían un restaurante ruso en el Barrio Latino, vinieron a comer cuatro oficiales de la marina de guerra americana. Su barco había atracado en Le Havre y la tripulación tenía licencia para pasar unos días en París. Creo que era en 1932, y entonces los europeos aún adoraban a los americanos. Nosotros, los chicos, los seguíamos por las calles y los mirábamos como si fueran dioses. Cuando los cuatro oficiales americanos terminaron de comer y pidieron la cuenta, mis padres se fueron a sentarse a su mesa, mientras un mozo traía una bandeja con una botella de champán. Mis padres les dijeron que ellos no iban a olvidarse jamás que durante la revolución rusa los americanos traían comida al pueblo hambriento. No solamente mi padre no les cobró por la cena, sino que tomaron más champán y bebieron a su salud. Por supuesto, mi madre, en su efervescencia eslava, le dio un beso a cada uno de los marinos cuando se retiraron. Para no variar, cuando los americanos se fueron, mi madre una vez más nos contó cómo ellos descargaban bolsas de trigo en Odessa y qué

buenos mozos eran, mucho más guapos que aquellos cuatro que vinieron a comer.

Durante la guerra civil, mi madre me contó que siempre se extrañaba de cómo yo pude sobrevivir a ese terrible periodo de hambre. Decía que yo apenas comía, mientras que mi hermanito Sezia, de quien siempre se acordaba con una sonrisa triste, devoraba lo poco que se le daba y continuamente tenía hambre. Durante muchos años, me había perseguido el recuerdo de lo que ella contaba de aquella época tan terrible, sobre todo hablando de Sezia: “¡Él siempre tenía hambre!”, repetía con tristeza y sentimiento, lo que muchas veces me hacía sentir celoso por el amor que ella había tenido a mi hermanito fallecido. “Tu padre a veces traía un pedazo de pan, o carne de caballo, o medio vaso de leche, -decía- cambiándolo por algunas joyas, y esto cuando tenía bastante suerte, lo que no sucedía todos los días”. Se enjugaría una lágrima para seguir: “Yo dividía todo en cuatro. Todos nosotros teníamos hambre. Tú apenas tocarías tu parte de pan, y tu padre, cuando estaba con nosotros, estaba siempre enojado contigo, tenía miedo de que te murieras... ¡mientras tanto, Sezia ya había devorado su ración y pedía más!”. Mirando muy a lo lejos, tal vez a sus recuerdos, que la seguían siempre, decía: “Al ver que tú no querías comer, le dábamos tu porción a Sezia, que la engullía en un instante y aún pedía más. A veces cerraba sus pequeños puños diciendo: “ma-ma-ma”, que para él significaba que quería más comida. Me miraba muy profundamente adentro de los míos con sus hermosos ojos azules y nos comprendíamos sin hablar. De repente empezó a perder peso, mientras que tú engordabas cada día sin comer. ¡Es un

misterio! Un par de meses más tarde, cuando le faltaban días para cumplir un año él se murió”.

Me enteré también más tarde de que yo era el segundo hijo de la familia y de que mi hermana mayor, Tamara, murió a la edad de dos años de meningitis complicada por el hambre, un poco antes de mi nacimiento. Aunque no tan a menudo como de Sezia, mi madre también hablaba de ella, diciendo que era extremadamente inteligente y que se comportaba como una persona mayor. “Cuando le preguntaba -decía mi madre- ¿por qué me miras, Tamara?”, ella siempre contestaba: “¡Tengo ojos para mirar y por eso te miro!”. Mi madre estaba embarazada de mí, y cuando le preguntaba a Tamara si quería tener un hermanito o una hermanita, ella invariablemente contestaba: “Por supuesto que quiero tener un hermanito, porque soy una chica y es mejor tener un muchachito al que pueda cuidar”. Tamara también tenía ojos azules, y le había tenido mucho miedo a mi padre, que, para decir la verdad, no la quería. Mi madre sostenía que era debido al hecho, según ella muy conocido, de que el padre nunca va a querer a un hijo que no haya visto nacer. Tamara nació cuando mi padre estaba peleando contra los turcos, que eran aliados de los alemanes en la primera guerra mundial. Cuando la vio por primera vez, ella ya tenía varios meses y mi madre siempre agregaba: “Tamara sabía que no la quería, y no esperaba ningún cariño de él. Era muy viva y, en su ausencia, nunca se refería al padre con este nombre; siempre preguntaba cuándo venía él, sin decir el padre”. Mi madre también era rubia y con ojos azules, mientras que mi padre tenía ojos negros y el pelo del mismo color. Más tarde se me vino la idea de que a mi padre no le gustaban los chicos con ojos azules, lo sería una mera

coincidencia! Ya cuando éramos mayores en Francia, mi hermanita Maya, que, una vez más, oía esta historia contada en tantas ocasiones por nuestra madre, dijo:”¡Entonces los dos más lindos con ojos azules murieron y nosotros dos feos quedamos vivos!”. Lo dijo porque ambos tenemos ojos marrones y cabello castaño.

Era seguramente de esta época de hambre cuando mi memoria me traía imágenes de una escena que nunca podré olvidar. Veía un gran carro de dos ruedas, algo así como una carretilla inmensa tirada sobre un camino de tierra por tres jovencitos, flacos, completamente agotados. Dentro de este carro abierto estaban apilados varios cadáveres rígidos, en posiciones diferentes. Por encima de todos ellos, yacía un muchachote que llevaba pantalones largos demasiado cortos y vestía una vieja camisa desgarrada. Aún empuñaba en su mano derecha un pedazo de pan, que parecía tratar de poner en su boca, tan abierta como sus ojos, mientras se mantenía rígido como una estatua. Uno pensaría que sus fuerzas lo abandonaron exactamente en el momento en que estaba tratando de poner dicho pedazo de pan rancio en su boca, lo que posiblemente pudo haberle salvado la vida. Pero ya era tarde y no lo consiguió... ¡murió antes! Era la conclusión que yo había sacado en aquel momento, por lo menos suponiendo que esto hubiese sucedido. Pero no recuerdo muy bien si la señora que me tenía de la mano era mi madre o alguien que yo conocía -una tía tal vez-, lo que sí recuerdo es que la otra mujer que estaba con nosotros dijo algo que no podría olvidar durante el resto de mi vida: “Ellos tienen tanta hambre, tanta hambre, que cuando pueden conseguir un pedazo de pan lo tragan tan rápido que se mueren al instante”. Saqué desde

entonces la conclusión, que me persiguió y quedó grabada para el resto de mi turbulenta existencia, de que uno podía morir cuando tenía hambre y comía algo demasiado rápido.

Era la primera vez que veía cadáveres humanos, ya que había visto muchos caballos muertos en las calles, pero en aquel momento no pude haberme imaginado que vería muchos, muchísimos cadáveres el resto de mi vida. Entonces les tenía miedo pero seguía observándolos fascinado, porque no comprendía cómo era que ellos “no se movían”, y esta visión me aterrorizaba también. Durante este periodo de hambre tuve la oportunidad de ver más cadáveres, muchos cadáveres, pero este recuerdo de la carreta llena de cuerpos vino a simbolizar para mí la idea de la muerte.

A veces mi mente se inundaba con una serie de imágenes, o tal vez de películas en blanco y negro de cortometraje, que también se adueñaba de mi pasado infantil. Veía barrios enteros, con casitas destartaladas bordeadas por caminos de tierra, con mucha gente caminando arriba y abajo, siempre apurados. Muy raramente se los veía montando a caballo o en carruajes tirados por caballos, y se producía toda una conmoción general las raras ocasiones en que aparecía en esta vecindad un automóvil o un camión. Me viene a la memoria un día mientras caminaba de la mano de mi primo Kolia por las calles de Odessa. Él era el único hijo de mi tía Grafa, hermana de mi madre, y me apretaba muy fuerte de la mano por miedo a que me perdiera. Creo que entonces tendría unos seis o siete años más que yo, siempre adoptando una postura protectora hacia mí, y me encantaba sentirme protegido. De repente oímos unos gritos chillones que venían del fondo de una casa

en ruinas que, seguramente, fue destruida durante la guerra civil. Aparentaba haber sido una morada grande, ahora completamente destruida, con un sótano enorme medio descubierto, del cual venía el llamado emotivo que emitía un muchachito que aparentaba unos cuatro años, mi edad por aquel entonces. Caminaba tambaleándose entre los escombros y se podía ver que era ciego, ya que avanzaba moviendo sus bracitos en el aire, como abriendo su camino mientras aullaba y lloraba. Algunos pequeños bribones que lo rodeaban entre los desperdicios saltaban alrededor de él y se reían cada vez que el cieguito tropezaba o se caía entre las ruinas de piedras quebradas. Mientras estábamos parados en la vereda mirando al sótano donde se desarrollaba este espectáculo horripilante, otra gente también atraída por el griterío se iba amontonando a nuestro lado. Todos contemplaban asombrados esta escena triste, pero nadie dijo nada, y solamente una viejita, que parecía una mendiga, con ropa desgarrada, sucia, con boca sin dientes y de aspecto muy frágil, seguía manifestando su indignación. Es todo lo que ella podía hacer, ya que parecía tan débil que los que estaban a su lado se extrañaban de verla aún en pie y, sobre todo, con vida.

Estaba completamente descartada la posibilidad de que la pobre viejita pudiera bajar al sótano entre los escombros para ayudar al muchachito y, mientras ella seguía maldiciendo a los bribones, los presentes la miraban aprobándola en silencio. Una vez más sentí mi garganta volviéndose más y más seca. Hacía un esfuerzo para tratar de comprender de qué se trataba y qué es lo que estaba pasando. Tenía unas ganas locas de preguntárselo a Kolia, pero adivinando mi intención llevó el dedo a su boca y me dijo casi enojado: “¡Cállate!”. Yo no insistí;

posiblemente entonces yo no sabía expresar mis sentimientos en palabras, o no conocía bastante de ellas para transmitir a mi primo la profundidad de la emoción que sentía y por ello seguí callado. Así que, para dar fin a esta situación embarazosa, Kolia me tiró de la mano y seguimos caminando en silencio sin mirar atrás. Se veía que estaba furioso, un poco avergonzado quizá por haber querido pero no haber podido hacer algo por el infeliz muchachito. De repente empezó a farfullar, hablándose más a sí mismo que a mí: “Le tienes lástima al chiquito, le quieres ayudar, y de repente estos bezprizornis (huérfanos) sacan una navaja y te atacan sin decir una palabra. ¡Uno nunca sabe qué es lo que en realidad pasa allá! Es la razón por la cual todos los que miraban no decían nada. Nadie quiere comprometerse y terminar siendo una víctima. ¡Ya he visto cómo lo hacían muchas veces antes!”.

Más tarde me enteré de que, como consecuencia de la primera guerra mundial, seguida de la revolución, Rusia se quedó con nueve millones de huérfanos como herencia, que se desparramaban por todos los rincones del país, concentrándose preferentemente en las grandes ciudades. Vivían, dormían y morían en las calles, y en esta época turbulenta eran considerados como una llaga más, que afligía a todo el país englobado en una desolación histórica. Muchos de estos niños desgraciados de 7 a 15 años de edad se organizaban en bandas para poder sobrevivir, dedicándose a la práctica de los más repugnantes de los vicios: drogas, prostitución (había niñas-prostitutas de 10 años), robos y hasta asaltos a mano armada. Me enteré de todo esto muchos años más tarde, cuando ya era maduro y temblaba de rabia pensando que todo había ocurrido durante mi niñez, cuando

yo aún vivía en Odessa, y al mismo tiempo me alegraba de que las circunstancias me habían velado esta parte tan horrible de la vida que se había desarrollado a mi alrededor.



Sossenko en Berlín en 1927

El problema de los bezprizornis (huérfanos) que heredó la Unión Soviética llegó a ser considerado como un desastre nacional, que era indispensable resolver cuanto antes, para evitar que se transformase en una catástrofe. El momento crucial ocurrió cuando estos bribones asaltaron al embajador de Dinamarca, matándolo para poder despojarlo de su dinero y del tapado de piel. La situación era crítica, ya que no solamente afectaba la tranquilidad interna, sino que reflejaba una imagen negativa de la estabilidad de la Unión Soviética en el exterior. Los “milicianos”, así fueron llamados los policías durante el

régimen comunista, consiguieron apresar a los siete huérfanos que habían matado al diplomático, los detuvieron, los juzgaron y para dar ejemplo los fusilaron a todos. Hubo una recriminación internacional contra la Unión Soviética, la prensa del mundo entero se indignaba contra los comunistas que fusilaban a niños. De cualquier modo, todo lo que hacían los comunistas era criticado por entonces, y esta era una nueva razón para demostrar y denunciar la crueldad del socialismo.

En 1923 el poder soviético ya no podía ignorar este problema crucial, cuya envergadura llamaba la atención internacional, y debía ser resuelto de una vez para siempre, para reivindicarse en la opinión pública del mundo. Se designó una comisión especial para dedicarse a este asunto y, de inmediato, se organizaron grupos encargados de juntar a todos estos chicos diseminados para ponerlos en reformatorios dirigidos por profesores, psicólogos y médicos. En pocos años, y ante la sorpresa internacional, estos internados dieron resultados sorprendentes, inauditos hasta la fecha, al transformar a unos pequeños bandidos en ciudadanos dignos y, sobre todo, útiles. No solamente los instructores y profesores fueron felicitados por su logro, sino que los alumnos de dichas escuelas recuperaron su dignidad, alcanzando un grado elevado de preparación. El nombre peyorativo de bezprizornis, que hasta entonces había sido una vergüenza, vino a ser llevado con orgullo por el orfanato. Muchos de ellos no solamente se volvieron buenos ciudadanos, sino que algunos más adelante se distinguieron como pilotos, científicos, militares y políticos. Todos ellos, o casi todos, ayudaron a construir el comunismo en Rusia, como gratitud por haberles devuelto la dignidad

humana, dándoles la oportunidad de ser felices participantes de la sociedad socialista.

Todavía me viene a la memoria otro caso penoso relacionado con los bezprizornis, una vez que estaba con mi primo Kolia, al que veía a menudo desde que nos mudamos a la Slabodka del pobre barrio de Bugayovka. Ambos estábamos en el mercado y, como tenía unos cinco años, ya no necesitaba que me llevara de la mano, aunque le seguía agradecido por la protección que me brindaba con su presencia, ya que era muy alto para sus 12 años. Siempre había mucha gente en este mercado abierto, donde los vendedores ofrecían un poco de todo, verdura, comida, ropa vieja o mercancía varia. La escasez de productos aún se sentía, a pesar del NEP (Nuevo Programa Económico) introducido por Lenin, aunque ya se notaba un alivio en la situación general. Este sistema de liberación del comercio era un intento para ver si la iniciativa privada podía aliviar el hambre que aún reinaba. Yo no sabía nada de todo esto entonces, pero me daba cuenta de que la comida ya era más abundante.

En un rincón del mercado vimos agrupados a unos bezprizornis que armaban mucho bullicio; parecía que estaban empeñados en algo, ya que se movían mucho. Mi primo, que era muy curioso, me llevó en dicha dirección sin sospechar que íbamos a ver con sorpresa un espectáculo de lo más repulsivo. Los pequeños rufianes capturaban gorriones con trampas, luego les perforaban los ojitos con una aguja y después los soltaban tirándolos en el aire. Ellos se morían de risa al ver cómo los pobres pajaritos, volando a ciegas, se estrellaban contra árboles, cables eléctricos o edificios. De nuevo Kolia me

tiró de la mano, ya que quería evitar que yo viera dicho espectáculo, pero era demasiado tarde, pues ya lo había visto todo. Odiaba la violencia y no podía entender en mi lógica infantil la razón por la cual la gente era tan cruel. Me preguntaba cómo podía ser que niños pequeños reventaran los ojos de los pajaritos, y además se riesen de su sufrimiento. Todo esto estaba por encima de mi capacidad de comprender, pero sin descanso seguía con intensa curiosidad observando todas las fases de la vida que se desarrollaba alrededor mío.

Ya desde la edad de seis años, en mi nuevo barrio de la Slabodka, muchas veces algunos muchachotes querían pelearse conmigo. Yo siempre evitaba esos encuentros, por más que todos se reían de mí. Personalmente sabía muy bien que no estaba asustado, no les tenía miedo, solamente no llegaba a comprender la razón por la cual mis amiguitos podrían querer hacerme daño. Yo en aquel tiempo nunca pensaba en hacer mal a nadie, y algo dentro de mí me decía que yo tenía razón. Lamentablemente, al crecer, la vida me enseñó que otras leyes regían el mundo, y poco a poco tuve que plegarme al modo de comportamiento general, ahogando mis sentimientos de piedad y dejando libres mis impulsos al dejar de tener miedo de ser cruel.

Otro pasaje de mi infancia volvía a mi mente, cuando en otra oportunidad caminaba por el centro de Odessa con mis abuelos maternos. Era la primera vez que me encontraba en la parte comercial de la ciudad y me impresionaron mucho los altos edificios que se levantaban a ambos lados de la vereda. Se me quedó grabado en la memoria la elegancia de mis abuelos, y me sentía un poco cohibido. Era la primera vez que

veía a una mujer llevar un sombrero tan grande como el que llevaba mi abuela. Ella tenía puesto un vestido muy largo y deslumbrante, o al menos es lo que me pareció entonces, en tanto que mi abuelo -que vestía con un traje con chaleco y chaqueta y del cuello de la camisa le colgaba una corbata o un lazo llamativo- seguía caminando mientras sonreía sin cesar entre sus enormes bigotes curvados. Yo tenía la impresión de que mi madre quería deslumbrar a mis abuelos, y me puso el mejor traje que tenía, que era el uniforme de marinero. Al dejarme con mis abuelos, me había mirado a los ojos y me dijo que me portase bien.

Lamentablemente este encuentro con mis abuelos, del que me acuerdo tan bien y que fue el único que quedó grabado en mi mente, terminó en un verdadero desastre. Empecé a tener dolores de estómago, provocados por la emoción quizá, pero mis abuelos me intimidaban demasiado y no me atreví a decírselo, haciendo fuerza para dominarme. Desgraciadamente, al no poder resistir más, y aún con vergüenza de contarles lo que me pasaba, de repente y sin poder contenerme más los pantalones azules se llenaron de algo caliente que se deslizaba por mis piernas, y cuando mis abuelos lo vieron se irritaron mucho. Esto ocurrió cuando caminábamos cerca de la Ópera (la Ópera de Odessa es una de las más hermosas del mundo, como supe unos años más tarde). No sé por qué, pero la palabra “ópera” durante mucho tiempo trajo a mi memoria una sensación muy extraña, haciéndome sentir incómodo.

Yo sabía que habíamos salido para ir a comer a alguna parte, creo que se mencionó la palabra “restaurante”, pero debido al

accidente tuvimos que regresar a la casa de los padres de mi madre, donde mi abuela me aseó y lavó mi ropa, dejándome envuelto en una toalla. Fue así como mi madre me encontró cuando vino a buscarme, y casi se desmayó al verme. Me sentí muy avergonzado por primera vez en mi corta vida, pero no fue la última, lamentablemente esto se repitió demasiadas veces por asuntos diferentes.

Siempre odié esta sensación amarga de no estar satisfecho conmigo mismo, que para mí era una de las emociones más lamentables de la vida. No quiero acordarme de lo que mi madre me dijo delante de sus padres, y mucho más cuando nos marchamos a casa. Ella me dijo algo como que era una vergüenza comportarse de tal manera con gente distinguida. Aprendí entonces una nueva palabra: “distinguida”, y me di cuenta de que mis abuelos lo eran, ya que había visto colgando en las paredes de su gran casa una enorme cantidad de cuadros pintados, que me impresionaron mucho. La palabra “distinguida” quedó grabada en mi mente como sinónimo de opulencia y también de muchos cuadros en las paredes. No me di cuenta entonces, pero mi madre me lo contó después. Cuando ya estábamos en París, en casa de mis abuelos colgaban de una de las paredes los retratos del zar Nicolás II y de la zarina Alejandra.

Con el advenimiento del poder soviético la nueva administración requisó su enorme casa, alojando en ella a varias familias, y dejándoles solamente dos cuartos para vivir ya sin todo el lujo al cual estaban habituados. Algunos de estos nuevos venidos que ahora vivían en su casa habían visto los retratos de los zares colgando en la pared y lo habían

denunciado a las autoridades. Para verificar si dicha infracción tan grave era real, fue enviado para tal efecto un comisario para tomar cuenta de la situación. Según lo que me contó luego mi madre, parecía que mi abuela le había dicho al joven funcionario comunista que ella siempre había tenido dichos retratos y estaba acostumbrada a tenerlos en su casa y que no pensaba deshacerse de ellos. El comisario, que era un joven estudiante, le dijo muy amablemente que el poder soviético ya no permitía ostentar a figuras de zares o tiranos, y con mucha paciencia le recriminó: “Escúcheme, abuela, los tiempos han cambiado, pero la comprendo muy bien, las costumbres son costumbres y no hace falta deshacerse de ambos retratos juntos. Por ejemplo, mañana saca el retrato del zar y lo tira fuera y la semana que viene hace otro tanto con el de la zarina, así tendrá tiempo de acostumbrarse a vivir sin ellos. No podemos tolerar más a déspotas o a zares”. Cuando las cinco hermanas y el menor y único hermano varón de mi madre se enteraron de lo que había pasado, le dijeron a su madre que el asunto era más serio de lo que ella pensaba y que, por desobedecer, los comunistas podían ponerla en la cárcel para siempre. Era mejor no provocar a los bolcheviques y tratar de vivir en paz con ellos, ahora que eran los dueños del país.

La abuela era la matriarca de la familia y ella sola tomaba todas las decisiones importantes, ya que no recuerdo que mi madre me haya mencionado al abuelo mezclarse en estos asuntos. La abuela también llevaba la cuestión de las finanzas y, según se decía, tan pronto como el abuelo traía dinero de su fábrica de remontar locomotoras, ella compraba acciones. Cuando vino la revolución, la fortuna que guardaba en su caja de caudales se transformó de la mañana a la noche en un

montón de papeles inútiles y sin valor. En su vejez se quedaron sin recursos, ya que la fábrica fue requisada por el gobierno, con todas las propiedades que tenían, y en su propia mansión tenían solamente derecho a disponer de aquellas dos habitaciones.

3. UNA REVOLUCIÓN EN FAMILIA

De toda la familia Tankovski, a la que más quería -y que vivía cerca de nosotros desde que nos mudamos a la Slabodka- era la tía Grafa, la segunda hermana de mi madre, la tercera por nacimiento. La tía Grafa era muy romántica, casi inconstante y muy débil con los hombres. Oí más de una vez decir de ella a alguien de la familia que siempre elegía “al peor”. Los hombres se aprovechaban de su bondad y su dinero, al punto de que ella al llegar a la vejez murió en la pobreza y sola. Su único hijo de su primer esposo, mi primo Kolia, me introdujo al mundo exterior a una edad muy tierna, cuando todo aún me parecía misterioso y muchas veces inexplicable. Yo era demasiado joven para comprender que la revolución había terminado y, al triunfar, los comunistas estaban en el poder. Estaba aprendiendo muy rápido un montón de palabras nuevas como: “blancos”, “rojos”, “comunistas”, “bolcheviques”, “Makhno”, “Petliura”, “Lenin”, “Denikin”, y por supuesto volvían muy a menudo a ser mencionadas otras que ya conocía, como “bandidos” y bezprizornis, que personalmente yo odiaba. Más tarde otras palabras vinieron a agregarse a mi vocabulario primitivo como: “GPU” (precursor del KGB), “especuladores”, “comisario” y “miembro”, entendiendo que se trataba del partido comunista, y que era casi como un título de nobleza.

No comprendía la razón por la cual muchas veces mi padre no estaba en casa y, en ocasiones, podía desaparecer durante bastante tiempo; luego aparecía durante la noche y se oían entonces durante un buen rato murmullos y secretos que cambiaba con mi madre. Ella se ponía cada vez más nerviosa y esto me llevó a pensar que él se escondía, pero aún no sabía por qué razón.

El hermano mayor de mi padre, el tío Andréi, también se había mudado a la Slabodka, pero ya no vivíamos tan cerca como cuando estábamos en la Bugoyovka, cosa que yo lamentaba, ya que me gustaba jugar con mi primita Tania. Su hermana, la prima Nadia, que se consideraba muy crecida ya, ni siquiera nos miraba, buscando la compañía de chicos de su edad. La hermana menor de mi padre, la tía Lióla, se había casado con un comerciante judío, Yasha Jacobovski, que tuvo que convertirse al cristianismo para poder consumir el matrimonio. Antes de la revolución, en Rusia, los registros de nacimientos y casamientos eran llevados por las iglesias y no se permitía casar parejas de diferentes cultos en las congregaciones ortodoxas griegas, que era la religión oficial del Estado. Ya cuando vivíamos en París, mi madre me contó varias veces, tal como ella solía repetir sus historias, que cuando la tía Lióla se casó, el “pope” (prelado de la iglesia ortodoxa) le dijo: “Escúchame, desposada, no debes olvidarte jamás de que este hombre que hoy te toma como mujer abandonó su religión y la fe de sus antepasados por tu amor. El se hizo cristiano para poder casarse contigo y no debes olvidarte jamás de este sacrificio, y por consiguiente debes amarlo aún más de lo que podrías amar a un hombre de tu religión”. Al contarlo por vigésima vez, mi madre por supuesto no dejaba de agregar que

mucha gente lloraba en la iglesia al oír esas palabras tan conmovedoras.

Mi tío Yasha, al cual no llegué a conocer, ya que murió muy joven unos años después del casamiento, dejando a mi tía Lióla embarazada con mi primita Sonia, murió de la fiebre tifoidea, que entonces arrancó la vida a millones de personas. Esa epidemia duró tres años en Rusia, y también en otros países europeos, donde se decía que era una consecuencia normal de la guerra.

Mi tía Lióla era muy linda y coqueta, siempre sonriendo cuando algún hombre la miraba, suspirando profundamente mientras sus ojitos brillaban. Nos veíamos muy a menudo, y me acuerdo de que tanto mi tía Lióla como la primita Sonia estaban siempre bien vestidas y olían bien. Sonia tenía más o menos mi edad, y desde que nos volvimos casi vecinos cuando nos mudamos a la Slabodka teníamos más oportunidad de jugar juntos. En mi tierna infancia me gustaba jugar y tocar la piel suave de las chicas. Me acuerdo tan lejos como puede llevarme la memoria de que siempre me han gustado cosas lindas, gente bien vestida, modales distinguidos y todo lo que más tarde supe era parte de mi inclinación “sibarita”.

No sé por qué ni cuándo, pero sí me acuerdo de que fuimos varias veces al cementerio para visitar la sepultura de mi tío Yasha y, siguiendo la tradición rusa, cada visita era como un picnic, que se hacía cerca de la tumba del ser amado fallecido. Un día estábamos sentados en un banquito cerca de la fosa de mi tío Yasha comiendo algo, cuando vimos de repente a la pequeña Sonia saltar sobre la sepultura de su padre, al que no

llegó a conocer, gritando: “¡Yasha! ¡Sé que estás aquí y quédate sin salir! ¡No te vayas a atrever a salir!”. Nos quedamos todos mudos de sorpresa, y hasta yo, que en aquel tiempo tendría unos cuatro o cinco años, comprendí que mi primita hizo algo que no debería haber hecho. Lo curioso era que ella había nacido después de que su padre falleciera y, por consiguiente, no lo conoció, lo que hacía imposible adivinar su comportamiento tan espontáneo, imprevisto y casi místico. Mi madre, que tenía siempre una explicación para cualquier incongruencia, supuso que mi tía Lióla había tenido algún motivo de resentimiento contra el marido durante su corto matrimonio, o sencillamente por haber sido tan corto, y por supuesto se lo habría dicho a su hija, que no hizo más que demostrar los sentimientos que le inculcó su madre, retando a su padre que estaba en la fosa.

Las otras hermanas de mi madre vivían muy lejos de nosotros, al otro lado de la ciudad, y nos veíamos en raras ocasiones. El hermano menor, Iván, era apenas más viejo que su sobrino Kolia, pero por ciertas razones no se llevaban bien. En cierto modo se sentía superior a los demás sin que se supiera por qué, a menos que desde que se hizo miembro de las Juventudes Comunistas pensara que esto le daba derecho a su altivez. Abiertamente consideraba a todos los demás miembros de la familia como enemigos del pueblo y del régimen. Vi más tarde que todos trataban de estar en buenas relaciones con él, y hasta mi madre, las pocas veces que nos veíamos, procuraba complacer a su hermano menor.

Me encantaba mi tía Ana, la hermana mayor de mi madre, que vivía sola en su casa en un barrio aristocrático, en el centro

de Odessa, cerca de mis abuelos. Me parecía entonces la mujer más hermosa que pudiera existir en el mundo y la adoraba en secreto. Antes del estallido de la primera guerra mundial, se había casado con un oficial del ejército que se llamaba Misha, y que murió seis meses después de la boda. Fue una de las primeras víctimas de dicha contienda, ya que cayó algunos días después del comienzo de la guerra. Supe que fue en su recuerdo por lo que me pusieron el nombre de Misha. Solamente de vez en cuando veíamos a mi tía Ana, que iba siempre muy elegante, llevando vestidos de colores llamativos, aunque lo que más me intrigaba era el perfume que tenía, era una fragancia tan “fresca” y agradable que a cualquiera le hacía volver la cabeza. Era muy dulce, encantadora, una verdadera dama, que nunca se cansaba de hablar de su Misha con una sonrisa muy triste. Supe, más tarde, que había tenido muchos admiradores y que siempre alguien le ofrecía el casamiento, pero ella los rechazaba a todos, uno por uno. No solamente no se volvió a casar nunca, sino que ni siquiera volvió a enamorarse de nuevo, conservando la memoria de su primer amor viva hasta la muerte, que le llegó a una edad muy avanzada, de lo que nos enteramos cuando vivíamos en París.

Cuando fuerzo mi mente para escudriñar en mi pasado, para evocar algunas de las tantas actividades que impregnaron mi vida, muy a menudo me pregunto si todos estos acontecimientos realmente me ocurrieron, o si fue alguna pesadilla que fue insertada de algún modo en mi memoria, ya de por sí tan cargada. Me parece difícil creer que un ser humano pueda haber vivido una vida tan intensa en emociones, y aún seguir existiendo para acumular más de ellas. Esta idea tal vez me vino como contagio de mi padre, que

siempre se extrañaba por haber sobrevivido a semejantes acontecimientos inefables en su vida. Cuando cualquier cosa anormal le sucedía, lo oí decir más de una vez: “Tengo la impresión de que le estoy robando tiempo a la vida. Viví mi existencia con tanta intensidad que debería estar muerto hace mucho tiempo, y cada mañana, cuando amanezco, tengo la sensación de que estoy robando aquel día, y lo disfruto con un gusto ilimitado”.

No voy a negar que mi padre tuviera una influencia primordial en mi desarrollo intelectual, y en gran parte en mi inclinación política, y que, sin darme cuenta, fui moldeando mi personalidad de acuerdo a sus enseñanzas. Llegó a tener tanto influjo sobre mi vida que, durante gran parte de mi existencia adulta, siempre me preguntaba, cuando tenía que tomar alguna decisión importante, qué es lo que él haría en mi lugar. Me contó mucho sobre la vida en Rusia, trató de inculcarme amor a todo lo que era ruso, sobre todo antes de la primera guerra mundial y la revolución. Lo más curioso es que mi madre, cuando me contaba historias de la misma época, con la faz humana sacada de su experiencia propia, las presentaba muchas veces completamente diferentes de las de mi padre, así que casi siempre he tenido dos versiones de los mismos acontecimientos. Mi madre tuvo que sobrevivir en una época y en un ambiente en los que la mujer aún no tenía las mismas posibilidades que tiene ahora. La familia de mi madre se había opuesto a que se casara con mi padre, que era de una casta de marinos de guerra con ingresos limitados, mientras que ella provenía de un linaje de gente muy acomodada, y muchos habían pensado que mi padre buscaba más su dinero que su felicidad. A raíz de esta discrepancia y durante las

conflagraciones, ella recibía la ayuda de su familia con cierta indiferencia, y casi nada de la familia de mi padre. Ellos no estaban en condición de ayudarla o no querían hacerlo, durante todos esos años en los que estuvo batallando contra los turcos en el mar Negro durante la guerra, y luego participante activo en la revolución. Así que, mientras mi padre durante estos siete años de lucha había acumulado una experiencia de actos de coraje, traiciones y matanzas, mi madre me contaba lo que realmente pasaba con la población civil, que siempre sufre más que los militares, por lo menos tratándose de luchas internas en el mismo país, cuando no se tienen los medios o relaciones necesarias para sobrevivir a los horrores de la guerra. Cuando ya estaba más crecido en París, mi madre se refería muchas veces a dichas luchas bajo su propio punto de vista y daba su interpretación personal tal como ella las había vivido.

4. PATERNIDAD

Durante la revolución rusa, además de los principales poderes oponentes, o sea, el Ejército Rojo de los bolcheviques, organizado por Trotski, y el Ejército Blanco, fiel a la monarquía y la iglesia ortodoxa, luchaban muchas otras facciones. Los otros numerosos grupos organizados, no siempre unidos por un ideal, trataban principalmente de tomar ventaja de aquella situación confusa, para su lucro o provecho personal. Surgían tropas uniformadas de varias unidades nacionalistas, que batallaban por la independencia de sus naciones, como georgianos, armenios, chechenios, ucranianos, muchas tribus del Cáucaso y de Asia. Todos ellos formaban alianzas, luchaban juntos contra un enemigo común, a veces batallaban entre sí, según las circunstancias y las ventajas que les resultaran de dichas actividades bélicas que emprendían. También había pequeños grupos o guerrillas de ideales indeterminados bajo el mando de un batko (papa) como comandante, como los “verdes”, los “azules” y tantos otros a menudo efímeros y de corta existencia.

Los ucranianos tenían tres ejércitos muy fuertes, el más importante de los cuales era el de Petliura, que luchaba por la independencia de Ucrania y a veces había colaborado con las

fuerzas austrohúngaro-alemanas que ocupaban aquel país por el tratado de Brest-Litovsk; era anticomunista, antisemita y antirruso. El otro grupo estaba bajo el mando del batko Makhno, declarado anarquista, aunque mi padre siempre lo había tildado como un nacionalista que varias veces habría combatido a ambos bandos, tanto a los blancos como a los rojos. El tercer ejército, el más poderoso, ya que estaba apoyado por las potencias ocupantes, era del general Skoropadski, que también buscaba la independencia de Ucrania para liberarse de los rusos. El general pensaba llegar a su meta colaborando con los alemanes, hasta el momento en que llegase la oportunidad, en algún futuro cercano, de poder deshacerse también de ellos.

Las luchas en los campos de batalla eran feroces, las fratricidas siempre más crueles, ya que, como decía mi padre, en ambos lados hablaban el mismo idioma. En los campos de detención las torturas de prisioneros eran aplicadas sistemáticamente por ambos bandos. No existía un frente estable y las ciudades, incluyendo a Odessa, estaban ocupadas periódicamente por diversas facciones, haciendo pagar muy caro a la población civil la desobediencia a los que ostentaban el poder, aunque esto a veces no duraba más de dos o tres días.

Los ejércitos extranjeros de dieciséis países invadieron Rusia en 1919, tratando de poner orden, ayudando a los ejércitos blancos y sobre todo haciendo prospecciones en las regiones ricas en petróleo para poder explotarlas en su provecho propio. En este aspecto los ingleses eran maestros diplomados, y en seguida pidieron que se les entregase el puerto de Bakú a

cambio de su ayuda militar. Los franceses enviaron su flota naval al mar Negro, pero debido al peligro de motines de los marinos la misma fue llamada de vuelta a sus puertos. Los checos, griegos, ingleses y otros ejércitos vinieron del oeste, mientras que en Siberia desembarcaban tropas japonesas, chinas y americanas. Las matanzas llegaban a tomar proporciones y crueldad comparables a las de la edad media.

Los rojos sufrieron constantes derrotas al principio, hasta el momento en que Lenin ordenó a Trotski que organizase el Ejército Rojo. Este fue creado tan rápido y se volvió tan eficaz que fácilmente derrotó a todas las fuerzas invasoras, incluyendo al Ejército Blanco. Si no hubiera sido por las tropas enviadas de Francia al mando del general Weygand, los rojos habrían ocupado nuevamente toda Polonia.

A mi madre le gustaba contarme otro episodio de entonces, que sucedió cuando estaba embarazada de mí; pasaba con una de sus hermanas cerca de la alcaldía de Odessa y, sin pensarlo y sin ninguna intención maliciosa, le dijo : “Mira esto. De nuevo han cambiado la bandera”. Aquel día ondeaba en el mástil la bandera ucraniana azul y amarilla de Petliura. Cada vez que un ejército desalojaba a otro lo primero que hacía era levantar el estandarte de su país o de su grupo. Por desgracia el centinela oyó a mi madre y se enfureció, gritándole: “¡Así que no te gusta nuestra bandera, sucia rusa!”, y le pegó con la culata de su carabina. El golpe fue tan fuerte, y supongo que el susto aún mayor, que las dos hermanas salieron disparadas lo más rápido que pudieron y se pararon solamente cuando ya no oían los insultos del soldado ucraniano. Mi madre me confesó que durante mucho tiempo temía que el golpe podía haberme

afectado. Riéndose cada vez que recordaba aquella escena, me decía y repetía que yo también, ya antes de haber nacido, había participado en la revolución rusa.

Le gustaba referirse también a otro episodio, en el cual por supuesto nosotros dos éramos los protagonistas, aunque yo aún seguía creciendo en su vientre. Cuando las tropas francesas ocuparon Odessa, alguien hizo estallar un depósito de municiones, lo que hizo reventar las bombas por doquier, sobre las casas, los parques y también sobre la gente que pasaba en las calles. Esto, como era de esperar, originó un pánico general de grandes proporciones, ya que los obuses volaban y reventaban por toda la ciudad durante todo un día. Hubo muchos muertos, heridos y gran destrucción de inmuebles, lo que impulsó a mucha gente a marcharse lo más lejos posible del lugar. Mi padre, como siempre, estaba peleando en alguna parte, y mi madre, que era miedosa y siempre reaccionaba de un modo impulsivo, muchas veces sin razonar, enceguecida por el temor que le tenía al peligro, se lanzó también a correr con todos los demás que se escapaban.

Este grupo de asustados siguió corriendo durante varias horas hasta alcanzar los límites de la ciudad, y siguieron así durante todo el día hasta el anochecer, cuando se serenaron, dándose cuenta de que hacía rato que el peligro había pasado y que era tiempo de regresar a sus respectivas casas. Pero, sin percatarse, en su huida se toparon con una banda de merodeadores a caballo, que se dedicaban al pillaje, y aquellos, al verlos tan miserables y miedosos, les tuvieron lástima y no los tocaron. Les dieron algunos gansos que andaban sueltos en una chacra abandonada y les dejaron hacer un fuego para

asarlos, mientras ellos se alejaban a otros horizontes. Era una de esas bandas incontroladas que abundaban entonces en Rusia. Al parecer, había sido otra ocasión en que yo había participado en la revolución antes de haber nacido.

Ya viviendo en París, mi padre me había contado que Lenin tenía un fuerte apoyo de los obreros y de la flota del mar Báltico, donde prevalecían los comunistas y también anarquistas, que al año siguiente haría masacrar, durante la famosa revuelta de marinos. Sin embargo, Lenin no podía contar con la flota del mar Negro, y nunca se atrevió a visitarla, sabiendo que aquellos marinos eran partidarios del poder de los soviets y no del Estado. Mi padre participó activamente en la revolución de febrero de 1917, que destronó a los zares y en la que la república fue proclamada. Había colaborado todo el tiempo con Kerenski, a quien había conocido en París, y luego se hicieron muy amigos, soñando ambos en transformar a Rusia en una democracia similar a la francesa.

Mi padre nunca se cansaba de decirme que, al ser proclamada la república, el pueblo estaba jubiloso, y todos por fin podían sentir cómo reinaba la libertad que nunca habían conocido antes. Esta libertad vino cuando el primer gobierno del partido socialdemócrata se instaló en el Palacio de Invierno de Petrogrado. Así fue llamada entonces, de 1915 a 1925, la capital de Rusia, San Petesburgo, ya que estaba en guerra con Alemania, y esta terminación de “burgo” era muy alemana, razón por la cual la cambiaron por Petrogrado, porque “grado” significa “ciudad” en eslavo. Los socialdemócratas prevalecían entonces, y se les veía en todas partes, aunque había también muchos anarquistas, según mi padre, que llevaban camisas

negras. Eran en su mayoría intelectuales, estudiantes, hasta algunos nobles, pero muy pocos judíos, que formaban un grupo importante en el partido de Lenin. En general, no se sabía nada o muy poco de los comunistas, que trabajaban en la clandestinidad, con una disciplina de hierro. Kerenski era un idealista, pero desgraciadamente su programa político era un poco incoherente y su lema de “¡Ni guerra ni paz!” no llegaba al pueblo. Los soldados rusos, mal equipados y mal alimentados, abandonaban las trincheras, que los alemanes ocupaban de inmediato, ante la gran indignación de los aliados Francia e Inglaterra, con quienes había un pacto de defensa mutua y compromiso para luchar contra el enemigo común hasta la victoria total. Los alemanes empezaron a ocupar posiciones rusas sin disparar un tiro, y ya tenían más de siete millones prisioneros rusos, con cientos de miles de inválidos y enfermos. Muchos soldados abandonaban el frente para integrarse en el ejército de alguna causa ideológica, juntarse a bandas dedicadas al robo y saqueo o simplemente para poder regresar a casa.

Después de unos pocos meses de democracia, ya muy poca gente tenía fe en Kerenski, mientras que los monárquicos se preparaban para la contrarrevolución y los anarquistas se hacían más fuertes. Muchas veces sus filas eran reforzadas por rufianes que se juntaban a ellos con siniestros propósitos, ensuciando su reputación. Gran cantidad de gente del bajo fondo optó por llevar camisas negras, mientras un desorden verdadero empezaba a tomar posesión de todas las esferas, dándoles a los anarquistas durante mucho tiempo la fama no merecida de que en realidad eran ociosos. Esto les restó una buena oportunidad de poder asumir una dirección importante

en la revolución rusa y más tarde también en otras partes del mundo. Kerenski se empeñaba en hacer honor a la promesa dada a Inglaterra y a Francia de seguir luchando contra Alemania hasta su derrota, pero ya era tarde, el ejército ruso estaba desmoralizado y no quedaba ninguna esperanza de poder elevar su capacidad combativa. Durante todo este tiempo los comunistas se organizaban en células secretas, evitando llamar la atención general hasta octubre de 1917, cuando de repente y ante la sorpresa general aparecieron por todas partes armados y decididos.

Por más que se veía a Lenin y a Trotski perorar durante los mítines obreros en las fabricas de Petrogrado y de Moscú, no se los consideraba oponentes peligrosos y tampoco se los veía capaces de tomar el Palacio de Invierno de la capital, que guardaba un batallón de mujeres. Este batallón de mujeres que defendieron a Kerenski estaba formado en su mayor parte por las precursoras del movimiento feminista, casi todas ellas eran jóvenes intelectuales y estudiantes, que quisieron demostrar que las mujeres podían estar a la par de los hombres, en cualquier fase de la vida humana. Ellas creían en su ideal inspirado por el partido socialdemócrata y murieron por él, aplastadas por la superioridad numérica de los comunistas, que después de vencerlas exterminaron sin piedad al componente de toda la unidad.

Alexánder Fedoróvich Kerenski se quedó en el Palacio de Invierno hasta el último momento, pero cuando vio a la turba comunista irrumpiendo en su residencia, se asustó y escapó por una puerta lateral del edificio que usaba la servidumbre, y para más seguridad lo hizo disfrazado de mujer. Después de

esto, durante mucho tiempo aún los comunistas se burlaban de sus enemigos, los “contrarrevolucionarios”, ya que así tildaban a los socialdemócratas por escaparse como “mujeres” ante el peligro. Ellos no querían reconocer que aquellos también eran marxistas, los bolcheviques querían poner en evidencia que aquellos no eran más que traidores de la causa del pueblo.

Kerenski pudo durante un tiempo esconderse en Rusia, pero al observar que los comunistas estaban bien afianzados en el poder, y al ver a sus camaradas y amigos perseguidos, acosados y fusilados, consiguió eludir al Ejército Rojo que lo buscaba refugiándose en Finlandia, que había recobrado su independencia recientemente. Después de unos trámites penosos hechos por socialistas franceses, pudo emigrar a Francia, donde le dieron el derecho de asilo político.

Los alemanes aún a fines de 1917 estaban convencidos de que tenían la posibilidad de ganar la guerra, sobre todo al ver el frente del este desmoronarse, corroído por la guerra y las revoluciones.

Cuando llegó la revolución de febrero de 1917, Lenin estaba viviendo como refugiado político en Suiza y quiso retornar a Rusia, pero no podía hacerlo sin pasar por territorios ocupados por los alemanes o sus aliados, que por supuesto odiaban al comunismo. Fue entonces que se jugó un movimiento de ajedrez político, quizás el más importante del siglo XX. Era imprescindible para Lenin regresar a Rusia para llevar a cabo su revolución marxista, y a los alemanes, que, aunque lo despreciaban, querían a toda costa y por todos los medios destruir el poder militar ruso, se les presentó la oportunidad

que buscaban, que era para ventaja mutua. Después de negociaciones secretas, el káiser envió a Lenin en un vagón sellado a Rusia. Ambos bandos sabían lo que hacían, ya que lo habían analizado fríamente y aceptaban asumir la responsabilidad del riesgo. Una vez en Rusia y después de derrotar a Kerenski durante la revolución del 26 de octubre (del viejo calendario; el 7 de noviembre de 1917, según el nuevo), Lenin firmó el vergonzoso tratado de paz con Alemania de Brest-Litovsk. Este acto fue visto por todo el mundo no solamente como una rendición incondicional, sino también como una humillación, ya que se estipulaba la entrega a los teutones de ciento noventa toneladas de oro (que al final de la guerra se apropiaron los aliados), el visto bueno para la ocupación de Ucrania y aceptar el hundimiento de la flota de guerra del mar Negro. Lenin, para defender este armisticio, solía decir: “Denme un pedazo de tierra en paz, en ella construiré el comunismo”. Su fiel amigo, colaborador, idealista y creador del Ejército Rojo, León Trotski, no estaba de acuerdo, diciendo que mientras exista el capitalismo no sería posible establecer el comunismo verdadero, ya que ambos sistemas no podían coexistir juntos, y era necesario instaurar una revolución permanente en todo el mundo hasta la victoria final.

En cierto modo, en el aspecto teórico de su razonamiento Trotski tuvo razón, ya que es imposible implantar el comunismo en un país rodeado de regímenes capitalistas, y la historia le dio la razón, aunque aún queda por ver si es posible hacer una revolución universal tal como él y los trotskistas pronostican. Sus ideas tuvieron un semblante de éxito después de la guerra, cuando en varios países como Alemania, Hungría

y Austria surgieron revueltas. En la flota francesa, enviada al mar Negro para ayudar al Ejército Blanco en su lucha contra los bolcheviques, se produjo en abril de 1919 en Odessa y Sebastopol una rebelión encabezada por el marino André Marty. La magnitud de dicha sublevación fue tal que el gobierno francés tuvo que llamar a la escuadra de vuelta a Francia. Los insubordinados fueron juzgados y enviados a trabajos forzados. A André Marty le fue conmutada su pena después de varios años de cárcel, y se convirtió en uno de los más prominentes dirigentes del partido comunista francés y luego en uno de los organizadores de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. Muchos años más tarde, cuando yo estaba luchando en España, tuve el honor de conocerlo en Madrid durante una de sus arengas políticas. En Rusia, mientras tanto, no hubo que esperar mucho para ver las consecuencias del tratado de Brest-Litovsk. El comandante barón Von Eihgorn, con seiscientos mil soldados germano-austrohúngaros, invadió Ucrania con la complicidad del getman (caudillo) ucraniano Pablo Skoropatski, implantando un verdadero reino de terror contra los marxistas.

Mi padre no le tenía fe a la dictadura del proletariado, decía que él no había participado en la revolución de febrero para deshacerse del despotismo de la monarquía para reemplazarlo por otro tipo de tiranía. Decía muy a menudo: “Una dictadura es siempre una dictadura, sea de la izquierda o de la derecha. Yo luché por la libertad del individuo y no para imponer otro tipo de opresión”. Muchas veces mi padre me dijo que aquel momento fue el más difícil de su vida, cuando tenía que tomar una decisión. La mayoría de los socialdemócratas no sabían qué hacer, era un dilema inconmensurable para toda la

izquierda intelectual, los que toda su vida habían luchado contra el despotismo zarista, con el anhelo de brindar la libertad y la democracia al pueblo ruso. Porque ellos habían conseguido derrocar a la monarquía, el zar había abdicado, pero la democracia que consiguieron implantar con Kerenski fue derrotada y les quedaban ahora, solamente, dos penosas alternativas: tenían que elegir sin falta entre las dos fuerzas poderosas que se enfrentaban, y ninguna de ellas resultaba aceptable a su ideal político. De un lado estaba el Ejército Blanco, compuesto en su mayoría por oficiales del viejo régimen, los monárquicos, los nobles, la clase media, terratenientes acaudalados y campesinos muy creyentes que pensaban que defendían a la sagrada madre patria rusa. De otro lado estaba el Ejército Rojo, organizado por Trotski, formado por marxistas, muchos intelectuales, marinos, soldados, obreros y pocos campesinos, que no se sentían atraídos por el comunismo ateo. En esta situación de incertidumbre y de indecisión se encontraban, además de mi padre, otros miles de liberales como él, socialdemócratas, social revolucionarios, mencheviques, republicanos, anarquistas y algunos que debían juntarse a un grupo u otro, ya que no podían permanecer neutros, estaban demasiado comprometidos, y podían ser arrasados sin piedad si no se agrupaban para cubrirse. Era, por tanto, una decisión muy difícil, ya que si se aliaban con los monárquicos -sus enemigos de ayer- iban a luchar contra sus camaradas marxistas, y si se enrolaban en el Ejército Rojo, iban a servir con los que derrotaron al régimen que ellos habían implantado con Kerenski y que ahora encarcelaban a sus camaradas. Muchos de los amigos de mi padre se unieron a los bolcheviques, mientras que otros, como él, después de pensarlo mucho, se

juntaron al Ejército Blanco de Denikin. Este antagonismo entre los comunistas, marxistas, trotskistas y los anarquistas prevaleció durante mucho tiempo, no solamente en la revolución rusa, sino también durante la guerra civil española.

En un plazo muy corto el Ejército Rojo, orgullo de su creador Trotski, implantó una disciplina tal que, también gracias a la ayuda de algunos oficiales de carrera que abrazaron su causa, consiguieron no solamente derrotar a los ejércitos blancos, sino también a las dieciséis naciones que invadieron Rusia. Así las cosas, a finales de 1923, prácticamente no existía ninguna resistencia de cierta importancia contra el régimen comunista de Lenin.

El general Denikin, en cuyas filas estuvo mi padre, combatió hasta 1920. Después, el almirante Kolchak siguió la lucha hasta que fue derrotado y fusilado por los bolcheviques en 1922, y al final el general Wrangel también intentó oponerse sin éxito contra los rojos. De 1920 hasta 1926, para evitar la deportación, prisión o muerte más de tres millones de refugiados se escaparon de Rusia desparramándose por Europa y varios países americanos. Entre ellos estaba mi padre, y un año más tarde pudo arreglarlo para que mi madre, mi hermana Maya, de meses, y yo, saliéramos también para exiliarnos a Alemania y luego a Francia.

LIBRO II



Restaurante Caucase (de mi padre). De izda. a dcha.: mi madre María; Sofía con su esposo Mijail Aznavourian; Kiril Andreyevich (mi padre); y de pie el baman Boris Kazazbachian. París 1934.

5. EN TREN

Mucho antes de mi nacimiento y antes de casarse, como lo habían hecho nuestros antepasados durante dos siglos, mi padre ya servía en la marina de guerra del mar Negro. Él, junto con una buena parte de intelectuales y oficiales nobles rusos, ya no le tenía fe a la monarquía autócrata, ni tampoco al tipo de gobierno que había dominado Rusia cerca de mil años. Las intrigas de la corte, con la influencia nefasta de Rasputín y la zarina alemana, creaban una sensación de oprobio que ganaba poco a poco todas las esferas intelectuales rusas. Mi padre, de ideas liberales, había sido influido por un tío lejano que pasó más de diez años exiliado en París y que le había contado detalladamente las actividades de uno de nuestros antepasados, Modesto Burenko, que había participado en la rebelión dirigida contra el zar Alejandro I ocurrida en diciembre de 1825, y conocida con el nombre de Rebelión de los Dekabristas, palabra que significa “del mes de diciembre”. Este antepasado, incitado por su tío, capitán Bogdan Burenko, que era republicano, se apasionó por la Revolución Francesa, como muchos otros liberales rusos que procuraban mejorar la vida del pueblo ruso, que tanto había sufrido a través de los siglos de su penosa historia. Mi padre, a quien encantó la lectura hasta los últimos días de su vida, estaba especialmente

impresionado por los acontecimientos que siguieron después de la Revolución Francesa, que indirectamente influyeron en los ánimos sedientos de la intelectualidad rusa. Esto ocurrió cuando Napoleón fue derrotado y los ejércitos rusos ocuparon París hasta el año 1823; y mientras los soldados y cosacos rusos se divertían y bebían en la capital francesa, los oficiales, o por lo menos aquellos que tenían inclinaciones liberales, estudiaban la democracia gala, lo que les resultaba fácil, ya que casi todos hablaban francés, que era el idioma de la corte y de la clase aristocrática. Esta situación provocó un intercambio interesante entre ambos pueblos, ya que mientras los rusos aprendían a valorar el liberalismo francés, los habitantes del país ocupado iban agregando nuevas expresiones a su diccionario. Una de ellas fue la palabra “bistró”, que se usa ahora a nivel internacional para significar “bar”, “café” u otros establecimientos que despachan bebidas en el mostrador. El origen fue muy simple pero original. Empezó cuando los soldados rusos, al pasar cerca de una taberna, y queriendo tomar un trago apurados, le decían con gestos amenazadores al mozo “bistró”, que significa “rápido” en ruso, quedando grabada dicha palabra para siempre, como sinónimo de bar.

Cuando las tropas rusas fueron llamadas de vuelta a su país en 1823, algunos militares, seducidos por la idea de la democracia, empezaron a conspirar contra el zarismo, con intención de instalar en su lugar un tipo de gobierno liberal, similar al que funcionaba en Francia. La fecha de la revuelta había sido planeada para el 25 de diciembre de 1825, pero solamente unos tres mil “dekabristas” se presentaron frente al Palacio de Invierno en San Petersburgo, sin ninguna organización ni preparación adecuada y con la completa

indiferencia del pueblo ruso, que era políticamente muy apático. La mayoría de los revoltosos fueron apresados casi sin lucha, de los cuales varios centenares fueron juzgados y ahorcados, mientras que los demás fueron enviados al destierro en Siberia. Uno de ellos era nuestro antepasado, de quien nunca se supo nada más.

Creo que el momento crucial de la vida política de mi padre fue cuando, aún siendo cadete de la Academia Naval, lo enviaron con un grupo de otros estudiantes a París, donde por mera coincidencia conoció a Kerenski, con quien hizo amistad, por más que aquel le llevaba unos quince años -hablo del año 1912, antes de la guerra, cuando mi padre tenía 17 años- Al estallar la revolución de febrero de 1917, mi padre, que era ya oficial de marina en el crucero Emperatriz Elizabeta, se plegó al movimiento respaldando a Kerenski, con quien siguió en contacto mediante una correspondencia muy intensa y confidencial. Aquel fue nombrado primer ministro del Gobierno Provisional y comandante en jefe de la República, obligando al zar Nicolás II a abdicar del trono e ir al exilio. Cuando Kerenski vino a inspeccionar la flota del mar Negro, que estaba anclada en el puerto de Sebastopol, mi padre asumió el mando bajo su dirección.

Mi padre era ateo de varias generaciones (llamándose más bien volteriano), y por consiguiente nunca íbamos a la iglesia. Siempre me daban lástima y me resultaban dignos de piedad los que iban a rezar, pareciéndome que eran diferentes de mí. Me acuerdo, aún muy joven pero con bastante capacidad de retener en mi memoria, de cómo todo el mundo se jactaba de ser comunista, bolchevique, soldado de la guardia roja, y Lenin

estaba puesto a la altura de un dios. Una vez, jugando con un chico de mi edad que vivía en la misma calle enfrente de nuestra casa y que se llamaba Vania, le dije, jactándome también, como lo oía hacer a los grandes, que “mi papá era un soldado rojo”. Pero ante mi sorpresa, mi amiguito, después de escudriñar atentamente alrededor suyo para ver si alguien nos escuchaba, me dijo en voz baja: “¡No es verdad! Mi papá dice que tu papá era un oficial blanco, como él mismo, pero que era un secreto de familia, y no debemos decirlo a nadie”. Cuando luego le conté a mi madre lo que me había dicho Vania, toda asustada me retó, diciéndome que nunca hablara de estas cosas, y mucho menos dijera que mi padre fue blanco. En realidad entonces yo no podía distinguir muy bien entre rojos y blancos, ¡aunque era tan romántico ser un oficial blanco! Lo vi. Una vez en el teatro, cuando mi madre me llevó para ver una representación, en la cual un oficial blanco se había enamorado de una dama que lo delató y terminaron por fusilarlo. Yo me decía a mí mismo que era tan hermoso ser fusilado llevando un uniforme tan llamativo y ser blanco.

Me acuerdo también de cómo una vez en 1924 las sirenas empezaron a ulular y vi cómo todo el mundo se paraba, quedaban como paralizados y silenciosos un buen rato, y sentí a algunas viejitas susurrando: “Murió Lenin. Lenin ha muerto”, y se hacían la señal de la cruz. Todos los semblantes estaban tensos y parecían asustados.

Observé en otra oportunidad que mi madre se volvía más y más gorda, mientras que sus movimientos se hacían más lentos, y parecía que todos los que estaban alrededor de nosotros le proporcionaban una atención especial. Me

extrañaba que no fuese a ver al doctor, que no se quejase y que tampoco dijese que estaba enferma, hasta que una tarde mi tía Grafa vino a buscarme, diciéndome que iba a pasar la noche en su casa. Esta noticia me llenó de alegría, ya que me daría una vez más la oportunidad de jugar con mi primo Kolia, a quien en cierto modo yo adoraba.

Cuando estuvimos en la casa de mi tía Grafa, y durante la cena, ella me preguntó si quería tener un hermanito o una hermanita. A mí en realidad no me importaba nada, ya que no me acordaba de haber tenido hermanos, con excepción del hombrecito de la jaula, que mi madre había dicho era mi hermanito, aunque lo recordaba poco y nunca jugué con él. También sabía lo que mi madre me contaba de mi hermanita Tamara, pero ella murió antes de que yo naciera y no la conocí, así que nunca había tenido hermanitos con quienes hubiera jugado. Pero cuando regresamos al día siguiente, que era el 23 de abril de 1925, me enteré que mi hermanita, a quién llamaron Maya, había nacido en la madrugada. Una sensación nueva y curiosa me había invadido, diciéndome con orgullo: “Ahora tengo una hermanita”, mientras que mi padre, que había venido de un modo clandestino, como hacía muy a menudo, decía muy grave que ahora ella nos iba a traer suerte.

Nunca había visto a mi padre tan emocionado antes, y me sorprendió, ya que de naturaleza era más bien frío, y el hecho de que expresara dichos sentimientos abiertamente me hizo sentir celoso por primera vez en mi corta vida. Me parecía de repente que había dejado de existir y que toda la atención se había volcado hacia mi hermanita.

6. EL VIEJO AMIGO GRIMBERG

Durante los primeros años posteriores a la revolución, y hasta el día de nuestra salida en 1926 de Rusia -o la Unión Soviética, como se llamaba ya entonces-, los espíritus aún no se habían asentado y parecía que cada uno procuraba encontrarse a sí mismo. Con el vergonzoso tratado de Brest-Litovsk que Lenin había firmado el 3 de marzo de 1918 con Alemania, librándoles toda Ucrania, que fue de inmediato invadida por un cuerpo expedicionario, se acrecentaba aún más la confusión que ya reinaba por las luchas de tantas facciones que se desarrollaban en Rusia. Era muy difícil entonces saber de qué lado estaba el vecino, o un pariente que podía estar peleando en alguna parte en un frente desconocido, ya que cuando regresaban -o más bien se deslizaban- a sus casas, llevaban siempre trajes civiles y muy raramente militares.

Parecía que lo que me contaba mi madre cuando ya vivíamos en París habría sucedido en los primeros días de 1919, cuando era recién nacido y estaba acostado en la cuna. Mi padre habría venido furtivo del frente, vestido de paisano, después de una ausencia de varios meses, trayendo esta vez consigo un fusil.

Las fuerzas de ocupación alemanas, con la complicidad de sus lacayos, los nacionalistas ucranianos del ataman Skoropatski, habían hecho aparecer un decreto que obligaba a todos los habitantes, bajo la pena de ser fusilados en el acto, a entregarles de inmediato todas las armas de fuego. Parece que aquella noche, cuando mi padre se deslizaba en la casa, algún vecino lo vio y lo denunció a las autoridades alemanas de ocupación. Como precaución, tan pronto como llegó a casa, mi padre escondió su fusil entre las planchas del piso, y cuando los alemanes irrumpieron gritándole: “¡El cañón, el cañón, ruso cochino, el cañón o la muerte!”, mi padre se hacía el tonto, negando que tuviera algún “cañón”. Los soldados del ejército expedicionario austrohúngaro-alemán casi echan toda la casa abajo, sin poder encontrar el fusil, lo que de haber sucedido le hubiera costado a mi padre la vida. Mi madre, con lágrimas en los ojos suplicantes, le rogaba con la mirada, señalando a mi cuna para ablandarlo, pidiéndole con su seña muda que entregara el fusil a los alemanes. Después un par de horas y tras romper todos los muebles, los invasores se fueron; mi padre le explicó a mi madre que él quería seguir luchando y que las armas eran muy escasas.

Aquella vez, como las anteriores, se quedó solamente un par de días en casa y regresó al frente. La palabra “frente” era un lugar muy vago, ya que durante la revolución rusa había varios frentes y, sobre todo, mucha confusión. Cuando crecí, consideré repetidamente que tal vez mi padre pensó más de una vez si no valía la pena cambiar de frente, pero nunca hablamos de esto y, en general, era muy ambiguo para entrar en detalles acerca de ciertos aspectos de la guerra civil, que fue según él la época en la que sufrió la peor lucha interna,

tratando de ver si hacía lo que debía hacer o si estaba equivocado. Muchos años más tarde, ya en la Argentina, durante una de nuestras tantas veladas que se prolongaban hasta entrada la noche, mientras tomábamos vino en Tucumán, me dijo una vez: “Yo era republicano, no quería la monarquía, pero tampoco quería estar con Trotski, y menos con Lenin. Tuve que luchar contra el nacionalista ucraniano Petliura y el anarquista Makhno; pero cuando estaba con el general Denikin me di cuenta de que la mayoría de mis camaradas de armas eran conservadores y monárquicos. ¡Con los comunistas era el extremo! Era una época en que era muy difícil tomar una decisión, quiero decir, una buena decisión, sin tener que lamentarlo después”.

Hacia 1920, Lenin se sentía fuerte y decidió transferir la capital de la Unión Soviética de Petrogrado a Moscú. Seguían las luchas en varios sectores de Rusia y del Cáucaso, pero poco a poco los alemanes habían sido barridos de Ucrania, dejando gran cantidad de material y muchas tumbas de sus soldados enterrados en aquel país. Rusia -o la Unión Soviética- estaba en ruinas, la industria destruida, el campo medio abandonado, el hambre reinaba por doquier y era casi imposible organizar un país en estas condiciones, con millones de huérfanos y más de cinco millones de amputados de guerra. El NEP (Nuevo Programa Económico), implantado por Lenin por un periodo de tiempo aún no determinado, ya estaba dando resultados e impulsaba al comercio y a la pequeña industria a proveer de productos de primera necesidad al pueblo. Me contaron más tarde que en aquella época había gran escasez de botellas, y para conseguirlas algunos comerciantes astutos, aprovechando el hecho de que entonces se había pescado una cantidad

enorme de róbalo, los compraron a todos los pescadores, los ahumaron y empezaron a cambiarlos por botellas. Aún oigo el grito de los vendedores callejeros, que aparecían de todos los rincones empujando sus carretillas llenas de pescado ahumado, aullando lo que más podían: “Cambio róbalo por botellas vacías”.

El NEP aún siguió funcionando dos años después de la muerte de Lenin, y ayudó muchísimo a mejorar la situación económica del país y sobre todo a aliviar el sufrimiento del pueblo. A los que se enriquecían se les llamaba “los capitalistas rojos”, pero cuando Stalin se convirtió en el nuevo amo de la Unión Soviética, lo primero que hizo fue anularlo; luego, después de 1926, se empezó a sentir toda la dureza de su dictadura. Mi padre ya estaba “afuera”, aprovechando la libertad provisional que se había brindado a los ciudadanos que iban a hacer negocios en el extranjero.

Me acuerdo de que a mediados de ese mismo año hubo mucho alboroto en casa, con todos los familiares alerta, hasta que llegaron varios carruajes tirados por caballos, para nosotros y todos los parientes que iban a despedirnos en la estación de ferrocarril de Odessa. Vino el tren tan esperado, cargamos nuestros pertrechos en el vagón y salimos hacia el este (autor: oeste). Mi hermanita tenía casi un año y yo siete. Cuando el tren dejó la estación, yo no sabía que me llevaría más de sesenta años volver a visitar el país donde había nacido, y que para mí ya sería extraño. Quiero decir que para entonces, a la hora del retorno, ya no me sentía atado a dicha nación, desorganizada, atrofiada, dividida, humillada, gobernada por sinvergüenzas oportunistas, que habían comenzado su carrera

en el partido comunista desde la infancia, cuando sus padres campesinos se dieron cuenta de que ser miembro del partido representaba elitismo, y empezaron a formar la nomenklatura. Una vez “arriba”, ellos aprendieron muy rápido con su atisbo de buitres a ver dónde calentaba el sol, y a la primera oportunidad, cuando se hizo conveniente, se volcaron al “capitalismo” y a la “mafia”. Tampoco podía sentirme ligado al populacho bruto que veía por las calles, maleducados y apáticos, cuando los comparaba con mis compatriotas idealistas que había conocido durante mi infancia en la Rusia verdadera, que guardaba en mi corazón, o a los nobles emigrantes que vivían en Francia y otros países y que seguían haciendo honor a la nacionalidad rusa.

La tercera y última vez que fui a Rusia fue en 1993 y me di cuenta entonces de que un pueblo capaz de tolerar a un déspota, borracho, inepto e idiota como Yeltsin no se iba a levantar nunca, y seguiré siendo hasta la muerte un *frantzuz*, como me apodaba mi padre. Sin saber por qué, se me presentaba a la mente el recuerdo de mi padre con su sonrisita tan particular diciéndome: “¡Te lo había dicho!”.

7. MEJOR EN HAMBURGO

No me voy a olvidar jamás de mi primer viaje en tren, cuando salimos los tres, mi madre, mi hermana Maya y yo, de Odessa a Berlín, con una parada de una hora en Varsovia. Aún veía como en sueños a todos nuestros familiares que vinieron a despedirnos, y fue al cabo de los años que supe lo que era “despedirse a la rusa”, rito que no terminaba nunca. Todavía oía los comentarios de la hermana de mi madre, Grafa, mi tía favorita, que decía lamentándose cómo había cambiado su hermano menor, Iván. Este, siendo chico, adoraba a mi padre por haber participado en la revolución de febrero de 1917 con Kerenski y lo idealizaba también por saberlo de viejo linaje de militares profesionales que habían servido en la marina imperial rusa durante muchas generaciones, hasta que el propio Iván se hizo miembro de la juventud comunista y desde entonces su actitud cambió completamente, y hasta terminó por odiarlo. Se me quedaron grabadas en la mente las caras llorosas de los que nos acompañaban y a los que nunca más volvería a ver.

Me impresionaba mucho el monstruo metálico en el que viajábamos y que parecía volar en el espacio, tragando distancias. Era la primera vez que estaba en un tren, y no

paraba de maravillarme, no solamente por los vehículos, su tamaño enorme y su limpieza, sino también por poder ver cómo desfilaba el paisaje, mirando por la ventana. Ni siquiera me daba cuenta del tiempo que pasaba, hasta que nos paramos en la enorme estación de Varsovia. Mi madre, que aún conservaba algunas monedas de plata del tiempo del zar, me dio una de ellas y me envió al andén para comprar algo de comer, ya que habíamos comido todo lo que trajimos con nosotros y empezábamos a sentir hambre. En la estación polaca había un emplazamiento con muchos vendedores de comestibles y allí me envió, para que encontrara a alguno de ellos y me lo cambiase por algo de comer.

La guerra entre la Unión Soviética y Polonia había terminado hacía pocos años y los mutuos resentimientos aún reinaban en el ambiente, sobre todo del lado de los polacos, que habían sido divididos varias veces entre los poderosos vecinos, privándolos de sus anhelos de independencia, tan innatos en cualquier pueblo. El vendedor de la estación al cual me acerqué me miró con desprecio, dándome un sándwich de salchicha y diciéndome en polaco para que viera que no le interesaba hablar ruso conmigo: “Es todo lo que te puedo dar por tu viejo rublo”.

Era tarde ya y los tres quedamos adormecidos, arrullados por el ruido monótono de las ruedas de los vagones pasando por los rieles, y nunca sabré si nuestra pobre cena alivió el hambre o si era el cansancio el causante de nuestra lasitud.

Nunca supe la razón por la cual mi memoria era reluctante a guardar grabada con más intensidad nuestra estancia en

Alemania que la de nuestra vida en Francia, que siempre consideré como mi país. Es tanto más curioso cuanto que fue Alemania (Berlín y Hamburgo) el primer sitio fuera de Odessa que llegué a conocer. En Berlín cumplí ocho años, y veo con nitidez casi todos los episodios de nuestra vida en Alemania, aunque durante un tiempo parecí sufrir de una pereza mental que se negaba a traer recuerdos de aquel hermoso país, que aún padecía las consecuencias de haber perdido la guerra mundial y, sobre todo, el prestigio del que había gozado. No era solamente la derrota lo que contaba, sino el hecho de haber llegado a un punto crucial en la historia alemana, que en pocos años iba cambiar completamente el curso no solo de aquel país, sino también del mundo entero.

Era demasiado joven para comprender cómo un país que perdió seis millones de soldados, además de tener otros cuatro millones de inválidos de guerra, sin contar a los innumerables huérfanos y viudas, pudo recuperarse en tan pocos años. Yo ignoraba entonces que cuando Alemania perdió la guerra, el 11 de noviembre de 1918, el káiser abdicó y se instaló la República de Weimar. Los aliados, sobre todo Francia e Inglaterra, presionaban sin cesar al país vencido, exigiendo el pago de reparaciones de guerra desproporcionadas. De no haber sido por el presidente americano Wilson, que se interpuso pidiendo con firmeza que no se hicieran más demandas a Alemania, aquel país habría sucumbido a un caos completo. La devaluación del marco fue tal que más tarde he visto estampillas de correo de varios miles de millones de marcos, como franqueo para enviar una simple carta. De hecho, la situación económica llegó a ser tan mala que hasta el canibalismo discreto y por supuesto ilegal se practicaba en

ciertos lugares, para poder suministrar comida al pueblo hambriento. Con toda esta tragedia, la vida nocturna había florecido y Berlín se había transformado en un centro muy importante de entretenimiento, quizá el más bullicioso de toda la Europa de aquel tiempo. Todo esto no lo habíamos visto, aunque yo pude percibir algunas consecuencias de la guerra en Odessa, que me parecían muy similares en Alemania.

Casi de inmediato, me di cuenta de que las relaciones entre mis padres habían cambiado sensiblemente y no para mejor. Mi padre, que se acostumbró a vivir solo durante los largos años de la guerra y de la revolución, seguidos de sus largas ausencias dentro de Rusia y países extranjeros, no podía de inmediato asimilar la situación de hombre casado, con hijos y responsabilidades. Se podría agregar además que también la incertidumbre económica debía de influir mucho en su modo de ser y en su humor. Lo que entonces comprendía era que mi madre le reprochaba a mi padre, sobre todo, su infidelidad matrimonial, y gracias a su sexto sentido femenino sentía o adivinaba que él debía de tener alguna amante o algo por el estilo. Aunque trataban de ser muy discretos en nuestra presencia, más de una vez levantaban la voz, lo que hacía patente que la discusión entre ellos era violenta.

Entre los nuevos amigos que mi padre traía a casa, había uno que mi madre odiaba; era Jacobo Berger, con quien siempre buscaban cómo ganar dinero, acaparándolo de cierto modo, y de quien mi madre sospechaba que era el intrigante responsable de que mi padre -según ella- tuviera una amante. Lo que digo ahora lo supe muchos años más tarde, en parte en Francia, y hasta algunas cosas en la Argentina.

Había que comprender que, como consecuencia de la revolución rusa, tres millones de emigrados rusos se desparramaron por Estados Unidos y por Europa, sobre todo en Francia, que concedió asilo a gran parte de ellos. La mayoría eran nobles, aristócratas, intelectuales o militares, con pocas habilidades para el negocio. Una vez en el extranjero, lo único que poseían eran joyas, que casi todos habían traído escondidas, como el único modo de salvar lo que habían poseído en Rusia. Lamentablemente poco a poco el dinero que podían conseguir con su venta se terminaba y era necesario hacer algo para poder seguir viviendo. Tal vez esta preocupación acrecentaba también el nerviosismo de mi padre, con la posible falta de comprensión por parte de mi madre.

En las grandes ciudades de Alemania, como Berlín y Hamburgo, algunos poseían pisos enteros en grandes edificios, subalquilando algunos cuartos, con derecho a cocina y al cuarto de baño. Fue en uno de esos edificios, en un barrio muy tranquilo con arboleda, donde mis padres arrendaron dos cuartos. Nos llevábamos muy bien con el propietario y su pequeña familia. Él también era veterano de guerra, y muchas veces se juntaba con mi padre para tomar cerveza, hablaban mucho de política y, sobre todo, se lamentaban de que Alemania y Rusia hubieran tenido que pelear entre ellos, cuando entre ambos países podrían haber conquistado el mundo entero. Por ciertas razones que nunca comprendí, ambos odiaban a los polacos, por haber traicionado según ellos a ambos países, y supongo que las grandes porciones de cerveza que ambos degustaban acrecentaban el ánimo de la discusión, que, aunque casi siempre era amable, a veces no

terminaba tan amablemente. Mi madre se llevaba muy bien con la dueña de casa y yo me hice muy amigo del hijo de los dueños, Kurt, que tenía mi edad y de quien me volví inseparable.

Después de haber permanecido en Berlín durante un año, me di cuenta de que las joyas estaban a punto de terminarse, lo que empezó a preocupar a mis padres, que se juntaban cada vez más a menudo, susurrando que tenían que tomar una decisión para salir a flote, ya que el dinero se acababa y no tenían más recursos económicos. Mi padre, como buen oficial de marina, era completamente incompetente para ganarse la vida, ya que no conocía ningún oficio, salvo el militar, que en aquel tiempo sobraba por millones en toda Europa, llena como estaba de veteranos de guerra.

Me acuerdo muy bien de cómo una tarde mi padre volvió a casa en compañía de un viejo amigo de Odessa, que yo no conocía, pero de quien mi madre se acordaba muy bien, y que era Sam Grimberg (lo menciono ya que durante aquella velada fue sellado para siempre nuestro futuro). Si la memoria no me falla la conversación habría sido así:

- Dime, Kiriuja -era un diminutivo del nombre de mi padre que usaban solamente amigos muy íntimos-, ¿qué le sucedió a tu tío, el que tenía la fábrica de corcho en la entrada del gran camino a Odessa?

- Se ve que te fuiste hace varios años de nuestra incomparable Odessa, mi querido Sammy -dijo mi padre, tomando un trago de vino-, ya que de lo contrario sabrías que

todas las fábricas de cierto tamaño fueron requisadas por el poder soviético, y por supuesto también la de mi tío Aliosha. Te acordarás de que tenía más de doscientos obreros y fabricaba corchos para grandes vinerías. Fue un golpe terrible para él, cuando vinieron a ocupar su fábrica y un mecánico incompetente fue nombrado director del establecimiento.

- ¿Entonces no se retiró a la dacha tu tío? -le preguntó mi madre-. Porque recuerdo que también le quitaron la casa que poseía en la Deribasovska y el pobre se fue, junto con la mujer ya vieja, a vivir a la casita que tenían en el campo, que pocas veces visitaban antes, ya que estaba medio destartada.

- ¿Por qué me hablas de esto, Sammy? -preguntó mi padre.

- Espera un poco, lo sabrás muy pronto. Ahora dime, Kiriuja, cuando eras chico, durante las vacaciones, te ibas a jugar días enteros a la fábrica de tu tío favorito, que te mimaba. Me acuerdo de que los obreros también te querían, y te paseaban en las vagonetas cargadas de corcho. Una vez me llevaste a la fábrica y pasamos un día memorable.

- Sí, me acuerdo muy bien, y a tal punto que, después de que te fueras, mi tío, por más que me quería, me dio un tirón de orejas por distraer a sus obreros.

- Dime Kiriuja, ¿aprendiste algo de la industria del corcho? -habría preguntado Sam.

- No voy a jactarme de que me volviera un especialista, pero aprendí bastante, ya que los obreros, y especialmente el encargado, al ver que era curioso, me enseñaban todo lo

relacionado con esa industria. Pero ¿a qué viene todo este interrogatorio sobre los corchos?

- Bueno, Kiriuja, aquí viene la explicación. Como sabrás, estoy en el negocio de importación y exportación desde que me vine a Berlín hace tres años y, como conservo mis contactos en Rusia, conseguí un gran pedido de alcornoque para fábricas de corchos en la Unión Soviética, pero ni siquiera se dónde se consiguen dichos tapones ni de dónde vienen ni cómo son. A lo cual por supuesto mi padre se echó a reír y le dijo a su amigo Sam que el corcho en planchas se sacaba de una especie de roble, que crecía en España, Portugal y África del Norte.

Aquella noche mis padres, una vez solos, se quedaron hasta muy tarde hablando del asunto que había traído el viejo amigo de infancia de mi padre, Sam Grimberg. Mi padre empezaría a trabajar con su amigo; le conseguiría enormes cantidades de corcho en planchas y se encargaría de viajar a los países productores para controlar la calidad y concretar las operaciones.

8. EL FUTURO SE LLAMA PARÍS

Comprendí entonces, por la alegría de mis padres, que íbamos a cambiar completamente nuestro tipo de vida, y que mi padre, militar de vieja familia de militares, se iba a transformar en técnico/comerciante. Lo que no me gustaba de toda esta situación era que nos íbamos a mudar a Hamburgo, que era un puerto, donde mi padre tendría su oficina en la compañía Grimberg Hermanos, pero yo tendría que separarme de mi amiguito de juegos Kurt. Por supuesto entonces yo no sabía nada ni tampoco me interesaba saber lo que sucedía en Alemania, ni que Hitler ya se levantaba poco a poco, o que Mussolini era dictador de Italia.

Entré directamente en el engranaje de la nueva vida sin dudar, y en seguida me hice de nuevo amigos, tanto más cuanto llegué a hablar alemán tan bien que cualquiera me tomaba por un pequeño teutón berlinés, y cuando nos mudamos a Hamburgo los chicos en la escuela no querían creer que no era alemán.

Teníamos ahora un departamento entero para nosotros muy amplio, y muchas veces mis padres decían que casi se sentían como en su casa, aquella que tenían en Rusia antes de que la

revolución la requisara. Mi padre comenzó a viajar al extranjero, y parece que su colaboración con los hermanos Grimberg era muy provechosa; aparecía más dinero en casa y mi madre se encargaba de ponerlo a buen recaudo; hasta ese momento, aunque llevábamos ropa siempre limpia, estaba bien gastada y pasada de moda y nuestra madre se ocupó de reemplazarla por lo más moderno que pudo encontrar. Nuestro círculo social fue ampliándose, venía más gente a visitarnos y más a menudo, lo que deleitaba a mi madre, que se regocijaba por poder preparar manjares para todos estos distinguidos huéspedes que frecuentaban nuestro hogar.

Alexánder Fedoróvich Kerenski, el ex primer ministro de Rusia, aparecía muy frecuentemente, casi siempre acompañado por Ilia Fedoróvich Fondaminski, que había sido el comisario político de la flota del mar Negro y muy amigo de mi padre, aún del tiempo glorioso de la revolución de febrero de 1917. Venían también algunos nobles de abolengo real, pero, como comprendí entonces, y me fue corroborado mucho más tarde, todos ellos eran de tendencias izquierdistas, liberales, como ellos se llamaban a sí mismos, refiriéndose con mofa irónica a los “otros” como reaccionarios. Hubo una frase que escuché repetidamente desde entonces, y durante muchos años después en nuestra vida de exilio: “Ellos aún piensan que van a regresar a Rusia montando un caballo blanco, que les van a devolver los miles de hectáreas de tierra que poseían y que los paisanos les van a besar la mano”. O también: “¡Sí! Los tiempos han cambiado, el muzik ruso se despertó y no aceptará más ningún régimen que no le dé la posibilidad de vivir con decencia, como un ser humano”. A todos les gustaba la buena comida, la buena bebida y también los cantos. Mi

madre tenía una voz de cantante de ópera y deleitaba a menudo a los invitados con su voz melodiosa. “Maria Efimovna, por favor”, le pedían constantemente los invitados. A veces también algún comensal cantaría con mi madre a dúo. No me olvidaré nunca de esta gente tan delicada que venía a vernos, con maneras muy distinguidas y suaves que sabía comportarse tan bien, siempre besando la mano de las damas, con consideración y una actitud elegante de modales esmerados.

Entonces no me daba cuenta de que toda aquella gente pertenecía a una capa social que desaparecería para siempre. Volví de nuevo a encontrar entre los trescientos mil rusos emigrados que vivían en París los mismos modales distinguidos de la nobleza rusa, que tenía una fama intachable de ser la más refinada del mundo. En Francia había una expresión para halagar a alguien con buenos modales: se le decía que era un “príncipe ruso”. Me enteré también de que entre todos estos emigrados rusos había varias facciones rivales, antagonistas y opuestas, aunque algunos de dichos grupos habían peleado durante la revolución en las mismas unidades contra el Ejército Rojo. Mi padre, como la mayoría de los que venían a nuestra casa, odiaba a los monárquicos, a quienes todos ellos tildaban de “retrógrados”. Sus amigos eran creyentes y, a veces, hasta muy religiosos, mientras que él era ateo, como lo era Kerenski, y ambos reprochaban al clero ruso el haberse aliado con los ricos en toda la historia rusa, dejando a los pobres penando y abandonados, diciéndoles: “Dios sabe lo que aguantan ustedes y tendrán la recompensa en el otro mundo”.

Aun entonces yo no veía muy bien cómo los mayores pensaban, se dividían y se organizaban. En mi cabeza infantil

me imaginaba que el zar y los déspotas oprimían al pueblo ruso, y vino el momento crucial, cuando Kerenski y mi padre hicieron la revolución, echando al tirano del trono y proclamando la república. Luego aparecieron Lenin y los comunistas, o los bolcheviques como también les llamaban, y empezó la pelea de nuevo. De aquí en adelante no me sentía capaz de comprender muy bien qué sucedió luego, tanto más que me parecía que los crecidos tampoco sabían muy bien dónde estaba la verdad. Más de una vez oía expresar opiniones contradictorias sobre Lenin, Trotski, los comunistas y otras agrupaciones políticas en general. Fue cuando crecí un poco más, supongo que a la edad de doce o trece años, cuando de repente comprendí la situación de un modo más o menos clara, por lo menos para mí.

Mi padre fue siempre mi mejor amigo, y me inculcó el ideal marxista, aunque me tomó mucho tiempo comprender que uno podía ser marxista sin ser comunista, tendencia de la cual desconfiaba, y la conectaba siempre con dictadura. Nunca dejó de tener un profundo respeto por Lenin, diciendo que si no se hubiese muerto tan joven habría conseguido hacer triunfar al socialismo, sin la brutalidad empleada por Stalin. Una vez que mi padre regresó de un viaje por Argelia, donde parecía que había hecho un buen negocio, le anunció con alegría a mi madre que muy pronto íbamos a mudarnos a París. “A París, la Ciudad Luz”. Por supuesto, todos estaban muy contentos, aunque yo no compartía del todo esa alegría, ya que me había acostumbrado a Alemania, me sentía muy bien ahí y, por ciertas razones, influido por la convivencia con amigos alemanes, desconfiaba de Francia. Me di cuenta más tarde de que viviendo en Alemania con los habitantes del país, sin

darme cuenta, ellos me habían transmitido el recelo hacia el país que los venció unos diez años atrás en una guerra cruel y prolongada. A pesar de todo, como chico de nueve años, yo tenía curiosidad por conocer ese país, donde mis padres estaban ansiosos por trasladarse y que mis amigos alemanes odiaban.

9. PARÍS Y LA ÉCOLE COMMUNALE

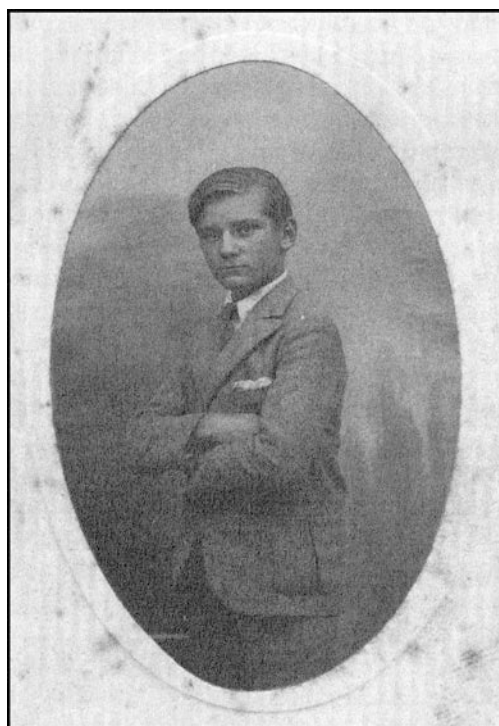
Por ciertas razones desconocidas, siempre he considerado que tanto mi vida emocional como la intelectual, si esto podía aplicarse al estado mental de un niño de nueve años, empezaron en París. Fue como si una cierta madurez surgiese dentro de mí, ya que de repente empecé a entender el sentido de palabras y cosas y sobre todo a comprender, sólo en parte quizá, la razón del comportamiento y el modo de ser de la gente mayor que me rodeaba. Creo también que fue entonces cuando dentro de mí se insinuó el concepto de “esto se puede o no se puede hacer”, que es el preludio del equilibrio moral con el que estamos dotados los seres humanos y que Rousseau tan bien había descrito dos siglos atrás. Estoy convencido de que tenemos un dispositivo invisible dentro de nuestra cabeza que nos dicta las leyes de cierta moral, que permite a la especie humana sobrevivir y también convivir con sus semejantes. En parte Darwin lo determinó, cuando habla de las especies y de la supervivencia de las mismas.

No recuerdo haber tenido problemas en aprender el idioma francés, me pareció tan fácil que tenía la impresión de haberlo dominado siempre. No fue lo mismo para nuestros padres, que tuvieron cierta dificultad al principio y, hasta el final,

conservaron al expresarse en francés el típico acento duro ruso. Yo, por mi parte, quedaría para siempre agradecido a mis padres por habernos forzado a hablar ruso en casa, ya que desde el principio al llegar a Francia empecé a hablar francés con mi hermana. Supongo que sería porque ambos lo hablábamos con nuestra sirvienta en casa, y yo en la escuela. Mis padres eran muy exigentes respecto a este asunto y más de una vez escuché la frase: “¡En esta casa se habla ruso solamente!”. Como digo, les quedaré siempre en deuda a mis padres, ya que no solamente hablo una lengua más, sino que tuve en vida muchos momentos gratísimos compartiendo conversaciones en dicho idioma con rusos nativos, además de que pude también leer obras literarias en el original ruso. Tuve la suerte de recibir durante toda la niñez una vez por semana lecciones de ruso por un instructor, que venía a refrescar mi memoria. Inútil recalcar que con mi hermana seguía hablando francés a escondidas de nuestros padres, y no creo que hayamos hablado ruso, fuera de su presencia, a menos que fuese para mofarnos gentilmente de ellos, exagerando su acento.

Cuando llegamos a París a principios de 1928, nos recibió en la Gare de l'Est Robert Vargafeld, uno de los componentes de la compañía Grimberg Hermanos y a quien mi padre ya había conocido anteriormente, por haber viajado con él a África del Norte. Mi padre no hablaba francés entonces y Vargafeld le servía de intérprete y al mismo tiempo se ocupaba de la parte financiera y administrativa de la operación. Nos instalamos en un hermoso edificio: el 132 de la calle Perronet, en Neuilly s/Seine, cerca del bosque de Boulogne. Era y aún es uno de los barrios más distinguidos de los suburbios de París. Casi de

inmediato me colocaron en la Ecole Communale de Neuilly en el tercer grado, con chicos de mi edad, y me asimilé sin demora, casi milagrosamente. En Francia, al contrario de muchos países, cada año los alumnos avanzaban a una clase superior de numeración inferior, se pasaba de la tercera a la segunda.



Sossenko en 1930

Me encantaba la escuela francesa, mucho más alegre, con menos rigidez que las escuelas alemanas. Uno de los recuerdos inolvidables que siempre guardé fue cuando en un recreo, una vez que íbamos a subir al primer piso donde estaban nuestras aulas, vi una estatua de una cabeza de mujer de mármol en un alto pedestal. Me intrigó tanto dicha estatua que no pude

resistir la curiosidad de preguntarle a nuestro director, que casualmente estaba cerca de mí. La contestación fue corta y precisa, como sólo gente con cultura francesa puede hacer: “Cuando se produjo la revolución de 1789, los republicanos y sans culottes decidieron eliminar a “Dios”, y para reemplazar a ese símbolo se creó la idea de “La Lógica”, o “La Razón” según algunos, y es lo que esta dama representa”. “Monsieur le Directeur” me contestó en voz alta, para que algunos católicos fanáticos que estaban cerca lo oyeran. En Francia está prohibido inculcar la religión en las escuelas y existe una libertad completa para venerar cualquier creencia fuera de los establecimientos gubernamentales. Entonces pensé en lo contento que se habría puesto mi padre si hubiese escuchado esas palabras, su condición de arduo ateo y anticlerical le precedían.

Muy pronto me hice muchos amigos, y durante los recreos nos dividíamos siempre entre los “deportistas” -yo era uno de ellos, ya que me gustaba correr, gritar y dar libre actividad a mi cuerpo- y los “clérigos”, que se juntaban para hablar y discutir y se interesaban más por la parte intelectual. En seguida me di cuenta de que los pequeños amigos que tenía ahora, al contrario que los chicos alemanes, no solamente no eran susceptibles, sino que les encantaba burlarse, hasta hacer bromas y chistes pesados, casi insultantes, tolerando a su vez que les dijeran cosas desagradables y hasta mordaces, si es que había una sombra de lógica cómica. Me acordaba de que los pequeños chicos rusos eran más violentos, más agresivos y mucho menos pacientes que los francesitos. Este concepto, sin embargo, lo cambié muy pronto cuando conocí a chicos rusos que vivían en París y cuyos padres eran emigrantes como los

míos. Ellos imitaban a sus padres y tenían modales ejemplares, de los cuales los francesitos se reían y decían que olían a “naftalina”, insinuando que eran de un tiempo pasado, anticuado y que nunca volverá.

Más tarde, mis padres tuvieron la oportunidad de comprar un apartamento en el tercer piso del mismo inmueble en el cual vivíamos. Eran dos edificios similares frente a frente que pertenecían a madame Lambert. Monsieur Lambert era doctor, muy tímido, y tenía una entrada privada de la calle para llegar al caserón en el cual vivían, que en Francia se llama Petit Hotel. El matrimonio Lambert no tenía chicos y habían adoptado a dos huérfanos, un muchachito poco mayor que yo, Willy, y la hermana, varios años mayor, Margot, que era muy hermosa y a quien nosotros, los muchachos, admirábamos y, en secreto, queríamos también.

Enfrente de nuestro inmueble, en el tercer piso, vivía una viuda de guerra, madame Lanzenberg, cuyo esposo había sido coronel en el ejército, muerto en la última guerra. La pensión de viuda de guerra le permitía mantener a sus tres hijos: el menor, Claude, que fue mi primer amigo en Francia; Gerard era el segundo, varios años mayor, y Maria, la mayor, que había pasado los veinte años y que nos parecía una señora vieja.

Nuestra familia se acostumbró muy pronto a la vida francesa, y sobre todo a la posibilidad de vivir con comodidad. Mi padre viajaba mucho, parecía que con éxito, ya que su colaboración era muy apreciada, y al ganar más dinero nuestra familia empezó a ampliar su círculo social y a salir a comer varias veces por semana a restaurantes con el propósito de divertirse. En

París llegaban a vivir a veces casi medio millón de refugiados rusos, que tenían varios diarios en su idioma, teatros y hasta publicaciones de libros. No teníamos amigos franceses, solamente rusos; luego se agregaron algunos armenios rusos y nuestra casa muy pronto se llenó de gente que consumía grandes cantidades de bebida, acompañándose con música y cánticos.

A mi padre le iba muy bien, parecía que las relaciones familiares mejoraron, ya que mi madre no le reprochaba tanto sus escapadas, aunque una vez me dijo: “¿Crees que tu papá se ha serenado? No lo puedo creer, lo que pasa ahora es que como viaja seguro que lleva consigo a amiguitas o las encuentra allá con este nuevo asociado que tiene, este Robert Vargafeld”. Yo llevaba una vida completamente independiente con mis amigos franceses del edificio donde vivíamos y también de algunos barrios cercanos, como la rué Borghese, donde me hice amigo de André Hagron, cuyo padre había sido tomado prisionero por los alemanes durante la guerra mundial y, estando en un campo junto con prisioneros rusos e ingleses, aprendió sus idiomas, que le sirvieron para trabajar como intérprete en las tiendas Printemps cuando regresó del cautiverio. André Hagron era un católico ferviente, tenía unos años más que yo, pero ya nos encantaba discutir de religión y política, pasatiempo favorito de los franceses. Otro muchacho de mi edad, que también vivía en aquel barrio, Paul Henot, se agregó a mis amistades, con André Montezin, hijo del famoso pintor francés Pierre Montezin. Los dos últimos eran de familias muy ricas. El abuelo de Paul Henot había emigrado al Brasil, donde él y su padre habían nacido. Comprendí que allá tenían grandes plantaciones de azúcar, fábricas y muchas

tierras. Estaban constantemente viajando de Francia al Brasil, aunque Popol, como lo llamábamos, y su hermana Fabienne, una hermosa señorita unos años mayor que nosotros, como estudiaban, quedaban con su madre en la hermosa residencia que tenían en Neuilly. La madre, una brasileña muy sombría, por cierta razón curiosa nos asustaba, ya que no hablaba, y cuando íbamos a la casa para ver a Popol, se retiraba de inmediato a su cuarto, muchas veces con su hijo menor, Jorge, que era demasiado joven para asociarse con nuestro grupo. André Montezin, que también tenía una hermana mayor, pero a la que veíamos muy poco, era el hijo del pintor de la escuela de Barbizon y por supuesto hacía mucho dinero vendiendo sus cuadros, que estaban muy de moda en aquel tiempo.

En cierto modo éramos inseparables y, muchas veces, después de haber hecho los deberes en casa, me iba al pasaje Borghese para juntarme con los muchachos y discutir con ellos hasta tarde. También vivía en el mismo pasaje una familia de judíos holandeses de apellido Berg, y en diferentes grados todos más o menos estábamos enamorados de su única hija, que se llamaba Keith Berg y era de nuestra edad. Muchos años más tarde, después de la segunda guerra mundial, me enteré de que durante la ocupación alemana toda la familia había sido enviada a un campo de concentración, donde perecieron, junto a tantas otras víctimas.

Siguiendo la huella de mi padre, yo estaba convencido de que únicamente las ideas socialistas estaban justificadas, y casi siempre durante largas horas discutía con mis amigos, que eran conservadores, derechistas y muy católicos. En 1929, nos enteramos de que en Estados Unidos se desató el pánico en la

Bolsa de Comercio y que esto originó el famoso periodo de Depresión, que llegó a Europa un par de años más tarde. Me viene a la memoria aquel tiempo de crisis económica y desocupación, cuando mi madre puso un anuncio en el diario buscando una criada. Nunca hubiéramos esperado ver la cantidad de gente que se presentó. Eran como sesenta, de todas las edades, aunque me llamó mucho la atención un joven elegante, con sombrero y bastón, que pedía casi llorando que le dieran el trabajo de criada, por más que se le decía que era un empleo para chica. Decía que la depresión arruinó a toda su familia y que ahora tenían que empezar a trabajar en lo que fuera, lo que nunca habían hecho antes. Mi padre, cuando se enteró de este episodio al regresar de su oficina por la tarde, reprochó a mi madre por no haberles dado a cada uno de ellos por lo menos el dinero necesario para el autobús, ya que vivíamos en un barrio muy holgado y esa gente seguramente venía de lejos, y quién sabía si no gastaban las últimas monedas para llegar hasta nuestro domicilio.

10. ASUNTOS IMPORTANTES

No olvidaré nunca ese día de finales de 1931, cuando recibimos en casa a los dos hermanos Grimberg y al otro asociado que conocíamos, Robert Vargafeld. Mi madre no estaba segura de si se acordaba de los hermanos Grimberg de Odessa, pero ya los había visto muchas veces en Alemania, como aquí en Francia, y los recibió con toda su hospitalidad rusa. Sam, o Sammy o Semochka, era el menor, de la edad de mi padre, con mujer e hijos a quienes nunca tuvimos oportunidad de conocer, ya que de quien eran íntimos era de mi padre. Ahora mantenían una amistad de negocios y no sé por qué nuestras familias nunca llegaron a estar más unidas. El otro hermano, Abraham, o Abbie, era el mayor, la cabeza de la empresa y el alma del éxito. Abbie tenía una intuición natural para ver dónde se podía ganar dinero. Era soltero, o más bien solterón, de edad avanzada, aunque siempre mantenía en un lujo suntuoso a jóvenes amantes. Mi madre casi no le veía, pero le odiaba, ya que cada vez que ellos tenían una reunión de negocios, en el departamento de Abbie en los Campos Elíseos, papá regresaba con olor a bebida y con un semblante muy contento, lo que a nuestra madre le hacía suponer que regresaba de una orgía.

Aquella velada inolvidable fue muy ceremoniosa, ya que los huéspedes de antemano habían dicho que venían por asuntos muy importantes. Yo ya tenía la edad de comprender muchas cosas, sobre todo, cuando se repitió varias veces el nombre de Hitler, que poco a poco se volvía más popular en Alemania. Al principio todos se reían de él, llamándole payaso, pero luego su nombre comenzó a sonar más amenazador y todos ya empezaron a hablar de él con temor. Los huéspedes se quedaron comiendo y bebiendo hasta muy tarde, sin cansarse de hablar. No nos habían admitido en el comedor a nosotros los chicos, y comimos con la sirvienta en la cocina, cosa muy divertida, casi una aventura, ya que no había supervisión de mayores y mi hermana y yo nos considerábamos en cierto modo superiores a nuestra bonne y nos comportábamos como crecidos. A mí me interesaba saber de qué se hablaba en el comedor y terminé muy rápido mi cena para hacer como que jugaba, pero en realidad escuchaba la conversación, que se desarrollaba en ruso. Comprendí que en Berlín había pasado algo muy grave, que habían atacado a judíos y que muchos estaban listos para irse del país. Sería quizá por el hecho de que mi familia venía de Odessa, donde casi la tercera parte de población era judía, por lo que en cierto modo nos solidarizábamos con los hebreos, hasta el punto de utilizar en nuestra conversación muchas palabras en yiddish. Oí muy claramente al más viejo de los dos hermanos Grimberg, Abbie, que en general hablaba poco, de un modo moderado y siempre diciendo cosas muy definidas, como lo expresó entonces:

- Cuando rompieron los vidrios de nuestras oficinas, y nos gritaron: “judíos”, comprendí de inmediato que ya no

podíamos quedarnos en Berlín, y fue la razón por la cual nos mudamos a París la semana pasada.

Comprendí también que el negocio del corcho de los hermanos Grimberg se había terminado, y en cierto modo era el fin de la empresa, aunque le prometieron a mi padre reorganizarse tan pronto como les fuera posible y seguir trabajando juntos tal como habían hecho hasta entonces. Parecía que los soviéticos ya no necesitaban corcho y por ahora no había nada que justificara mantener las oficinas. Al final oí cómo Abbie le decía, como halagando a mi padre: “No te puedes quejar, Kiriuja; ganaste bastante dinero en estos pocos años como para abrir un negocio o vivir sin hacer nada durante varios años. Robert piensa seguir viajando como representante de algunas compañías francesas, mientras que nosotros con Sammy nos dedicaremos a traer caviar y otros productos alimenticios de la Unión Soviética”.

Fue la última vez que vi a los hermanos Grimberg, y sabía a través de nuestra madre que les debíamos mucho, por haber cambiado nuestra fortuna y sobre todo habernos dado la oportunidad de venir a vivir a París. Sin embargo, mi padre seguía frecuentándolos, con mucho antagonismo por parte de nuestra madre. Ella no tardó en enterarse de que el viejo Abbie, tan pronto como se mudó a París, encontró a una “mantenida”, como ella la llamaba, a quien alojaba en un barrio aristocrático, con piscina de natación privada. Esto hacía que mi madre se pusiera histérica cada vez que mi padre decía que tenía una cita con los Grimberg, y le soltaba irónicamente: “Ya sabemos qué clase de cita van a tener ustedes, algún día traerás alguna enfermedad venérea, Vas a ver”. Entonces no

sabía, y lo supe cuando ya estábamos en la Argentina, que ambos hermanos Grimberg, con la mujer y chicos de Sammy, iban a perecer en un campo de concentración de un modo tan trágico unos diez años más tarde, en Polonia, durante la ocupación alemana.

Unos meses después de esta visita de los Grimberg, estando en plena sesión de nuestra clase del primer grado de la Escuela Comunal de Neuilly, en mi último año antes de pasar al colegio, nos interrumpió con ruido el portero, corriendo a la mesa de nuestro maestro para susurrarle algo al oído. Ambos se miraron sin decir una palabra, luego a pasos grandes los dos se precipitaron a la planta baja, donde estaba el escritorio del director. Cuando nuestro maestro monsieur Fernand regresó, muy lentamente, nos dijo lo siguiente en una voz apagada:

- Nos acaba de llegar una noticia terrible, que ocurrió hace un par de horas. Nuestro presidente de la República ha sido asesinado..., y por consiguiente adhiriéndonos al duelo nacional y en señal de luto cerramos la escuela hoy y todos ustedes pueden irse a casa ahora mismo.

Hubo un profundo silencio, luego seguido por un alboroto general tremendo, cuando cada uno tenía una cuestión para preguntar, pero el maestro nos dijo nuevamente:

- El momento es muy penoso para hablar de los detalles, ¡vamos chicos regresen a sus casas! -luego, mirándome a mí con seriedad, casi con algo de rabia, dijo para toda la clase, pero especialmente para mí-, además, creo que el asesino es

un ruso, uno de esos a quien hemos brindado nuestra hospitalidad.

Nada más decirlo todos, poco a poco, recogieron sus cosas y fueron saliendo primero al pasillo, luego a la calle. Era la primera vez que los alumnos dejaban las aulas en silencio y sin el bullicio habitual que en general marcaba el fin del día escolar.

11. EL CÁUCASO

Cuando llegué a casa me di cuenta de que mis padres ya sabían que un emigrante ruso había asesinado al presidente de la república francesa, país que dio asilo a más de medio millón de refugiados de todas las nacionalidades. Por supuesto era de esperar que hubiera manifestaciones antirrusas en cualquier momento.

- Hace pocos días que estuve con Gorgulov -dijo mi padre indignado- y, debido a esos locos bohemios que se llaman artistas, todos nosotros vamos a sufrir las consecuencias; ¡vais a ver! Dicen -también quiso expresar mi madre- que Gorgulov le reprochaba a Doumer el ser demasiado complaciente con los comunistas y por eso le asesinó. Así lo oí en la radio, además dijeron que nadie debería olvidarse de la fecha de hoy, el 6 de mayo de 1932, cuando mataron al jefe del Estado.

- Pero matar a un presidente tan humanitario y sobre todo sin ningún poder político, ya que en Francia los presidentes son personalidades representativas únicamente y no toman ninguna decisión de importancia.

- Sea lo que sea -siguió mi madre, que siempre pensaba que sabía más que los demás-, era una exposición de arte y Gorgulov sabía que el presidente vendría con poca escolta y aprovechó el momento oportuno.

Luego, después de una pausa, agregó: “¡Quién hubiera dicho que ese Gorgulov sería un asesino, si siempre parecía tan cortés y tan amable!”.

Mis padres no se habían equivocado, ya al día siguiente se veía por la expresión de las caras de la gente en la calle que todos estaban de mal humor e inclinados a decir palabras desagradables contra los metecques que así llamaban con desprecio a los extranjeros refugiados. Se oía decir algo como: “Les damos albergue, los recibimos con los brazos abiertos, toman los trabajos de nuestros compatriotas, y ahora matan a nuestros presidentes, sobre todo Doumer, que era tan pacífico y tan bueno, uno de los pocos”.

A las pocas semanas ya se había olvidado el asunto del asesinato de Doumer, ya que Mistinguette y Josefina Baker estaban en pleno apogeo en los teatros de París. Además, Georges Milton estaba cantando nuevas canciones referentes a los cornudos, que deberían llevar campanillas sobre sus cabezas, lo que anticiparía su llegada a cualquier lugar. También estaba de moda el canto de Mirza, el perrito que el esposo debía llevar a pasear todas las mañanas, mientras la esposa gozaba de la buena vida, o el “Tout va tres bien madame la Marquise!”, que estuvo de moda durante muchos años en varios países. París será siempre París, y los parisinos

suelen inclinarse a todo lo que es cómico o ridículo, mucho más que ninguna otra nación del mundo.

Oí pronunciar más y más nombres de nuevos amigos de mis padres en casa, que salían casi todas las noches a los abundantes restaurantes, cabarés u otros clubes de entretenimiento, tanto franceses como de la colectividad rusa y caucasiana. Oí los nombres de Marmarian, Aznavourian, Kasazbachian, Minian, Manouk, Davoudian y otros. Se mencionaba mucho a Aznavourian, con quien mi padre ya se tuteaba, llamándolo Misha, ya que empezamos a ir muy a menudo a su restaurante, que se llamaba Cáucaso y estaba en el número 22, calle de la Huchette, en el Barrio Latino, cerca de la plaza St. Michel. Yo presentía que algo se estaba tramando, ya que cuando íbamos al restaurante Cáucaso, generalmente en fines de semana, cuando no teníamos clases, nuestros padres se quedaban hasta muy tarde hablando muy seriamente con Misha Aznavourian sobre las ventajas del restaurante. Al poco mi padre le compró la mitad del negocio, volviéndose su socio. Aznavourian tenía dos chicos: Charles, al que llamábamos Charlot, que era más joven que yo, y la hermana, Aida, que tenía más o menos mi edad. Entonces tampoco podía haber adivinado que Charlot, ese chico muy pequeño para su edad, con la mandíbula inferior siempre entreabierta y colgando, sin demostrar ningún rasgo de inteligencia especial, llegaría a ser un cantante de renombre internacional, con el nombre de Charles Aznavour. Lo volví a ver cuando fui a París de convalecencia de las heridas que recibí en la batalla de Alsacia en enero de 1945. Estaba en las Fuerzas Francesas Libres y paraba en la casa de los Marmarian, viejos amigos de nuestra familia que vivían en Neuilly s/Seine.

Charles Aznavour, que empezaba su carrera de cantante, poco caso me hizo, mientras que Aida, ya una chica muy hermosa que cantaba en clubes de entretenimiento de tropas americanas, salió varias veces conmigo, hasta que se terminó mi licencia y tuve que retornar al frente, ya que la guerra aún no había terminado. La siguiente ocasión que volví a ver a Charles Aznavour, esta vez ya siendo un cantante no solo famoso, sino a la moda, fue en 1969, en Nueva York, cuando yo trabajaba en la Michelin Tire Corporation y vivía en Great Neck, en Long Island. Mi viejo amigo Charlot se había hecho inaccesible, cantaba en el famoso teatro Radio City, y por más que lo llamé varias veces por teléfono, no hizo un esfuerzo no ya por verme, sino siquiera por llamarme. En cualquier caso, la asociación de mi padre con Misha Aznavourian duró muy poco, debido a varios factores un poco complicados, además de diferencias en las personalidades; el asunto terminó cuando mi padre compró la otra mitad del negocio y se hizo único dueño del Cáucaso.

Al terminar en la École Communale, mis padres me inscribieron en el Lycée Louis le Grand, y una vez que vendimos nuestro apartamento de Neuilly sur Seine, nos mudamos al Barrio Latino, a una manzana del restaurante, en el primer piso del número 3 de la calle Harpe. Estaba a quince minutos de mi colegio, y a mediodía, generalmente, iba a almorzar al Cáucaso.

El restaurante se cerraba únicamente el domingo, cuando toda la familia aprovechaba para disfrutar el día junta, a menos que mi madre invitara amigos a casa o fuéramos a comer a casa de amigos, ya que ahora teníamos muchísimos. Por ciertas razones, quizás al crecer, empecé a llevar una vida muy

separada de mi familia, en el sentido de que quería vivir como un joven francés, metido en todo lo que me rodeaba, y no estar constantemente preocupado por los chismes de la emigración rusa o los planes de lo que se iba a hacer o se debía hacer o lo que se hacía en Rusia, ya que los emigrados no decían nunca Unión Soviética, sino siempre Rusia, lo mismo que con Leningrado. Siempre llamaban a la vieja capital del Imperio ruso por el nombre de Petersburgo, o Peter, recordando sin cesar el pasado.

12. MIS PRIMERAS EXPERIENCIAS SEXUALES

En el Barrio Latino mi vida cambió por diversas razones: fisiológicas, de ambiente, amistades y sobre todo por el interés que empecé a tomar por la política. Mis amigos, compañeros y estudiantes del Liceo Louis le Grand eran muy diferentes de los amigos que tenía en Neuilly sur Seine. En el Barrio Latino vi realmente lo que era la verdadera vida francesa, tanto intelectual como cultural. Comprendí también que si iba a empezar mi vida de nuevo, sin vacilación ninguna elegiría París. ¡Digo bien, París, y no Francia! Ya hablaba francés como un parisino, sin ningún acento extranjero, lo que era muy importante, en vista del espíritu criticón de los franceses, con quienes es muy difícil llegar a ser íntimo. Siempre existe una barrera invisible, pero sensible en el trato. Me encanta el espíritu escéptico que casi todos demostraban por la religión, considerada de índole puramente personal y a la que en general aplicaban la teoría de Descartes, que dijo: “Creo solamente lo que comprendo”.

La enseñanza en el liceo era un proceso de una verdadera perfección, realizada por los más distinguidos profesores. Nuestro profesor de historia y geografía era Georges Bidault, político demócrata muy activo, que fue ministro en el gobierno

del general De Gaulle después de la segunda guerra mundial. Entre mis primeros amigos se encontraba René Regal, nacido en París pero de una familia de mulatos de la Martinica. El padre era negro, muy inteligente, y escribía en periódicos; la madre, una mulata clara, también era intelectual, y el hermano mayor, Georges, terminaba sus estudios en la facultad de Artes de París para ser profesor en dicha especialidad. Otro amigo de quien me hice muy íntimo fue Paul Besu, un joven judío sirio, cuyas ideas eran moderadas aunque también era marxista como todos nosotros. “Bola de Nieve” era el apodo de Janiver Tutsi, un senegalés estudiante de medicina, que vivía con una hermosa francesa rubia, también estudiante. Otro amigo fue Admiral, un judío francés que era trotskista y siempre quería convertirnos a sus ideas, o Jacques Trambleau, que se proclamaba anarquista y era estudiante en la Sorbona. Eramos todos miembros de la Unión Federal de Estudiantes, que agrupaba a todos los estudiantes izquierdistas, con sede local en rué St. Jacques, a pocas cuadras de nuestro liceo. Nuestra organización era muy activa y la mayoría de nosotros participábamos con fervor en varias manifestaciones periódicas contra el movimiento fascista que crecía día a día en Francia, con los Croix de Feu, Jeunesses Patriares, Francistes, Bonapartistas (autor: Jeunesses Bonapartistes o bonapartistas; ídem Francistes), Acción Francesa (monárquicos) y muchas otras que tenían campos de acción en nuestro Barrio Latino. El Boulevard St. Michel (Boul’Mich), del lado del quinto arrondissement era nuestro, pero el otro lado, que era el sexto arrondissement, ya les pertenecía a “ellos”. Nos peleábamos para distribuir panfletos o vender diarios, que cada lado trataba de arrebatarse al otro, y era prueba de gran coraje traer trofeos de propaganda de los adversarios, para lo cual nos

agarrábamos a puñetazos. Siempre teníamos reuniones, lecturas de dirigentes políticos izquierdistas y cuando venía el tiempo de las elecciones -y aunque éramos demasiado jóvenes para votar-, ayudábamos a nuestros candidatos socialistas o comunistas en su propaganda electoral.

A veces regresaba a casa con un ojo negro, o la camisa desgarrada, pero contento, sin hacer caso de los gritos de mi madre, que siempre estaba muerta de miedo porque algo pudiera pasarme. En general, casi como si fuera una rutina, por la tarde y una vez que terminábamos nuestros deberes caseros, que eran muy exigentes, nos reuníamos en el Boul'Mich, para pasear desde la plaza St. Michel hasta el Jardín de Luxemburgo, ida y vuelta siguiendo el mismo camino, quedando en el quinto arrondissement sin cruzar la calle, que ya era el sexto y, como ya he dicho, "territorio enemigo". Como era muy tímido por naturaleza, tenía miedo de hablar con muchachas, tenía la impresión de que se iban a reír de mí. Por contra, el deporte, quizá debido a la ley de compensación, me fascinaba y siempre estaba practicando algunos ejercicios físicos. La esgrima me atraía, tal vez por haber leído demasiado a Alexandre Dumas, pero el fútbol y el boxeo también me gustaban mucho, hasta el punto de que los domingos y los jueves -que no se estudia en Francia- estaba siempre muy ocupado. El hecho de que nos hubiéramos mudado al Barrio Latino no suponía haber abandonado a mis amigos de Neuilly, al contrario, nuestra amistad continuó muy fuerte hasta el final de nuestra existencia. Para entonces, cuando tenía doce años y medio y terminaba la École Communale, sentí los efectos de la pubertad, que, como sucede en la mayoría de los muchachos, me puso en un estado de efervescencia. No sé si me

masturbaba más que otros chicos, pero todos los de mi edad no nos cansábamos de hablar del sexo. Recuerdo cuando mi amigo Claude un día trajo unos folletos de propaganda comercial de ropa interior de mujer o lingerie, que nos pareció una publicación pornográfica. Éramos muy abiertos sobre esa materia y parecía que aceptábamos la nueva transformación fisiológica sin ver el modo real de satisfacernos. Varios años más tarde, ya viviendo en Place St. Michel, tuve mi primera experiencia sexual con una prostituta de edad, lo que me trastornó, y, al contar mi aventura a mis amigos, me convirtió en un héroe. Popol se entusiasmó tanto que me pidió que fuera con él para ver prostitutas el fin de semana siguiente. Cuando empezamos a caminar en Chatelet, donde ellas pululaban, cada uno de nosotros nos dejamos “seducir” por las “damas”, prometiéndonos volver a encontrarnos al cabo de una hora, para hacer comentarios sobre nuestras aventuras. Popol se quejó luego de que le había tocado una mujer muy seca que, una vez que le hizo sentir el placer sexual, se vistió muy rápido y como él ya le había pagado por adelantado le dijo que había que irse, lo que lo dejó desilusionado. A mí me tocó una joven chica polaca, linda y muy gentil, a la que después y durante varios meses iba a visitar cuando tenía el dinero necesario. Parece que los estudiantes, por más espléndidos que sean los padres y por más que los mimen, nunca tienen bastante dinero de bolsillo, y en este sentido no podía quejarme, ya que mi padre era muy generoso conmigo. Cuando nos juntamos nuevamente los amigos de Neuilly sur Seine, ya éramos dos los que habíamos perdido la virginidad y por supuesto nos sentíamos muy orgullosos de ello. Cuando salía los fines de semana con mis amigos del Barrio Latino, íbamos caminando hasta la plaza de la Opera, donde solía juntarse

mucha gente joven. En general íbamos varios camaradas, pero un día en particular parecía que muchos tenían compromisos y terminé yendo con mi compañero de clase Albert Dupont a los famosos Grandes Bulevares, que entonces tenían juegos y aparatos de música que atraían a la juventud.

Mi amigo Albert, que no era tímido, casi de inmediato consiguió hacerse amigo de una gordita bastante simpática y la convenció para que fuéramos los tres al cine. Recuerdo que le pregunté muy inocente: “¿Qué dan?, a lo cual, casi con desprecio, señaló con soslayo a su “conquista” y me dijo entre los dientes: “¡Qué importa lo que den!”, y de nuevo con la cabeza me mostró a la chica. En el cine nos sentamos a cada lado de la muchacha y a los diez minutos vi a mi amigo besando a mi vecinita, lo que me dio una sensación de humillación.

En aquel tiempo, después de la primera guerra mundial, para todos nosotros, llamados “la generación sacrificada”, hijos de una moral muy estricta, la virginidad era de rigor para una novia, si es que quería casarse. Tal vez fue la reacción a la dejadez moral que había reinado durante los cuatro años de guerra. De cualquier modo era muy difícil acostarse con una chica, era considerado como amoral, además le quitaba la posibilidad de casarse, a menos que el novio fuera muy complaciente o de ideas muy avanzadas. Era quizá también la razón por la cual las prostitutas estaban tan ocupadas. Cuando la película terminó y ya salíamos de la sala, Albert fue al baño y me quedé a solas con Marie, que era el nombre de la chica, y me dijo con una voz muy convincente: “Yo hubiera preferido estar a su lado, pero su amigo me agarró y después del primer beso ya era tarde para cambiar de compañero. ¿Qué le parece

si nos vemos mañana a las dos y vamos ambos al cine?”. Casi me desmayé cuando oí tal proposición y, lleno de emoción, alborozo y sobre todo de esperanza, le dije que sí, pero no pude decir nada más ya que Albert, todo orgulloso, sintiéndose muy machito, regresaba del cuarto de baño.

13. DEL AMOR A LA PROSTITUCIÓN

No hace falta decir que no pude cerrar los ojos durante toda la noche, tenía quince años y nunca había apretado la mano de una niña, mucho menos besarla, así que la perspectiva de estar con la gordita y poder apretarla me llenaba de languidez y por supuesto de vanidad. Tal como lo había prometido, Marie vino a la hora indicada y nos fuimos a un cine cerca del que estuvimos la víspera. Una vez que las luces se apagaron y comenzó la proyección de la película, cuyo nombre no recuerdo y no me importaba entonces, esperé unos minutos, luego me acerqué más a Marie y muy tímidamente fui aprendiendo a besar. Ella era una maestra muy buena, y me encantó este gusto de la boca femenina en la mía. Mi cabeza volaba, mi cuerpo estaba con fiebre y sentí algo mojado entre mis piernas, con la misma sensación de cuando yo mismo me acariciaba.

Fue una aventura inolvidable con Marie, aunque al despedirnos estaba tan emocionado que no me acordé de preguntarle cuándo podríamos volver a vernos, razón por la cual no nos volvimos a encontrar más. Lo único desagradable de esta primera salida con una chica era que ella tenía un resfriado tremendo y por supuesto me lo paso a mí. Esto al día

siguiente extrañó mucho a mi amigo de clase Albert, que me vio con la nariz roja y resoplando. Él también estaba resfriado y maldecía a Marie por haberle pasado la enfermedad. Por mi parte, con cierta reserva, no me atreví a hablarle de mi aventura, considerando que como él había ido con ella primero, en cierto modo se podría considerar que yo le había engañado. Una noche, caminando por la calle St. Jacques, cuando regresaba a casa de una reunión de nuestra Unión Federal de Estudiantes, vi en una callejuela a tres prostitutas paseando arriba y abajo cerca de un hotelucho, donde por cierto llevaban a sus clientes. Sentí un sudor caliente recorrerme la espalda y la obsesión sexual que me perseguía continuamente invadió mi mente. Me hubiese gustado ir a satisfacer mi deseo, pero no tenía bastante dinero en el bolsillo. Conocía muy bien la tarifa, era generalmente 6 francos para el cuarto y 10 francos por los servicios de la “dama”, en estos barrios por lo menos, ya que no iba a otros lujosos donde se cobraba más. Como rutina normal, cada una de ellas me dijo el inevitable: “¿Vienes conmigo, chiquito?, ¡te voy a hacer feliz!”, pero seguí caminando sin siquiera contestarles. Ya al llegar a la esquina de la vía, se me acercó la última de ellas, que siguió insistiendo, a lo cual tuve que confesarle que no tenía bastante dinero. “¿Pero cuánto tienes?”, me preguntó, mientras su cuerpo ya tocaba el mío. Era una flaquita, más alta que yo, de unos treinta o cuarenta años. “Tengo solamente 10 francos”, le dije, seguro de que me iba a dejar en paz, lo que generalmente pasaba en casos similares, pero ante mi gran sorpresa ella me sonrió y me mostró la entrada del hotel, diciendo: “¡Vamos!” Tenía muy poca experiencia con mujeres o, a decir verdad, no tenía ninguna y me extrañó ver que tan pronto como pagué los seis francos por el cuarto al empleado

del hotel y cerramos la puerta, ella se levantó la pollera y fue a acostarse en la cama, urgiéndome para que me apurase. Me pareció que comprendía mejor lo que afirmaban mis compañeros de colegio cuando hablábamos de sexo: que las prostitutas siempre simulaban que gozaban durante el coito, pero que en realidad las dejaba indiferentes y que era parte del oficio para complacer al cliente y sacarle unos francos más. Por consiguiente, no me impresionaron los grititos de mi “dama” mientras yo gozaba con ella. La flaca, al terminar, se volvió, radiante, y vino a abrazarme diciendo en alemán: “Wunderbar”, yo ya había adivinado por su leve acento que no era francesa. Ella me siguió mirando y acariciándome, mientras decía con lamento: “¡Ah! Ojalá se pudiera repetir esto”, a lo cual, muy inocente, le dije: “Si quiere lo puedo hacer de nuevo”. Fue un verdadero alboroto, de nuevo ella se echó en la cama y esta vez tuve la impresión de que ya no simulaba, era demasiado real y parecía que ella también gozaba igual que yo.

Volví a ver varias veces a la flaquita alemana, cuyo nombre no conocía, ni ella me había preguntado el mío, pero cuando tenía dinero prefería ir a ver a la muchacha polaca, que era muy joven, tenía solamente unos pocos años más que yo y habíamos simpatizado. Ella me había contado que “lo hacía” para ayudar a su familia, que era muy pobre en Polonia, y pensaba que dentro de unos pocos años encontraría a un muchacho como yo para casarse. Con el fin de poder quedarse en Francia legalmente, había hecho un matrimonio de conveniencia con un obrero parisino; luego se divorciaron legalmente y ella recibió los papeles de residencia con el permiso de trabajo. Lamentablemente, el obrero en cuestión, a

quien ella había pagado muy bien, seguía persiguiéndola pidiendo más y más dinero.

Entonces yo ya llegaba a comprender algo en este asunto de mujeres de la calle, tal como me decían los que pretendían tener más experiencia que yo, insistiendo en que había casi siempre un chulo o alcahuete de por medio que les sacaba el dinero y que era muy peligroso meterse en estos asuntos. Como la alemana “trabajaba” más cerca de casa, a veces también seguía viéndola, mintiéndole cada vez que tenía menos y menos dinero. Llegó un día en que como experimento le dije que ni siquiera tenía los seis francos para el cuarto y ella lo pagó con su dinero para estar conmigo. A decir verdad, le tenía algo de miedo a esta flaca sensual, sobre todo cuando tenía el orgasmo. Aún estaba muy lejos de conocer a las mujeres y me parecía extraño verla retorcerse y lloriquear cuando gozaba, lo que me ponía muy incómodo, sobre todo porque ella tenía más de dos veces mi edad, y me parecía una vieja.

Hablar del sexo era muy común en todos los establecimientos educacionales de Francia y supongo que del mundo entero, aunque allí lo hacíamos con más interés y franqueza. Vivíamos en una época muy moralista y la palabra misma “sexo” estaba prohibida en casa, por miedo a ser tildado de degenerado. Cuando conté a mis amigos de escuela mi experiencia con la alemana, mi pequeño amigo Paul Besu, el judío sirio, que seguramente aún era virgen, me dijo que debería cuidarme mucho con dicha vieja alemana de cuarenta años: “Debe de ser una loca, ¡cómo va una prostituta profesional a ir con un muchacho joven como tú y no cobrarle,

además pagar por el cuarto! Nada bueno saldrá de esta situación, Michel, mejor que te alejes de ella”. Mi otro amigo, Albert Dupont, que ya tenía experiencia con “mujeres”, como me había demostrado, miró irónicamente a Paul y le dijo, hablándome también a mí, como un profesor que quiere enseñar algo a sus alumnos: “Nunca dejarás de ser un tonto y un “pajero”, mi pobre Paul Besu, tal vez allá en tu Siria las mujeres son diferentes, pero aquí en París, cuando una mujer encuentra a un hombre que la hace gozar, ella está lista para hacer lo que sea para que él le dé la satisfacción sexual que ella necesita. Por esto ella puede robar, matar y también hacer de prostituta. Ojalá yo tuviera a una mujer como la que encontró Michel, yo me haría un chulo y viviría de su trabajo inmediatamente y sin cuestión”. Mi amigo René Regal no estaba de acuerdo con él y le dijo que un marxista nunca iba a aceptar que una mujer se prostituyera, y mucho menos para él. “Ustedes, los revolucionarios de salón, siempre sacan razones de moralidad, pero en la vida real se comportan como los demás, y muchas veces peor”, dijo con desprecio Albert, y en aquel momento sonó la campanilla anunciándonos que el recreo se terminaba y era tiempo de regresar a las aulas.

No le tenía confianza a mi compañero de clase Albert, aunque él siempre procuraba complacerme y ser mi amigo. Me enteré por otros de que lo habían visto entrar en aulas vacías para apropiarse del dinero que encontraba en los bolsillos de la ropa colgada de los alumnos ausentes. Me confesó también un par de años después que cuando necesitaba dinero iba por la tarde, después de las clases, a la plaza de Clichy, lugar frecuentado por pederastas, y que sin ser homosexual se jactaba de que era muy “vivo” para poder hacer unos francos

fáciles con los “viejitos”. Después de dicha confesión, le tuve aversión y empecé a mantener con él relaciones más bien frías, de índole social, sin demostrarle ninguna amistad. En cuanto a mi mejor amigo, René Regal, que se presentaba tan púdico y revolucionario defensor de mujeres, descubrí unos diez años más tarde que no mantuvo sus convicciones, tal como pretendía entonces.

Además de la vieja prostituta a quien “regalé” mi virginidad, la polaquit; y la alemana ardiente, fui a ver algunas otras, y ya cuando me iba a España fui con una negra senegalesa, para ver la diferencia, aunque no encontré ninguna. No hace falta recalcar que tuve muchísimas oportunidades para obtener gratuitamente lo que conseguía pagando. Una vez, a mi regreso, encontré a la sirvienta rusa sola en casa haciendo la limpieza. Al verme llegar, haciendo como que no me veía, ella fue retrocediendo hacia mí de tal modo que me apretó con todo su cuerpo contra la pared; luego se dio la vuelta y empezó a acariciarme entre las piernas. Nunca hubiera esperado esto de ella y la sorpresa me dejó mudo, y en vez de aprovecharme, ya que era más joven que la alemana, me asusté, liberándome de su abrazo, y me escapé a la calle mientras oía cómo ella me imploraba que no dijese nada a mi madre. También en nuestro restaurante había una mesera rubia muy linda, que siempre me miraba con los ojos suaves y decía: “¡Ah! Si fuera más joven me enamoraría de Misha”, y me irritaba el modo en que los otros mozos se miraban sonriéndose. Debí haber comprendido que ella estaba preparada para ir conmigo si yo se lo pedía, pero mi timidez me volvía como tonto, incapaz de razonar y actuar.

Tuve todas estas oportunidades y otras mucho más tarde, pero entonces no sabía interpretar cómo se desarrollaba el deseo sexual femenino y no sabía qué decisión tomar o cómo comportarme. Una vez leí en un libro que un hombre que se acostumbra a satisfacer su deseo con prostitutas tiene muchas dificultades de comportarse normalmente con mujeres decentes. Esto me perturbó durante mucho tiempo y tenía miedo de haberme transformado en un caso perdido e inútil para la vida sexual normal.

Tuve una vez una experiencia muy curiosa al ir a la callejuela donde en general “trabajaba” la alemana; como no la encontré, ya sin poder dominarme, seguí a otra prostituta al hotel. Una vez que pagué los seis francos al empleado y cuando nos quedamos a solas con la puerta cerrada, contaba el dinero para entregar a la mujer y me di cuenta de que tenía solamente nueve francos. Como venía con la intención de ir con la alemana, a quien muy a menudo ni pagaba, no me di cuenta de que tenía solamente 15 francos en vez de los 16 de la tarifa. La “dama” que estaba conmigo era bastante agradable de rasgos, pero con una mirada muy dura, y al enterarse de que me faltaba un franco, se puso furiosa e irritada, insultándome sin cesar. Después me dijo: “Bueno, en ese caso no me voy a desvestir”, era invierno y ella ni siquiera se quitó el abrigo al acostarse en la cama. Durante la sesión, no paró de insultarme, diciendo: “Apúrate, apúrate, que tengo que regresar a trabajar”. Me sentía cohibido, lleno de deseo sexual y completamente a su merced, implorándole que me diera un minuto más. Entonces ella me golpeó en la espalda varias veces y una vez que terminé, me dio un empujón, que casi me hizo caer de la cama. Cuando me vestí, ella, siempre

desagradable, me dijo una vez más: “Y no te olvides: ¡la próxima vez que vengas, son 10 francos y no 9!”. Después la vi varias veces más cuando iba a ver a la alemana, pero nunca volví a ir con ella, aunque sentí algo raro en esta situación nueva, cuando una mujer se me imponía durante el coito. ¡Me pregunté después si no sería masoquista! Ya leía mucho sobre sexualidad y aprendía términos nuevos. Empecé a devorar a Jung, a Freud, a Jagot y también a William James, a una edad muy tierna.

Las piernas de las mujeres me parecían lo más tentador del mundo, al verlas me ponía en éxtasis y a duras penas podía controlarme para no lanzarme hacia ellas llenándolas de besos. De un modo muy vago, volvía a mi memoria el gusto de piernitas por una chica que había besado, casi devorado, pasando mi boca por toda la parte inferior de su cuerpo. No creo que entonces tuviera más de cinco años, y más que imágenes en mis recuerdos sentía aún después de tantos años el gusto casi físico de este contacto carnal. Esto había sucedido en un cuarto en el cual tres niñas y yo estábamos jugando, cuando una de ellas levantó su falda y empezó a bailar. Me vi luego, ya que más me veía como en una foto que rememoraba el acontecimiento, me vi, pues, acercarme muy suavemente a la amiguita, que no ponía ninguna resistencia, contra la cama, me arrodillé a su lado y empecé a besar su cuerpo. Siempre oí decir que las perversiones eran consecuencias de enseñanzas o imitación, pero yo nunca había visto a nadie hacerlo y por supuesto nunca nadie me había dicho o sugerido hacer lo que hice a esa edad infantil. Creo más bien que seguimos el instinto de la naturaleza, es un atavismo imposible de repeler y lamentablemente mucha gente ignora dicha fuerza de la

naturaleza, que nos domina, ya que nosotros mismos le pertenecemos y somos parte de ella. Cuando, a veces, veía a las prostitutas desnudarse, ya que no todas lo hacían siempre, me quedaba boquiabierto clavando los ojos en sus piernas, con un deseo irreprimible de devorarlas a besos, y tenía que hacer un esfuerzo para dominarme, además de que mi timidez de entonces me lo impedía. Pero me repugnaba pensar que tantos otros hombres sucios y viejos tocaban esos cuerpos jóvenes y no me atrevía, impulsado por asco, a tocarlos con mi boca. Pasarían más de diez años antes de que me diese el gusto en estas fantasías eróticas que atormentaron mi mente ansiosa de joven adolescente. Las conversaciones libidinosas no tenían fin, más o menos todos nos deleitábamos en oír detalles de todo lo relacionado con el sexo. Por supuesto, entre nosotros había algunos afortunados que ya tenían jóvenes amantes o alguna mujer de más edad con quien hacían el amor, pero eran muy pocos y nosotros les envidiábamos su suerte y casi les teníamos rabia.

14. PARROQUIANOS DEL CÁUCASO

Nuestros padres aprendieron muy rápido el negocio del restaurante y hasta parecía que les gustaba. Al volverse dueños del Cáucaso renovaron por entero el establecimiento; un pintor ruso dejó su obra de arte en las paredes con paisajes de la vida rusa, ya que además de la clientela rusa y del Cáucaso empezaron a venir muchos estudiantes franceses y turistas extranjeros. Muchas veces se ofrecía a los comensales durante la cena música de balalaika, acordeón, violín o piano. Todos los mozos, las meseras y los empleados de la cocina eran rusos, o por lo menos eslavos. Boris, el viejo amigo de mi padre, fue el barman durante varios años. Yo comía en el restaurante y, a veces, sobre todo en las cenas, participaba en las conversaciones con emigrados, que mi padre decía que eran muy conocidos en los círculos de la política, las artes y las finanzas. De estas conversaciones me impresionó el príncipe Nikolái Nikolayévich, uno de los tíos del último zar ruso, Nicolás II, que fue fusilado con toda su familia en 1919. Mi padre, siempre con deferencia, le llamaba “Su Alteza”, hasta que un día le dijo: “Oiga, Kiril Andreyévich, por favor no me llame más “Su Alteza”, ya que Su Alteza cayó en la bajeza; sea amable llamándome solamente Nikolái Nikolayévich”. Era muy triste escuchar esas palabras de alguien que fue tan importante en

Rusia y que en Francia, siendo emigrado, se ganaba la vida como diseñador técnico, aunque nunca perdió su actitud distinguida, como la mantenían la mayoría de los nobles rusos. Mi padre lo estimaba mucho, ya que cuando vino la revolución de febrero de 1917, él fue quien le dijo a su sobrino el zar que renunciase al trono.

Vino nuevamente a visitar a mi padre el ex primer ministro de Rusia Alexándor Fedoróvich Kerenski, con el escritor socialista Zenzinov y su inseparable ex comisario de la flota negra. Aquella velada duró hasta muy tarde, aún después de que se fueran los últimos clientes y se cerró el restaurante. Se bebió mucho y por supuesto casi toda la conversación giraba alrededor de Rusia, el pasado, el presente y el futuro, que parecía imprevisible. También quedé muy impresionado por el grandote Ilia Isidoróvich Fondaminski, el íntimo compañero de Kerenski, a quien ya había visto en Berlín y que se volvió escritor para ganarse la vida. Era la última vez que lo vería, aunque a Kerenski lo volví a ver varias veces más durante el tiempo que vivimos en Francia. Supe más tarde, cuando regresé a París durante la guerra, que había recibido el visado para viajar a Estados Unidos, cruzó la frontera con España en junio de 1940 y pudo escaparse antes de la ocupación total de Francia por los alemanes. Por su parte, el escritor Zenzinov fue enviado a Finlandia como periodista y aprovechó para huir a Nueva York cuando supo que los nazis lo buscaban. Por ciertas razones de índole sentimental el grandote idealista Fondaminski se quedó en París, aunque también le había llegado la visa americana y pudo haberse salvado, pero parecía que estaba cansado de huir; fue arrestado por la Gestapo alemana a los pocos meses, por haber sido socialdemócrata y

comisario durante la revolución rusa, y enviado a un campo de concentración, donde pereció en el año 1942.

Todos nuestros mozos, algunos muy jóvenes, habían estado en el Ejército Blanco cuando tenían quince o dieciséis años; tenían una actitud ejemplar, no se quejaban, se acomodaban a la nueva situación y también parecía que como creyentes la religión les sostenía. El ambiente en el restaurante era muy agradable, y a la mayoría de la gente, tanto al personal como a algunos clientes, les gustaba hablar conmigo, aunque ellos sabían que yo tenía ideas marxistas. Había uno particularmente, Kostia, cuyos padres italianos habían llegado a Rusia antes de su nacimiento, que fue atrapado por la revolución sirviendo en el Ejército Blanco. De apodo lo llamaban “El Italiano”, le gustaban las mujeres con locura y era de tendencia izquierdista. Nuestro cocinero, chef Petia, era un ruso cuya ciudad natal de Bielorrusia fue cedida a Polonia después de la primera guerra mundial; él también tenía ideas izquierdistas. Vivía con una mujer francesa alcohólica y una vez, al regresar a su casa, encontró sobre la mesa del comedor un papelito que decía: “Adiós, para siempre”. Unos días más tarde encontraron su cuerpo en el río Sena. Se había tirado al agua y nunca nadie supo por qué se suicidó. Sería que estaba borracha en aquel momento o tuvo algún contratiempo. Petia estuvo mucho tiempo desconsolado, constantemente repitiendo: “Pero ¿por qué? ¡Nos llevábamos tan bien! Bebíamos juntos, nos reíamos y nunca hemos peleado y no sé qué le pasó”. Quedé muy impresionado por este hecho, y me di cuenta de que mis padres decían con desprecio “alcohólico”, refiriéndose a algunos clientes o amigos que ellos sospechaban que lo eran.

También teníamos algunos clientes que tomaban drogas, según mi madre, que me los señalaba como si ellos fueran el diablo en persona. Las palabras “alcohólico” y “adicto” me incomodaban y me producían lástima por las personas a las que el vicio dominaba. Mucho más tarde sabría lo que era ser un alcohólico. A veces también venían algunos amigos al restaurante, ya después de la hora del cierre, cuando podían reunirse con mis padres a puerta cerrada, tomar vinito y sobre todo hablar un poco de todo. Se daban cita varios grupos diferentes, muchas veces con tendencias políticas diversas, que venían a comer y luego se quedaban a charlar con mis padres. Por supuesto, una vez que se cerraban las puertas del establecimiento, la bebida era por cuenta del restaurante. Entonces no me di cuenta de la honra que tuve, por haber tenido a un pintor tan conocido como Yuri Annenkov reproduciendo mi cabeza en una tela. No pensaba que él sería tan famoso con el tiempo, aunque ya había pintado a Block y a Trotski en 1923, estando este aún en el poder. También había pintado a Lenin, y cuando este murió en 1924 el Soviet Supremo le asignó la tarea de documentar su vida en cuadros. Por ciertas razones desconocidas emigró a París en 1926, aunque quedó en buenas relaciones con el gobierno comunista. Cuando Alexis Tolstoy venía a Francia, ambos quedaban hasta muy tarde tomando coñac juntos y un par de esos encuentros los tuvieron en el Cáucaso. Cuando Ilya Ehrenburg venía a París, Annenkov nunca perdía la oportunidad de encontrarse con él. Lo más curioso era que durante la ocupación alemana consiguió vivir quieto en París sin llamar la atención de los nazis. Así, muy discretamente, sobrevivió a aquella época tétrica y después de la guerra siguió su carrera de pintor ya muy famoso, hasta el año 1974, cuando

murió de muerte natural a la edad de 85 años. Me enteré de todo esto cuando ya vivía en Texas. Se hablaba de Pasternak, de Babel, de Fedine y otros escritores, pintores y artistas que muchas veces frecuentaban el restaurante de mis padres. Como ya he dicho, me era bastante indiferente que fuesen famosos en los círculos rusos, en realidad no me impresionaban y casi no los entendía, aunque hablaba perfectamente ruso. Todos ellos tenían una lógica a la cual no pude nunca habituarme. Había demasiado optimismo, creencia y casi misticismo en torno a ellos, algo a lo que no podía acostumbrarme. Siempre he preferido la lógica francesa y también el sentido claro y llano para expresar su pensamiento y poder comprender las ideas de otra gente. Muchos años más tarde, ya siendo maduro, comprendí mejor lo que pasaba dentro del alma de un eslavo y hasta llegué a admirarlos, aunque seguí siendo un frantzuz, como solía llamarme mi padre.

Después de la Depresión norteamericana, y cuando el Nuevo Continente ya empezó a recomponerse económicamente gracias a la política humanitaria de Roosevelt, las finanzas europeas empezaron a tambalearse. Los desocupados comenzaron a llenar las calles y los veteranos de guerra tomaron en alquiler la planta baja de una casa que mi padre poseía desde hacía años en la calle de Petits Pretres St. Severin y que tenía más de trescientos años. Como el sótano era un subterráneo profundo de varios pisos, era peligroso y no se alquilaba como las otras partes de este edificio de cinco pisos. Me enteré de que en siglos pasados dicha construcción pertenecía al arzobispo de la ciudad de París y en el sótano se encontraban celdas donde encerraban a los prelados que

habían cometido algún crimen castigado por la iglesia. Mi padre sabía que el lugar me encantaba y me había dado la llave del mismo, permitiéndome traer amigos para jugar en estos enormes espacios vacíos. Por supuesto, con toda esa gente formando cola, que se llamaba entonces “cola de sopa”, ya no podíamos ir a jugar a nuestro lugar preferido. No hace falta recalcar que esto era cuando aún maduraba, luego, ya transformado en joven, me dedicaba a cosas más serias y no volví más al sótano de dicho edificio.

La proporción de los desocupados aumentaba y se podía ver cada vez más que dicha situación no podía seguir así para siempre. Recuerdo que el gobierno devaluó la moneda nacional y se cambiaban 25 francos por un dólar, lo que trajo una cantidad enorme de turistas americanos, cuya economía se había mejorado y les costaba más barato pasar las vacaciones en Francia que en su propio país. Los ingleses habían sido hasta entonces los únicos turistas que venían, a los cuales se agregaron ahora los yanquis, a los que por envidia algunos empezaron a tildar de arrogantes. Por cierta razón sin sentido y sin explicación, con sentimiento de rabia al no conseguir trabajo, los desocupados apedreaban las oficinas de turismo, sobre todo las de Cook. Esto no mejoró la situación de los parados y hasta perjudicó al comercio, ya que empezaron a venir menos turistas a Francia y aumentó la desocupación.

15. EUROPA SE MUEVE

En 1933 Hitler fue elegido canciller de Alemania, lo que marcaba el fin de la República de Weimar. El 27 de febrero el Reichstag fue incendiado y los comunistas fueron acusados del delito, aunque todo el mundo sabía muy bien que era obra de los nazis, el nuevo partido político creado por el Führer. Nuestra agrupación estudiantil estaba en estrecho contacto con los partidos izquierdistas que, muy a menudo, nos pedían que les ayudáramos a pegar carteles políticos en las paredes de los inmuebles o que realizáramos diversas tareas durante cualquier mitin, lo que hacíamos con entusiasmo.

A mediados del mismo año me enteré por mi camarada Admiral, que era trotskista e idealizaba a León Trotski, de que este había sido expulsado de la Unión Soviética y se dirigía por tren a Noruega, el único país que le otorgó asilo. Los trotskistas trataban de organizar una manifestación monstruo incitando a todos, estudiantes, obreros y empleados, a congregarse en la Gare de l'Est, donde el tren en el cual viajaba su ídolo iba a pararse durante una hora. Tenía muchas ganas de ver al compañero incansable de Lenin ahora tratado como paria, pero mi amigo René me aconsejó que no hiciera tal cosa, ya que le habían prevenido “algunos camaradas”, que sabíamos

seguían instrucciones del partido comunista, diciendo que esta solidaridad con los “traidores” nos traería muchos inconvenientes. Un poco asustados, o tal vez intimidados, no fuimos, y lo lamentamos más tarde cuando nos enteramos de que miles y miles de simpatizantes gritaban palabras de apoyo a Trotski en la estación, cuando el tren se paró como estaba previsto. Había policía por doquier, pero la gente ya estaba nerviosa por la situación interna, por el triunfo de Hitler en Alemania y las divisiones comunistas en la Unión Soviética, además de la ineptitud del gobierno francés.

El 16 de noviembre Estados Unidos reconoció oficialmente a la Unión Soviética y se establecieron relaciones diplomáticas entre ambos países, lo que tuvo una repercusión internacional muy favorable, sobre todo en el partido comunista y los pacifistas. En cambio, el año 1934 empezó muy mal para Francia, cuando se descubrieron las manipulaciones de Serge Staviski, un judío ruso que de acuerdo con políticos franceses llevaba a cabo una estafa estatal de enormes proporciones. A partir del 6 de febrero hubo motines y alboroto en todo París, con peleas callejeras entre los manifestantes y la policía, hasta el 9 del mismo mes, cuando Staviski, al no poder cruzar la frontera con Suiza, terminó pegándose un tiro.

A pesar de que nosotros no considerábamos que era “nuestra” revolución, estábamos contentos de ver que el pueblo había reaccionado y que el ambiente se hacía más propicio, aunque la derecha, sobre todo los de Croix de Feu (veteranos derechistas), Acción Francesa (monárquicos) y Jeunesse Patriote, una de tantas otras organizaciones de la misma tendencia, culpaba a la izquierda por todos los

problemas. Fue entonces cuando nació el Frente Popular, que reunía a todos los partidos de la izquierda, para poder hacer frente a la derecha cada vez más agresiva y peligrosa, que en cierto modo vanagloriaba a Hitler y Mussolini. Uno de mis amigos, miembro de nuestra UFE, era Jacques Trambeau, que estudiaba en la Sorbona y se declaraba abiertamente anarquista. Era muy tranquilo, determinado e inteligente. El me intrigaba mucho, ya que no llegaba a comprender muy bien este concepto de un país regido por anarquistas y sin gobierno, o uno con muy poco poder, que él preconizaba. Jacques repetía siempre: “El poder corrompe al hombre”. Luego seguía: “Mira a la Unión Soviética, todos pelean por el poder y no les interesa en realidad la felicidad del pueblo, lo que buscan es el mando y las ventajas materiales”. El me fascinaba, pero tenía miedo de que me vieran demasiado en su compañía, ya que los marxistas desconfiaban de los anarquistas. Un día me dijo que tenía malas noticias, que Néstor Makhno había muerto, como resultado de sus viejas heridas. Era el último líder anarquista, que llegó a tener un ejército poderoso en Rusia durante la revolución, luchando para imponer el anarquismo y la independencia de Ucrania. Yo sabía mucho de Makhno, ya que mi padre siempre habló de él con desprecio, diciendo que era un bandido y que lo había enfrentado varias veces en el campo de batalla, aliándose por periodos a ambos lados, blancos o rojos, para luego traicionarlos cuando le convenía. Para Jacques él era un revolucionario verdadero, digno de todo respeto. Jacques tenía por Makhno una admiración que casi llegaba a adoración, y cuando le dije lo que mi padre pensaba de él, me contestó que mi padre era un reaccionario, razón por la cual no podía darle justicia a un verdadero luchador de la libertad.

Gracias a Jacques, conocí con más detalles la historia de Néstor Makhno, de quien mi padre tenía una opinión tan pobre. Según mi amigo, cuando vino la revolución de febrero de 1917, Kerenski ordenó abrir las puertas de las prisiones y dejar en libertad a todos los presos políticos. Entre ellos padecía desde hacía más de ocho años en la fortaleza de Petrogrado, Makhno, que estaba encerrado por ser anarquista, de inmediato regresó a Gulaypolie, en Ucrania, a la célula anarquista a la cual ya pertenecía antes de haber sido arrestado por haber tratado de imponer el sistema de gobierno anarcosindicalista. Mientras conseguía resultados alentadores en la organización de los campesinos, tuvo una gran desilusión al enterarse de que el príncipe Peter Alexévich Kropotkin, uno de sus ídolos y padre del anarquismo -como Bakunin, que lo había inspirado-, a su regreso del destierro de Londres a Moscú, apoyaba al socialista Kerenski. Sin embargo, cuando él tuvo la ocasión de hablar con Kropotkin en persona en Moscú a mediados de 1918, su fe en el inspirador de su ideal fue restituida. Por el contrario, cuando Lenin le hizo el gran honor de recibirlo en el Kremlin unos meses más tarde, Makhno quedó muy desilusionado, sobre todo porque el nuevo “dictador del proletariado comunista” no sentía ninguna culpa cuando, al llegar al poder, hizo cerrar las oficinas de la Federación Anárquica Rusa en Moscú, encarcelando a todos sus líderes. Makhno trató de llegar a un compromiso con los soviéticos en su lucha contra el Ejército Blanco y las fuerzas expedicionarias de los austrohúngaro-alemanes, que habían ocupado Ucrania con la complicidad de la Junta Revolucionaria del ataman Skoropadski, pero los comunistas lo engañaron y él siguió luchando por su ideal hasta el verano de 1921, cuando el Ejército Rojo entero fue lanzado contra sus tropas, que

llamaban del batko Makhno (padre Makhno), y lo derrotaron en su propio pueblo de Gulaypolie.

Otro golpe para él fue al enterarse de que la fiel compañera de lucha política y de cárcel, la audaz y mundialmente conocida comandante anarquista terrorista María Nikiforova, había sido hecha prisionera por los blancos, que la ahorcaron en Crimea en 1919. Makhno fue herido seis veces durante estos combates, lo que afectó a su salud, ya que eran en total doce heridas las que había recibido en los tres años de lucha. Al ser completamente derrotado el 28 de agosto de 1921, perdiendo a todos sus comandantes y viendo sus fuerzas diezmadas, cruzó el río Dniéster y de inmediato fue internado por los rumanos. Al enterarse de que la Unión Soviética pedía su extradición, escapó de su encierro y huyó a Polonia. Lamentablemente, ahí fue nuevamente arrestado en la frontera y encarcelado por los polacos, que lo acusaban de conspirar por la independencia de Galicia, donde vivían ucranianos desde hacía siglos y cuyo territorio había sido cedido a Polonia por el Tratado de Versalles de 1919. Después de pasar un año en la cárcel de Varsovia lo soltaron, pero cuando llegó a Danzig, nuevamente lo pusieron en una fortaleza, esta vez por poco tiempo, y en 1923 pudo llegar a París, como tantos otros refugiados. En el exilio nadie quiso asociarse con él; Petliura, el ex comandante del ejército nacionalista ucraniano (asesinado en 1926 en París), lo despreciaba, y por supuesto los rusos blancos también, tildándole de bandido.

Makhno y su familia tuvieron momentos muy duros en París, como muchos otros emigrados políticos. Fue ahí que él empezó

a escribir sus memorias diciendo: “Vivo actualmente en París, entre gente forastera y enemigos políticos contra los cuales había peleado tanto”. Ya en la ciudad del Sena se desempeñó trabajando en una compañía de cine, donde ayudaba a desplegar los decorados, y también se ganaba la vida arreglando zapatos. Su esposa se empleó como sirvienta de una familia acomodada, hasta que su salud se deterioró debido a sus múltiples heridas y la cojera. El famoso anarquista americano Alexánder Berkman, que lo había visitado varias veces en Rusia, cuando vino a verlo en París a duras penas pudo reconocer al que fue el legendario comandante libertario durante la revolución rusa que había juntado un ejército de cien mil hombres.

Siguiendo la iniciativa de Berkman, los anarquistas americanos, franceses y españoles juntaron algún dinero para que Makhno pudiera seguir viviendo modestamente. Fue entonces que él trató de participar en la política y escribió un libro titulado *Movimiento de Makhno y sus aliados los bolcheviques*, en el cual demostraba que sus partidarios habían luchado por el pueblo ruso, contra los movimientos blancos y los contrarrevolucionarios polaco-alemanes y, al final, contra la dictadura de los bolcheviques. Él ponía en guardia a los anarquistas en general, para que se cuidaran de los que quieren usurpar el poder, y los exhortaba a organizarse contra la tiranía.

Sin decir nada a nadie, ni siquiera a mis padres, ese 29 de julio de 1934 fui con Jacques y otras cuatrocientas personas que acompañaban el cortejo fúnebre de Makhno al cementerio de Père Lachaise de París. Había representantes de casi todos

los países, en su mayoría franceses, luego españoles e italianos, sin faltar Berkman, que participó en la comitiva que le rendía los últimos homenajes, y decían que también para hacerse cargo de los gastos. Jacques me dijo entonces, muy grave y triste: “Ves, él fue un héroe anarquista de Ucrania, mira cuánta gente se congregó; pero ¿sabes que solamente dos ucranianos están presentes aquí en el séquito?”. Mucho más tarde, cuando ya vivía en Estados Unidos, me enteré de la triste suerte que tuvieron la esposa de Makhno, Galina, y su hija Elena.

Cuando los alemanes ocuparon París en 1941, las autoridades nazis exigieron a todos los extranjeros que se registrasen en la policía local. Al ver los nombres de la esposa de Makhno y de su hija, de inmediato ellos las enviaron a un campo de concentración en Polonia. Ya al final de la guerra, fueron los soviéticos los que liberaron dicho campo de concentración en el cual padecían las dos víctimas. Después de gozar solamente de un corto periodo de libertad, cuando las autoridades soviéticas se enteraron de su identidad, nuevamente las enviaron a un campo de trabajos forzados, esta vez en Siberia, donde pasaron ocho años. Al recuperar la libertad, ambas se mudaron a Kazakistán, donde Galina murió a la edad de setenta años y se perdió el rastro de la hija Elena, quien fue vista por última vez en Dzambule. Ambas, Galina Kuzmenko y su hija Elena, fueron rehabilitadas en 1989 por el gobierno de Gorbachov, que reivindicó a tantas otras víctimas de Stalin.

Muchos años más tarde, salieron varios libros sobre Néstor Makhno, en su mayor parte publicados por escritores

franceses, españoles, americanos y más tarde rusos. Se hicieron también cantos en su honor, y es venerado por todos los anarquistas en Estados Unidos, Canadá, España y Francia. Todo esto me intrigó mucho y en secreto compré libros de Kropotkin y de Bakunin, ya que quería saber más sobre el anarquismo, pero no decía nada a mi padre, que por ciertas razones los despreciaba con desdén. Mucho más tarde pude leer las memorias de Makhno traducidas al inglés, cuando ya vivía en Atlanta, Georgia.

Durante gran parte de mi vida he vacilado entre las dos ideas: el marxismo y el anarquismo. El exceso del comunismo me asustaba, pero la falta de disciplina de los anarquistas me ponía en guardia contra la posibilidad de que unos aventureros pudieran llevar al pueblo a contingencias peligrosas.

16. VACACIONES EN BOYARDVILLE

Además de mis dos grupos de amigos, uno en Neuilly y el otro en mi Barrio Latino, desde hacía mucho tiempo había establecido un tercer grupo, que veía durante las vacaciones que pasábamos en Boyardville, en la isla de Oleron, frente al puerto de La Rochelle. Íbamos allí todos los veranos hasta 1933 a pasar dos meses en estas playas primitivas de la isla. Alquilábamos el mismo chalé a madame Pelligrini, francesa de vieja descendencia italiana, viuda de guerra que vivía con su hija Louise, un par de años mayor que yo. Boyardville era entonces un pequeño puerto pesquero sobre el Atlántico que, según lo que contaban los viejos habitantes del lugar, había sido un refugio veraniego de aristócratas rusos, que venían a recrearse allí antes de la revolución. Para ir a la playa, había que caminar unos veinte minutos pasando por un bosque de pinos. Mi madre siempre decía que esta mezcla de aire del mar y de los pinos era ideal para los chicos, o sea para nosotros. Mientras mi padre trabajaba con los hermanos Grimberg, él también se quedaba los dos meses con nosotros, pero después de comprar el Cáucaso permanecía en Boyardville no más de tres semanas, el tiempo que el restaurante se cerraba para la estación veraniega.

Según esa vieja costumbre europea, todos los años casi siempre las mismas personas volvían al mismo lugar, y parecía que las amistades o idilios interrumpidos del año anterior se reanudaban sin dificultad, cuando los turistas regresaban al pueblo para pasar las nuevas vacaciones de verano. Mis primeros amigos fueron chicos de una familia francesa de Burdeos que, como nosotros, regresaban todos los años a Boyardville. El hijo mayor, Maurice, era un muchachón grandote un poco mayor que yo, pero su hermanita Josette, de mi edad, era una preciosa pelirroja que nos volvía locos a nosotros y a todos los que la rodeaban. A pesar de su edad era muy coqueta y se daba cuenta de la influencia que tenía sobre los chicos. Mi madre, a quien le encantaban los viejos edificios y sobre todo la estructura de las iglesias antiguas, no se perdía la oportunidad de participar en las muchas excursiones turísticas que se ofrecían a los veraneantes que deseaban conocer esta vieja isla.

La del otro lado de Oleron era la isla de Re, un campo penal transitorio donde hacían escala los condenados a trabajos forzados, antes de ser enviados definitivamente a las Guayanas. Mi madre les tenía mucha lástima a estos reos que estaban en la isla al alcance de nuestra vista, así como a las embarcaciones sombrías que los llevaban de un lado a otro. Mi padre, más realista, decía siempre lo mismo: "Si son presos políticos les tengo lástima, pero si son criminales de derecho común, no les tengo ninguna simpatía, ya que son muy crueles con los convictos políticos que tienen la mala suerte de estar con ellos. Además, a saber cuántas cosas horribles habrán hecho y la razón por la cual están ahí".

Del otro lado de nuestra isla, se encontraba otra más pequeña, la isla de Aix muy famosa localmente, ya que cuando los ingleses llevaban a Napoleón para su exilio en la isla de Santa Elena lo tuvieron detenido un par de meses en ella, y hasta ahora se conserva un pequeño museo en la casita donde fue albergado el gran emperador. Una vez fuimos a ver dicha reliquia histórica y por supuesto me quedé admirado de visitar un lugar donde el gran Napoleón había vivido hacía más de cien años. Entonces, como para la mayoría de los muchachitos franceses, Napoleón representaba para nosotros el ideal de heroísmo mezclado de leyenda. Esa opinión cambió completamente cuando empecé a militar activamente en la política. Me enteré entonces de que, a pesar de que durante la revolución francesa de 1789 se había abolido la esclavitud, Napoleón, después de declararse emperador, no solamente traicionó los ideales republicanos con esto, sino que también restableció la práctica repugnante de la esclavitud en las colonias francesas en 1802, lo que duró hasta 1848.

Además de Maurice y la hermanita Josette, se juntó a nuestro grupo Edmund Jaba, cuyos padres, judíos rusos, habían huido de Rusia después de la abortada revolución de 1905, que se produjo después de la derrota en la guerra contra el Japón. Ellos eran anarquistas y Edmund, que había nacido en Francia, se tambaleaba entre el comunismo y el anarquismo. Su familia también vivía en París, como sus amigos Minia Kolodkine y Jacques Golovine, cuyos padres también habían sido revolucionarios en la Rusia zarista, aunque ellos habían nacido en Francia. Por una circunstancia curiosa, me hice muy amigo de Robert Romanin, un poco más viejo que yo, pero más corto de estatura. El tenía un hermanito, Georges, demasiado joven

para pertenecer a nuestra compañía, y se asociaba con chicos de su edad. Sus padres tenían una tienda de ropa en el mismo barrio donde vivían en París. Lo más curioso de mi amistad con Robert era no solamente que él era de derechas, sino que profesaba ideas fascistas y era gran admirador de Mussolini. Me quedé atado a él, tal vez debido al hecho de que su familia vivía en el barrio de la Muftarde, no muy lejos del Barrio Latino, lo que nos permitía vernos más a menudo; además nos llevábamos muy bien y a ambos nos gustaban las bromas y en general nos entendíamos muy bien casi en todo, siempre que no tocáramos el tema de la política. Más tarde Robert fue con un grupo de fascistas franceses a Italia, donde el Duce en persona los recibió en Roma, aumentando aún más su admiración por el dictador italiano. Nunca pude comprender cómo este joven francés de clase media podía abrazar esa idea dictatorial, cuando de carácter él era tan independiente.

Desde el momento que Robert vio a Josette se enamoró de ella; creo que ella tendría entonces solamente unos diez años y él un par de años más, pero todo el mundo entonces se dio cuenta de que ella le gustaba. Los años pasaban, todos crecíamos y este verano de 1933 ya dejamos de ser niños, casi éramos hombres y los cuerpos de las chicas ya empezaban a tomar formas, especialmente Josette, que se volvió una belleza, con su largo cabello pelirrojo flotando en el aire. Lo más curioso era que Robert nunca le dijo nada a Josette, mucho menos a todos nosotros, sus compañeros, pero por su mirada se veía que él la adoraba. Era algo como una adoración silenciosa, pero su pasión era tan fuerte y persistente que todos los que estábamos con él lo sentíamos, y casi nos ponía un poco nerviosos cuando aparecía la bella pelirroja, que sabía

muy bien que era el objeto de nuestra veneración. Más aún, ella quería intensificar la pasión que hervía en todos, pero particularmente dentro de Robert, y no dejaba nunca de flirtear con nosotros uno por uno, o con varios a la vez. Jamás en mi vida volví a ver una pasión tan fuerte como la que vi en Robert; parecía que emanaba desde dentro de él un magnetismo incontrolable que lo dominaba inconscientemente.

Los jóvenes teníamos una vida casi separada del resto de nuestras respectivas familias, que eran más sedentarios y rutinarios: o sea, de casa a la playa y viceversa, todos los días salvo cuando llovía. Entonces todos quedaban en casa o iban al pequeño pueblo de Boyardville, cuyo centro estaba enfrente del único hotel del lugar, cinco cafés y restaurantes con la misma cantidad de negocios varios, además de una gran cantidad de pensiones de familia, más baratas que el hotel, en el cual se alojaba gente de negocios, comerciantes y algunos veraneantes acaudalados. Este centro pintoresco se encontraba cerca del muelle del puerto, donde estaban atracadas pequeñas embarcaciones de pescadores, y contaba por supuesto como atracción principal el tan esperado arribo diario del barco que venía de La Rochelle para traer o llevar a los pasajeros.

Además de aprovechar la playa, que era encantadora, e ir a nadar en el agua de color azul y a veces turbulenta del océano Atlántico, tomábamos baños de sol, jugábamos al fútbol o al tenis, pero ya dejando para otros más jóvenes nuestras diversiones de ayer, como hacer castillos de arena o correr como lo hacíamos un par de años antes. Los domingos eran

muy festejados, ya que entonces muchos adultos iban a tomar el aperitivo en los bares, acompañados de toda la familia, aunque debido a nuestra edad más avanzada ya no teníamos la obligación de obedecer a esas tradiciones. Entonces formábamos grupos para discutir de política, hablar de deportes, de algunos acontecimientos interesantes de la actualidad, hacernos los gallitos con las chicas, que también sentían en ellas mismas las transformaciones fisiológicas normales y naturales en sus cuerpos y sus pensamientos. Era una edad hermosa aunque no lo sabíamos entonces, pero de cualquier modo presentíamos que la vida nos pertenecía y parecía que algo dentro de nosotros se llenaba a reventar de placer. Era tal vez la felicidad interna de sentirnos vivir y, sobre todo, descubrir una fase nueva en la vida que aún no conocíamos antes, que era la pubertad y que estábamos ansiosos de explorar.

Todos los domingos al Café du Port venía el “cine” ambulante, para mostrarnos viejas películas mudas. Las proyecciones generalmente se hacían por la noche en una sala bastante grande, que el dueño del bar le alquilaba al viejo bajito que nos traía su diversión, mediante un pago modesto como era de esperar. Su aparato era tan viejo que él proyectaba la película con su enorme aparato dando vuelta a una manija y, como era muda, él decía con una voz cambiante y monótona el diálogo correspondiente. En estas ocasiones venían muchos habitantes de los que vivían de modo permanente en Boyardville, ya que no había un edificio de cine y era lo único que tenían como entretenimiento y se les ofrecía únicamente durante los veranos. Por supuesto a veces algunos hablaban, otros les pedían que se callaran, aquellos seguían

haciendo comentarios en voz alta y se llegaba a un cambio de insultos irritantes, pero no recuerdo que se hubieran suscitado peleas. Por descontado, nosotros, los parisinos, o parigots, como con desprecio nos llamaban los pescadores, mirábamos con ironía a esos payucanos que no conocían el cine sonoro. Nosotros lo tuvimos por primera vez en Neuilly en 1930 y fue todo un alboroto de la muchachada los jueves que no había clases.

Generalmente la mayoría de los veraneantes llegaban a la isla de Oleron, que tenía muchas otras playas además de la de Boyardville, al principio de julio y, por supuesto, asistían a los festejos del 14 de julio, con fuegos artificiales, banda de música de los bomberos del pueblo vecino, vendedores ambulantes y otras distracciones. Este año de 1933, por casualidad, llegaron a Boyardville varios rusos blancos que vivían en la Costa Azul o París, pero a los que mis padres no conocían. Algunos de ellos procedían de Manchuria, que había sido un protectorado ruso por muchos años y donde ellos habían vivido por generaciones. Entre ellos había una hermosa dama rubia, Larissa Leonovna Dolgoruki, con su hijo Andréi, un año más joven que yo. Mis padres me dijeron que la familia Dolgoruki era una de las más viejas aristocráticas de Rusia. Se podía adivinarlo además por el comportamiento de dicha mujer, que era una dama como ya existen muy pocas. Nunca en mi vida he visto una distinción tan notable y noble, en todo lo que ella hacía. Larissa era viuda de guerra, el marido, oficial en el ejército de Kolchak, fue muerto por los bolcheviques junto con el general en Siberia en el año 1920 y ella huyó con su hijo a Manchuria, donde tenía parientes, y donde muchos rusos seguían viviendo, llamándola provincia rusa. La señora Larissa nos contaba con emoción del

esplendor de la vida que tenían en Mukden, la capital de Manchuria, que aún tenía el barrio europeo y donde el ruso era el más grande, seguido por el inglés y el francés. Ella nos contaba que la vida era tan barata allí que cualquiera podía tener varios sirvientes. Su sueño era poder regresar un día para seguir una vida “normal”, como ella decía.

El hijo, Andréi, era un verdadero caballero con unas maneras que uno ve solamente en películas. Era muy distinguido, pero lamentablemente no podía ser mi amigo, era muy creyente, estaba seguro de que la monarquía iba a ser restaurada en Rusia y odiaba al marxismo. Él era muy serio y demasiado “ruso” para mi gusto. Habían llegado a Francia hacía solamente unos pocos años atrás y no se habían aún pulido bastante como para adaptarse a la vida intelectual francesa. Ambos, tanto la madre, que era princesa, y el hijo Andréi, me parecían como salidos de una novela del siglo pasado. En cambio había varios otros rusos blancos con quienes poco hablaba, aunque mis padres estaban constantemente con ellos, seguramente sintiéndose a gusto de poder hablar ruso y sobre todo de Rusia, que era como una enfermedad de todos los emigrados de aquel país. De todos ellos, sin embargo, el que me pareció más simpático era el ex capitán de cosacos Semión Nikolayévich Chernikov, que se divirtió mucho al oír a mi padre llamarme frantzuz. Él había servido durante cinco años en la Legión Extranjera como soldado raso, como muchos otros oficiales rusos cuando emigraron a Francia; además no tenían muchas alternativas entonces, era cuestión de sobrevivir y el oficio militar era lo único que ellos conocían.

Él señor Chernikov era noble también, pero estuvo en el ejército francés y vivía en París, se había familiarizado más con la vida democrática -a pesar de besar también la mano de las damas, mostrándoles las cortesías de la nobleza rusa- y era mucho más receptivo con la cultura francesa y podía hablar conmigo con cierta sinceridad. Cada vez que yo veía a los caballeros levantándose de sus asientos para besar la mano de las damas, me venía a la memoria cómo a mí también me empezaron a educar de este modo en Alemania, obligándome a besar la mano de las damas. “De las mujeres casadas solamente”, recalca mi madre. “No se besa la mano de las señoritas no casadas... o por lo menos no se hace por respeto”.

La princesa de Dolgoruki, a quien no le gustaba que la llamaran princesa, era de una belleza deslumbrante, y en traje de baño era como oí a Chernikov un día decir a mi padre: “Ella parece la Diana cazadora yendo a bañarse”, refiriéndose al famoso cuadro. Mi padre, gran admirador del sexo débil, estaba completamente de acuerdo con esta descripción, y aunque yo no me había aún acostado con una mujer, ya conocía sin embargo lo que era el llamado sexo y me ponía muy nervioso cada vez que la veía tan bella, de tez tan blanca en su malla azul que redondeaba sus formas tan llamativas. Tuve una pauta en cómo una dama puede conducirse en ciertas circunstancias sin recurrir a groserías. Un día que todos estábamos acostados en la playa bajo un cielo azul tomando baños de sol, yo seguía mirando, o quizá devorando con la mirada, el cuerpo tan seductor de Larissa, cuando Semión, que seguramente hacía otro tanto, impulsivamente puso su mano sobre la hermosa pierna de la “Diana”. Larissa se sobresaltó y preguntó un poco enojada con su voz sensual: “¿Qué pasa

Semión Nikolayévich?”. Todas las cabezas, bien discretamente, se levantaron para ver mejor lo que pasaba, todos un poco avergonzados por el ex capitán de cosacos, pero él tuvo bastante presencia de espíritu para contestarle: “Tenía usted una mosca sobre su preciosa pierna, Larissa Leonovna, y la espanté”. Nadie dijo nada, y estoy seguro de que todos en su interior criticaban a Semión por haber sido tan rudo como para atreverse a tocar la pierna de la dama, por irresistible que fuese. Cuando todos seguían más o menos adormecidos, unos veinte minutos después del pequeño incidente, sentimos el ruido de una fuerte cachetada, y Semión, saltando, preguntó a la señora de Dolgoruki: “¿Por qué me dio esta bofetada, Larissa Leonovna?”. A lo cual ella, muy tranquilamente, le contestó con una sonrisa encantadora: “Usted tenía una mosca en su mejilla, Semión Nikolayévich, y quise espantarla”. La bofetada fue dada con tanta fuerza que durante toda la tarde el cosaco tuvo la mejilla izquierda sonrojada. No hace falta decir que él no intentó espantar más moscas de las piernas de Larissa.

Fue una de las pocas veces que quedé todo un día en la playa con el grupo ruso, ya que me divertía más con mis amigotes franceses. Debo sin embargo recalcar que ese 14 de julio, el día de la Bastilla, cuando cenábamos en el restaurante con la señora de Dolgoruki y su hijo, mi madre se sintió muy mal, sufriendo los efectos del reumatismo agudo que la agobiaba desde hacía varios años, y al no poder resistir más se disculpó y se fue caminando a la casa que alquilábamos y que no se encontraba muy lejos del lugar. Mi padre, el gran admirador del sexo femenino, había bebido bastante, celebrando la toma de la Bastilla, considerándose buen republicano, y empezó a hacer cumplidos sobre cumplidos a la hermosa Larissa. Vi que

Andréi se ponía nervioso y para evitar cualquier problema le sugerí que fuéramos a caminar por el muelle lleno de gente. No sé en realidad cómo terminó el coloquio entre Larissa y mi padre, ya que, cansado de la compañía aburrida de Andréi, decidí regresar al restaurante, pero al no encontrar a mi padre ni a Larissa supuse que él estaría ya de vuelta a la casa, en vista de que ya estaba anocheciendo. Al día siguiente me enteré de que mi padre volvió muy tarde a casa, bastante bebido, y que mi madre, a pesar de su sufrimiento, le hizo una escena, como resultado de sus constantes celos, fruto de sus sospechas a menudo fundadas. Vi después que mi madre se volvió muy fría con Larissa, que de cualquier modo regresaba a París en pocos días. Volví a ver varias veces a Larissa y a su hijo en París; este llevaba mi ropa usada, que mi madre le daba a la suya, ya que su situación económica se volvía cada vez peor; después recibí la noticia de que ellos regresaban a la Manchuria que tanto les gustaba. Años más tarde, supe que ambos, madre e hijo, perecieron en la segunda guerra mundial en Manchuria, durante la ocupación de los japoneses, que subyugaron al país con matanzas indiscriminadas.

Cuando ya vivía en Atlanta en Estados Unidos, un brigadista ruso que también luchó en España me contó que el ex capitán de cosacos Semión Nikolayévich Chernikov participó en la guerra civil española, luchando junto a él en la XI Brigada Internacional, que contaba con muchos rusos. Después fue admitido en la Unión Soviética, donde participó en la segunda guerra mundial, con su amigo también voluntario ruso blanco Alexéi Eisner. Luego, durante las purgas, como tantos otros brigadistas, fueron enviados por Stalin a Siberia, donde

permanecieron diez años, hasta que fueron rehabilitados por Kruschev después de la muerte de Stalin.

17. CASTILLOS MEDIEVALES

Los jóvenes estábamos muy activos en deportes, natación, excursiones, además de nuestras tertulias nocturnas después de la cena, cuando íbamos al centro del pueblo a charlar y cortejar a las chicas. Entonces no tomábamos bebidas alcohólicas y ninguno de nosotros fumaba. Tratábamos también de evitar entrar en asuntos políticos en presencia de Robert y de Maurice, el hermano de Josette, ambos de la derecha. El Frente Popular ya se estaba formando, inmediatamente después de que la conferencia antifascista de Holanda había adoptado la estrella triangular de Amsterdam-Pleyel, como emblema del antifascismo. Yo no sabía entonces que también la iba a llevar pocos años más tarde, durante momentos cruciales de mi joven vida. Boyardville, como el resto de la isla de Oleron, había sido un centro de los hugonotes en tiempos del rey Enrique IV, cuando se había degollado a los protestantes, y cuyo centro de resistencia a los católicos era La Rochelle. En la isla aún se conservaban altos observatorios de madera erigidos durante la guerra de 1870 contra los prusianos, temiendo que ellos pudieran hacer un desembarco del lado del Atlántico. Aunque este desembarco no ocurrió jamás. Durante la Segunda Guerra Mundial, en diciembre de 1944, los alemanes formaron una bolsa de

resistencia en toda esta región y yo participé entonces, más de diez años después de aquellas vacaciones, en su liquidación, como combatiente de la la División de Infantería Motorizada francesa.

El veraneo ya terminaba. Era finales de agosto y poco a poco los veraneantes regresaban a sus casas. En París volví a ver muchas veces a Minia Kolodkine, Jacques Golovine y, sobre todo, a Robert Romanin, que se convirtió en un gran amigo a pesar de nuestras diferencias políticas. No me daba cuenta de que era la última vez que veía a Edmund Jaba, con sus padres tan románticos, intelectuales, bohemios. Supe después de la guerra por Minia Kolodkine que toda la familia Jaba había sido enviada a un campo de concentración donde perecieron. No me daba cuenta entonces, y por supuesto nunca hubiese sospechado cuántos amigos iba a perder de este modo tan cruel y feroz, como la humanidad no había visto en generaciones.

Al final de estas vacaciones de 1933, no sospechaba que nunca más iba a volver a mi Boyard querido. No volvería a ver nunca más a la bella Josette, pero muchos años más tarde tuve noticias suyas a través de Robert, que seguía enamorado de ella a pesar de que esta se había casado. Su hermano Mauricio parecía que había perecido durante la guerra luchando en la resistencia. Antes de terminar nuestras vacaciones habíamos decidido, entre varios muchachos, inspeccionar una vez más algunos castillos medievales que aún existían en la isla. Estaba prohibido frecuentar dichas construcciones viejas, que se consideraban peligrosas debido a que escondían trampas desconocidas construidas para defenderse contra los intrusos.

Más de una vez, algún soplón alertaba a la policía sobre nuestras incursiones a los castillos y los gendarmes venían a echarnos de ahí. No era exactamente echarnos, ya que ellos también tenían miedo de explorar esas viviendas de muchos siglos, que además de las trampas podían derrumbarse de un momento a otro de viejas, aplastando a cualquiera que estuviera cerca. Lo que los gendarmes hacían era gritarnos desde fuera dándonos órdenes de regresar; si no lo hacíamos, ellos nos amenazaban con llevarnos presos. Estos castillos, como todas las casas viejas y abandonadas, de las que había gran cantidad en Neuilly en la época de la Depresión europea - que vino dos o tres años después de la de Estados Unidos-, me apasionaban. A nosotros los chicos nos encantaba tener el escalofrío al visitar todas estas moradas abandonadas, en las cuales había vivido antes gente cuyas vibraciones nos parecía sentir aún.

18. CONFUSIÓN INTERNACIONAL

De nuevo en París, el otoño se aproximaba y también las clases, que comenzaban en septiembre. El 9 de octubre de 1934, el rey Alexandre de Yugoslavia fue asesinado en Marsella junto con el Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Louis Barthou. Los dos terroristas eran separatistas croatas, instigados por ciertos elementos de Hungría. El gobierno de Francia estaba tan indignado que estaba a punto de declarar la guerra a Hungría, pero la intervención de la Sociedad de Naciones apaciguó los ánimos. Era muy triste, ya que Barthou era uno de los pocos políticos franceses queridos por el pueblo.

El ayudante del chef de nuestro restaurante era un serbio llamado Lazar, que al enterarse del asesinato del rey Alexandre de Yugoslavia, lloró tanto que mi padre lo dejó ir a su casa, ya que era incapaz de trabajar aquel día. Le tuve tanto desprecio, piedad y casi rabia a este tonto que lloraba por la muerte de un rey parásito, por muy bueno que hubiera sido. Petia, que estaba de acuerdo conmigo, me explicó que Lazar era un campesino ignorante, a quien le habían enseñado desde el nacimiento a venerar a los reyes como seres sobrenaturales elegidos por Dios, y que no debía tenerle rencor. Por su parte Lazar sentía mi indiferencia por el asesinato de su rey y no

ocultaba su odio hacia mí, odio que puede tener solamente un ser completamente ignorante y embrutecido hacia un joven culto, ya que él estaba convencido de que solamente la experiencia y los años daban juicio, y no los estudios.

Lo curioso era cómo los dos croatas fueron aprehendidos. Resulta que cuando ellos cometieron el atentado, la muchedumbre que esperaba al rey de Yugoslavia era tan densa que gracias a la confusión creada por la explosión de la bomba que ellos habían arrojado, los dos revolucionarios pudieron escapar sin ser descubiertos, mezclándose con la gente que corría. Conservando la calma, se alejaron del lugar del crimen y como tenían una sed atroz fueron a tomar una cerveza en un bar de la vecindad. Cuando pagaron la cuenta, dejaron una propina tan grande como el importe de la consumición. El dueño del bar sospechó que algo anormal estaba pasando, ya que los franceses no dejan una propina tan grande, y llamó a la policía diciendo: “Dos extranjeros que hablaban mal francés dejaron una propina muy grande”; era suficiente para que la policía se precipitara al lugar y arrestara a los dos terroristas, que unos meses más tarde fueron enviados a la guillotina.

La política internacional se volvía cada vez más confusa, y a pesar de haber triunfado el Frente Popular, elegido por un abrumador porcentaje del pueblo francés, cierta inquietud general flotaba en el ambiente y ponía muy nerviosa a la gente de la calle. La desocupación aumentaba, los obreros empezaron a ocupar las fábricas, cuyos dueños no querían firmar contratos. El socialista León Blum era primer ministro y nosotros pensábamos que la revolución, nuestra revolución, se estaba aproximando. Los de la derecha también aumentaban

su presencia en las contestaciones callejeras y nos insultaban diciendo que eso era exactamente lo que los alemanes querían: una Francia débil, dividida y desarmada.

El año 1935 empezó de un modo muy sombrío para todo el mundo. Se sentía turbulencia en el ambiente y completa falta de seguridad. Grandes manifestaciones de la derecha se llevaban a cabo; desfilando por las calles, gritaban contra los extranjeros, que, según ellos, robaban los trabajos a los obreros franceses y aullaban sentencias repetidas y cantadas de “¡Los metecques al cagadero!”, lo que ponía muy incómodos a mis padres. A mediados del año murió el muy conocido autor comunista Henri Barbusse, que escribió el famoso libro contra la guerra *El fuego*. La izquierda quiso hacer un despliegue de fuerza y todos fuimos movilizados para ir a su entierro, que iba ser en el cementerio de Père Lachaise, adonde ya fui una vez para el entierro del anarquista Makhno. Pero la diferencia era que esta vez, en lugar de las cuatrocientas personas que seguimos al cortejo fúnebre dos años antes, la procesión contaba con medio millón de participantes, que levaban banderas rojas y carteles por todo París, y las calles por las que íbamos a pasar fueron cerradas al tráfico. Hubo ahora muchos discursos políticos, pero había demasiada gente y nosotros, con nuestro grupo de estudiantes, no solamente no oímos nada, sino que ni siquiera vimos a los oradores. Esto no nos apenaba, ya que lo que queríamos era sentirnos parte de la muchedumbre, de la cual emanaba cierto magnetismo humano, fuerte y al mismo tiempo impresionante.

Durante todo ese periodo asistí a muchas manifestaciones del Frente Popular, que generalmente se desarrollaban en

estadios deportivos, convocando a demasiada gente como para caber en un teatro o en una sala por grande que esta fuera. Todas estas actividades me forzaron a reducir el tiempo que generalmente dedicaba a los deportes y, sobre todo, a mis estudios, que ya eran bastante deficientes y que fueron empeorando aún más. Me alegraba de que mis padres firmaran mi libreta escolar sin fijarse en las notas; mejor aún, muchas veces yo mismo las firmaba, para evitar cualquier problema.

El lugar fue llamado Ax por los romanos. Construyeron ahí mismo algunas casas y caminos como lo hacían siempre, y a través del tiempo siguieron regresando al pueblo, para curar sus enfermedades, mas tarde, al traer amigos y familiares hicieron famoso al lugar, adonde les parecía que su cuerpo se rejuvenecía, se curaba del reuma y otros malestares de los huesos.

Robert Romanin, sin decir nada a nadie, se enganchó en el ejército y muy pronto ascendió a cabo. En aquella época, el pueblo francés deliraba de orgullo, diciendo que era el país más fuerte del mundo, que no necesitaban ejército para derrotar a Alemania, que era suficiente enviar a los bomberos para ganar la guerra. Estas pretensiones las volví a escuchar sesenta y cinco años más tarde en los Estados Unidos de América, que también se consideraban los dueños del mundo y se comportaban como tales. Robert también veía venir la proximidad de una guerra y quería anticiparse a los acontecimientos. Pero estos acontecimientos internacionales aún no nos perturbaban, aunque empezamos a tener un gran flujo de judíos alemanes y refugiados españoles en París, cuyos

niños llenaron las escuelas hasta tal punto que los emigrados rusos, que ya se consideraban parte de Francia, trataban a esos extranjeros como intrusos. Hitler denunciaba el tratado de Versalles y empezó a armar al ejército alemán oficialmente, bajo la docilidad impotente y cobarde de las llamadas democracias, que seguían considerando a la Unión Soviética aún más peligrosa que al fascismo. Mussolini invadió Etiopía y nosotros, liberales indignados, hacíamos casi a diario manifestaciones callejeras, protestando por la barbarie italiana, cuyas fuerzas armadas lanzaban sin piedad gases mortíferos contra la población civil y bombardeaban sin descanso las ciudades del país invadido, completamente abandonado por la Sociedad de Naciones.

En nuestro restaurante se hablaba cada vez más de política y, por supuesto, a pesar de la condena general de la agresión italiana y de las amenazas hitlerianas, unos pocos se alegraban del curso de los acontecimientos. Oí algunas veces a refugiados rusos decir: “Hitler es nuestra única esperanza y nuestro libertador”. Era una situación muy difícil para mi padre, que era dueño de un restaurante frecuentado por gente de opiniones diversas. Toda su vida había sido socialdemócrata, pero, como él decía entonces, no le era posible empezar polémicas con los clientes sin correr el riesgo de perder la mitad de ellos. Por eso mismo, después de hacer algunos comentarios de compromiso, inventaba cualquier pretexto para alejarse de dichos interlocutores. Yo tenía la intuición de que la mayor parte de nuestro personal estaba a favor de los fascistas y de que esperaba que les permitirían regresar a Rusia para gozar nuevamente de todos los privilegios que habían tenido antes de la revolución. Mi padre les decía: “Se equivocan ustedes, en

todo este tiempo que ha pasado desde la revolución, el pueblo ruso ha cambiado y no creo que sea posible volver a esos tiempos tal y como los conocimos antes”.

Yo sabía que nuestro chef era socialista, pero me extrañó mucho enterarme de que el mozo ruso que apodamos “El italiano”, también se había declarado abiertamente antifascista. El pobre serbio Lazar, ayudante del chef era tan embrutecido e iletrado que, sin saber siquiera de qué hablábamos, repetía sin cesar que una nación no podía existir sin un rey. Yo siempre me di cuenta de que él me odiaba y tenía la firme convicción de que la edad y la vida eran las únicas escuelas válidas. En aquella época yo tenía una opinión formada sobre el pequeño mundo de emigrantes que venía al restaurante, pero más adelante me di cuenta de que la mayoría de los rusos refugiados eran patriotas, por más que fuesen anticomunistas y oí más de una vez decirles: “¡Que sea un rey, el diablo o los comunistas los que reinen en Rusia, pero que sea un país independiente y fuerte!”. Tampoco contaba a todos estos literatos bohemios que frecuentaban el Montparnasse y que eran socialistas como Kerenski, Fedine, Larionov, Fondaminski y otros tantos. Muchos de ellos fueron a España a luchar contra Franco, y después, miles de ellos más se enrolaron en los ejércitos aliados para participar en la aniquilación de las fuerzas hitlerianas.

He oído varias veces a ex oficiales blancos preguntar a mi padre si había visto al general Denikin, que también vivía en París, a lo que mi padre respondía que no tenía ningún deseo de verle, a pesar de que había servido bajo las órdenes de Denikin durante la trágica revolución rusa. Muy pronto me di

cuenta de que mi familia se sentía mucho más a gusto con la gente del Cáucaso que con los compatriotas rusos y con ellos pasábamos las fiestas o fines de semana. Los Davoudian, que vivían en Meudon, tenían dos hijos: el más joven, Jean, ya desde pequeño corría detrás de insectos y de otros animales con el deseo de curarlos de alguna enfermedad real o inventada. En broma, todos nosotros le llamábamos “doctor” y lo más curioso es que cuando creció se hizo un médico profesional de renombre. El hijo mayor, Robert, era muy taciturno y tranquilo pero, pasados los años, se lanzó al negocio y llegó a ser un próspero comerciante de envergadura internacional. No me olvidaré nunca de la madre, la señora Davoudian, pues cuando desembarcamos en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, ella siempre me enviaba paquetes con comida al frente, donde yo seguía luchando contra los ejércitos de Hitler.

Boris Kazazbachian, el que fue el barman del Cáucaso y viejo amigo de mi padre, un día le pidió prestado dinero a mi padre y abrió un bar en la misma calle de nuestro establecimiento al que llamó “Ali Baba”. Tenía una hija, Suzanne, muy parecida a la madre, que se hizo amiga inseparable de mi hermanita Maya.

Los Marmarian eran viejos amigos de mis padres y se veían muy a menudo. Henri Marmarian era un abogado muy conocido y tenía una hija, Laurette, de unos veinticinco años de edad, que era precursora del movimiento feminista, ya que manejaba coches, pilotaba aviones y era completamente independiente. Estaba divorciada y tenía un hijo Serge (Coco), que también pertenecía a los de la edad de mi hermana y de

Jean Davoudian. Otros a los que veíamos a menudo eran a los de la familia de Aziab Minan que, al igual que Marmarian, era abogado. Este tenía una hija, Betty, con la que me llevaría unos cinco años, que actuaba en el cine y en el teatro y era de una belleza deslumbrante. Aziab Minian había sido anarquista bakuninista -como le gustaba llamarse a sí mismo- y después de perpetrar un alentado terrorista contra el jefe de policía de Erivan en el Cáucaso, donde vivía durante la revolución de 1905, tuvo que escaparse del país y vino a Francia. Aquí terminó la universidad en París y, como su compañero Marmarian, se hizo abogado. Ambos amigos se naturalizaron franceses y participaron en la primera guerra mundial en la Legión Extranjera, donde consiguieron sendas medallas. Me enteré por mi madre, a quien le encantaba contarme en secreto todos los cotilleos que pudiera recoger en el restaurante, que Aziab vivía con su esposa Fanny únicamente por “decoro”, ya que dormían en cuartos separados y no llevaban una vida conyugal normal. Lo más curioso era que Aziab tenía una amante, Olga, a la que todos conocían. El alternaba en su vida social, viniendo unas veces con la esposa y otras con la “querida”. Lo que me extrañaba mucho era que Olga era una petiza fea, mientras que Fanny, la esposa, aunque ya no era joven, aún brillaba por su hermosura. Oí más de una a vez mis padres hacer comentarios a este respecto; decían que esto lo hacía para herir la vanidad de su esposa como diciéndole: “¿Ves? Tengo una querida vieja y antipática. Es para castigarte por lo que hiciste”.

Seguíamos viendo a los Aznavourian, pero no tan a menudo como antes, ya que se habían mudado del Barrio Latino, aunque el abuelo de Charlot siguió con su restaurante en la

calle St. Jacques. Monsieur Aznavourian era muy conocido por su fuerte personalidad y todos le adoraban a pesar de su rudeza. Cuando algún cliente se quejaba de la comida de su establecimiento, él iba a su mesa y le decía de un modo muy agresivo: “¿Acaso te invité a venir aquí? ¿Acaso te envié un telegrama para venir a comer aquí? Pasaste por la calle y entraste en mi restaurante y te sirvo lo que tengo, que te guste o no”. Todo el mundo se echaba a reír y a pesar de su actitud, su fonda llamada Cáucaso siempre estaba llena de comensales, especialmente estudiantes con cierta inclinación a ser excéntricos. Su segunda esposa era una ruso-alemana del Volga, cuyos antepasados fueron traídos a Rusia desde Alemania por Catalina la Grande hace más de doscientos años. Ella hablaba un ruso deficiente con acento alemán, mientras que el señor Aznavourian lo hablaba con acento armenio, pero como ambos hablaban poco francés, por fuerza tenían que comunicarse en ruso, lo que resultaba muy cómico. Más divertido era cuando él llegaba a enfadarse con su media naranja, e inevitablemente le decía muy serio: “¡Cállate, espía alemana!”, que era la cosa más risible que uno puede imaginar, ya que la pobre mujer nació en Rusia y nunca había estado en Alemania, país que su familia había dejado hacía más de dos siglos.

En general yo comía en el restaurante, ya que mi madre estaba atada por el negocio y no se cocinaba en casa, además vivíamos a la vuelta de la calle, en el número 3 de la calle Harpe y mi colegio, el Lycée Louis-le-Grandy estaba a quince minutos caminando desde ahí. Muchas veces mi madre me preguntaba si había comido y más de una vez le contestaba: “¡No me acuerdo!”, entonces ella preguntaba a nuestros mozos si

alguno de ellos me había servido el almuerzo y así sabía que yo no había comido. Durante toda mi vida, incluso en los momentos más difíciles: durante guerras o expediciones, la comida nunca me preocupó y muchas veces era más bien como un acto social sentarme a la mesa y comer. De cualquier modo, cuando mi amigo de Neuilly sur Seine, André Hagron, vino a estudiar fotografía a la escuela de fotografía en la calle Vaugirard, se acostumbró a venir a comer a El Cáucaso a mediodía, lo que alegraba mucho a mi madre, ya que por lo menos así sabía que yo iba a comer.

Aunque André y yo teníamos ideas opuestas, nunca tuvimos problemas para llevarnos bien. Él era muy lógico y poco apasionado, lo que nos permitía tener charlas muy interesantes sin odio o rencor. En aquel tiempo el futuro presidente de Francia, Mitterrand, del que entonces no se podía ni pensar que alcanzaría semejante puesto de honor en la historia francesa, era un estudiante desconocido en un instituto religioso, cerca de la escuela frecuentada por André. Debido a la proximidad de los lugares de estudio, ellos se conocieron y se hicieron amigos.

19. MIS PREOCUPACIONES INTELECTUALES

El año 1936 fue de mal augurio para muchos países civilizados y se sentía que el ambiente estaba cargado de amenazas y de peligro inminente. Hitler monopolizaba la radio, sobre todo los domingos, creando euforia en el pueblo alemán y angustia en la mayor parte del globo. El 7 de marzo, el Führer demostró su temperamento bélico al ocupar con su nuevo ejército la Renania, no obstante hubo una protesta muy tímida de Francia e Inglaterra. En Estados Unidos Roosevelt había conseguido restaurar la confianza del pueblo americano, mejorando las condiciones de vida y, sobre todo, creando muchos empleos. Esto marcaba el fin de la triste época de la Depresión, que fue una de las peores del país. En aquella época, los americanos no tenían un ejército de consideración y en la política internacional no jugaban un papel importante, razón por la cual no se sentían en condición de elevar su voz contra la Alemania militarista. Hubo disturbios en España, como huelgas constantes en Francia. Los fascistas italianos se acercaban a sus colegas alemanes y a Japón que ya en Asia ponía en práctica sus ambiciones imperialistas. Fue entonces cuando me convencí más que nunca de mis ideales políticos. Desde hacía un par de años, había descubierto en la literatura una aclaración muy convincente de mis pensamientos aún

nebulosos y el primero de ellos fue Diderot. Me encantó descubrir que Baboeuf fue el padre del comunismo, que surgió durante la Revolución Francesa y que terminó asesinado por la condesa de Corday en su famosa bañera, en la cual curaba su sarna. Rousseau nunca me impresionó por su vacilación en lo que a la religión se trataba, ya que entonces yo era un ateo convencido y no podía imaginar ni siquiera la posibilidad de la existencia de una divinidad. Esa era la razón por la que me comía con los ojos todo lo que escribió Voltaire, que en cierto modo aclaró muchas de mis dudas, no solamente en cuanto a mis convicciones espirituales, sino también al sentido de la vida en general. Descubrí que uno no tenía por qué tener siempre la razón, que tenía el derecho de equivocarse y de poder admitir lo ridículo. Me deleitaba ver como Voltaire podía hacer frente a cualquier situación por muy humillante que fuese, como en el caso de su amante, la condesa Juliana, que a su vez tenía un amante, el barón de Breux. Cuando ella quedó encinta, Voltaire envió una tarjeta a todos sus amigos de París diciendo: “La condesa Juliana, el barón de Breux y yo tenemos el placer de anunciarles que muy pronto vamos a tener un hijo!”. Mi padre, en lugar de decir que era ateo, siempre se jactaba de ser un volteriano.

Como ya conté anteriormente, la psicología me apasionaba, especialmente todo lo que estaba asociado con el cerebro y devoraba a Paul Jagot, a Young, a Freud y a William James, que realmente era el precursor del psicoanálisis. Durante un corto periodo de tiempo estuve dominado por el sentimentalismo casi enfermizo de Chateaubriand, Lamartine, Chenier, Heine, Turguenef, Dostoyevski, Puchkine y otros. Por suerte Víctor Hugo, Gorki, León Tolstoy, Jack London, Cooper, Bernard Shaw

y algunos autores contemporáneos me sacudieron de mis inclinaciones románticas y para cuando descubrí a Nietzsche ya podría decir que entraba en una nueva etapa de mi vida. Creo que leí todo lo que dicho autor escribió y *Así habló Zaratustra*, lo leí varias veces. Me encantó cuando le preguntaron a Nietzsche qué es lo que pensaba de *El capital* de Karl Marx y él respondió: “Primero habría que cambiar al hombre antes de cambiar el sistema”. No se me olvidó nunca esta declaración, que fue corroborada en todos los países donde se le dio demasiado poder a un sólo ser humano, cualquiera que fuese su intención. Me acordaba siempre de lo que me dijo mi amigo Jacques Trambeau: “el poder corrompe al hombre”. Lamentablemente, todavía mucha gente cree que Nietzsche inspiró a Hitler en su “superhombre”. Sería un error muy grande pensar que el filósofo alemán hablaba de una superioridad intelectual y no racial. Fue entonces cuando me sentí hombre, y creía haber comprendido el sentido de la vida en sí misma; ya me consideraba maduro para empezar a desempeñar mi misión de revolucionario.

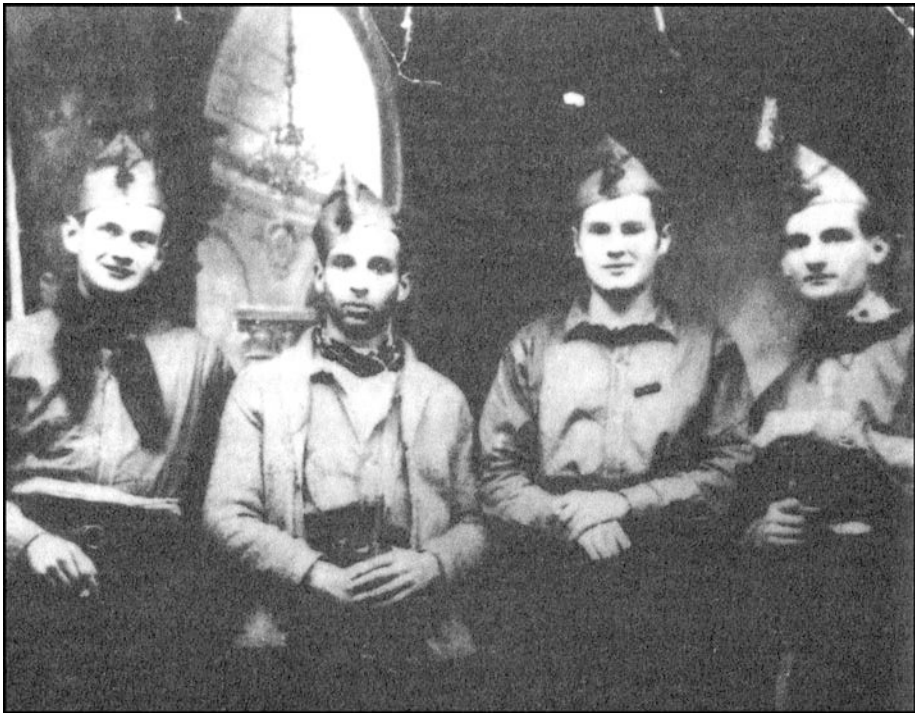
Mi padre veía venir la guerra, pero como la mayoría de los que vivían en Francia entonces, también pensaba que los aliados iban a derrotar a los alemanes en el plazo de seis meses. Nunca comprendí de dónde vino eso de “el plazo de seis meses”.

Mis diversas actividades me ocupaban todo el tiempo, gozaba de la vida como si la devorara y, por supuesto, a esta edad parecía que nunca iba a envejecer y que los momentos felices se prolongarían para siempre. No había abandonado completamente los deportes y llegué a ganar el campeonato

de esgrima de París estudiantil. Jugaba al fútbol y llegué a ser capitán de equipo. Boxeaba también y muchas veces volvía a casa con la nariz roja y el cuerpo dolorido, pero quería ponerme fuerte y prepararme. Como tantos otros jóvenes izquierdistas, soñaba con revoluciones, sumido en la evocación de las proezas de la francesa de 1789 y de la rusa de 1917.

En aquel tiempo, la gente vivía con intensidad, como si el mañana no fuera a llegar jamás. Se vivían las veinticuatro horas del día sabiendo que París no duerme nunca, y a cualquier hora hay un lugar adonde ir a tomar un trago, divertirse o encontrar mujeres. Yo seguía devorando libros de filosofía y de política y desgraciadamente tenía los estudios un poco abandonados; la política era mi pasión y mi vida.

LIBRO III



“Guerra civil española, en el ejército de Durruti. De izquierda a derecha los brigadistas Pierre Carpender (francés), Juan Mayol Ballestee (anarquista catalán, exiliado en Francia desde 1931 a 1936), Eugene Rappaport (nacido en Francia de padres anarquistas rusos) y yo”. Caspe, 1936

20. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Tal como sucedió el año anterior, las tres semanas de vacaciones de verano las pasamos en la ciudad de Dax, un pueblo en el suroeste de Francia, cerca de los Pirineos, famoso por el beneficio que daban las aguas minerales que brotaban de una fuente natural y por los efectos curativos del barro negro que se aplicaba al cuerpo. Mi hermana Maya y yo odiábamos lo que llamábamos: “este pueblo de gente enferma” y estábamos ansiosos de recibir finalmente la compensación por nuestra paciencia, yendo a pasar el resto de las vacaciones en una playa del Atlántico, que esta vez sería San Juan de Luz. Nuestra madre sufría de reumatismo agudo y el médico le recomendó una cura de baños termales en Dax, adonde ahora nos dirigíamos por tercera vez. Aprendimos de la gente local que este lugar había sido descubierto por los

romanos hacía más de dos mil años. Esto ocurrió después de una de tantas batallas contra los nativos galos en la cual, algunos soldados heridos romanos que habían sido dejados allí, se curaron milagrosamente al sumergir su cuerpo herido en el agua caliente que vertía de una fuente enorme. Se dieron cuenta también de que se reponían más rápidamente los que cubrían sus heridas con el barro espeso y caliente que provenía de este manantial. Dicho lugar fue llamado Ax por los romanos. Construyeron ahí mismo algunas casas y caminos como lo hacían siempre y, a lo largo del tiempo, regresaron al pueblo para curarse sus enfermedades. Más tarde, el lugar se hizo famoso ya que llevaron allí a familiares y amigos a los que les parecía que su cuerpo se rejuvenecía, se curaba del reuma y de otros malestares de los huesos. Poco a poco, el pueblo se transformó en ciudad y varios siglos más tarde, siendo ya una urbe francesa, pasó a llamarse Dax, nombre mucho más acorde con el idioma francés. Todavía hoy en la plaza central corre el agua de la fuente romana, vertiendo de un grifo metálico moderno. También a esta fuente, y no hace tanto tiempo, las mujeres del pueblo venían a lavar su ropa.

Se recomendaba un tratamiento de tres semanas una vez al año durante tres años. Todos los hoteles de la región tenían instalados en el sótano baños termales para aplicar el agua caliente y el barro a los huéspedes. Después del primer año de este tratamiento, nuestra madre se sintió mucho mejor y creyó que ya se había curado, pero el médico local le explicó que estaría completamente curada únicamente cuando completase los tres años de cura, éste era el tercero y esperábamos que el último año de nuestra estancia en Dax. Nuestra madre se sentía feliz porque se encontraba bien. Mi padre se sentía feliz

también, pero por razones más egoístas, porque era un sibarita.

El restaurante que teníamos en el Barrio Latino estaba bajo la tutela de nuestra madre, era ella la que llevaba todo el peso de la responsabilidad y era indispensable que tuviera buena salud. Mi padre, que nunca llevaba el mismo traje dos días seguidos, concentraba toda su atención en las relaciones públicas con los clientes, con preferencia por el bello sexo, y trataba de evitar las responsabilidades del negocio. Muy pocas veces lo he visto en la cocina, perdiendo el tiempo componiendo el menú o preocupándose por hacer las compras de comestibles necesarias. Su lugar preferido era el bar y alternaba su tiempo entre los clientes y Boris, su barman armenio, con el que le gustaba tomar el aperitivo.

Como ya dije, ambos se sentían felices por diferentes razones: mi madre por retornar a sus obligaciones relacionadas con el restaurante y nuestro padre por poder llevar su vida rutinaria y placentera. Ellos eran muy considerados con nosotros y decían que no debíamos pagar por la enfermedad de nuestra madre, desperdiciando tres semanas aburridas en Dax, y que por consiguiente, merecíamos una compensación. Mi padre, que adoraba la playa, insistía a mi madre diciéndole que debíamos hacerlo “por los chicos”, aunque él ansiaba ir a nadar más que cualquiera de nosotros en la familia. Y así empezamos nuestras vacaciones en San Juan de Luz de un modo magnífico: quedándonos en un hotel frente a la playa que nos encantaba. Toda nuestra familia tenía atracción por el mar debido a que durante generaciones, todos los miembros

de nuestras familias habían nacido en las orillas del mar Negro, en Odessa.

Era el principio de agosto de 1936, el tiempo era maravilloso y las olas del mar no eran demasiado altas, lo que permitía nadar y estar en el agua todo el tiempo que uno quería. De repente, una mañana temprano, viniendo de la frontera española oímos el tronar de un cañón. El humor general cambió para todos y el espíritu de vacaciones desapareció de repente, reemplazándolo por la sensación de estar próximos a un desastre. Todos sabíamos que España había tenido elecciones libres en las cuales el Frente Popular, agrupando a los republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, había triunfado. También sabíamos por los diarios y la radio que el general Franco, que estaba castigado en Marruecos, había invadido España con sus ejércitos, la Legión Extranjera y los moros, negándose a reconocer la legitimidad del resultado de las elecciones. Todos sabíamos que el presidente Manuel Azaña había pedido ayuda a los países democráticos en su lucha contra los fascistas rebelados, diciendo: “En los montes de Guadarrama nosotros protegemos París al defender Madrid”. Yo estaba muy enterado de todo esto ya que, antes de salir de París de vacaciones, había estado en una reunión de nuestra Unión federal de Estudiantes con mi amigo René Regal y algunos otros compañeros del Barrio Latino, para hablar de los acontecimientos que amenazaban a la República española. Sabíamos también que los generales reaccionarios españoles se habían rebelado contra el Frente Popular el 18 de julio de 1936 en Ceuta, Marruecos. El general Fanjul no tuvo la misma suerte cuando se rebeló en Madrid y trató de apoderarse de la

ciudad ya que los que le seguían fueron derrotados y él mismo también murió ahí.

El 21 de julio, el gobierno alemán envió aviones que aterrizaron en Tetuán (Marruecos). El gobierno de Giral pidió a Francia que le entregara el armamento que había sido comprado y pagado anteriormente, pero el gobierno de Blum, aterrizado por Hitler, prefirió ignorar dicha solicitud. Cuando Giral se enteró de esta noticia, dio la orden de que se entregaran las armas de los arsenales militares de Madrid al pueblo para que pudiera luchar contra los fascistas. En Sevilla, mientras tanto, el general Yagüe desfiló con 4.500 soldados preparados para atacar a las fuerzas republicanas atrincheradas en Madrid. Barcos de guerra alemanes ayudaban a transportar a las fuerzas armadas de Franco de Marruecos a España. En los primeros días de agosto, Alemania envió por barco vía Lisboa a 150 de sus mejores pilotos, anticipando el envío de los aviones de la escuadrilla Cónдор que infligieron tanta destrucción y sufrimiento al pueblo español.

Todo esto lo sabíamos perfectamente, era de conocimiento público todo lo que sucedía en España. Leíamos cuantos diarios caían en nuestras manos aquellas tardes, nos reuníamos en el salón del hotel para enterarnos de las últimas novedades transmitidas por la radio. Aunque todo esto era conocido, lo veíamos como si pasara en otro mundo y no cerca de nosotros, al otro lado de los Pirineos. Por ello, cuando oímos tronar el cañón, quedamos todos muy perplejos, conmovidos y también asustados. Era como si una mañana nos despertáramos de un letargo, comprendiendo por primera vez que todo esto era real y sucedía de verdad, muy cerca de nosotros, en el país vecino.

Comprendíamos cada vez más la importancia de la situación, mientras que el tronar de los cañones se intensificaba. Ya no había ninguna duda de que algo muy serio se desarrollaba en España y sentíamos que algo nuevo, a partir de este mismo momento, iba a influir y a cambiar nuestra vida tal como la conocíamos hasta entonces.

Los muchachos del Barrio Latino de París, como muchos otros activistas del mundo entero, sabíamos lo que iba a suceder de antemano, pero la mayoría de los habitantes de la tierra se enteró de ello casi diez años más tarde, cuando muchos de ellos pagaron con su vida ese desconocimiento. Ellos comprendieron demasiado tarde que si hubiéramos parado la arrogancia y la brutalidad del fascismo en España, hubiésemos podido evitar el horror de la segunda guerra mundial, en la cual perecieron 56 millones de personas, y no habríamos tenido que lamentar el vergonzoso holocausto que mató a millones de seres humanos en campos de concentración, la mitad de ellos sólo por el hecho de ser judíos. ¡Podíamos haberlo hecho, pero no lo hicimos! Desgraciadamente teníamos como jefes de estado a Chamberlain, Daladier, Laval, Blum y un Roosevelt indeciso. Ellos estaban muertos de miedo por Hitler, incluso su compinche Mussolini y su oponente ideológico Stalin. Todo el mundo temía provocar a Hitler, que después de todo era el único que podía desembarazarlos de algo que se parecía al capitalismo, aún peor que el fascismo y que era el comunismo. El socialismo estaba triunfando en la Unión Soviética, con la posibilidad de extenderse a otros países y esta idea volvía histéricos a los capitalistas.

Hubiera sido fácil evitar la matanza que se produjo en España. Era suficiente aplicar las leyes de las convenciones internacionales y entregar al gobierno de España, legalmente elegido por el pueblo, las armas que habían comprado para poder suprimir la rebelión de los militares fascistas. Ya desde el comienzo de la conflagración, las llamadas democracias, asustadas, empezaron a calificar a las fuerzas del general Franco como nacionalistas, cuando eran rebeldes, y así fueron tratados al principio de la insurrección.

Podíamos haber parado dicha barbarie parando a Hitler en España, pero demasiados intereses estaban en juego y el más importante de todos era el miedo al comunismo. El proletariado internacional reaccionó demasiado tarde, de un modo tímido y mientras el pueblo heroico de España se desangraba en una lucha desigual contra el fascismo. De los 3.000 millones de proletarios de nuestro planeta, solamente 42.000 voluntarios de 52 países integraron las Brigadas Internacionales para ir a luchar por el verdadero ideal de la democracia. Demasiados factores favorecían a Hitler, además del miedo al comunismo que él prometió destruir también estaba la codicia. En cualquier parte donde haya lucha y sangre habrá buitres humanos (¿podríamos llamarlos humanos?) dispuestos a hacer dinero fácil y rápido con la sangre. “Es un factor humano”, habría dicho mi suegro.

La fecha del 6 de agosto de 1936 quedó muy grabada en nuestra vida, por lo menos para muchos de los que estaban en las playas del Atlántico cerca de España. Era también importante para unos pocos que simpatizaban con los rebeldes de Franco ya que teníamos a varios catolicos en el hotel que

no escondían su alegría cada vez que los franquistas ocupaban más territorios españoles. Aquel día abandonamos la playa más temprano, todos muy serios, enojados o preocupados y vi como mi padre me observaba de soslayo. Él sabía que yo militaba con grupos izquierdistas en París y parecía que leía lo que pasaba dentro de mí mismo. Él tenía sus propias sospechas y, moviendo su cabeza de un modo muy peculiar, dijo sin dirigirse a nadie en particular: “Sí, reconozco todo esto, me trae a la memoria lo que pasó en Rusia en 1917 y espero que allá”, moviendo la cabeza hacia la frontera española, “no sea tan sanguinario como en nuestro país, donde perecieron varios millones peleando, otros cuantos millones de hambre y quedaron unos ocho millones de huérfanos muriéndose de hambre”. Como siempre, mi madre tenía que agregar algo y dijo: “Aún recuerdo a esos tres pobres rusos ahorcados por los soldados franceses en Odessa”. “No eran los franceses los que los ahorcaron”, replicó mi padre una vez más ya que esta discusión se repetía de vez en cuando y no fue nunca saldada” “Sí, eran franceses”, interrumpió mi madre con fervor, “tú estabas peleando en alguna parte del frente, era 1919 y yo pasaba cerca de la iglesia que llaman la nueva con Misha en mis brazos y, de repente, aparecieron esos soldados franceses, fáciles de reconocer ya que eran los únicos que llevaban un uniforme azul. Ellos arrastraban a esos tres pobres rusos obreros que temblaban de miedo mientras los golpeaban, los insultaban y se reían de ellos. Al final terminaron por ahorcarlos con cuerdas atadas a los postes eléctricos”. “Tal vez tienes razón, yo no estaba en Odessa, nosotros peleábamos contra Petliura en Ucrania, pero me enteré de que cuando André Marty, el marino francés, se rebeló y sublevó a la flota francesa en el mar Negro, el gobierno francés estaba rabioso,

tenían que traer de vuelta sus barcos de guerra por miedo a que el comunismo ruso los contagiase y la rebelión se propagase a Francia”. Siguió diciendo luego: “Siempre admiré a André Marty y ahora es uno de los líderes del partido comunista francés. Entonces, de rabia, los militares franceses al retirarse de Rusia, recibieron la orden de castigar duramente a cualquiera que estuviese en oposición y supongo que estos tres de quien hablas cayeron víctimas de las circunstancias. Lamentablemente hubo muchos de ellos”.

Mi padre se puso muy pensativo y siguió rememorando episodios de la guerra civil rusa: “El zar ruso envió 100.000 soldados a Francia para ayudarles a luchar contra Alemania en 1915, pero cuando en 1917 vino la revolución rusa, muchos de estos soldados pidieron permiso para regresar a su país para participar en la revolución o sólo para proteger a su familia, pero las autoridades francesas no les dieron permiso de dejar el frente. Cuando algunos protestaron, los tribunales franceses ajusticiaron a 10.000 soldados rusos que fueron fusilados allí mismo. Por supuesto nadie quiere hablar mucho de este episodio, y menos aún los franceses”. Terminó mi padre mirándome fijamente ya que siempre se ponía de parte de Francia. Mi madre cambió de conversación y le preguntó a mi padre: “¿Qué le pasó a Petliura?, creo que le mataron en Francia pero no me acuerdo de cuándo”. “Te lo dije varias veces ya”, replicó mi padre, “Semeon Petliura, el comandante jefe nacionalista ucraniano, fue muerto a tiros en París el 25 de mayo de 1926, me acuerdo muy bien ya que me encontraba cerca del lugar con algunos amigos rusos que vivían en la Argentina y celebraban la fiesta nacional de aquel país, cuando sentimos tiros y vimos gente corriendo. Supimos luego que fue

un joven judío polaco que quiso vengar a sus padres, porque parecía que las tropas de Petliura los habían matado durante un pogromo”.

No me cansaba nunca de escuchar a mis padres hablar, comentar o incluso discutir sobre los acontecimientos que ocurrieron durante la revolución rusa y que ellos habían vivido con tanta intensidad. Me encantaba enterarme de los hechos históricos que ellos presenciaron, no sólo porque tenían un modo muy especial de contarlo, casi teatral, sino también porque yo aprendía mucho de la historia rusa, a veces en dos versiones diferentes y esto me fascinaba. Por razones desconocidas, quizás influenciado por el ambiente francés, dentro de mí mismo despreciaba todo lo que era ruso, hasta tal punto que hablaba únicamente francés con mi hermana, lo que enfurecía a mis padres que nunca se cansaban de decirnos: “En esta casa se habla solamente ruso”. Todavía hoy sigo lamentando mi altivez, ya que no solamente me perdí una oportunidad única de codearme con estos últimos aristócratas rusos que sobrevivieron en Francia, sino también de enterarme más de todo lo que estaba relacionado con la cultura de mis compatriotas de nacimiento.

Ahora ya, después de tanto tiempo, puedo apreciar el espíritu de aquellos rusos y me es difícil comprender cómo estos nobles, no solamente de cuna sino de alma, han podido sobrevivir a las vicisitudes de la vida en su emigración. La mayoría de ellos, que nunca había trabajado, se ganaban el pan con trabajos manuales, como obreros de fábrica o lo que podían encontrar: viejos coroneles de la guardia zarista se hicieron porteros de cabaret; marquesas y baronesas de vieja

estirpe noble trabajaban como sirvientas, costureras e incluso algunas jóvenes de prostitutas. La tercera parte de los taxistas de París eran jóvenes ex oficiales rusos, casi todos nobles, sin profesión y sin haber trabajado jamás y se ganaban la vida como podían, con humor y con la constante sonrisa eslava en la boca, diciendo siempre: “Dios nos va a proveer con el pan que necesitamos”. Había más de 40 restaurantes rusos en París, casi todos tenían música de balalaika o coros de cosacos.

En San Juan de Luz había un pequeño restaurante ruso donde fuimos a comer un par de veces, pero cuando después de hablar con los dueños mi padre se dio cuenta de que eran monárquicos, dejamos de frecuentar el lugar. Mi padre odiaba a los monárquicos y era un apasionado de la democracia, tal como existía en Francia. Fue con gusto que me enteré varios años más tarde de que aunque unos pocos rusos blancos habían ido a pelear junto a Franco debido al odio que le tenían al comunismo, también hubo varios cientos de otros rusos emigrados a Francia que se alistaron en las Brigadas Internacionales para luchar por la República española, en la notable XI brigada que reunía a eslavos.

Nos quedaban pocos días más para disfrutar las vacaciones en este hermoso lugar veraniego y luego habría que regresar a París para retornar a nuestra rutina cotidiana.

21. LOS ESTUDIANTES DE LA UFE Y ANDRÉ MARTY

Cuando regresamos a nuestro Barrio Latino en París, me di pronto cuenta de que el humor de la gente había cambiado y se hablaba mucho de la revuelta militar en España. Antes de ir al Lycée Louis-le-Grand para averiguar sobre el programa de mis estudios para el bachillerato, me fui a las oficinas de nuestra organización estudiantil para enterarme de las novedades. Nuestro restaurante y el domicilio estaban cerca de la plaza St. Michel. Todas mis actividades y mi campo de acción se desarrollaban desde ahí hasta el Jardín de Luxemburgo, pero siempre caminando por la vereda sur del bulevar St. Michel, en el quinto arrondissement. Es curioso pensar ahora, después de tantos años, que nunca se nos hubiese ocurrido la idea de cruzar la calle y caminar en la vereda de enfrente, que pertenecía al sexto arrondissement, o sea, territorio enemigo, casi desconocido, y la única ocasión en que lo hacíamos era cuando íbamos al Jardín de Luxemburgo, ya que no teníamos otra alternativa para cruzar la calle.

Caminar por el Boul'Mich era como tener citas con amigos, que aparecían tan pronto como uno doblaba la esquina de la calle La Harpe para llegar a la vista del río Sena, la catedral de Notre Dame y la acera del famoso bulevar. Al rato éramos dos,

tres y hasta cinco caminando juntos, pero debido al tráfico de los peatones muy pronto teníamos que dividirnos formando grupos más pequeños para poder seguir nuestras charlas ininterrumpidamente. El Boul'Mich, para un parisino del Barrio Latino, era el lugar donde habíamos madurado, habíamos tenido nuestros primeros paseos con alguna chica, donde transmitíamos informaciones confidenciales y contábamos nuestros secretos más íntimos, sin hablar de nuestras proezas épicas, pugilatos con los “podridos”, que así llamábamos a los de la derecha y por consiguiente así nos llamaban ellos a nosotros. Uno tenía que haber vivido allí para poder comprender esta sensación única de pertenecer en cuerpo y alma, tan íntimamente a este rincón milenario imposible de olvidar. Aquí estaba también nuestra arena y campo de batalla, ya que políticamente hablando no nos pertenecía de hecho como territorio adquirido y teníamos que valernos para demostrar, además de nuestro machismo, la fuerza de nuestras convicciones ideológicas. Aquí aparecían muy a menudo los monárquicos vendiendo su diario *Action Française* con un grupo de unos veinte señoritos guardaespaldas, los Jeunesses Patriotes, afiliados a los francistas, fascistas franceses, y a veces también venían señores respetables de mediana edad con condecoraciones, que eran los veteranos de la primera guerra mundial, derechistas de los Croix de Feu. Tenían todos unos cuarenta años de edad y nosotros los llamábamos “los viejos”. Todos estos participantes politiqueros vendían sus periódicos, no por razones lucrativas sino más bien para hacerse ver como acto político y también de reto. Nosotros por supuesto no nos achicábamos y también salíamos a vender nuestras publicaciones rojas en el Boul'Mich, igualmente protegidos por nuestros guardianes y, por

supuesto, con las mismas intenciones bélicas. Ya era más que una costumbre, era casi una tradición acudir cuando algún partido político, demócrata, socialista o comunista, nos “invitaba” a nosotros, los estudiantes de la UFE, para enviar voluntarios para proteger vendedores de periódicos de tal o cual tendencia política o para apoyar cualquier mitin en un barrio dado. Sabíamos muy bien que esas salidas para “vender periódicos políticos” casi siempre terminaban en peleas a puñetazos y a bastonazos, por lo cual los que éramos físicamente más favorecidos y más decididos siempre éramos los “voluntarios” para dichas hazañas.

Cuando se preveía la posibilidad de una confrontación de cierta envergadura con los fascistas (ya entonces llamábamos así a todos los de la derecha), venían a nuestra ayuda otras agrupaciones que sin ser marxistas eran nuestras aliadas, como la LICA (Liga Internacional Contra el Antisemitismo). El jefe de ellos era un tal Core, un joven judío grandote, campeón de lucha grecorromana, cuya presencia en nuestras filas acobardaba a más de un “señorito” de los que se llamaban los “verdaderos franceses”. Cuando la trifulca, por mera coincidencia, se originaba en una calle cualquiera que se transformaba en nuestro campo de batalla, los civiles, sobre todo las mujeres, empezaban a gritar, mientras que los viejos nos maldecían, y casi enseguida se podía oír aullar la sirena precediendo la llegada de los policías, que agarraban y llevaban preso a quien podían. Todos los demás, los que aún podían, sin distinción de ideología política, escapaban; como se dice, “¡Pies, para qué os quiero!”.

Vi mucho cambio en París y sobre todo en la actividad de mis amigos de UFE, que juntaban dinero para ayudar a los republicanos españoles en su lucha contra las fuerzas fascistas de Franco. Teníamos reuniones por doquier y las discusiones más asiduas brotaban en todos los rincones. Teníamos también un pequeño grupo dentro de la organización estudiantil. En él estaba René Rival, mi inseparable compañero de instituto. También Admiral, el petizo forzado trotskista a quien encantaban las peleas a puñetazos. Aunque no estábamos seguros de sus convicciones y sabíamos que no podíamos contar con él en ningún momento de emergencia, ya que no se comprometía ni hizo ningún esfuerzo para ayudar a los republicanos españoles, también estaba Bola de Nieve, el negro senegalés, estudiante de medicina, siempre riéndose, haciendo chistes y encantado con el apodo que le pusimos, ya que su nombre era muy difícil de pronunciar, y al que envidiábamos un poco, porque él vivía con una joven rubia hermosa en un cuartucho destartalado y sucio, pero lo queríamos mucho. No podía faltar Paul Besu, mi otro compañero de instituto, quien, por más que como judío sirio era pequeño y no tenía sus papeles de residencia en orden, siempre estaba listo para apoyarnos y recibió muchas palizas, ya que no sabía defenderse a puñetazos como nosotros. También estaba Jacques Trambeau, el anarquista estudiante de la Sorbona. A veces se juntaban otros compañeros, pero nuestro grupito era inseparable. Durante uno de esos paseos rutinarios por el Boul'Mich, Admiral, muy sereno, nos dijo con emoción que iba a España. Todos nos sobresaltamos y le preguntamos: “¿Cómo?, ¿por qué?”, a lo cual nos contestó muy serio que no era suficiente juntar dinero para España, mientras allá mismo los camaradas morían en una lucha

desigual. Luego siguió diciendo: “Estamos formando grupos de voluntarios para ir a luchar contra el fascismo. Ya hemos practicado bastante aquí en las calles y es tiempo de empezar la verdadera lucha contra los opresores del pueblo, de lo contrario con nuestra pasividad dejaremos al fascismo muy pronto dominar al mundo entero”.

Regresé demasiado tarde de San Juan de Luz para asistir al mitin inolvidable que se llevó a cabo en el velódromo Buffalo de París el 15 de agosto, en el cual Maurice Thorez y André Marty fascinaron a las decenas de miles de personas presentes con sus discursos. Fue entonces también que se hizo el llamado histórico a la clase trabajadora para que enviara voluntarios a España para luchar por la República. Tuve sin embargo la suerte de asistir el 3 de septiembre de 1936 en el velódromo de Hiv al emocionante llamado de la Pasionaria que lanzaba el grito de guerra contra la pasividad de las democracias y nos pedía al pueblo francés ayudar al español, que estaba en plena aniquilación por las fuerzas fascistas bien armadas. Ella hablaba en español, idioma que entonces yo no conocía, y por micrófono se oía la traducción simultánea. La pasión de su voz, el sonido fuerte de sus entonaciones nos llevaban a la euforia y no me olvidaré nunca de ese día. Ella y Thorez serán siempre héroes dignos de mi veneración.

Después de todos estos acontecimientos una lucha intensa empezó a librarse dentro de mí y al final decidí que yo también tenía que ir a España para luchar contra el fascismo, como lo iba a hacer mi amigo Admiral. Yo tenía dieciséis años y era menor de edad, por consiguiente estaba fuera de lugar hablar de ello con mis padres, que se opondrían a mi decisión y

además podrían tomar medidas para trabar cualquier intento mío de ir a España Nuestra sede estudiantil se había transformado en un hormiguero con la cantidad de gente que se juntaba ahí para hablar de lo que más nos interesaba ahora, o sea, la rebelión militarista en España. Después de conseguir algunas direcciones donde reclutaban voluntarios para ir a pelear por la República española, me dirigí a estos lugares. Había una dirección que yo había descartado, que era la que me dio Admiral: la oficina trotskista del POUM, que en nuestro medio considerábamos “traidores”. Fui todo orgulloso con la cabeza alta al Partido Comunista, que estaba muy bien organizado, pero lo primero que me preguntaron fue qué edad tenía y si había hecho el servicio militar Al decirles que no, me dijeron casi con desprecio: “No queremos enviar a mocosos, a quienes tendríamos que cuidar, necesitamos a hombres formados y aguerridos, con experiencia militar”. Después, ya más amable, siguió: “Los fascistas tienen mercenarios y la lucha será muy dura; no se trata de un mardi grass en España, ahí se juega el futuro de la clase trabajadora y tenemos que enviar a nuestros mejores camaradas, que estén listos para luchar hasta la muerte si hace falta”. Regresaba furioso de todas las oficinas de reclutamiento y tenía miedo de perder la oportunidad de participar en un acontecimiento histórico muy importante para la humanidad. España se encontraba ahora en el centro de la humanidad y todo marxista tenía que ir allá para luchar por la democracia. Sentía que sería considerado un traidor si me quedaba con los brazos cruzados. Yo no era el único que sentía esa ansia de fraternizar con el pueblo español, pero por supuesto no todos sentían la obligación de ir a participar en el conflicto. Ellos juntaban dinero, cigarrillos, latas de conservas, y las chicas metían en las encomiendas cartas sentimentales

Varios comités de ayuda a la República española habían surgido en París y muchos de mis amigos participaban muy activamente para prestar su ayuda. Esto no era suficiente para mí. Yo buscaba la acción y participación personal en la lucha.

Seguía mintiendo a mis padres, que pensaban que yo iba al colegio, era mi último año del bachillerato, pero desde que regresé de las vacaciones andaba de un lugar a otro, pensando en España todo el tiempo, como si fuera un asunto personal que solamente yo podía resolver, sin pensar en los estudios. Un día que me encontraba en la sede de los estudiantes muy abatido me topé cara a cara con Jacques Trambeau, que yo pensaba que estaría en España. “¿Qué haces aquí? Pensaba que ya estabas peleando contra Franco”, le dije. “Aún no, pero muy pronto. Un convoy sale mañana y vengo a decir adiós a los camaradas. Estoy contento de verte a ti también”, me dijo Jacques. Lleno de emoción y muy turbado, lo arrastré a un rincón donde nadie podía oírnos y le dije: “Quiero ir a pelear a España también, pero no me quieren coger por ser menor de edad. Estoy desesperado”. “¿Por qué no te vas a la Federación Anarquista, donde me alisté? Seguro que te van a aceptar. ¿Por qué no vienes mañana a despedirme y te presento a los camaradas del comité?”, fue su contestación, y me escribió en un pedazo de papel los datos del lugar. La dirección era cerca de la estación del ferrocarril Norte y por más que quise no pude ir a despedir a mi amigo Jacques y al mismo tiempo tratar de conseguir ser aceptado como voluntario para ir a España, ya que tenía un compromiso con mis padres, que querían que comiéramos con algunos amigos.

Dos días más tarde, ansioso y lleno de esperanza, subí al segundo piso de un viejo edificio y vi una puerta abierta. Golpeé, pero nadie vino a mi encuentro, y como oí voces dentro de otras habitaciones me fui caminando hasta un escritorio destartalado detrás del cual estaba sentado un hombre ya entrado en edad y muy gordo, con una nariz roja que lo denunciaba como amante del mal vino tinto. Sin mirarme, continuó fumando y escribiendo algo en un cuaderno y me preguntó: “¿Qué quieres camarada?”. Empecé a temblar y con voz emocionada y entrecortada le contesté: “Quiero ir a pelear a España”. El gordo, aún sin mirarme considerando como normal que yo estuviera allí, me contestó: “Vente la semana próxima para juntarte a un grupo de camaradas que salen para España”, y por primera vez levantó la cabeza para mirarme, sin preguntarme mi edad, mi nombre o si había hecho el servicio militar. Como me vio mirando con curiosidad los cartelones pegados a las paredes, me lanzó sonriendo: “Puedes mirar alrededor y si quieres comprar unos libros, también tenemos varios en venta”. Vi unas publicaciones tituladas *Anarquismo de Makhno* y vino a mi mente el recuerdo de mi participación en el cortejo del entierro de este líder libertario ucraniano. Aún no llegaba a creer a mis oídos por lo que me dijo el gordo, casi le hubiera dado un beso por haberme admitido para ir a luchar por la democracia española.

Cuando me presenté en aquellas oficinas la semana siguiente, tal como me dijo el gordo que me había atendido, esta vez en su lugar estaba sentado un flaco larguirucho de mediana edad que con una sonrisa irónica me dijo que, en realidad, la salida estaba prevista para el 6 de octubre y esta vez me hizo llenar un formulario, en el cual puse veinte años de

edad y al lado de la pregunta sobre el nombre “Georges Jorat”, para despistar a mis padres en caso que ellos trataran de encontrarme. El nuevo camarada Raymond que conocí en la sede era un anarquista de vieja estirpe y venía a estas oficinas en el tiempo libre que le dejaba su trabajo de carpintero. Él me dijo que si quería, para ganar tiempo y hacer algo productivo, yo podía venir a ayudarles a empaquetar fusiles que ellos conseguían en Francia y que se enviaban por tren a los camaradas de Barcelona. Con mucho empeño, mientras mis padres suponían que yo iba al instituto, todos los días llegaba al local libertario, donde durante una semana envolvía viejos fusiles usados de la primera guerra mundial. Luego entre varios de nosotros los encajonábamos y los llevábamos a la estación del ferrocarril para enviarlos a Perpiñán. De ahí, los camaradas locales los pasarían del otro lado de los Pirineos a España.

Cuando llegó ese dichoso día del 6 de octubre, tan esperado, después de ver a mis padres dirigirse al restaurante les puse una nota que había escrito hacía mucho tiempo y que decía: “Queridos padres, sé que les voy a causar mucha pena con esta mi decisión, pero ahora mismo está en juego el porvenir de la humanidad y no me perdonaría jamás no participar en este acontecimiento histórico de la lucha final por la democracia que se desarrolla ahora en España. Mi conciencia no me dejaría vivir en paz si no cumpliera con mi deber de hombre libre. Cuando regrese después de la victoria del proletariado, el mundo será un lugar mucho más seguro y hermoso para todo el mundo. Los quiero mucho y los beso a los tres”.

22. A ESPAÑA

Cogí apresurado alguna ropa indispensable que puse en una pequeña maleta y tomé el subterráneo, que me dejó en la Gare du Nord, cerca de donde se encontraban las oficinas de la Federación Anarquista. Un pequeño camión estaba parado cerca de la vereda del lado donde estaba el edificio de la sede libertaria y unas treinta personas se agrupaban alrededor. Todos estaban muy emocionados y varias mujeres tenían las mejillas mojadas por lágrimas. Yo sabía que éramos doce los voluntarios, por consiguiente los demás eran amigos o parientes que vinieron a despedirlos. El que iba a ser nuestro jefe, y que parecía que conocía a todos y que todo el mundo lo conocía, respondía al apodo de Bouboule. Era bajito y bastante barrigudo, de mediana edad y mucho entusiasmo. Se veía que él estaba acostumbrado a mandar, ya que daba todas las órdenes para nuestra partida.

Mucho más tarde oí el rumor de que Bouboule, cuyo verdadero nombre era Charles Daumier, había pertenecido a la famosa banda de Boneau, que varios años atrás había asaltado un banco y robado gran cantidad de dinero, dejando varios muertos en su atraco; ningún miembro de la banda fue apresado. Me acuerdo de que entonces nosotros, los chicos, oíamos y hacíamos circular una serie de historias sobre ellos. Hubo un tiempo en que ellos pertenecían a una leyenda

mística, como Robin Hood, y que robaban a los ricos para dar a los pobres. Bouboule, que ya se imponía como nuestro jefe, nos llamó por nuestro nombre y le entregó a cada uno de nosotros una moneda de plata de cinco pesetas, diciéndonos con su sonrisa sarcástica: “Para los primeros gastos en España camarada”.

Ya era tiempo de empezar nuestra odisea y el chófer, un parisino bastante viejo con una colilla de cigarrillo apagada colgando de su labio inferior, nos apuraba para que subiéramos al camión. Entonces hubo una conmoción sentimental y todos los reunidos se abrazaban, se besaban, y las mujeres incrementaron sus llantos, que ya no podían contener. Un solo amigo vino a despedirme; fue René Rigal, no quise decir nada a otros de mi partida por miedo de que el rumor llegara al oído de mis padres. René me entregó para el viaje un paquete con fruta, nos abrazamos y subí al camión. Cuando todos estuvimos dentro del vehículo y tratamos de acomodarnos, nos dimos cuenta de inmediato y con rabia de que el lugar era demasiado pequeño para los doce pasajeros sentados en la plataforma cubierta, pero era tarde, ya que rodábamos hacia la salida de París y no podíamos remediar la situación. Esto perturbó un poco los ánimos, pero ya oscurecía; tomábamos la carretera del sur. Bouboule era el único pasajero con suerte, ya que estaba sentado al lado del chófer, que siempre tenía un cigarrillo en su boca encendido o apagado.

No solamente el camioncito era demasiado pequeño, sino que los resortes debían de ser viejos y gastados, ya que saltábamos constantemente, estábamos muy apretados, incómodos y pronto empezaron las discusiones y la hostilidad.

Yo estaba sentado en un rincón delante y a mi lado estaba sentado el primer compañero de viaje que conocí, Alfred Rappoport, muy sociable, que de inmediato me contó la historia de su familia. La madre era ucraniana y el padre un judío ruso; ambos eran revolucionarios en Rusia, y cuando fueron perseguidos por la policía zarista, aprovecharon una oportunidad para escapar a Francia. El padre era anarquista y Alfred, que había nacido en Francia, decía con orgullo que seguía los pasos de su padre, a quien admiraba. Esto me trajo a la memoria a mi amigo de Boyardville, Edmund Jaba, cuyos padres tenían la misma historia. El compañero sentado a mi otro lado tendría unos treinta años; de tez oscura, parecía ser árabe o español. Supimos luego que era catalán y que se llamaba Juan Mayol Ballester. Era anarquista, había participado en la revolución del 14 de abril de 1931, cuando nació la segunda república española, y a consecuencia de un acto de terrorismo tuvo que escapar a Francia, adonde vivía desde entonces. Tenía un aspecto triste y lo comprendí, ya que dejaba atrás en París a una chica muy linda, que yo había visto verter profusamente lágrimas cuando nuestro camión se puso en marcha. Al preguntarle si era su mujer, me dijo que vivía con ella desde hacía cinco años, tenía un hijo de tres y le daba pena dejarla, pero su deber de libertario lo llamaba a España. El otro voluntario sentado enfrente de mí era un parisino obrero de la construcción, Pierre Carpentier, de unos veinticinco años, soltero, marxista convencido que quería ir a luchar contra el fascismo.

No pude distinguir bien a los otros viajeros, pues la única bombilla de luz del camión era muy débil; además, poco a poco los ánimos se calmaban y todos empezaron a dormir. Paramos

en la mitad de la noche para orinar a la orilla del camino; luego reanudamos la marcha, sin poder comer o beber un vaso de agua. Tenía mucha sed y ya me había comido las cinco naranjas que me trajo René, compartiéndolas con mis nuevos amigos. Cuando nos quejamos, Bouboule, desde su asiento delantero, nos pidió que tuviéramos paciencia, que pronto íbamos a llegar a Perpiñán; además, nos dijo que si íbamos a ir a pelear contra los fascistas, podíamos desde ya empezar a acostumbrarnos a los rigores de la guerra. Nosotros le contestamos que aún no estábamos en España y ni siquiera llevábamos uniforme o teníamos armas para ser combatientes.

Llegamos a Perpiñán casi a la madrugada y todos nos echamos a las canillas de agua que pudimos encontrar para beber y nos precipitamos a los baños. Nos paramos en los alrededores de la ciudad enfrente de un viejo hospital abandonado, medio destruido. Era donde íbamos a albergarnos. Yo estaba demasiado cansado para averiguar más, aunque comprendí que era éste un lugar de parada para los que iban a España. Me eché sobre una vieja colcha sucia que estaba a mi alcance y sin desvestirme quedé profundamente dormido. En la mitad de la noche fui despertado por ruidos, voces humanas, y al abrir los ojos vi que alguien prendía una vela que suplía la falta de electricidad en el edificio, y apareció como entre sueños un hombre grandote, que recordaba haber visto subir a nuestro camión cuando salimos de París. Durante todo el viaje él estuvo sentado del otro lado del vehículo y no tuve la oportunidad de hablarle o de verlo más detenidamente, aunque desde el principio me llamó la atención su mirada vacía. La pobre luz de la vela lo alumbraba ahora cerca de la ventana y era evidente que él trataba de

liberarse de otros compañeros que lo sujetaban; vi sangre que corría por su brazo. Por lo que decían, o gritaban, los demás, ya que casi todos estaban despiertos, comprendí que él había intentado suicidarse cortándose la muñeca, y al ver que no se moría quiso lanzarse por la ventana mientras gritaba: “¡Déjenme, ya no doy más, estoy cansado de esta vida podrida!”. Era muy fuerte y consiguió empujar y deshacerse de los que trataban de forzarlo, y antes de que los demás pudieran intervenir se lanzó por la ventana. Estábamos en el segundo piso, y desde la altura de la ventana lo vimos en el suelo aplastado, al pie del edificio, sin moverse. Sin embargo, cuando algunos compañeros se precipitaron afuera esperando verlo muerto, él ya se había levantado, gritando y gesticulando como si no hubiera pasado nada. Habíamos recibido órdenes formales de no llamar la atención de nadie, para que nadie sospechara que íbamos a España. Ya amanecía y aquí teníamos a este loco creando ese barullo, con la posibilidad de llamar la atención de la gente que poco a poco ya empezaba a circular por el vecindario. No había otro remedio que llamar a una ambulancia, que vino a recogerlo al cabo de una media hora y lo llevó al hospital. No supimos nada más de él, y solamente mucho más tarde, cuando ya estábamos en Aragón, alguien nos dijo que ese hombre que nadie conocía de nombre había regresado a París una vez lo dieron de baja en el hospital. Su caída no le dañó ninguna parte del cuerpo y nunca nadie más volvió a toparse con él. Otros que aseguraban conocerlo nos contaron que él ya había tratado de suicidarse varias veces, debido a problemas mentales que lo agobiaban, y nunca supimos la razón por la cual vino a juntarse a nosotros para ir a España.

Bouboule estaba furioso, ya que todo esto iba a demorarnos y él temía la llegada de la policía, que vendría a investigar el asunto, con la posibilidad de arrestarnos, puesto que estaba prohibido cruzar la frontera. Ya cierta amistad me unía a los otros tres -Pierre, Juan y Alfred- y por más que habíamos recibido pan y café por la mañana, era la hora del almuerzo y, como la comida no aparecía, decidimos ir a comer a alguna parte. Ninguno de nosotros conocía Perpiñán y fuimos caminando en la dirección de lo que parecía el centro de la ciudad. Juan, que era muy cuidadoso debido a su vida revolucionaria, acostumbrado a huir de las autoridades, exclamó repentinamente: “Aquí vienen los milicos”, y vimos a dos gendarmes en bicicleta pedaleando despacito en nuestra dirección. Ellos nos pasaron sin siquiera echarnos una mirada y nosotros más tranquilos seguimos la caminata, que fue muy breve, ya que a la vuelta de la esquina apareció un café, adonde fuimos para recomfortarnos con comida y mis compañeros con vinito. Cuando regresamos al edificio, que Albert llamaba nuestro cuartel general, nos enteramos de que esos dos gendarmes que habíamos cruzado fueron al viejo edificio destartado e hicieron algunas preguntas a Bouboule, haciendo la vista gorda al grupo de otros treinta voluntarios que habían llegado recientemente; luego se fueron como si nada hubiese pasado. Sabíamos que no solamente la población francesa sino incluso muchos funcionarios nos dejaban cruzar la frontera, aunque ya era ilegal hacerlo.

Tuvimos también buenas noticias: esa misma noche íbamos a ir a España. Por la tarde nos trajeron café, vino y sandwiches y más tarde se presentó un camión un poco más grande que el que nos trajo de París, nos metieron prisa y embarcamos lo

más rápido que pudimos; luego salimos enseguida. Las horas que pasamos en el camión, que tenía una lona en vez de techo y rodaba sin luces, mientras estábamos sentados en el suelo de la plataforma sin asientos y nuestros cuerpos eran proyectados de un lado a otro en las curvas, fueron muy penosas y nuestras mentes estaban absortas y agotadas. Estábamos casi todos dormitando cuando de repente los faros del camión se prendieron y sentimos que rodábamos sobre un camino llano y cuesta abajo. Fue entonces cuando Bouboule, nuevamente sentado al lado del chófer, nos gritó: “¡España, aquí estamos camaradas!”, dicho lo cual todos nosotros empezamos a alegrarnos, a reír y hasta a cantar.

Ya era de día cuando nos paramos en una plaza, cerca de un edificio que parecía como una alcaldía. Mucha gente armada iba y venía de todos los lados y por todas las direcciones. Cuando salimos del camión, todo entumecidos, fuimos recibidos con alegría y gritos por camaradas españoles que nos estrechaban la mano y nos daban abrazos mudos provocados por el desconocimiento de su lengua, y ellos de la nuestra. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de la importancia que tenía Juan, que hablaba ambos idiomas perfectamente y nos servía de intérprete. Él se sentía en el paraíso ahora en su España, pero se ponía furioso porque quería charlar con sus compatriotas, mientras que nosotros lo interrumpíamos a cada rato preguntándole: “¿Qué dijo? ¿Qué dijo?”. Supimos que nos encontrábamos en Puigcerdá, que estaba en las manos de la FAI (Federación Anarquista Internacional), o sea, de los anarquistas, que ya habían empezado a aplicar el sistema sindicalista. El castillo del ricachón del pueblo había sido expropiado cuando el mismo huyó del pueblo, seguro que

hacia Francia o Andorra, la pequeña república que se veía no muy lejos de donde estábamos; probablemente se juntaría más adelante a las fuerzas de Franco. Su castillo fue transformado en hospital. Había también en los alrededores un pequeño convento que fue igualmente desbaratado, dejando a las monjas empezar una vida nueva. Algunas se fueron del pueblo, otras fueron a trabajar como enfermeras en el hospital, otras fueron a vivir con amigos o parientes y hasta hubo una que se casó con un miliciano, uno de los que vino a cerrar el convento. Esto nos hacía mucha gracia y el chiste del día era que cada uno quería una monjita. Después de festejarnos, nos alojaron en el hotel de la plaza y al día siguiente tomamos el tren para Barcelona.

23. DURRUTI, ORTIZ Y LA CENTURIA

Una sensación curiosa corría dentro de nosotros, era como una embriaguez espiritual, y por mi parte me sentía como si tuviera alas, me parecía que era imposible llenarme con más felicidad de la que en ese momento tenía. Puigcerdá entero vino a despedirnos, no solamente a nuestro pequeño grupo, sino a cientos otros voluntarios que también viajaban en el mismo tren a Barcelona. La vieja locomotora arrancó, mientras la gente en el andén a gritos nos deseaban buena salud, victoria y agitaban sin cesar sus sombreros y pañuelos, hasta que los perdimos de vista. Según lo que nos dijeron, los guardias armados en el tren eran en su gran mayoría mejicanos, porque ellos fueron los primeros en llegar del continente americano a España para juntarse a los republicanos.

Al arribar a Barcelona, encontramos estacionados en la estación una cantidad enorme de camiones, milicianos o gente armada por doquier, y fue después de mucha búsqueda y gracias a Juan, debido a su conocimiento del español, que encontramos al que debía llevarnos al cuartel Bakunin, nombre que le dieron al viejo cuartel de Monjuic. Fue entonces cuando realmente pudimos sentir el poder de las masas, sobre todo al

ver flamear banderas rojas y otras rojinegras de los anarquistas. Monjuic era un cuartel muy grande, construido sobre una colina desde la cual se podía muy bien ver Barcelona, que parecía ser una ciudad muy grande, lo que confirmaban los que la conocían, agregando que además era muy linda.

Juan no se cansaba de aleccionarnos sobre todo lo relacionado con el anarquismo y sobre las diferencias en las divisiones de los partidos políticos de España. Los cientos de voluntarios extranjeros que se encontraban en el cuartel Bakunin eran anarquistas de la FAI/CNT y cada uno fraternizaba con todos los que encontraba. Hasta empezamos a cantar cantos anarquistas; al principio lo hacíamos en francés, pero después aprendimos el italiano *Avanti popolo* y por supuesto el canto anarquista español: “Que a vivir esclavo prefiero la muerte, luchando por la libertad, en las barricadas... “. Empezábamos, así, a sentirnos englobados en la vida militar, las comidas eran servidas a horario en enormes salas de las barracas, y también recibimos un uniforme, que era el del Tercio. Parecía que tenían una provisión enorme de ellos, ya que constantemente venían nuevos reclutas y todos recibían su atavío militar. Empezamos a comunicarnos con todos estos camaradas de países diferentes y encontramos a muchos otros compatriotas franceses, eslavos y judíos de varios países refugiados que vivían en Francia. Los que predominaban eran los alemanes, que desde ya se veía que estaban bien organizados. Juan, como buen anarquista antimilitarista, se reía de su militarismo diciendo: “Un alemán puede ser una buena persona, pero tres alemanes juntos ya forman un ejército y marcan el paso al caminar”. Me gustaban estos muchachos,

que me enteré más tarde que no eran anarquistas sino comunistas, que más tarde iban a formar parte del valiente y famoso Batallón Thaelman de la XII Brigada Internacional. Entonces yo aún hablaba bastante bien alemán y entablé conversación con ellos; me enteré de que la mayoría había estado en el ejército, muchos se escaparon de campos de concentración y venían a luchar por la democracia española.

Nuestro grupo se juntó a otros compatriotas y ya éramos unos cien franceses. Como teníamos libre toda la tarde, decidimos los cuatro nuevos pero ya inseparables amigos ir a Barcelona, esta vez ya llevando el uniforme y en la gorra insignias de FAI/CNT, con un pañuelo negro y rojo alrededor del cuello. Nos sentíamos sin la menor duda formando parte de la revolución en sí misma. Todos queríamos ir al famoso Barrio Chino, que se decía que era un lugar muy peligroso y con gente de mal vivir. Era pues la misma razón por la cual queríamos ir allá, a ver esta barriada mundialmente conocida. Juan había cambiado mucho desde que llegamos a España; adoptó una actitud digna y nos reprochaba todo el tiempo que éramos demasiado familiares con los españoles. “Ellos no son franceses y no les gusta que los manoseen” nos decía a cada rato. Quedé muy decepcionado cuando llegamos al Barrio Chino, ya que en mi ingenuidad pensé que la revolución iba a cambiarlo todo en un instante y me resultó muy triste el constatar que los milicianos iban con las prostitutas que pululaban por ahí como si fuera lo más normal del mundo. El lugar estaba lleno de gente y no solamente deambulaban prostitutas y milicianos, sino multitud de vendedores ambulantes que ofrecían toda clase de pacotilla, como si fuera un día de feria y no un país adonde llegábamos para enfrentarnos con el fascismo y la

injusticia social. Juan, que era mucho más viejo que nosotros, por más que no aprobaba la situación, hacía sin embargo un esfuerzo para explicarnos que no era tan fácil destruir de inmediato la podredumbre que existía desde hacía muchos siglos, pero que con el tiempo y poco a poco la realización de nuestros ideales anarcosindicalistas iban a triunfar y sería entonces cuando impondríamos orden en todo esto. La prostitución en sí misma desaparecería al mismo tiempo que la razón para practicarla, o sea, la pobreza, fuera eliminada; así estas mujeres podrían vivir con dignidad, en una sociedad justa que nosotros los revolucionarios íbamos a construir. Yo ya era demasiado idealista entonces, y tal vez un poco tímido, como para volver a ir con una prostituta. La gana no me faltaba, pero no me atrevía, aunque siempre me repugnaba el pensamiento que una mujer tenía que acostarse con cualquiera por dinero o, peor aún, forzada a hacerlo por un proxeneta. Esta fue la primera pena que sentí en España, al ver que las huellas de las clases dominantes estaban muy profundamente arraigadas en el orden establecido por los capitalistas.

Unos días más tarde, nuestro destacamento, que ya estaba formado por unos cien hombres, estaba listo para ser enviado al frente. Nuestra unidad se llamaba Centuria Sebastian Faure, en honor del filósofo libertario francés del mismo nombre, y se componía mayormente de anarquistas, aunque también teníamos comunistas. Nuestra centuria, aunque pertenecía al ejército de Durruti, estaba incorporada a la Columna Ortiz, cuyo comandante era Antonio Ortiz, carpintero de profesión. Nos enteramos también por rumores, que siempre se propagan espontáneamente, que estábamos destinados al frente de Aragón, sostenido por los libertarios.

Buenaventura Durruti muy pronto se volvió un héroe a nuestros ojos y empezaron a circular toda clase de rumores sobre él, como que habría estado condenado a muerte en varios países, que era un idealista puro, que una vez después de robar un banco entregó todo el dinero a la organización anarquista, que lo necesitaba para su campaña de propaganda y proselitismo, y luego pidió a un camarada prestado algo de dinero, ya que no tenía para comprar comida, pero no iba a tocar un céntimo de lo que se apropió en el banco. Durruti era uno de esos personajes legendarios que inflaman la imaginación y tiene el don de arrastrar con sus discursos a grandes masas que lo seguirían a cualquier parte. También se contaban muchas historias de uno de sus compañeros, Francisco Ascaso (muerto durante el asalto a las Atarazanas barcelonesas, en julio de 1936), que también fue autor de atentados espectaculares y asaltos a mano armada a bancos, con el fin de conseguir dinero para la Solidaridad Anarquista, que ayudaba a las familias de los trabajadores que estaban en huelga o encarcelados. Nos alegramos mucho al enterarnos de que la mujer de Durruti era una francesa, Emilienne Morin, apodada Mimi-FAI. Algunos se jactaban de haberla visto y decían que era hermosísima. Todos deseábamos verla un día y hasta algunos pensaban que ella era la razón por la cual los anarquistas franceses eran de los primeros en venir a pelear a España.

Muy pronto me di cuenta de que muchos de nuestro grupo no eran anarquistas, pero que casi todos eran marxistas y fuertemente unidos en el deseo de luchar por la misma causa y contra el fascismo que poco a poco subyugaba por la fuerza a los países democráticos y amenazaba la paz mundial. El 16 de

octubre, por la mañana temprano, estábamos los cien milicianos llevando nuestro nuevo uniforme del Tercio español, apretados en el andén de la estación del ferrocarril de Barcelona, esperando la llegada del tren que nos iba a llevar a Aragón.

24. TREN ESPECIAL

En mi vida había llegado a ver muchas estaciones de ferrocarril en varios países donde había vivido, pero nunca hubiera imaginado que tanta gente podría aglomerarse en un lugar de tránsito como éste. Había cientos, miles de personas en gran mayoría militares que iban de un lado a otro, gritando, empujándose, bromeando, diciendo piropos a las chicas que se les cruzaban. La gran mayoría de ellos llevaban armas, lo que nos dio envidia, que tratábamos de ocultar con bromas y también con la esperanza de que muy pronto las tendríamos también.

Con Bouboule se encontraba un hombre de unos treinta años de edad, muy alto, que se veía que era español por su cabello negro y su acento cuando hablaba francés, aunque lo hacía bastante bien. Era la primera vez que veíamos a Bouboule más sumiso y sin su arrogancia habitual, al hablar al desconocido que veíamos por primera vez. Cuando el tren atracó en el andén, después de muchos remolinos, empujones y ruido, el alto desconocido nos gritó en francés con un fuerte acento español: “Suban todos en estos dos vagones y quédense todos juntos sin desparramarse”. Luego gritó algo en español a otros milicianos que nos empujaban para tratar de subir al mismo

vagón. Su voz era muy fuerte y por su manera de ser se veía que tenía costumbre de mandar y ser obedecido, por lo menos es lo que dijeron los que habían hecho el servicio militar, ya que los intrusos se alejaron de nuestro lugar en busca de otros coches vacíos o con lugar para ellos.

Nos acomodamos como pudimos sobre los bancos de madera dura de la tercera clase y como media hora después con un silbido y un aullido fuerte el tren arrancó y empezó a moverse, mientras en el andén la ola humana agitaba brazos y pañuelos y levantaba a niños para que los padres pudieran verlos por última vez. Muchas mujeres lloraban y Juan dijo con tristeza: “Vienen a despedir a sus hombres”. “¿Qué hombres?”, dije tontamente, a lo cual Juan después de mirarme con curiosidad me lanzó: “Ya te dije que nosotros los anarquistas no creemos en el matrimonio, y cuando una pareja vive junta, unida únicamente por los sentimientos y no por un pedazo de papel matrimonial, que esclaviza a dos corazones libres, ellos son mujer y hombre”. Como buen jovencito de dieciséis años que era, yo quería asimilar las circunstancias y, aunque aún desconocía exactamente en qué consistía la orientación anarquista, quise meterme en el ambiente y traté de arreglar mi torpeza aprobando lo dicho. Con nosotros estaba sentado otro compañero, a quien ya había visto varias veces desde que salimos de París, pero con quien aún no había tenido una oportunidad para hablar. Se llamaba Jacques Bernstein, era un judío polaco de unos treinta años que vivía en Francia desde su infancia y hablaba perfectamente francés. Era un comunista ardiente y apenas lo ocultaba. Cuando la conversación giraba alrededor de ideas políticas él siempre decía lo mismo: “Venimos aquí a pelear contra el fascismo y no entre

nosotros”. Luego seguía: “Mis padres tuvieron que escaparse del dictador antisemita de Polonia Pilsudski y yo vine aquí para pelear con ustedes contra los fascistas. Sois mis compañeros de lucha cualquiera que sea vuestra ideología, mientras sea de la izquierda”. Era de apariencia muy frágil y tosía mucho. Nos dijo que era profesor de ciencia, pero había tenido problemas en conseguir trabajo y decidió venir a España para vengarse de los verdugos polacos que habían matado a algunos miembros de su familia

Otro compañero que también vino con nosotros de París y que parecía el más viejo de todos, tendría unos cuarenta años, era el yugoslavo Petr Bolislav. Era médico, pero no quería ir a trabajar a un hospital como se le había sugerido más de una vez; él quería ir a pelear en el frente. Tenía rasgos muy eslavos y a veces bebía demasiado; aunque la mayoría bebía bastante, él lo hacía en exceso y luego se ponía muy triste. Me enteré después de que Petr en Estrasburgo, donde vivía, operó a un hombre mientras estaba borracho, ocasionando su muerte, y su licencia de doctor había sido revocada.

El tren seguía andando con el ruido especial que emite el roce de las ruedas contra los raíles y se movía para todos los lados. Se veía que los vagones eran viejos y gastados. Luego, como para romper la monotonía, aparecieron unos bocadillos y vino, dando más calor a las conversaciones, que muchas veces se ampliaban, se desparramaban, se generalizaban: todo el mundo quería decir algo y cada uno contaba un poco de su propia historia. Después de bordear el río Ebro durante casi una hora, el tren se paró en la estación de Caspe. Todos nosotros, además de otros cientos de milicianos, nos apeamos

junto con el español alto, del que supimos que era el teniente Navarro, oficial del ejército regular español que se mantuvo fiel a la República y que había sido designado como nuestro jefe de destacamento. Él nos hizo formar en un lugar determinado de la estación de Caspe y con su voz alta nos gritó: “No tenemos tiempo de organizar nuestra centuria, ya que nos necesitan en el frente. Formen grupos de once hombres y elijan a uno de ustedes para que sea el mando del grupo”. Por supuesto una vez más me junté con Juan Mayol, Alfred Rappoport, Pierre Carpentier, Jacques Bernstein y Petr Bolislav, pero nos faltaban más voluntarios para formar nuestro grupo de once. Al ver a un grupo de varios compañeros que aún no habían tenido el tiempo suficiente para trabar amistad con otros y que vagaban de un lado a otro, indecisos, les sugerí venir con nosotros. Vi a un jovencito poco mayor que yo que no sabía dónde ir y le grité: ¡Eh, tú, vente por aquí! ¡Nos faltas para completar nuestro grupo, que es el mejor!”. Debí de gritarlo demasiado alto, ya que no sólo ese joven se acercó a nosotros, sino que también vinieron otros y muy pronto éramos once. El joven era un obrero parisino que se llamaba Paul Garde, que pertenecía a la Juventud Comunista y no fue aceptado para ir a pelear a España por la edad, la misma razón por la que me rechazaron a mí. También se nos unió Antoine Guillaume, de unos veinticinco años, que era vendedor ambulante y reconocía que cuando la oportunidad se presentaba era también proxeneta o chulo, o sea, tenía mujeres que hacían la calle para él. Vanagloriándose, él explicaba que le decía a sus víctimas: “Yo alquilé una parte de la vereda y, mi hija, ahora a pagar los gastos y a trabajar bien”. Nadie lo quería, pero si él podía luchar con nosotros y matar fascistas lo teníamos que aceptar.

Además, Lenin había dicho que se aliaría hasta con el diablo mismo si fuera a ayudarlo en su camino.

Otro compañero era Claude Verger, de unos veintiocho años, un intelectual muy serio, anarquista convencido, que vino a pelear por su ideal. Pepe Girard era otro, tal vez el más viejo de todos, ya que tendría por lo menos cuarenta años, o quizá más, era un obrero que muy a menudo estaba borracho. Lo llamábamos Pepe, ya que así se llama cariñosamente a los abuelos en Francia y para nosotros él parecía un abuelo. El último que vino fue Marcel Fabre, de veinticinco años, un artista y anarquista ferviente que hablaba algo de español.

Después de muchas deliberaciones, todos aceptaron mi sugerencia y decidimos elegir a Juan Mayol como nuestro jefe de pelotón. Él no quería aceptar al principio, diciendo que no podía tomar esa responsabilidad y que no tenía ninguna experiencia militar. Pero todos insistimos y no tuvo otra alternativa que aceptar. Eso mismo pasaba con otros grupos, a los que se veía moverse de un lado a otro. Cuando todas las unidades tuvieron su jefe de pelotón, el comandante Navarro, ya que tal grado tenía en nuestro batallón, pidió que cada jefe de pelotón se presentara a él con dos hombres más. Cuando todos los que fueron llamados desaparecieron con el comandante, y por supuesto con Bouboule, detrás de un gran edificio que estaba en la estación y que seguramente había sido algo así como un depósito, nos quedamos esperando sin movernos. Tomábamos la situación cada vez con más seriedad. Comprendimos, por primera vez desde que habíamos dejado París, que todo lo anterior había tenido un carácter preliminar y que de ahora en adelante iba empezar la acción. Muy pronto

estaríamos en el frente y empezaríamos a luchar, cosa que nos ponía nerviosos porque muchos no teníamos ningún entrenamiento militar. Hay un gran paso psicológico entre pensar, tomar una decisión y ponerla en práctica. Ahora se aproximaba el momento para empezar la acción, y algo extraño nos pasaba, o por lo menos a mí, y trataba de convencerme de que no era el miedo.

Mientras esperábamos en la estación, veíamos a otros milicianos, todos armados, que iban y venían cerca de nosotros, la mayoría con una mirada llena de seriedad y de decisión. Muy pronto fuimos los únicos que quedaban en la estación, acompañados sólo por unos chicos que jugaban alrededor, echándonos de vez en cuando una mirada furtiva. Casi una hora más tarde regresaron los camaradas que fueron a cumplir su misión, todos cargados con fusiles y cartucheras llenas de municiones. Tuvimos una sensación general de felicidad imposible de describir, sobre todo cuando cada uno de nosotros recibió un fusil, con una cartuchera con 100 balas. A mí me tocó un fusil Lebel de la primera guerra mundial, pero me sentía muy orgulloso no solamente de recibirlo, sino de conocer el sistema y cómo usarlo. Esta vez con fusiles, como milicianos verdaderos, nos encaminamos a recibir nuestros alojamientos, que fueron en casas particulares. Me tocó compartir la vivienda con el médico yugoslavo Petr Bolislav. Cuando empecé a pasar más tiempo con él, aprendí a valorarlo y quedé muy impresionado por su erudición, aunque no llegaba a comprenderlo completamente, ya que seguía bebiendo mucho, pero no decía ni una palabra de sí mismo, de su familia o de su pasado.

Nos quedamos una semana en Caspe, donde estaba nuestro Estado Mayor, y al día siguiente de nuestra llegada, cuando fuimos al restaurante donde nos servían las comidas, vimos un gran alboroto entre los comensales, tanto militares como civiles, y las chicas meseras. Al no hablar español no pudimos enterarnos de qué es lo que los conmovía tanto a todos. Mientras estábamos comiendo sentados seis a cada mesa, vino Juan todo pálido y nos dijo que el día anterior a cuando llegamos, el 16 de octubre, hubo una batalla sangrienta en Sietamo, Farlete, donde el destacamento francés de 60 hombres, al mando del anarquista Louis Barthomieu, había sido completamente aniquilado sin dejar uno vivo. También murió Émile Cottin, que había cometido el atentado contra Clemenceau, y el conocido anarquista Aimé Turrel, obrero de la fábrica Berliot. El comandante Berthomieu había sido capitán de artillería en la primera guerra mundial y vino a España porque de corazón siempre había sido anarquista. Entre ellos se contaban algunos italianos, entre los que destacaba Michel Centrone, perseguido en su país, en Estados Unidos y en Francia. Había terminado sus días en el campo de batalla de España. Se hallaba entre ellos también la escritora francesa Simone Weil, apodada Vierge Rouge (Virgen Roja), que a duras penas escapó de la matanza. Ella había nacido judía en 1909, era sindicalista, fresadora en la fábrica Renault y se convirtió al cristianismo, aunque se opuso a ser bautizada. Después de escapar casi por milagro del campo de batalla donde pereció Barthomieu, ella tuvo al poco tiempo un accidente y tuvo que alejarse del frente para siempre.

Durante toda la semana que quedamos en Caspe teníamos reuniones todas las mañanas y hacíamos algunos ejercicios

improvisados, sin ninguna experiencia militar. Luego nos quedaba todo el día para deambular por aquel pueblo pintoresco, sin separarnos de nuestro fusil ni de la cartuchera. La hora de las comidas, que tomábamos en el mismo restaurante, requisado por la administración anarquista de la ciudad, era un acontecimiento social, un foro de reunión y de cambio de informaciones o chismes que habíamos escuchado y que muchas veces eran contradictorias, nacidas de nuestra falta de dominio del español. Las obligaciones marciales de nuestra instrucción, que se suponía que era militar, debían prepararnos para pelear cuando llegáramos al frente. Navarro, con su francés limitado, pero con la ayuda de Juan Mayol, nos decía constantemente que era muy importante conocernos muy bien y sobre todo aprender a obedecer las órdenes de inmediato, ya que de ello dependía nuestra seguridad colectiva. De noche, después de terminar nuestra cena, nos desparramábamos por los diferentes boliches y bares, donde tomábamos el vinito tinto de Aragón. Como los lugareños, bebíamos en porrón, un recipiente de vidrio para el vino que había que levantar para que un chorro fino de esta bebida entrara en la boca sin derramarlo por la cara y la camisa, siempre bajo la mirada irónica de los presentes. Muchos campesinos hacían su propio vino y lo vendían al público en sus propias casas, donde tenían una pequeña habitación con tres o cuatro mesas para estos fines. En la región se producía únicamente vino tinto y es allí adonde aprendí a beber, aunque entonces sin exceso. Deambulábamos por el pueblo y nos juntábamos en pequeños grupos y por supuesto algunos ya de madrugada estaban en los bares, bebiendo vino o anís, que los españoles bebían con el café solamente después de la cena.

Como sede del Estado Mayor anarquista, había mucho movimiento en Caspe y nunca pude adivinar lo que pensaban los habitantes del lugar, ya que no mostraban hostilidad, pero muy pocos nos profesaban simpatía abiertamente. Un día pasó por la ciudad un destacamento alemán. Se veía de lejos que eran alemanes, rubios con ojos azules y todos marchando como militares profesionales; algunos habían participado en la primera guerra mundial. Aprovechando mi conocimiento del alemán, les hablé y encontré a un berlinés que se mostró muy contento de encontrar a alguien que había vivido en su ciudad natal. Se llamaba Eric Saulier y era descendiente de los hugonotes franceses que tuvieron que escapar de Francia durante la matanza de San Ilartolomé en el siglo XVI. Miles de estos franceses protestantes fueron muy bien recibidos en la también protestante Alemania, donde con el tiempo los alemanes constataron que esa fue una de las mejores emigraciones que habían recibido. Uno de esos emigrantes fue de la familia Fabergé, uno de cuyos descendientes a su vez emigró a Rusia y llegó a ser uno de los mejores joyeros del siglo XIX. Volví a ver a Eric varias veces más, pero aquel 20 de octubre me enteré de que ellos iban a tomar posiciones en el frente de Zaragoza.

Me extrañaba mucho ver a las muchachas que nos servían en el restaurante. Después de llamar nuestra atención, ponían luego sus manos juntas como para decirnos que querían casarse con nosotros y todos se reían; yo, por mi parte, me sonrojaba. Más tarde descubrimos que los milicianos recibíamos un salario de 10 pesetas por día y en caso de casarnos debíamos entregar nuestra libreta de pago a nuestra “esposa”, que entonces recibía nuestro sueldo. Así que, por

unos días de “casadas” con un miliciano que luego salía al frente, ellas obtenían todo el dinero que él ganaba por estar combatiendo, y después de todo, quién sabe, podía morir en una batalla, en cuyo caso ella seguiría recibiendo su pensión de viuda.

25. DE CASPE AL FRENTE

Una mañana temprano fuimos convocados para formar en la plaza mayor de Caspe. Como ya la víspera nos habían dicho que nos íbamos a mover para acercarnos al frente, no nos extrañó ver varios camiones parados que nos esperaban. Uno por uno subimos en los camiones y toda la caravana, con la centuria, que contaba con unos cien milicianos, arrancó hacia el norte, tal como nos habían dicho, hacia el frente de Belchite. En aquel tiempo, debido a cambios constantes, y tal vez por omisión o falta de curiosidad, nunca averigué cuántos éramos exactamente, cosa que me preocupaba poco entonces. Supe más tarde, ya cuando vivía en Estados Unidos, que el historiador inglés David Berry, que hizo profundos estudios sobre la Centuria Sebastian Faure, menciona a 42 de nosotros, incluyéndome a mí, Georges Jorat. Los camiones rodaron como dos horas a un paso muy lento a veces y por fin llegamos a un pueblo mucho más pequeño que Caspe que se llamaba Escatrón. Ahí, al bajar de los vehículos, nos alojaron en dos edificios muy grandes, que parecían haber sido graneros. La diferencia sin embargo era que aquella noche dormimos sobre paja. Nos habíamos acostumbrado a dormir bien en las camas que los campesinos de Caspe nos brindaban, pero ahora había

que hacerse a una vida más dura, sin saber aún cuánto tiempo íbamos a quedar en este lugar.

Al día siguiente, después de nuestro desayuno, que consistía en una taza de café y un pedazo de pan, formamos por pelotones y marchamos al cementerio del pueblo. Eramos los únicos milicianos en la aldea, quiero decir como destacamento, ya que varios uniformados y civiles locales armados se movían alrededor desempeñando tareas diversas. Estábamos formados enfrente del cementerio cuando de repente apareció un gordito de mediana edad uniformado que nos leyó algo en español, que de inmediato fue traducido al francés por Juan: “Camaradas, nos hemos juntado aquí para presenciar la aplicación de la justicia anarcosindicalista en nuestro pueblo, que tiene por deber castigar a los enemigos de clase que quieren hacer fracasar nuestra revolución proletaria con el fin de que los oligarcas y los explotadores sigan enriqueciéndose con el sudor de nuestros esfuerzos y la sangre que nos obligaban a verter para ellos”. Enseguida aparecieron, con las manos atadas detrás de la espalda, cuatro hombres, acompañados por varios milicianos armados que los condujeron hasta la pared del cementerio y los pusieron de pie enfrente de todos nosotros. Juan seguía traduciendo mientras el gordito leía en voz muy alta el acta de acusación. Uno de los acusados era el cura del pueblo, que había sido encontrado haciendo desde el campanario de la iglesia señales luminosas, posiblemente enviando a alguien informaciones secretas. Cuando las nuevas autoridades de la aldea fueron alertadas por campesinos que habían sospechado de sus quehaceres, se empezó a vigilarlo, hasta que llegó la confirmación de sus actos criminales: del otro lado, hacia Azaila, venían en contestación

otras señales luminosas en alfabeto Morse. Estas luces llevaron a los republicanos a la casa de un terrateniente que seguramente, después de recibirlas, enviaba información al enemigo. El cura era un gordo bajito y pelado muy parecido al que leía la sentencia y temblaba visiblemente. Supimos que había pedido el perdón a la población, pero nadie lo quería y todos pedían su enjuiciamiento. El terrateniente era un hombre grande y erguido también de mediana edad, muy seguro de sí mismo. Los otros dos eran padre e hijo, paisanos acaudalados a los que los milicianos habían sorprendido mientras cortaban los cables telefónicos, tan necesarios para la comunicación, sobre todo en tiempo de guerra, y fueron acusados de sabotaje. El cura tenía su sotana puesta sacudiéndose como una hoja y los otros tres llevaban pantalones y camisas oscuras y se mostraban determinados y quietos. Nuestro gordito, que leía la acusación y que supimos que era el sustituto del alcalde anarquista, al terminar su largo discurso dijo en voz muy alta: “Yo, como representante revolucionario del pueblo de Escatrón, pido que los cuatro fascistas sean condenados a muerte. ¿Están de acuerdo?”. Una vez que oímos la traducción, nos juntamos a todos los demás presentes para gritar: “¡Sí! ¡Sí!”, “Oui! Oui!”. Entonces los cuatro hombres fueron puestos de espaldas contra la pared del cementerio y un miliciano, después de desatar sus manos, trajo pañuelos para vendarles los ojos, siguiendo una vieja costumbre internacional. Entonces el alto terrateniente dijo, tanto para sus compañeros como para nosotros: “No necesitamos pañuelos, somos todos inocentes y podemos mirar a los que nos van a matar!”. Enseguida enfrente de ellos se formaron 12 milicianos con fusiles apuntados listos para disparar, pero el cura cobrando coraje dijo sus últimas

palabras: “Que Dios los perdone por todo el mal que nos han hecho”. En medio de un silencio completo vino la voz estridente del comandante local y salió una salva de 12 tiros, que para el resto de mi vida quedará grabada en mi memoria. La vista de cuatro hombres que se abrazaron antes del fusilamiento y que se desplomaron muy despacio, como una cortina o alfombra grande: durante varias semanas esta visión se reproducía en mi mente constantemente, sin parar. Después vino el joven oficial que había dado la orden de ejecución y, muy pálido pero decidido, le dio a cada uno de los fusilados, que yacían en la tierra, un tiro de gracia en la cabeza. Ninguno de ellos se movió al recibir la última bala, con excepción del terrateniente, que se sobresaltó y luego se aplastó contra el suelo, lo que venía a decir que no había muerto durante el fusilamiento.

En silencio, todos nosotros caminábamos de regreso a nuestro campamento, mientras un sudor frío corría por mi espalda y una emoción profunda se apoderaba de mí. No sabía cómo determinar aquella sensación, ya que nunca la había tenido antes, y mientras pasaba por estos momentos emocionales, un miliciano flaquito con acento parisino, aunque pálido, me preguntó, o más bien susurró: “¿No sabes dónde hay que registrarse para ser parte de los que fusilan?, me gustaría hacerlo la próxima vez”. Me alejé muy rápido de este chupasangre sin decir una palabra. Era repugnante ver a un ser humano deseando matar solamente por el placer de matar. Yo vine a pelear aquí y no a ser un verdugo. Esta fue la primera vez que vi correr sangre en el suelo de España y la primera vez que vi un fusilamiento de gente. Durante los meses que siguieron vi a muchos otros fusilados o muertos en las calles o

los campos de batallas, hombres, mujeres, niños, ancianos, pero esta primera experiencia quedó grabada dentro de mí para siempre.

El 26 de octubre, también temprano por la mañana, vinieron una vez más camiones para llevarnos más adelante. Esta vez fue un viaje muy corto que duró apenas una hora, y nos dijeron de bajar en pleno campo, de apariencia árido y lleno de colinas, con vistas de montañas a lo lejos. Recibimos la orden de seguir el sendero caminando. Estábamos cerca del frente y sería peligroso exponer nuestros camiones al enemigo, no teníamos bastantes de ellos y teníamos que cuidarlos. Seguimos caminando detrás del comandante Navarro y nuestros jefes, con los fusiles, cartucheras y ahora también una mochila que contenía muda de ropa, una manta, un abrigo y también una cantimplora. Muy pronto llegamos a la vista de un campamento establecido bajo una colina, sin duda para no descubrirse al enemigo, que ya estaba del otro lado. Vino a recibirnos el comandante Ortiz, que conocía a Navarro, con quien de inmediato se alejó, seguido por Bouboule y los jefes de pelotón, a una excavación donde tenía su oficina. Así que Juan nos dejó para participar en la conferencia, mientras nosotros quedamos esperando en el campamento, tratando de entablar amistad con los milicianos españoles que estaban en este frente avanzado. Cuando nuestros jefes regresaron, tuvimos orden de ocupar tiendas que ya se habían tendido para nosotros y que eran bastante grandes, con capacidad de poder albergar a un pelotón cada una de ellas. Nuestra carpa, como las demás, era bastante espaciosa y cada uno se acomodó en su cama, un colchón relleno de paja. Así empezó

nuestra vida de soldados, o brigadistas, creadas oficialmente desde el 22 de octubre las famosas Brigadas Internacionales.

Me enteré después de que nuestro campamento estaba compuesto de un batallón de unos seiscientos combatientes, incluyéndonos al centenar aproximado de la Centuria Sebastian Faure. Estábamos acampados detrás de una colina y nuestras trincheras estaban a unos doscientos metros más adelante, en la subida del terreno. Se podía ver las trincheras enemigas enfrente, a menos de un kilómetro de las nuestras. Como era de esperar, lo primero que hicimos fue precipitarnos hacia delante para ver nuestras primeras líneas, pero el comandante Navarro vino corriendo detrás de nosotros y nos ordenó regresar inmediatamente al campamento. Juan nos tradujo sus palabras, ya que él estaba demasiado enojado como para poder dirigirse a nosotros en francés, que en general hablaba bastante bien cuando estaba tranquilo. El nos prohibió terminantemente acercarnos a las trincheras sin órdenes especiales, a menos que fuera un caso de alerta, cuando todos debíamos correr a nuestras posiciones, que se nos asignarían más adelante. La razón era que el enemigo nos vigilaba constantemente con prismáticos, como nosotros también lo hacíamos de nuestro lado, y no debíamos hacerles ver que este punto había sido reforzado con nuevas fuerzas, mostrándonos o haciendo movimientos que ellos podrían ver e interpretar a su modo. Volvimos a nuestras tiendas con sentimiento de culpabilidad y algunos libertarios enojados por los gritos, no de su gusto precisamente. Ya empezaba a hacer frío, estábamos en las montañas aragonesas y la noche caía mientras comíamos nuestra primera cena en el frente. Ya éramos

soldados y, por mi parte, me sentí un hombre y no más un jovencito.

Temprano por la mañana nos despertaron para levantarnos y hacer la cola para el desayuno, lo que hicimos gustosos. La noche fue muy fría y un café caliente sería muy bien venido. El campamento parecía bien organizado, la provisión de comida bastante buena y vi muchas conservas rusas, que nos daban una sensación de solidaridad. Además de todos los milicianos, había seis mujeres jóvenes que trabajaban en la cocina, en la enfermería o en la intendencia, que también tenía función de oficina, donde se juntaban los “jefes” para tratar de los asuntos generales. No se usaba la palabra “oficial”, que era considerada demasiado burguesa para los antimilitaristas anarquistas, y se prefería decir jefe o comandante. Nos organizamos muy pronto y Juan resultó ser un buen jefe de pelotón. En general fuimos muy bien recibidos por los otros milicianos, casi todos anarquistas y la mayoría catalanes como Juan, ya que Cataluña era la cuna del anarquismo. La tierra era roja, muy dura y árida, “como roca”, dijo Pierre Carpentier, que como obrero de la construcción estaba acostumbrado a cavar fosas en su oficio.

La peor experiencia que tuve fue mi primera noche de guardia en la trinchera avanzada, aunque más peligrosos aún eran los puestos avanzados individuales a unos 60 o 100 metros por delante de nosotros. Era una experiencia terrible estar de noche en la trinchera con un fusil y 100 balas, esperando a cada rato ver aparecer al enemigo que se encontraba en alguna parte adelante, mientras los otros seis camaradas también asignados al puesto de guardia dormían en la casamata de al lado, esperando la hora para tomar su turno.

Conmigo estaba Claude Verger, ya que ponían dos centinelas como guardias avanzadas durante las dos horas de vigilancia. Cuando vino el tiempo de reemplazarnos, llegaron Antoine Guillaume, siempre seguro de sí mismo por haber servido tres años en el ejército colonial francés, y Paul Garde, que acudió temblando mientras arrastraba su fusil. Creo que no pude dormir aquella noche en la casamata, de donde cada dos horas salía otra pareja de nuestro grupo para cambiar de guardia; además hacía mucho frío y nos congelábamos. Las noches en la tienda tampoco eran placenteras, ya que el frío y el viento le quitaban a uno toda gana de desvestirse completamente, porque las mantas que habíamos recibido no podían protegernos y nos helábamos en nuestros lechos.

Cuando uno no estaba de servicio, en la cocina o de guardia, la vida era muy monótona y siempre se formaban grupos para hablar de asuntos varios. Como era de esperar, ahora todos hacían comentarios sobre las nuevas disposiciones del gobierno con referencia a los voluntarios extranjeros que llegaban a España y que se iban a incorporar a las que se decidió llamar Brigadas Internacionales. El cambio vino paulatinamente y por un tiempo se mantuvieron nombres como Centuria Thaelman o Centuria Comuna de París y aún se llamaba “columna” a lo que más adelante sería llamado “brigada”. Los extranjeros que se incorporaban ahora hacían una declaración, que se terminaba así: “Me encuentro aquí porque soy un voluntario y donaría, si es necesario, hasta la última gota de mi sangre para salvar la libertad de España y la libertad del mundo entero”. Supe mucho más tarde toda la historia de dichas formaciones y me enteré también de que Albacete había sido elegido como el centro de adiestramiento

de los grupos extranjeros. La primera unidad formada fue la XI Brigada Internacional, constituida por el batallón alemán Edgar André, el batallón francés Comuna de París y del batallón polaco Dombrowski, al cual más adelante se juntaron muchos rusos, cuyo comandante fue el general Kleber, y el comisario Hans Bleimler. En noviembre fue formada la XII Brigada Internacional con los batallones Garibaldi, Franco-belga y Thaelman, al cual agregaron una batería de 77 y un pelotón de caballería, cuyo comandante fue el general Luckas y el comisario el italiano Gallo. De diciembre de 1936 a enero de 1937 fueron puestas en pie de guerra tres brigadas más. En primer lugar, la XIII, con los batallones Tchapaev, Miskiewicz y Henri Vuilleman, cuyo comandante fue el general Gómez. A continuación, la XIV Brigada, que comprendía el 9º batallón, el 10º -después llamado Domingo Germinal-, el 12º, franco-inglés, y el 13º, Henri Barbusse, cuyo comandante fue el general Walter y cuyo jefe del Estado Mayor fue Morandi. La última en formarse fue la XV Brigada, formada por los batallones Lincoln, Dimitrov, un batallón franco-belga, un batallón inglés y un batallón español, que tenían como comandante al teniente coronel Copie y como comisario a Barthel-Chaintron. Muchos otros grupos étnicos estaban desparramados o agrupados en diferentes batallones, ya que había voluntarios de 52 países en España. Nosotros nos encontrábamos en un sector muy tranquilo, frente a Belchite y Azaila, pero nos enterábamos con avidez de lo que ocurría en otros frentes, donde los fascistas arremetían con la ayuda de fuerzas traídas de Alemania e Italia. Allí recibimos con disgusto las noticias de la crueldad con que Franco había tratado a los prisioneros en Extremadura y también nos preocupó también que Madrid estaba en peligro de caer en cualquier momento y que se enviaban a muchas

unidades extranjeras de Albacete, a la capital, para parar la arremetida de las fuerzas franquistas.

26. SIEMPRE EN EL MISMO FRENTE

Tratando de romper la monotonía de nuestra vida rutinaria, empecé a anotar en una libreta lo que me parecía digno de ser registrado como: “Siempre en el mismo frente, en el de Aragón, 3 de septiembre de 1936. Estoy de guardia en la trinchera. Lo odio, sobre todo cuando llega la noche. Esta mañana encontramos al pequeño parisino Manchau muerto en su puesto avanzado. Sin duda se habría quedado dormido. Le quitaron todo lo que tenía en sus bolsillos y por supuesto el fusil con las balas, debía de ser un trabajo de moros”. “Siempre en el mismo frente, en el de Aragón. 10 de septiembre de 1936. Anoche regresamos de nuestro ataque a la ciudad de Azaila. Era mi bautismo de fuego. El enemigo puso poca resistencia a nuestro avance, pero dejamos el pueblo por la tarde por falta de municiones. Me quedaban unas 15 balas de las 100 que tenía y tuve miedo. Juan fue muy valiente y esto nos dio mucha confianza en nosotros mismos, aunque tuvimos que retirarnos a nuestras líneas después de perder a André Carbusier, a otro parisino cuyo nombre no recuerdo y al bretón André Lebon. Pudimos llevar con nosotros a los tres heridos que eran: Maurice Maison, el gordo, Bouboule y nuestro Juan”.

“Siempre en el frente, 15 de setiembre de 1936. Hace realmente frío ahora, me imagino cómo será en pleno invierno en estas montañas de Aragón. Juan nos decía: “no sé si podremos tomar Zaragoza, Napoleón no pudo hacerlo y no sé si nosotros podremos”. Yo no fumo y cada vez que nos dan cigarrillos, que es una vez por semana, no los cojo y esto crea problemas a Juan que sigue diciéndome: “coge tu ración y haz lo que quieras con ella, pero no me dejes el problema de tener que repartirla entre los demás”. Empezamos a recibir encomiendas de Francia, con hermosas cartas de mujeres en las que ponen su boca al final de la hoja, dejando una marca muy sensual de los labios. Aún no sé si maté a algún enemigo, ya que, por más que tiré sobre varios de ellos, he visto a otros que también lo hacían y aunque vi a algunos caer, no sé quién los alcanzó. “Siempre en el mismo frente, 3 de noviembre de 1936. Creo que me estoy acostumbrando a ser combatiente, he participado en varias escaramuzas y también tengo la seguridad de haber matado a mi primer hombre. Era una vez más en los alrededores de Azaila, cuando un moro, pensando que no lo veía, se preparaba a despacharme apuntándome desde una ventana de una casa medio derrumbada. Yo hacía como que no le veía y, bruscamente, levanté el fusil y cuando lo tenía en la mira, antes de que él tuviera tiempo de afinar la puntería, apreté el gatillo, entonces, vi algo borroso en el turbante blanco que envolvía su cabeza y luego lo vi derrumbarse como una bolsa vacía. Tengo buena puntería ya que, desde la edad de 12 años, cuando vivíamos en Neuilly sur Seine, en los suburbios de París, iba a practicar el tiro al blanco en una galería de la municipalidad. El gobierno francés quería atraer a los jovencitos, para que así les gustase el ejército y más tarde se enrolaran. Nos prestaban una carabina y nos

daban cartuchos para el tiro al blanco. Se registraba el tanto del resultado de nuestra puntería cada jueves por la mañana, cuando íbamos a jugar a los soldaditos. El jueves no hay clases en Francia. Cada año se hacía una competición y al que llegaba a tener la puntuación más alta, se le regalaba una carabina de premio. Nunca gané una carabina, pero sabía que era un buen tirador y así me lo confirmó el instructor, un sargento retirado encargado del lugar”.

Luego me cansé de escribir mis impresiones y abandoné mi libreta en alguna parte. Pensé muchas veces en este moro de tez grisácea y ojos somnolientos (tal vez mi imaginación creó parte de lo que creí ver después de tirar) que tranquilamente se preparaba a despacharme a unos 30 metros de distancia para ganarse un lugar en el paraíso de Alá. Estábamos esperando refuerzos en cualquier momento. Nos preparábamos para un ataque frontal importante y nos dijeron que las municiones y la artillería ya habían llegado. Los nuevos voluntarios que debían venir se estaban preparando en los campos de adiestramiento, para tener cierta experiencia y no vinieran novatos, como nosotros y sin ningún conocimiento de la vida militar. Había nevado, hacía frío. Todos fumaban pero yo no y, como siempre, dejaba que Juan repartiera los cigarrillos o se los regalaba a cualquiera. Juan seguía cojeando un poco como consecuencia de su herida, pero se sentía bien.

Un camión venía todos los días con provisiones de comida, municiones y además nos traía los diarios y sobre todo encomiendas y cartas. Acabábamos de recibir encomiendas de París y todos leían las cartas de amor que les enviaban nuestras “admiradoras”. Todos les escribían, pero yo era muy tímido y

no me atrevía, no sabía qué decirles. Todavía no me había acostado con una chica “decente”, por esto quería decir una mujer por la que no tenía que pagar. Después de mi pubertad, cuando vino el momento de masturbarme a los 13 años, las mujeres me fascinaban, pero les tenía miedo. Fue al cumplir los 15 años cuando me fui con una vieja prostituta que me abordó en la calle, no muy lejos de donde vivía en el Barrio Latino. Me daba vergüenza pero al mismo tiempo mi impulso sexual era inaguantable. La vieja matrona me decía: “empújalo chiquito, empújalo” y yo, todo vergonzoso, le respondía: “Oui, madame”.

Las noches se hacían más largas y nuestras tareas o las guardias no nos consumían demasiado tiempo, así que teníamos la posibilidad de recibir más información a través de Juan, que nos leía los diarios que recibíamos aunque estaban escritos en español. Así nos enterábamos de la lucha del proletariado español contra la explotación. Ahora que lo conocíamos más, empezábamos también a admirar a nuestro jefe Juan. Siempre había sido un anarquista catalán. Participó en el asesinato de un gobernador durante el tiempo de la monarquía y tuvo que refugiarse en Francia para escapar a la sentencia de muerte que pesaba sobre su cabeza. Nos sobraba tiempo en los largos días de inactividad en el frente. Juan estaba al tanto de todo lo que ocurría ya que leía cuantos diarios podía encontrar, además, no se perdía una velada para ir a escuchar las noticias de la radio que estaba en la oficina de los jefes, luego volvía con nosotros a contarnos las novedades. Él era nuestra única fuente de información y así supimos que Durruti, al darse cuenta de que Madrid estaba en peligro, llevó a la capital toda su Columna para defenderla. Hizo esto

contraviniendo las órdenes del Consejo de Defensa de Cataluña que le había prohibido abandonar Aragón. El 13 de noviembre, Durruti con sus 3.000 milicianos entraron en Madrid con una calurosa aclamación del pueblo y, después de desfilas por las calles, se dirigieron al frente para repeler a los fascistas. En su grupo estaban también otros anarquistas muy conocidos: Manzano, el jefe del Estado Mayor y el consejero ruso Xanti.

El 20 de noviembre se produjo un alboroto general. Nos enteramos de que nuestro líder amado, Buenaventura Durruti, herido durante un combate, moría en el Hotel Ritz de Madrid, transformado en hospital. El día anterior, el aragonés Durruti había recibido una bala perdida y hasta ahora no se sabe qué pasó en realidad, si murió peleando o fue cobardemente asesinado por alguien que estaba detrás de él. Me enteré de todo esto mucho más adelante, cuando vine a festejar el 66 aniversario de la Segunda República española, el 14 de abril de 1997 a Villafranca de los Barros en Extremadura, con la entonces presidenta Teresa Rejas y unos 300 camaradas del pueblo. No me olvidaré nunca de la camarada Rejas, una de las mujeres con más agallas que he conocido 60 años más tarde.

Desde que habíamos llegado al frente, de vez en cuando veíamos algún que otro avión y los españoles nos decían siempre: “son nuestros”, aunque nosotros teníamos nuestras dudas. Esto se confirmó cuando una tarde varias bombas fueron arrojadas sobre nuestro campamento desde aviones que volaban a gran altura. No tuvimos que lamentar ninguna pérdida, aunque hubo tres heridos leves, pero perdimos víveres y varias carpas nuestras fueron hechas añicos. Es entonces que nos sorprendimos al enterarnos de que no

teníamos ametralladoras antiaéreas y que para estos casos utilizábamos las livianas Hotchkiss, que no tenían un alcance muy grande. Mientras, los aviones seguían dejando caer sus cargas mortíferas desde gran altura completamente inmunes. Poco a poco estos ataques se intensificaron, hasta que un día vino en formación cerrada una escuadra de unos quince Stukas alemanes. Sabíamos que la escuadrilla Cóndor ya estaba operando en España, pero fue la primera vez que fuimos bombardeados por ella, volviéndonos sus víctimas directas. Unos días más tarde, por la mañana temprano, apareció en el cielo una escuadrilla mucho más grande y esta vez fue casi un desastre, ya que cerca de la mitad de nuestras tiendas fueron destruidas, incluso nuestra cocina. Después de la incursión contamos quince muertos y cuarenta y dos heridos, de los cuales algunos malheridos fueron enviados a Caspe, donde funcionaba un hospital de emergencia. Para los casos urgentes de heridas graves se los enviaba al hospital de Barcelona. Como no teníamos transporte, tuvimos que esperar medio día antes de que llegase el camión de Caspe para llevar a los heridos y, aprovechando dicho viaje, nos trajeron también muchas municiones. Nuestro pelotón sufrió dos heridos: Paul Garde, el joven parisino y Claude Verger, el anarquista intelectual que hablaba poco. Por suerte, no fue necesario evacuarlos y, una vez que nuestras enfermeras los vendaron, pudieron quedar bajo nuestro cuidado en el campamento.

Esperábamos en cualquier momento un ataque frontal de la infantería franquista que estaba del otro lado de las trincheras, pero por suerte nuestras predicciones no se confirmaron. De Caspe recibimos más material de guerra: dos ametralladoras antiaéreas del calibre 37 y gran cantidad de municiones. A los

pocos días nos llegó un contingente de refuerzos compuesto por voluntarios del sur de Francia, que aunque en su mayoría eran anarquistas, había también entre ellos muchos comunistas y casi todos estos habían pasado por el servicio militar y estaban organizados militarmente.

A finales de diciembre de 1936, la presión fascista sobre Madrid era tan fuerte que el general Miaja, jefe del Estado Mayor republicano, decidió divertir a las fuerzas enemigas abriendo otro frente en Aragón, que hasta ahora estaba relativamente tranquilo. Ya luchaban defendiendo la capital las XI y XII Brigadas Internacionales de los batallones Comuna de París, Thaelman, Edgar André y Dombrowski, compuesto este mayormente por polacos que, valientemente, atacaban los tanques fascistas con granadas de mano por falta de artillería. La XIII Brigada Internacional, que fue formada en Albacete en quince días, estaba en Valencia el 19 de diciembre y se dirigía hacia el frente de Teruel, fuertemente protegido por las fuerzas franquistas. Iban a atacar la línea enemiga de Teruel-Alfambra, mientras que las fuerzas de FAI-CNT fueron enviadas en la dirección del frente Belchite y Quinto. El ataque empezó el 27 de diciembre en la madrugada, con un fuego nutrido de la artillería que fue traída de Caspe y también por los siete aviones soviéticos que bombardearon las líneas enemigas. Como era de esperar, nos lanzamos luego al ataque, ya que anteriormente habíamos recibido gran cantidad de municiones y seis granadas de mano cada uno. Tuvimos poca resistencia al atacar Azaila, que ya habíamos invadido varias veces y, después de “limpiar” la ciudad de francotiradores, seguimos avanzando hacia Montalbán para reforzar el frente de Teruel. Tanto el comandante Navarro como el capitán Ortiz (ambos militares de

carrera), se comportaron con mucho valor y decisión, lo que nos dio el coraje que necesitábamos todos los milicianos, sobre todo los nuevos voluntarios franceses que combatían por primera vez. Como se trataba de un ataque por sorpresa, no tuvimos mucha resistencia por parte del enemigo. Al principio las bajas no fueron muchas, pero después, cuando empezamos a ir de casa en casa, en medio del ruido y la polvareda que siempre reina en un combate callejero, tuvimos que librar una verdadera batalla en cada edificio donde estaban atrincherados los moros, que no esperaban cuartel de nosotros. A decir verdad, pocos prisioneros fueron tomados aquel día.

La batalla ardua siguió hasta el 2 de enero de 1937, cuando ya estábamos muertos de cansancio y agotados y esperábamos las municiones que se nos habían agotado. Lo único que queríamos era un poco de reposo y esperábamos, como nos habían prometido, a que llegara muy pronto la reserva para el relevo. Ya teníamos a la vista Montalbán. Juan dispuso a sus hombres para la guardia, era de noche y los que no tenían ninguna tarea especial que cumplir se echaban al suelo para dormirse de inmediato como troncos. En la madrugada del 3 de enero, vino Juan sin gorra y sin chaqueta empuñando el fusil y gritándonos que nos reagrupáramos de inmediato para repeler un contraataque que el adversario había lanzado contra nuestras posiciones. No me olvidaré de este 3 de enero, ni tampoco podrá olvidarlo ninguno de los que estuvieron aquel día en dicho frente, cuando los fascistas nos embistieron con todos los elementos a su disposición: artillería, aviación y tanques, según algunos, aunque no vi nada, pero el fuego escupía sin cesar con un ruido ensordecedor en todo el frente

de Teruel a Belchite. Nuestras posiciones se volvieron insostenibles y empezamos a retroceder. Algunos ya corrían y vi al capitán Ortiz gritar algo a un miliciano español que se retiraba. Él se paro en frente de todos nosotros y nos dijo que si no disparábamos, los fascistas iban a matarnos a todos uno por uno por la espalda. Él gritaba con Juan: “¡Disciplina, disciplina!”. Supimos al día siguiente que la XIII Brigada Internacional, cuando se estaba enfrentando a las fuerzas fascistas ya cerca de la ciudad de Teruel, había corrido la misma suerte que nosotros y tuvo que replegarse, ya que la mitad de sus efectivos estaban diezmados. Perdimos una infinidad de gente en aquellos días en el sector del Aragón, pero la ciudad de Madrid fue salvada, y Franco tuvo que sacar algunas de sus unidades de allá para enviarlas contra nosotros.

No hace falta recalcar que la Pasionaria, con su elocuencia y su lema de “No pasarán”, así como el valor inigualable de las XII y XIII Brigadas Internacionales, y el batallón angloamericano recién formado y sin experiencia, perdidos la mitad de sus efectivos, fueron los elementos principales de lo que fue para nosotros una victoria, ya que Madrid no cayó. Más tarde, en la historia de la guerra civil española, este enfrentamiento quedó inmortalizado con el nombre de Batalla del Jarama, donde Franco, con todas sus fuerzas fascistas, ayuda de hordas alemanas e italianas, fue parado a las puertas de la capital por el pueblo español y por los voluntarios extranjeros, que aún lucharon duro hasta el mes de marzo de 1937. Es cuando me enviaron a dicho frente, pero entonces la acción principal ya se había amainado.

27. HOMBRES EXHAUSTOS. LA SUERTE DE LA REVOLUCIÓN

Fuimos llevados en camiones a las posiciones que habíamos dejado tres semanas antes, completamente agotados, hambrientos, harapientos y sin municiones. El enemigo habría podido tomarnos prisioneros o empujarnos aún más allá de Caspe, pero el comandante Navarro era un buen estratega y dejó una pequeña fuerza de reserva en nuestras líneas de fuego que pudo rechazar al enemigo cuando nos atacó a nuestra llegada.

Después de nuestro combate en el frente de Teruel nos persiguieron, además de los moros, unidades de la Legión Extranjera, y por primera vez vimos a soldados italianos, que Mussolini había enviado a Franco para ayudarlo en su rebelión. Al principio, estos soldados fueron reclutados en Italia entre los voluntarios que se presentaban para ir a luchar contra el comunismo, pero las autoridades italianas no podían adivinar entonces que una gran parte de ellos eran antifascistas que buscaban un medio para ir a España. A la primera oportunidad que se les presentaba ellos desertaban y pasaban a integrar el batallón Garibaldi de la XII Brigada Internacional. Después de esta experiencia humillante los italianos enviaban a España únicamente miembros del partido fascista de las “camisas

negras”, que fueron incorporados al Tercio de la Legión Extranjera. A principios de 1937 llegaron bastantes italianos como para crear dos brigadas mixtas, que se llamaban banderas, de Flechas Azules y Flechas Negras. Sin embargo, a pesar de tener equipos y armas muy modernas, los soldados italianos de Mussolini nunca se destacaron por su coraje. Estábamos bastante maltrechos y, a pesar de haber rechazado el contrataque, nos parecía que era necesario analizar con claridad nuestra situación. El capitán Ortiz había recibido una bala en el estómago y fue evacuado con otros heridos que fueron transportados en camiones, ya que había gran escasez de ambulancias. Tuvimos que lamentar la pérdida de varios camaradas de nuestro pelotón, como el melancólico judío polaco Jacques Bernstein, Pepe Girard, el viejo bonachón, cuya única preocupación era tener su cantimplora bien llena de vino, y Claude Verger, a quien siempre admiré por la fuerte convicción que tenía en su ideal, diciendo sin cesar que estaba listo para morir en cualquier momento por él, aunque no creo que pensara que eso le llegaría tan pronto... Tanto Alfred Rappoport como Pierre Carpentier fueron heridos y evacuados con los demás hacia Caspe. No sabíamos qué es lo que le había pasado a Antoine Guillaume, a quien en realidad nadie quería, y Petr Bolislav, con su sonrisa tan personal, dijo: “Seguro que estará escondido en alguna parte y aparecerá en cualquier momento, cuando haya pasado el peligro”.

Supimos al día siguiente que nuestro batallón tuvo 143 muertos, de los cuales 23 eran franceses, algunos de la Centuria Sebastian Faure. Teníamos 211 heridos, de los cuales 41 eran franceses de diferentes batallones; la mayoría era de los últimos incorporados. Con asombro supimos que nos

faltaban 37 brigadistas, a quienes se consideraba desaparecidos y que podían estar muertos, heridos en alguna parte o hechos prisioneros. En cuanto a Antoine Guillaume supe de él por casualidad un año más tarde, cuando ya estaba de regreso en París. Pasando cerca de un quiosco, uno de tantos del Boul'Mich, me llamó la atención una revista de la derecha, en la cual a toda plana estaba la foto de nuestro vendedor callejero, proxeneta y ex miliciano, con el título en grandes letras: "Así engañan los rojos a inocentes franceses para que luchen por los comunistas españoles, pagados por Moscú". Me enteré más tarde de toda la historia, que me contó un simpatizante de Franco que conocía muy bien la historia de Antoine. Esta persona me fue presentada por mi amigo de infancia, el francista Robert Romanin, que seguía firme en sus ideas por más que servía en el ejército. Su amigo Julien era un periodista de la derecha que con gusto me contó todos los pormenores de lo que le había pasado a nuestro desertor. Eso es exactamente lo que él fue, y tuvo suerte de haber sido tomado prisionero o haberse entregado a una unidad, que se encontraba allí por casualidad, de voluntarios franceses del batallón que llamaban de Juana de Arco, cuya divisa era: "Por Dios y contra los ateos comunistas". Julien dijo que Antoine tuvo suerte, ya que, al no hablar español y no poder comunicarse con el enemigo, habría sido muerto de inmediato si lo hubieran tomado prisionero los moros, que no tenían muchos miramientos con la vida humana, sobre todo de los que no eran musulmanes. Como era de suponer, para salvar su pellejo, Antoine se alistó en el que la derecha consideraba el glorioso batallón de Juana de Arco, que nunca pasó de 200 voluntarios de Francia, y estaba listo para luchar contra sus compañeros de ayer. Por ciertas razones, o quizá intuición,

desde que lo conocí en Perpiñán ya desconfiaba de él y estaba preparado para verle hacer cualquier cosa para satisfacer su egoísmo y aún más para salvar el pellejo. Así que no me extrañó cuando también me dijo Julien que Antoine aprovechó la primera oportunidad para cruzar la frontera y refugiarse en Francia. Una vez de regreso en París, no perdió la ocasión de ganar dinero fácil publicando el artículo que me indignó tanto. Supe después por mera casualidad que él se hizo voluntario para ir a luchar en España porque era la mejor oportunidad que se le presentaba para escapar de la policía, que lo buscaba por cierto delito que había cometido. No era solamente un traidor, sino también un cobarde y me dio asco, hasta tal punto que me vino una gana loca de buscarlo para, como se dice, romperle el alma, pero al final decidí dejarlo vivir para que la vida misma se encargara de castigar su existencia repugnante.

De regreso de España mis reacciones y mis impulsos se volvieron violentos, y sabía por experiencia que, una vez desatado, ya no podía controlarme y podía llegar a unos extremos imprevistos que luego podría lamentar. Soy ateo, pero creo en algo que llamo la Armonía Universal y también en lo que se llama Eterno Retorno, lo que significa que el mundo gira sin comienzo ni fin y será siempre así hasta el infinito, pero cada uno de nosotros, humanos que tenemos la suerte de ser humanos -ya que, como lo demostró Darwin, podríamos haber nacido pez o árbol-, debemos vivir, por consiguiente, de acuerdo a ciertas lógicas innatas que nos dicta nuestra inteligencia y el instinto de supervivencia de la especie. Pero aquello pasó un año más tarde y aún en España se seguía luchando por la República española, contra el fascismo, y yo era parte de esta guerra.

Nuestro frente dejó de estar inactivo y las actividades, las acciones, se intensificaron. Las reservas estaban llegando, con muchos franceses, belgas y algunos suizos, además de judíos polacos que vivían en Francia y consideraban que España era el lugar indicado para luchar contra el fascismo. Era pleno invierno, hacía frío, y nos enteramos con suspicacia de que, el 23 de enero, Alemania e Italia se adhirieron al Comité de No-intervención, aunque resultó ser una gran farsa, ya que ellos seguían enviando material y tropas a Franco, mientras Inglaterra y Francia prohibieron el envío de voluntarios a la República española. Ya habían llegado más de cien mil soldados del Eje para ayudar a los rebeldes. Los fascistas también tenían sus discrepancias, ya que los alemanes, envidiosos de la intensidad del control económico que Italia adquiriría en España, exigieron de Franco una garantía del 60% de la producción de las minas de Río Tinto (de las más importantes del mundo), a un precio muy ventajoso para ellos. Ya unos días antes, el diario de negocios alemán *Wirtschaftsdienst* se lamentaba de que los centros de la industria pesada de España, como el hierro de Bilbao y el carbón de Asturias, se encontraran aún en manos de los republicanos, y sugerían una arremetida contra Almadén para conseguir su mercurio. Hitler, Mussolini y Franco, a pesar de sus divergencias, se comportaban como ladrones de feria.

En cuanto a mí, ya en el mes de febrero, recibí desde París noticias de René, que insinuó que mis padres ya sabían dónde estaba yo, gracias, o quizá por desgracia, a su indiscreción. Por supuesto comentamos mucho y con indignación los trágicos disturbios que tuvieron lugar en Barcelona, entre POUM y FAI, de un lado, y los comunistas, del otro, durante los cuales se

tuvieron que lamentar muchos muertos y heridos de ambos lados. El POUM fue completamente liquidado y George Orwell, herido, regresó a Inglaterra, donde escribió su famosa novela 1984 y otros escritos en los cuales insinuaba que los comunistas estaban dominando las Brigadas Internacionales. Los anarquistas se mantuvieron firmes, sobre todo en Cataluña, aunque se les hacía sentir el enojo de la Komintern, al reducirles el suministro de comestibles y sobre todo de armas y municiones, que venían en su mayoría de Rusia. Nuestras Brigadas Internacionales eran más y más respetadas por las fuerzas fascistas, ya que más de una vez los hicimos frente con éxito. En Barcelona se seguían formando unidades de combate con los voluntarios extranjeros que llegaban al cuartel Bakunin, pero se sufría mucha presión por parte de los comunistas, que por todos los medios trataban desviarlos y dirigirlos hacia Albacete, donde tenían su centro de adiestramiento.

Se estableció en nuestro grupo una amistad muy fuerte, y personalmente quedé muy atado a Juan, que seguía inculcándonos las ideas del anarquismo. Fue así que, cuando hicieron falta dos voluntarios para ir a Barcelona para traer a los nuevos reclutas, él pidió que yo también fuera enviado allá. Yo estaba muy cansado del frío, de la suciedad y, sobre todo, del constante estado de alerta en el cual vivíamos últimamente, así que salté de alegría al enterarme de la buena nueva, tanto más cuanto supe que conmigo venía mi amigo inseparable Alfred Rappoport, que había regresado del hospital donde lo habían curado de una herida leve de bala, que había rozado su hombro sin ocasionar daños mayores. Todas las mañanas llegaba el camión que traía comida, municiones y

nuestro correo. Luego regresaba a Caspe con nuestras cartas y a veces con los heridos cuando los teníamos, y esta vez iba a ir con nosotros dos a Barcelona, para que pudiéramos cumplir nuestra misión de traer a los nuevos voluntarios del cuartel Bakunin hasta nuestras líneas avanzadas. Así que, tan pronto como el camión quedó descargado, trepamos adentro Alfred y yo, además de un miliciano español que había sido herido la víspera por un francotirador oculto y al acecho, de los que abundaban tanto en este frente aragonés. Los dos chóferes eran hermanos y, una vez sentados delante, se sentían felices de alejarse del frente cuanto antes, mientras nosotros tres viajamos sentados en el suelo de la plataforma de atrás. Muy pronto nos dimos cuenta de que era más cómodo viajar acostados, ya que había muchas curvas en el camino, sobre todo pasando Caspe hacia Barcelona, y el camión se proyectaba de un lado a otro, mientras que nosotros rodábamos como bolsas de patatas.

Llegamos a Barcelona de noche en este día de finales de febrero de 1937 y los chóferes, que eran del lugar y tenían a toda su familia ahí, nos ofrecieron pernoctar en su casa en vez de ir al cuartel, lo que aceptamos gustosos, tanto más cuanto ya era muy tarde y estábamos cansados. Ni me acordaba de cuándo había tomado una ducha por última vez y, ciertamente, Alfred y yo nos regocijamos por poder por fin lavarnos bien todo el cuerpo con agua caliente. El compañero herido había sido llevado al hospital la misma noche de nuestra llegada. Al día siguiente decidimos no ir al cuartel Bakunin enseguida y preferimos más bien explorar un poco más Barcelona, ya que nos sobraba tiempo para cumplir con nuestra misión. Los dos hermanos chóferes estaban contentos de poder pasar un día

más con su familia y nos ofrecieron que Miguel, su hermano menor, de quince años, nos sirviera de guía, cosa que aceptamos gustosos. Había mucha gente deambulando por las calles, civiles, soldados, brigadistas, y el tráfico era muy intenso. De repente, Alfred me dijo que por qué no íbamos a cobrar nuestro sueldo, que hasta la fecha no lo habíamos hecho. El carné de miliciano lo llevábamos siempre con nosotros como la libreta de pago y nos enteramos a través de nuestro joven guía Miguel adonde teníamos que ir para recibir nuestro dinero. Cuando llegamos al Banco Central, había una larga cola de militares y, después de esperar más de una hora en la cola, llegamos por fin a la caja y nos dieron a cada uno 1.270 pesetas. Nos dimos cuenta de que era mucho dinero, ya que recibíamos 10 pesetas por día, mientras que los soldados de la República ganaban menos. Recibimos halagados las palmadas y las palabras de elogio que nos expresaban nuestros camaradas de armas españoles que también estaban en la fila esperando su sueldo, aplaudiéndonos por ser voluntarios de la libertad extranjeros venidos de lejos para pelear por España.

Decidimos hacer algunas compras y cada uno de nosotros adquirió una chaqueta de cuero y unos pañuelos rojinegros más grandes y más llamativos que los que llevábamos alrededor del cuello, como todos los voluntarios anarquistas. Fuimos a comer los tres y además le regalamos 10 pesetas a Miguel, que quedó encantado hasta el punto de ofrecerse para llevarnos al famoso Barrio Chino, donde ya estuvimos una vez cuando llegamos a Barcelona. Cuando llegamos allí, le dijimos a Miguel que podía dejarnos, que íbamos a encontrar el modo de orientarnos para llegar al cuartel Bakunin. Este lugar seguía siendo el mismo, con su tumulto, olas humanas y griterío. A

pesar de las bravatas de Alfred, que quería pasarse por hombre de mucha experiencia con mujeres, yo tenía la sospecha de que él era como yo y que nunca se había acostado con una chica “decente”, es decir, una que lo hace por amor. Ahora teníamos dinero y las calles estaban llenas de prostitutas, pero ninguno de nosotros dos se sentía cómodo y seguimos pasando sin mirarlas. De repente, casi chocamos con un hombre más bien bajo, de grandes hombros, que tenía el uniforme de brigadista con una estrella de cinco puntas en su gorra. Ambos nos echamos a reír y le presenté a Admiral a Alfred: aún no podían creer mis ojos verlo en el Barrio Chino, aunque recordaba que la última vez que lo había visto en París él se dirigía a España. Los tres, aún riendo y muy contentos de vernos, fuimos a un bar para tomar el tradicional café con una copa de anís, sin siquiera mirar a las mujeres que nos rodeaban y nos ofrecían sus servicios. Además Admiral, que era más viejo que nosotros, no se dejaba intimidar por las bellas nocturnas. Él se sorprendió al encontrarme en España y, sobre todo, en una columna anarquista, ya que él sabía que yo era marxista y más bien se hubiera inclinado a pensar que estaría con los comunistas. Me extrañé también de verlo en una brigada comunista, porque me acordaba de que su intención era luchar en una unidad trotskista.

Admiral me explicó que él estaba en Barcelona en la Compañía Telefónica durante el famoso tiroteo entre los trotskistas y los de la FAI contra los soldados regulares, que estaban bajo la dirección de los comunistas. Muy serio, como contra su voluntad, Admiral agregó: “Comprendí que lo más importante era ganar la guerra, mientras que en el POUM había muchas disensiones. Además, quedé muy decepcionado

cuando me enteré de que Trotski había sido invitado a venir a España por sus partidarios, pero él se negó a venir. Fue entonces cuando me decidí a juntarme a las Brigadas y estoy ahora con la XIV, en el batallón Henri Barbusse, donde se encuentran también otros compañeros del Barrio Latino como Garrigou, Jacquelin y Galland. Nuestro jefe es el polaco general Walter, un revolucionario nato y muy eficaz, el comisario es Morandi". Luego agregó con cierto orgullo: "Ya soy sargento, o sea, jefe de pelotón, y he venido a Barcelona en una misión. Toda nuestra XIV Brigada se está dirigiendo a Madrid, donde se libran grandes batallas para contener la embestida de Franco. Allá están peleando desde hace varios meses las brigadas XI, XII y XIII, muy pronto también se va a juntar, además de nosotros, la XV Brigada de los ingleses, irlandeses y americanos, aunque ya muchos franceses están en ella. Hay que hacer cualquier cosa a nuestro alcance para parar a los fascistas en Madrid, como dijo Pasionaria: "¡No pasarán!". Yo estaba turbado y por primera vez desde que estaba en España me pregunté si debía estar con los anarquistas o más bien juntarme con los comunistas, cuyo ideal era más cercano al mío que el libertario. Estaba desorientado y pensaba que mi deber de revolucionario era ir a donde se desarrollaba la gran batalla. Quizá el anís también empezaba a producir su efecto, ya que de repente dije: "Mira, Admiral, quisiera ir contigo. Creo que es mi deber luchar en Madrid, donde está en juego la victoria nuestra". "Estás loco", gritó Alfred saltando sobre su silla, "ya perteneces a una unidad, la Columna Durruti, y no puedes cambiar. Te van a considerar como un desertor y además no te creo capaz de abandonar a tus camaradas. ¿Acaso no sabes que nosotros también vamos a ir al frente de Madrid?". "No es cierto, mi amiguito", intervino Admiral contestando por mí, "luchamos

por la misma causa y él tiene razón, es en el frente de Madrid donde se va a decidir la suerte de la revolución. Además Michel no está desertando, solamente va a un lugar donde la lucha es más ardua”. Alfred abrió los ojos grandes y, sorprendido, preguntó: “¿Quién es Michel, o te refieres a Georges?”, y ambos se miraron con curiosidad. Tuve que explicar a Alfred que yo había usado un nont de guerre supuesto para engancharme, para despistar a mis padres, ya que siendo menor de edad no me hubieran dejado ir a pelear. Alfred, muy serio ahora, me dijo mirándome directamente a los ojos: “No te olvides de que hemos venido aquí por una misión, venimos a buscar unos cuarenta nuevos voluntarios para llevarlos a nuestras líneas y no pienso que sea buen momento para desertar”. Me quedé impresionado por la palabra “desertar”, que estaba relacionada con algo sucio, miserable, que no era compatible con la opinión que tenía de mí mismo. Además, Admiral también me miraba un poco confuso y pensé que no era honrado abandonar a mi unidad y sonriéndome dije que Alfred tenía razón.

De cualquier modo, nos dejamos nuestras direcciones mutuas, prometiéndonos escribirnos con Admiral, aunque era posible que nos viéramos de nuevo muy pronto en nuestro común destino en el frente de Madrid. Al atardecer tomamos un taxi, que nos llevó al cuartel Bakunin, donde nos presentamos a las autoridades mostrando los papeles que nos dio el comandante Navarro. Pasamos la noche en el cuartel, charlando con los nuevos compañeros venidos de Francia, que tenían el mismo entusiasmo, el mismo anhelo y la curiosidad mezclada con miedo que habíamos tenido unos cinco meses atrás. Al día siguiente muy temprano, después de tomar

nuestro desayuno, los 43 nuevos reclutas y nosotros embarcamos en los dos camiones que ya nos esperaban y nos encaminamos al noroeste, hacia nuestro frente de Aragón. Uno de los dos camiones era el que nos trajo a Barcelona con los dos chóferes hermanos, que nos preguntaron cómo se había comportado el hermanito Miguel.

28. BATALLAS ORGANIZADAS

Apenas habíamos regresado a nuestras posiciones de Aragón supimos que nuestra unidad, la Columna Ortiz, iba a ser enviada al frente de Madrid sobre el río Jarama, donde se hacían todos los esfuerzos posibles para parar la embestida de las fuerzas franquistas. Los fascistas estaban desesperados. Esperaban entrar en Madrid antes de noviembre y ahora empezaba el mes de marzo de 1937 y las fuerzas republicanas se hacían cada vez más eficaces. Puedo agregar que nosotros, los brigadistas, aportamos no sólo nuestro entusiasmo, sino la determinación de luchar hasta el fin que poníamos en evidencia en todos los frentes.

Cuando nuestras unidades de la FAI llegaron al Jarama, me di cuenta de inmediato que las Brigadas Internacionales, bajo la supervisión de André Marty y de los consejeros soviéticos, tenían mucha más disciplina y preparación militar, aunque existía un problema general y era el del idioma. Nosotros, los voluntarios extranjeros, no hablábamos español y muchas veces durante enfrentamientos militares donde habían unidades compuestas de diferentes nacionalidades era necesario dar y traducir las órdenes en francés, italiano, polaco, ruso, alemán o inglés, lo que por desgracia originaba

una enorme pérdida de tiempo, que es un factor tan importante en el campo de batalla. Para remediar este inconveniente, se empezó por crear las brigadas mixtas, de extranjeros y españoles, para traer más cohesión entre las tropas, pero los voluntarios no eran buenos alumnos para aprender lenguas y, aunque se mejoró la situación de esta Torre de Babel, no alcanzó el resultado esperado. Fue mucho más tarde, en abril de 1937, cuando se produjo la reorganización de las unidades por grupos étnicos, lo que tomó bastante tiempo y fue completado solamente en enero de 1938, del modo siguiente:

- La XI Brigada Internacional, compuesta mayormente por voluntarios de lengua alemana.
- La XII Brigada Internacional, de voluntarios de lengua italiana.
- La XIII Brigada Internacional, de idioma eslavo.
- La XIV Brigada Internacional, de idioma francés.
- La XV Brigada Internacional, de idioma inglés.
- La 129 Brigada Internacional, de idiomas de Europa Central.

El internacionalismo que indujo a los voluntarios a venir a luchar por su ideal en España tomó cuerpo en el sentido de crear una armonía en cuanto a respeto nacional, para poder seguir luchando con eficacia por una causa común.

En la memorable batalla de Jarama, donde llegué al final, participaron las unidades siguientes: la XII Brigada Internacional, la XIV Brigada Internacional, la V Brigada española y dos batallones de la 35 División, bajo el mando del general Walter. Bajo el mando del general Gal estaban la XI y la XV Brigadas Internacionales, en un sector que resultó mucho más mortífero y que les dio la oportunidad una vez más de destacarse. Líster estaba al frente de las brigadas españolas y, al final de la batalla, él dijo: “Las Brigadas internacionales escribieron una de las más brillantes páginas de la guerra. La batalla del Jarama fue la confirmación de que la República tenía un ejército regular capaz no solamente de defenderla sino también de pasar a la ofensiva”. De nuestro lado tuvimos 15.000 muertos, mientras que el enemigo perdió más de 29.000 en estas luchas sangrientas que terminaron a principios de marzo. Ahí conocí a los primeros americanos, ya que los ingleses habían estado en España mucho antes y conocí a algunos de ellos, pero sobre todo me hice amigo de varios irlandeses. Volví a ver a mi amigo alemán Eric Saulier, del batallón Thaelman, que también estuvo muy contento de encontrarme de nuevo. Trabé una amistad rápida con el español Emilio Álvarez Canosa, a quien volví a ver sesenta años más tarde en Nueva York, durante una cena anual de los veteranos de la Brigada Internacional Abraham Lincoln. Tuve la suerte de haber conocido a Hemingway, aunque en la época no le di importancia, ya que no podía adivinar que él sería un escritor de renombre internacional.

Hubo muchas pérdidas entre los internacionales. Entre ellos, Grebenareff, del batallón Dimitrov; Emile Schneiberg, de la XV Brigada Internacional, y Fredo Brugeres. Los comisarios

parisinos Le Van, Garrignon y Casanova murieron en su puesto. Del lado fascista, después de una victoria relativamente fácil en Málaga, los italianos creyeron que los republicanos se habían agotado en la campaña del Jarama y decidieron emprender una ofensiva en el frente de Guadalajara, bajo el mando del general Manzini el 6 y 7 de marzo, con 50.000 hombres, 222 cañones, 140 tanques y blindados y 4.500 camiones, es decir, 4 divisiones apoyadas por 60 aviones. La Legión Cóndor alemana tenía por misión romper la resistencia de los republicanos con intensos bombardeos de sus posiciones. Sobre el papel los fascistas italianos tenían una superioridad incontestable: eran ocho brigadas contra las XI y XII Brigadas Internacionales bajo el mando de Líster. No se tenía en cuenta, sin embargo, que la moral de los italianos era muy baja, ya que muchos de los soldados vinieron porque estaban desocupados y no tenían muchas ganas de pelear, a pesar de la consigna dada de que “nadie debía regresar a Italia vivo, sin conseguir la victoria”.

Después de los duros combates del comienzo, los italianos aflojaron bajo la presión de los brigadistas, quedaron completamente derrotados y empezaron a huir, abandonando mucho material de guerra y gran cantidad de ellos cayeron prisioneros. Una vez más, la brigada italiana Garibaldi hizo una gran prueba de valor y desempeñó un papel importante en esa acción. El 20 de marzo la aviación republicana destruyó más de 500 camiones, dispersando a toda una división italiana. Ya desde el 18 de noviembre de 1936 Alemania, Italia y Portugal reconocieron oficialmente a Franco como el gobierno legal de España. A partir de aquel momento fue enviado a Salamanca el general Faupel como embajador de Alemania y comandante en jefe de las fuerzas alemanas de intervención en España. El

Vaticano reconoció al gobierno de Franco unos meses más tarde, el 3 de agosto de 1937. El 14 de abril, el embajador alemán, general Faupel, envió a Hitler las noticias de que el ministro francés Laval había hecho ofertas a Franco para una colaboración junta, bajo un pacto “anticomunista”, después de la derrota de la República española. Después ocurrió lo mismo con el gobierno de Blum como consecuencia de la conspiración de Laval, Doriot, De la Rocque y compañía, cuando ya se pensaba crear un gobierno con el mariscal Petain a la cabeza. El 16 de abril de 1937 se supo que se estaban produciendo negociaciones entre el trust alemán de I. G. Farben Industrias y compañías inglesas, para explotar conjuntamente, con beneficios divididos, las minas españolas de Río Tinto, de las cuales los alemanes ya controlaban el 60%. Durante los días 27 y 28 de abril, la aviación alemana realizó la matanza más insensata e inhumana de toda la guerra, destruyendo las ciudades de Guernica y Durango. A lo cual la aviación republicana respondió con una proeza militar al hundir el acorazado fascista España en Santiago. En todas partes de España el heroísmo del pueblo respondió a la crueldad inigualada del fascismo.

Con mucha pena y desilusión, me enteré de que en mayo un grupo izquierdista de lo que quedaba del POUM y elementos anarquistas quisieron hacer estallar una revuelta en Barcelona. Me resultaba difícil creerlo, ya que conocía a mis compañeros de la Columna Durruti y no pensaba que ellos fueran capaces de hacerlo. Sería más bien una propaganda estalinista para disminuir o destruir la influencia anarquista, después de haber liquidado a los poumistas. De cualquier modo, aunque nunca simpatice con los trotskistas que fueron desarticulados, los

anarquistas siguieron batiéndose con valor en la 25 División hasta el final de la guerra civil. El 29 de mayo, el crucero alemán Deutschland provocó a los republicanos en Ibiza, que en revancha lo bombardearon, y aquellos como represalia enviaron sus escuadras para largar bombas sobre Almería, ciudad que no tenía ningún significado militar. Todo esto había sido planeado de antemano y sirvió a Alemania e Italia para abandonar el Comité de No-intervención.

Para aliviar la tensión puesta por las fuerzas del Eje sobre Bilbao, el mando republicano inició dos operaciones de diversión llevando la XIV Brigada al noroeste de Madrid en dirección a Valsaín y trasladando la XII desde el frente de Madrid al sector de Huesca, en Aragón, donde al poco se inició un movimiento militar.

A principios de junio de 1937 la XI Brigada Internacional alcanzó un momento de gloria en los altos de Picarón, al destruir una fuerza de más de cuatrocientos fascistas. La orden del día era “atacar en otras partes para salvar Bilbao”, pero la superioridad aérea de los Junkers creaba un verdadero terror con sus bombardeos nocturnos y mortíferos. Fue entonces cuando, aprovechando una tranquilidad demasiado prolongada de nuestras unidades anarquistas y estando nuevamente cerca de la XIV Brigada Internacional, seguí el consejo de Admiral, que apareció en Aragón ya con el grado de capitán, y me junté a la XIV Brigada Internacional, abandonando la Columna Durruti. Me costó mucho tomar esa decisión, pero no podía negar que las Brigadas Internacionales estaban mejor organizadas, mejor armadas y posiblemente tenían más probabilidad de llevar a cabo la revolución. No tenía bastantes

agallas ni coraje para despedirme de mis compañeros y preferí largarme, como suele decirse, “a la francesa”, sin despedirme. Los camiones nos trajeron al pie de las montañas de Guadarrama. Hacía aún mucho frío y era de noche aquel 29 de mayo de 1937. Pertenecíamos a la 35 División, cuyo comandante era el polaco general Walter, que se volvía más y más popular como estratega y uno de los mejores militares de la guerra civil.

Muchos años más tarde conocí en Atlanta, Georgia, Estados Unidos, a su nuera, Wanda, que se había divorciado recientemente de su hijo, que era un alcohólico inveterado. Walter tenía bajo su mando a la XIV Brigada Internacional y las brigadas españolas 69 y 31 -ésta a nuestra derecha-, cuya misión era ocupar el pueblo de La Granja. Temprano por la mañana, el 30 de mayo, con una preparación insuficiente de la artillería y casi ninguna de la aviación empezó nuestro ataque. La 69 Brigada ocupó fácilmente Cabeza Grande, mientras que la 31 Brigada española y nuestro 13 Batallón fueron rechazados por la defensa de Valsaín. Contábamos con el factor sorpresa, que perdimos cuando nuestras comunicaciones fallaron, hasta el punto de que el 9 Batallón se perdió durante varias horas en el bosque al este de Cerro del Puerto. Entonces empezó a reinar la confusión entre nosotros. Estábamos juntos nuestro capitán Admiral y los camaradas Bonnet, Marcel, Jacquelin y Gallan. Estábamos hambrientos y rendidos por un cansancio que nos tumbaba. Sentía mi propio olor a transpiración, como cada uno sentía el suyo.

Hacia casi un mes que no tomábamos un baño.

El 31 de mayo atacamos nuevamente, pero una vez más no solamente no recibimos el apoyo aéreo que nos prometieron, sino que los Junkers que dominaban el cielo nos lanzaron tantas bombas que nos vimos forzados a buscar refugio y el ataque fue postergado o más bien anulado. Los tanques republicanos (los primeros que veía) no se atrevían a acercarse lo bastante al enemigo, ya que el terreno irregular no les daba mucha facilidad de maniobrar. Las brigadas españolas 69 y 31, después de un esfuerzo sobrehumano, llegaron a las proximidades de La Granja, sin poder tomarla. En cuanto a nuestra XIV Brigada, hizo un ataque nocturno por sorpresa, pero fuimos rechazados y tuvimos que regresar a nuestra base. Lo último que vi fue cómo Garrin, de nuestro pelotón, caía al suelo con la cabeza ensangrentada. Volvimos al ataque el 1 y el 2 de junio, pero nuevamente fuimos rechazados. Durante la noche del mismo día emprendimos otro ataque nocturno, que se suponía que sería por sorpresa, al contornear La Granja, pero las ametralladoras estaban por doquier, protegidas por fortificaciones y alambres de púas, y no teníamos tijeras especiales para cortarlos.

Después de cuatro días de duros combates no pudimos alcanzar nuestros objetivos y tuvimos que rechazar un contraataque de los fascistas, durante el cual perdimos a Duillaume y Jacques, de nuestro pelotón. De ambos lados estábamos rendidos y aprovechamos el relevo y el cambio de las fuerzas del adversario para afianzarnos en nuestras posiciones con el propósito de conservarlas.

Los combates de Valsaín fueron muy costosos y duros, pero aunque no permitieron mejorar nuestras posiciones, que luego

conservamos, sirvieron de ayuda para el frente de Bilbao, de donde los fascistas sacaron tropas que fueron enviadas contra nosotros. Por desgracia nuestros sacrificios no fueron suficientes para salvar Bilbao. En el verano del año 1937, nuestra situación en España era desesperante, 34 de las capitales de provincias estaban en manos de Franco. La tragedia internacional seguía con la inacción y la no intervención. El 23 de junio, Alemania e Italia se retiran indefinidamente del Comité de No-intervención, bajo el pretexto de que la nave alemana Leipzig habría sido hundida por submarinos republicanos. En Francia cayó el gobierno del socialista Blum y fue reemplazado por Chaitemps, quien recibió el 5 de julio a los dignatarios nazis, en presencia de Abetz y de Brinon, para tranquilizarlos en cuanto a España. En la cancillería de Londres corren rumores acerca de que ellos estarían en vías de negociar con Franco, incluso recalcando que se le podría otorgar en el futuro préstamos o ayuda financiera. Como consecuencia, la prensa franquista disminuye sus ataques contra Inglaterra. En el otro sector del globo, los fascistas japoneses ponían en marcha las disposiciones “antikomintern” del Eje Berlín-Roma-Tokio atacando a China. España aún entonces podía haber sido salvada por las democracias, aplicando las disposiciones de la Sociedad de Naciones.

29. EL MOVIMIENTO ANTIFASCISTA

El pueblo alrededor del mundo reaccionaba y el movimiento antifascista se intensificaba, aunque tímidamente en las masas trabajadoras. En febrero de 1937, en el Velodrome d'Hiver de París, el secretario general del Partido Comunista, Maurice Thorez, que regresaba de España, donde había estado con Caballero y Luis Companys, levantó el entusiasmo general al anunciar que, en Cataluña, el comunismo y el socialismo habían decidido unirse en un partido único. El líder socialista belga Vandervelde, presidente de la II Internacional, protestó oficialmente contra el bloqueo impuesto contra la República española. En Francia Émile Kahan, el secretario de la Liga de los Derechos del Hombre, declaró que el gobierno cometió un error terrible al dejar prosperar el fascismo internacional. En España, el 1 de junio de 1937, los Partidos Comunista, Socialista, UGT y organizaciones sindicalistas hicieron un llamamiento común para que se confirmase la solidaridad con el pueblo español. George Dimitrov, en nombre de la Internacional Comunista, hizo un llamamiento para que se unificasen todos los partidos antifascistas en España, apoyado por Franz Dalhem (Alemania), Luigi Longo (Italia) y Maurice Thorez y Marcel Cachin de Francia. El 24 de junio, todas estas organizaciones marxistas y sindicalistas pidieron a la Sociedad

de Naciones que se aplicaran sanciones contra los agresores fascistas en España. Todo esto ya resultaba demasiado tarde.

Mientras estos movimientos políticos se desarrollaban fuera, en España se realizaban los combates de Teruel-Albarracín en Aragón y el de Brunete en el frente de Madrid. En septiembre, los submarinos piratas de Mussolini que surcaban el Mediterráneo hundieron los barcos de transporte soviéticos Timiriazev y Blagoiev. El 2 de octubre, el presidente Negrín hizo un discurso en la Sociedad de Naciones protestando contra la intervención fascista, pero no se produjo ningún resultado, ya que Franco estaba decidido a liquidar el frente de Asturias y ya nadie podía pararlo. El 21 de octubre de 1937, la ofensiva republicana en el frente de Quinto-Belchite no consiguió aliviar la situación del frente Norte y Gijón cayó a los fascistas. El 31 de octubre, el gobierno de la República española se trasladó de Valencia a Barcelona. El 16 de noviembre del mismo año, un acuerdo se firma entre Inglaterra y Franco para un intercambio de agentes consulares. Sir Robert Hodgson es nombrado agente británico, y el duque de Alba como agente acreditado de España en Londres. El 28 de noviembre, Franco declara el total bloqueo de todas las costas republicanas en el Mediterráneo. La avaricia entre los países capitalistas, fuesen fascistas o llamados democráticos, quedó a la vista cuando el 30 de noviembre, Alemania declaró que no iba a tolerar más que gran parte del mineral de Bilbao fuera a Inglaterra, y obtuvo el derecho sobre la producción de 73 empresas, que a partir de diciembre ya le entregaron 260.000 toneladas de materia prima. El primero de diciembre de 1937, a petición de Alemania, Japón reconoce a Franco. El 10 de diciembre aparecen sobre los ciclos de España los adelantados Stukas,

que son Junkers 87 armados de bombas mortíferas de 50 a 500 kilos. En enero de 1938, la entrega de material bélico a Franco de Alemania e Italia toma proporciones alarmantes. En febrero de 1938, el Comité de No Intervención ya hablaba de retirar de España a todos los voluntarios extranjeros, mientras Hitler y Mussolini cada día aumentaban el envío de sus voluntarios. El 9 de marzo de 1938, los fascistas atacan sobre un frente de más de 85 Kms, entre Teruel y los Pirineos. Es el principio de la gran batalla de Aragón que duró hasta abril, en la cual, las fuerzas republicanas con las Brigadas Internacionales, sobre todo la XV, resistieron con coraje épico contra fuerzas muy superiores y con mucho mejores pertrechos, teniendo que hacer una retirada general hacia la frontera francesa.

Los fascistas estaban nerviosos pues no se esperaban, ni tampoco comprendían, cómo los republicanos podían poner tanta resistencia y, de rabia, empezaron sus bombardeos aéreos. Enviaron en marzo olas de aviones que largaron sobre Barcelona una lluvia de bombas mortíferas, matando a miles de civiles. Como represalia, la flota leal hundió el acorazado fascista Baleares. A fines de abril, las fuerzas franquistas se preparaban para tomar Valencia, mientras se llevaban a cabo contactos oficiales en París y Burgos para establecer las relaciones diplomáticas entre Francia y España. El 10 de mayo de 1938, en una sesión especial de la Sociedad de Naciones, el ministro español Álvarez del Vayo denuncia una vez más la invasión fascista y pide que se levante el embargo de la entrega de armas a España, pero se lo negaron. Inglaterra y Francia votaron en contra y también los USA. El 29 de mayo las fuerzas fascistas atacan sobre un frente de 120 km, entre Teruel y el Mediterráneo, en dirección de Sagunto y Valencia. El 3 de junio

el general alemán Reitel le comunica a Hitler que la Legión Cóndor y su material debe ser renovado o retirado del teatro de operaciones en España, ya que estaba completamente gastado y los pilotos extenuados. El 10 del mismo mes, los alemanes y los italianos se pelean por las codiciadas concesiones mineras en España.

Mientras los alemanes se preparan para renovar su fuerza aérea operando en España con pertrechos nuevos y más eficaces, los dirigentes franceses e ingleses hablan seriamente del retiro de todos los voluntarios extranjeros del teatro de operaciones, lo que consiguen el 5 de julio a través del Comité de No Intervención. El 17 de julio Von Reichenau informa a Hitler de que en los dos pasados años en España, los soldados alemanes habían aumentado su habilidad bélica y, gracias a Franco, habían establecido líneas estratégicas cerca de Francia e Inglaterra. El general alemán agregó: “En la primera oportunidad de guerra contra Francia, podríamos reducir a cenizas Burdeos, Toulouse, Marsella, Biarritz, Bayona y también desorganizar completamente la red ferroviaria”.

Cuando el 25 de julio el ejército republicano pasa a la ofensiva, el mundo entero admiró la República española y las agallas de los que la defendían. El 22 de agosto, Mussolini se impacienta y le envía un mensaje terrible a Franco, diciéndole que acelerara las operaciones militares, ya que Italia no podía esperar para siempre al fin de su rebelión.

La Batalla del Ebro, que tuvo lugar del 25 de julio al 15 de noviembre, fue una de las más decisivas en el final de la guerra civil española, tanto por su intensidad como por las pérdidas

sufridas en ambos lados y es donde más se destacaron las Brigadas internacionales, que ya estaban muy aguerridas. El 21 de septiembre de 1938, el presidente Negrín declaraba, en la sede de la Sociedad de Naciones en Génova, que estaba listo para el retiro de las Brigadas Internacionales, si del otro lado también retiraban a todas las fuerzas alemanas e italianas. El 22 de septiembre de 1938, se estableció el vergonzoso Acuerdo de Munich, en el cual Inglaterra y Francia ponían a merced de Hitler la desgraciada Checoslovaquia y, cuando el 9 de octubre, Chamberlain, Daladier e Hitler declararon que firmaron una paz eterna, la esperanza de los verdaderos demócratas quedó muy afectada, sobre todo en los campos de batalla en España. El 28 de octubre de 1938 se despiden en Barcelona, con una emoción sin igual, a las Brigadas Internacionales, compuestas entonces de 10.000 voluntarios extranjeros, vertiendo lágrimas tanto los que se iban como los que les decían adiós y gracias. Desde las cuatro de la tarde de aquel día inolvidable, los aviones republicanos circulaban por la ciudad de Barcelona para esta ocasión especial y también estaban listos para repeler cualquier ataque aéreo que pudiesen emprender los franquistas, para tratar de malograr la solemnidad de la gloriosa despedida.

Negrín, con todo su gabinete, estaba presente para rendir homenaje a los internacionales, que se retiraban del país al que habían venido voluntariamente desde 52 países para luchar y defender la democracia del pueblo español. Mientras los internacionales desfilaban por la avenida, cientos de miles de personas: hombres de todas edades y chicas vestidas con trajes regionales, los vitoreaban. Pétalos de flores llovían desde los balcones, muchos lloraban y las muchachas rompían las filas de

los brigadistas para estrecharlos, dándoles flores y también besos tiernos. Todos desfilaban con orgullo, aunque la marcha dejaba que desear y alguien en la fila dijo: “Ellos aprendieron a pelear, pero no tuvieron tiempo de aprender a desfilar”.

El 15 de noviembre de 1938 fue la despedida oficial de los internacionales, delante de todo el Gobierno y Dolores Ibarruri, la Pasionaria, hizo el histórico discurso de despedida: “Un sentimiento de angustia, de dolor infinito, sube por nuestras gargantas, angustia por los que se van: soldados del más alto ideal de redención humana, desterrados de su patria, perseguidos por la tiranía. De todos los pueblos y de todas las razas vinisteis a nosotros como hermanos nuestros, como hijos de España inmortal y, en los días más duros de nuestra guerra, cuando la capital de la República española se hallaba amenazada, fuisteis vosotros, bravos camaradas de las Brigadas Internacionales, quienes contribuisteis a salvarla con vuestro entusiasmo combativo, vuestro heroísmo y vuestro espíritu de sacrificio. Por primera vez en la historia de las luchas de los pueblos, se ha dado el espectáculo, asombroso por su grandeza, de la formación de las Brigadas Internacionales para ayudar con valores inmortales: el valor, la abnegación, la bravura y la disciplina, a salvar la libertad y la independencia de un país amenazado, de nuestra España. ¡Banderas de España! ¡Salud a tantos héroes; inclinaos ante tantos mártires! ¡Madres, mujeres! Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restaurando, cuando el recuerdo de días dolorosos y sangrientos se esfume en un presente de libertad, de paz y de bienestar; cuando los rencores se vayan atenuando y el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos, habladles de

estos hombres, de las Brigadas Internacionales... No os olvidaremos y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡Volved!”.

Mientras, Alemania sigue enviando enormes cantidades de hombres y material a España, con grandes concesiones de productos minerales, imponentes manifestaciones se realizan en el mundo entero, destacándose la de Nueva York, donde 70.000 participantes protestan contra el embargo y expresan su solidaridad con el pueblo español. El 30 de noviembre, Mussolini organiza grandes manifestaciones callejeras reclamando que se devuelva a Italia: Niza, Saboya, Córcega y Túnez. El 6 de diciembre de 1938, Ribentrop viene a París para firmar el acuerdo francoalemán, dejando a Hitler las manos libres para extenderse hacia Europa oriental. El 19 de diciembre de 1938, Franco da un último impulso, y cuatro meses más tarde la República española deja de existir, ahogada en torrentes de sangre que el fascismo hizo correr bajo el ojo indiferente de los que se llamaban países democráticos. Ni siquiera Roosevelt, que fue uno de los mejores presidentes de Estados Unidos, vio la verdad y dijo, al final de sus días, que el mayor error de su administración había sido no socorrer a la República española. Y yo, un muchacho de 16 años, había visto lo que él no había visto. ¡Yo lo había visto!

Las consecuencias de la guerra civil española fueron terribles para los civiles y para los combatientes, que tuvieron que refugiarse en Francia. Pero yo ya no estaba allí, hacía más de un año que toda nuestra familia había dejado Francia trasladándonos a la Argentina, y sucedió así...

30. DE VUELTA A CASA

El 27 de agosto de 1937 me encontraba con un destacamento del Batallón XIII de la XIV Brigada en un pueblo alrededor de Samper. Hacía tres días que habíamos empezado nuestro ataque contra el enemigo. Diferentes unidades estaban juntas y destacaban los batallones de la XXV división de la FAI, que estaban en nuestro flanco derecho. Me sentí muy emocionado, pensando que hacía casi un año que me había venido a Aragón con mis compañeros de París para formar parte de la Centuria Sebastián Faure. Ésta fue creciendo tanto que la dividieron, llamando a la otra Unidad Batallón Francia, bajo el mismo comando de Ortiz. Íbamos a ir al frente en las cercanías de Quinto y, de un modo desesperado, buscaba a mis antiguos compañeros: Juan Mayol, Allred Rappoport, Pierre Carpentier y tantos otros, pero no encontré a ninguno de ellos, ya se habrían avanzado hacia las posiciones, aunque ni sabía si aún estaban con vida.

Un mes antes había abandonado mi unidad de la FAI bajo la persuasión de Admiral, que me demostraba que si yo quería realmente ser útil a la revolución española, debía estar con ellos y no con los anarquistas, que, según él, participaban poco en la lucha. Me dolía abandonar a mis camaradas y, aunque me

sentía muy atraído por las ideas de Bakunin, me parecía que los comunistas de André Marty estaban mejor preparados para la lucha contra el fascismo, y ésa fue la razón por la cual me largué de mi centuria a la inglesa, como se dice, o sea, sin decir adiós. Mi jefe ahora era Admiral y yo seguía siendo un brigadista raso. El comandante de nuestra XIV Brigada Internacional era Marcel Sagnier y el comisario Rol Tanguy, que durante la segunda guerra mundial, en julio de 1944, ya como coronel, recibió la rendición de las fuerzas armadas alemanas de París. Los volví a ver a ambos en España en noviembre de 1996, durante el famoso homenaje que el pueblo español nos rindió a nosotros los Brigadistas, pero ellos no se acordaban de mí, lo que comprendo muy bien, ya que estuve en el Batallón Henri Barbusse solamente un mes. También vi al comandante Fort de la XV Brigada, que en la Batalla de Brunete fue herido y quedó ciego.

Lo más curioso es que en 1985, en Nueva York, durante la cena anual de VALB (Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln), estaba sentado con mi esposa Birdie al lado de Mercedes Fort, hija del famoso comandante. Ella nos contó que su padre había sido evacuado con otros heridos republicanos a Rusia en 1938. Parece que tuvo un romance con una enfermera española, con quien con el tiempo se casó en Moscú, y es donde también nació Mercedes. Parece que, después de la guerra, cuando toda la familia regresó a Francia, el padre fue perseguido a pesar de que había sido oficial del ejército francés durante la primera guerra mundial, ya que las autoridades no le perdonaron el haber combatido al lado de los rojos. Mercedes estaba empleada en la Embajada de Francia en la sección cultural. Más tarde, también conocimos al segundo hijo del

glorioso comandante, o sea el hermano de Mercedes, José Fort, que era uno de los redactores del diario *L'Humanité*. Era un corresponsal de renombre internacional y siempre estaba en contacto con los Brigadistas. Parece que el comandante Fort, como el general Merino, Líster y otros militares de jerarquía exiliados en Rusia, colaboraron mucho con el Ejército Rojo durante la segunda guerra mundial y algunos dictaban cursos en la Academia Militar Frunze.

Alguien, creo que era Raoul, me dijo que Admiral me buscaba y que podría encontrarlo en el bar del pueblo, que se había transformado en Estado Mayor provisional de nuestro batallón. Me encaminé al bar, que estaba en una plazoleta. Era un bar como muchos otros en España, con un fuerte olor a bebida, comida y café. Vi, alrededor de varias mesas juntas, a mucha de nuestra gente, todos armados, que eran comandantes brigadistas y jefes de unidades anarquistas de la división XXV. Al verme, Admiral, que ya era capitán, me hizo seña de esperar y siguió con la conversación animada con los otros participantes que formaban el grupo. Tuve que esperarlo un buen rato, luego se levantó de la mesa, dejando el grupo, y vino a sentarse a mi lado en un rincón. “Mañana esperamos una ofensiva”, dijo con vivacidad, luego más despacio siguió “¡pero te necesitan en el Estado Mayor de Barcelona!”. “¡En Albacete!”, le corregí, ya que sabía que era en Albacete y no en Barcelona donde se encontraba el centro de nuestras Brigadas. “Dije bien, Barcelona”, me interrumpió Admiral con una sonrisa que me pareció un poco rara. “¡Parece que tus galones se te suben a la cabeza!”, le dije medio burlón, ya que no me gustó su voz socarrona. “No tengas miedo”, dijo sonriendo mi viejo amigo del Barrio Latino, “esto no va a suceder jamás, ni yo

mismo sé lo que pasa. Ya sabes que en las Brigadas somos militares y obedecemos a las órdenes sin discutir. Me dan una orden y yo la cumplo. Me dijeron que tenías que ir a Barcelona al Estado Mayor y es todo lo que sé, y también sé que vas a cumplir la orden”. Luego, calmados ambos, siguió con voz segura: “Tenemos un Estado Mayor en la Plaza de Cataluña y es donde te vas a presentar. Ya te enviaron el pase para que te vayas en el camión de aprovisionamiento que se esta descargando en este momento y estará listo para salir dentro de una hora o dos”.

Al encontrarme en la calle, me pregunté de qué se trataría. Era un simple Brigadista, sin rango ni responsabilidad ninguna, y no recordaba haberme destacado en ninguna acción. No era cobarde y combatí a la par que mis camaradas, con el mismo ardor que ellos, pero no tuve oportunidad de hacer nada heroico y no esperaba recibir en Barcelona ninguna citación, y mucho menos ser enviado en alguna misión secreta.

Dos horas más tarde, fui a la plaza de Samper, frente a la vieja iglesia dañada por los bombardeos de ambos oponentes, donde aún descargaban los camiones que habían venido con un cargamento mixto: militar y de comestibles. Mientras bajaban los cajones de los camiones, fui a buscar al que me llevaría a Barcelona. Encontré el viejo Ford que buscaba y que estaba tan gastado que uno se preguntaba si podría aún recorrer unos kilómetros más. El chófer, Antonio, me recibió con una gran sonrisa, mostrando sus dientes blancos, y me presentó a otro Brigadista que también viajaría con nosotros. Después de un rato Antonio, un catalán, como supe después,

nos preguntó: “¿Listos camaradas?”, a lo cual ambos dijimos: “Listos” y subimos a la plataforma ahora vacía del camión.

Por el pañuelo rojo y negro que llevaba alrededor del cuello el otro pasajero flaco, de apariencia muy débil y anémico, no tuve ninguna duda de que era un anarquista, además, yo mismo lo había llevado hacía un par de meses atrás, cuando aún estaba en el ejército de Durruti. Además del chófer, viajaban en el asiento delantero dos personas más, que pensé serían acompañantes, mientras que nosotros dos nos acomodamos en la plataforma cubierta. Resulta que el otro compañero de viaje era también un parisino, Jean Tanbeau, que regresaba a Francia pues la herida en el estómago que había sufrido hacía tres meses se le había abierto de nuevo. Los médicos consideraban mejor dejarlo regresar a Francia, donde tendría más posibilidad de ser curado, en vez de quedar durante meses en hospitales españoles, en los cuales los heridos ya se acumulaban y les faltaban medicamentos.

Después de viajar cerca de una hora, nos paramos en Caspe para tomar el tradicional café con anís y luego reanudamos nuestro viaje hacia Barcelona. Era la última vez que ponía pie en Caspe, aunque regresé a esta ciudad tan grabada en mi memoria en octubre de 1986, cuando vine con un grupo de brigadistas de Estados Unidos para celebrar el 50 aniversario de la guerra civil española. Me acuerdo que, dicha vez, andando por este Caspe mío que ya no reconocía, me senté en un banco frente al monumento erigido en memoria de las víctimas de la contienda interna de España. A mi lado estaban sentados dos viejos paisanos, cuyas cabezas estaban cubiertas con boinas vascas, y les dije que yo había estado en dicho

pueblo como brigadista hacía unos cincuenta años. Los dos ancianos ni se movieron y, solamente después de un rato, uno de ellos, sin mirarme, dijo con una voz muy desgarradora: “Sí, me acuerdo de todos ustedes, sólo que después, cuando ustedes nos abandonaron, no puede imaginarse lo que los requetés nos hicieron, es imposible relatarlo, faltarían palabras”. Para mí fue como recibir una puñalada, sobre todo las palabras: “cuando ustedes nos abandonaron”. No sabía qué decirles a estos dos octogenarios que habrían pasado tantas miserias. Me levanté muy incomodo, balbuciendo algo como: “sí, ya sé, nosotros tampoco lo pasamos bien”, y me alejé sin mirarlos. Tampoco creo que ellos me estuvieran mirando, concentrados, tal como estaban ellos, en el triste recuerdo que les evocaba mi presencia. En aquel día de agosto de 1937, no sabía, ni tampoco podía adivinar, que iba a volver allí.

El camión saltaba continuamente, ya que, como la mayoría de ellos, tenía los resortes gastados. Además los caminos estaban en muy mal estado, llenos de hoyos producidos por los bombardeos, la lucha en general y el tiempo. Nuevamente llegamos a Barcelona de noche y los chóferes que estaban sentados delante eran tres hermanos que nos ofrecieron pasar la noche en su casa. La familia de los conductores los recibió con abrazos y, no solamente nos dieron un lugar donde dormir, sino que antes de acostarnos nos ofrecieron también de comer. Tenían una vieja cama muy pequeña que era de uno de los chicos, pero le enviaron a dormir aquella noche con otro hermanito y nos ofrecieron poner el colchón en el suelo para uno de nosotros y la cama para el otro. Jean tuvo la mejor parte, ya que le tocó el colchón que pusimos en el suelo, mientras yo dormí sobre los resortes duros y vencidos de la

cama. No me cansaba de admirar el sentido de hospitalidad que tenía el pueblo español, sobre todo para con nosotros, los extranjeros que vinimos a luchar por su país. Fue solamente al día siguiente, ya bien descansado, que me di cuenta de la gran cantidad de chicos que estaban desparramados por doquier en el pequeño piso, de dos cuartos, en el cual vivía la familia, los abuelos y dos tías ancianas que eran refugiadas de la guerra. Nunca supe, ni pregunté, si todos ellos vivían en el mismo lugar o si moraban en otros departamentos de la casa y vinieron a vernos para darnos la bienvenida.

Después de beber una taza de café con un pedazo de pan, Antonio, el chófer, echó una mirada a mis papeles y me dijo que podía acercarme a mi lugar de destino, que el taller al que tenía que llevar el camión no estaba muy lejos del lugar. Como Jean no tenía medios ni sabía como podría regresar a Francia, además de sentirse aún muy flojo, se quedó descansando en la casa. Cuando Antonio me dejó cerca del viejo edificio que, según mis papeles, era donde yo tenía que presentarme, se alejó para llevar su vehículo gastado al taller. Pensé que solamente un milagro podría reponerlo como para seguir rodando. Entre por un portón que estaba guardado por un soldado armado y, después de pasar por el vestíbulo, seguí hasta el primer escritorio detrás del cual estaba sentado un militar graduado que llevaba un uniforme muy bien planchado y le presenté mis papeles. Después de leerlos con mucha atención, llamó a otro militar de cierta edad, que no tenía galones pero sí una nariz roja de bebedor. Le dijo algo y luego me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Lo seguí, pasando varios cuartos llenos de militares y traté de comprender qué es lo que hacían allí, en esas oficinas, todos

esos empleados cuando nos faltaba tanta gente para luchar en el frente. Al pasar a otro escritorio muy bien amueblado, me recibió un nuevo militar muy elegante, que me dijo de entrar en la habitación de al lado. Al abrir la puerta, cuál fue mi sorpresa al encontrarme cara a cara con mi padre. Con él estaba el amigo de familia Henri Marmarian. Supe más tarde que, cuando mis padres se enteraron de mi partida a España, se quedaron muy abatidos, sobre todo mi madre, que sufrió el infierno ya que siempre había tenido debilidad por mí, mientras que mi padre favorecía a mi hermana. Mi padre le prometió entonces que iba a remover cielo y tierra para encontrarme.

Nuestro amigo de familia Marmarian tenía muchos amigos en las esferas políticas y a través de ellos empezó a presionar a la Embajada española de París. Les amenazó con hacer propaganda de que los republicanos estaban robando chicos en Francia para enviarlos a pelear por ellos en España, si no les devolvían al joven Michel Burenko. Para despistar a mis padres, yo me había enrolado con el nombre supuesto de Georges Jorat, pero, en mi inocencia o estupidez, les escribí varias veces dándoles dicho nombre y también mi unidad militar. Así fue como ellos me localizaron y dieron mis datos a los diplomáticos españoles en París. Además presionaron mucho algunos diputados muy activos y amigos del abogado Marmarian. Después de varios meses de negociaciones, consiguieron ponerse en contacto con las oficinas de las Brigadas Internacionales. Se demoró tanto tiempo por el hecho de que yo había cambiado de unidad, abandonando el ejército de Durruti al ingresar en la XIV Brigada.

El mensaje de las oficinas del ejército era que yo era brigadista y llevaba el uniforme militar español, por lo tanto, ellos no podían obligarme a retornar, pero prometieron a mi padre que, si él conseguía convencerme de que renunciara, me permitirían volver a Francia. No puedo describir la emoción que me invadió cuando volví a ver a mi padre después de casi un año, todos mis sentidos estaban convulsionados ya que nunca hubiera esperado verlo en Barcelona, ni siquiera en sueños. Mi mente se negaba a aceptar la realidad y mi cabeza estaba a punto de estallar.

Después de unos instantes, me di cuenta de que el cuarto estaba lleno de militares que nos miraban con atención y trataban de comprender la razón por la cual estos dos civiles creaban tanta ansiedad en el joven Brigadista, además, hablábamos en francés y la mayoría no lo comprendía. Mi padre, después de haberme besado tres veces en las mejillas según la tradición rusa y después de apretarme muy fuerte con emoción, me dijo con una voz muy tranquila: “Muy bien, aquí estoy para engancharme también en la misma lucha tuya contra los fascistas. Fui oficial durante la guerra civil rusa y estoy seguro de que los republicanos necesitan gente con experiencia militar. Me voy a luchar por el mismo ideal tuyo y me voy a presentar voluntario para estar en tu misma unidad”. Después, con una voz más baja, llena de emoción siguió: “solo que, como ya sabes, la República no podrá sobrevivir y es casi seguro que terminaremos ambos muertos, sin conseguir nada”, mientras hablaba me miraba con una mezcla de cariño y firmeza y siguió diciendo: “por supuesto tu madre, al enterarse de que su esposo y su hijo murieron luchando, no podrá sobrevivir y terminará muriéndose de pena, ya que ahora

mismo esta muy afectada y muy enferma”, después de una pausa, sin dejar de mirarme dijo: “tu hermanita, que tiene once años, se quedará sola, no tenemos familia en Francia y no sabemos donde irá a parar y que será de ella”. Él seguía hablando y parecía que estaba muy serio cuando me lanzó: “Muy bien, ahora mismo voy a firmar los papeles para ir a luchar contigo”, luego, cambiando de voz, agregó: “a menos que quieras salvar la vida de tu madre y también la suerte de tu hermanita, puedes regresar con nosotros ya que todos los papeles están listos”. “No te aflijas”, siguió diciendo viendo que yo estaba muy emocionado, “ellos podrán seguir luchando sin ti, un soldado más o menos no determina el resultado en una guerra”, luego, en voz muy baja, dijo: “Además, todos sabemos que esta guerra ya está perdida”.

Yo no sabía qué hacer. No me esperaba ni ver a mi padre allí ni escuchar lo que me decía, mientras nuestro amigo, el señor Marmarian, sin decir una palabra, nos observaba con su ojo profesional de abogado. Cuando mi padre terminó de hablar y después de unos segundos de silencio penoso, aprovechando mi turbación, el señor Marmarian dijo muy serio, como si estuviese en el Palacio de Justicia, en los tribunales: “Muy bien Misha, apurémonos, fírmales estos papeles y vayamos de una vez, ya que nos están esperando y se ve que el comandante se esta impacientando”. En la gran habitación había varios Brigadistas un poco alejados de nosotros, que fingían no prestar atención a nuestro coloquio, aunque era evidente que todos estaban escuchando nuestra conversación. Yo, por mi parte, no presté atención a un militar larguirucho, de edad media, con cabellos muy negros que, acercándose a nuestro grupo, me dijo en francés con un fuerte acento catalán:

“Camarada, haz lo que quieras y toma la decisión que te parezca más justa”. Vi luego el intercambio de miradas con nuestro amigo Marmarian y me pareció que todo esto había sido ya planeado de antemano entre ellos. Él siguió diciendo con una sonrisa que mostraba unos dientes muy blancos al abrir la boca: “Parece, camarada Brigadista, que tienes que ir a resolver un problema muy grave en París, lo que comprendemos muy bien. Seguiremos considerándote como nuestro compañero de lucha al darnos tu apoyo valioso viniendo aquí, a nuestro país, para luchar por nuestra democracia, en el momento preciso cuando necesitábamos el apoyo internacional de toda la clase trabajadora. Tienes que firmar aquí y se te entregaran mañana los papeles de desmovilización para que puedas regresar legalmente a Francia. Entretanto puedes pasar por el banco para retirar tu sueldo atrasado y no te olvides nunca de que aquí esta tu patria, España”. Lamento no recordar su nombre, pero este comandante Brigadista me impresionó mucho, ya que hablaba bien francés, a pesar de su fuerte acento. En aquella época, yo aún no conocía el castellano, que unos años más tarde aprendí en la Argentina.

Fuimos los tres al Hotel Colón, donde, aunque lleno de emociones y perturbado por todo lo que me acaecía, me metí en la bañera y tomé un baño frío, ya que, debido a uno de los numerosos bombardeos de Barcelona, la cañería del agua caliente estaba dañada. A pesar de ello, me dijeron que tenía que considerarme dichoso de por lo menos tener agua fría, pues en muchas partes no había ni siquiera agua. Ya era tarde para ir al banco, además teníamos mucho que contarnos. Hasta hoy le quedo muy agradecido a mi padre, que en paz descansa,

por no haberme reprochado o siquiera mencionado mi fuga de casa para ir a España. Me enteré de que mis padres habían vendido nuestro Cáucaso y estaban preparándose para emigrar de Francia.

Mi padre era una de estas personas, no solamente inteligente, sino también lógico hasta en los últimos detalles de su proceder. Sentados en la terraza del Hotel Colón, bebiendo café con el tradicional anís, mi padre me dijo: “Mira Misha, como sabes, me tragué tres años de guerra en la marina, luego otros tres años durante la revolución rusa y ya no tengo edad de ir a pelear de nuevo, mientras que tú, el año próximo, estarás en edad de hacer el servicio militar en el ejército francés. Puedo oler la proximidad de la guerra y no quiero que pases por la misma experiencia que tuve que pasar yo. Sé muy bien que las democracias van a aniquilar a las fuerzas fascistas de Hitler y Mussolini en menos de un año, pero prefiero que estemos lejos de Europa durante ese tiempo, razón por la cual vendimos el restaurante y estamos vendiendo la casa donde vivimos”. Nuestro amigo Marmarian, que estaba bebiendo cerveza con mi padre, mientras aprobaba con la cabeza, agregó: “Misha, tu padre tiene razón y no creo que tengan que expatriarse por más de seis meses, luego regresarán a París y seguiremos todos viviendo nuestra vida, ya sin la sombra del peligro fascista”. No me extrañó saber que mi padre había venido con su amigo en el coche, ya que Marmarian era un entusiasta del vehículo y era imposible suponer que él fuera a ninguna parte de otro modo que en su coche. Por supuesto tenían el problema de la gasolina, pero esperaban solucionarlo cuando fuéramos a recoger por la mañana, en la comandancia, mi permiso de salir del país.

Tenía también que regresar a la casa del chófer, Antonio, para despedirme y también para recoger algunas cosas mías, pero sobre todo unos documentos y unas pocas fotografías que quería guardar de recuerdo. Me encantaba sacar fotos y lo hacía desde los diez años pero, lamentablemente, no había llevado ningún aparato conmigo y tenía que recurrir a los profesionales que se ofrecían por doquier. Encontré en el departamento de Antonio el mismo tumulto y la misma agitación humana, especialmente los chicos corriendo de un lado a otro.

Cuando mi amigo Jean se enteró de que mi padre había venido a buscarme y sobre todo de que lo habían hecho en su Renault, me pidió si también a él lo podían llevar a Francia. Mi padre, con muy poco entusiasmo, aceptó y decidimos viajar al día siguiente después de pasar por el banco para retirar el dinero de nuestros sueldos, ya que Jean también quería hacer otro tanto, pero lo más importante era recibir mis papeles contando con que el Estado Mayor me liberara de mis obligaciones y me permitieran salir del país. El asunto de la gasolina pensábamos resolverlo también al día siguiente y Marinarían, que era muy psicólogo, nos aseguraba que con dinero se podría conseguir. Lamentablemente no fue tan fácil y si no hubiese sido por la ayuda de Antonio, que nos llevó al garaje para llenar el tanque del coche con el precioso líquido, no sé en realidad lo que hubiéramos hecho. Era la última noche que pasaba en España durante la guerra civil, era el 30 de agosto de 1937.

Al día siguiente, antes de mediodía, cumplimos con nuestras obligaciones, el tanque del coche lleno de gasolina, nuestros

bolsillos con las pesetas de nuestro pago y nos apuramos a iniciar nuestro viaje de regreso, planeando comer en alguna parte en el camino. Marinarían no estaba muy tranquilo debido a las visibles señas de violencia en la ciudad, y la enorme multitud de gente armada no lo tranquilizaba. Hubo una alerta, sobrevolaron la ciudad algunos aviones enemigos, luego vimos a una formación cerrada de los nuestros, parecían rusos, pero no hubo ningún bombardeo aquel día. Mi padre estaba sentado en el coche al lado de Henri, mientras nosotros dos estábamos en los asientos traseros. Por alguna razón desconocida, mi padre tenía cierta aversión hacia Jean, mientras que Marmarian estaba completamente indiferente y, a veces al contrario, lo trataba con consideración. Mientras salíamos de Barcelona tratábamos de evitar el tráfico irregular y violento de vehículos de todo tipo, sobre todo de los militares. Sabía que nuestro amigo era buen chófer, con una indudable habilidad para salir de esas masas movibles que se desplazaban muy lentamente.

Barcelona, ese día de 31 de agosto, estaba llena de animación y nos enteramos de que los republicanos habían empezado su ofensiva en el frente de Aragón, en la dirección de Quinto-Belchite. Me sentía un poco avergonzado en cierto modo al huir hacia Francia, en vez de participar con mis camaradas en la lucha. Pero mi padre, como adivinando mi pensamiento, me dijo: “No tengas miedo, en el curso de tu vida habrá otras revoluciones y tendrás oportunidad de luchar en diferentes frentes y uno de ellos es el intelectual. Siempre habrá obreros o paisanos para empuñar un fusil, pero los intelectuales y la gente instruida para llevarlos y orientarlos siempre escasea”.

Ya en la carretera que nos llevaba a la frontera francesa, el tráfico se había calmado un poco y escuché a Marmarian que le decía a mi padre: “Tenías razón al darme este dinero, sin él no habiéramos conseguido la gasolina”, “seguro que este español”, se refería a Antonio que había llevado a Marmarian para llenar el tanque de gasolina, “se habrá llevado una buena tajada”, dijo mi padre muy tranquilo pero sarcástico. “¡Qué quieres, ellos viven en una situación muy especial y después de todo si él pudo conseguirme la gasolina y tenemos el dinero, por qué no pagarle?”. “¿Qué clase de revolucionarios son estos después de todo?”, siguió mi padre un poco enojado, “cuando luchábamos en Rusia durante la revolución, teníamos mucho más respeto por la decencia y no era fácil sobornarnos”. “Sí, ¡ya sé!”, le interrumpió el amigo, “todavía hoy, no se ha encontrado el famoso oro que llevaba el general Kolchak, sabes de qué estoy hablando, de las 160 toneladas de oro que llevaba el general Kolchak en Siberia y que desaparecieron, cuando los Blancos fueron derrotados”. “Sí, pero no podemos acusar sin pruebas, y vete a saber lo que pasó con dicho cargamento de metal precioso”, dijo mi padre ya sin entusiasmo, a lo cual Marinarían respondió: “mejor que nos apuremos y crucemos la frontera antes del anochecer, de lo contrario tendremos que pagar más para poder pasar del otro lado”. Nuestro amigo Marinarían era un chófer excelente y después de varias horas nos aproximamos a la frontera francesa. En el puesto español de Port Bou, unos milicianos del gobierno nos amenazaron con sus fusiles y bayonetas caladas. Muchos espías y desertores trataban de pasar la frontera y ellos tenían la misión de controlar todo el tráfico para estar seguros de que los que pasaban cruzaban la frontera legalmente. No me olvidaré de la mirada que me echó el joven miliciano que, después de ver mis

papeles, me los devolvió de un modo tan rudo que casi me los echó en la cara. Lo mismo le pasó a Jean, cuyos papeles controlaba otro soldado. Después de hablar catalán entre ellos, nos lanzaron un despreciativo: “¡sigan!”, y por supuesto no nos hicimos de rogar. Yo me sentí aniquilado, humillado y con sensación de ser un traidor sentado en mi rincón del coche.

A los pocos minutos nos acercamos al puesto francés, que era una casilla de ladrillos en cuyo techo ondeaba la bandera francesa. Los gendarmes franceses nos miraban con desprecio al principio, acostumbrados a ver todos los días españoles desertores, o contrabandistas que trataban de pasar a Francia legal o ilegalmente, sobre todo mujeres, ancianos y niños, con quienes eran más indulgentes. En cuanto a los hombres, sobre todo los que tenían la edad de llevar armas, los registraban con mucho cuidado, intentando evitar así lo que, por entonces, prodigaba en Francia: la xenofobia y los sentimientos antiextranjeros. Por alguna razón, los gendarmes se demoraban mucho leyendo nuestros documentos franceses. Dos de ellos eran jóvenes y, luego, uno de ellos fue a la garita y, casi enseguida, salió de ahí con un sargento de mediana edad con los hombros anchos. Estábamos parados al lado del coche y, tan pronto como el sargento y Marmarian se vieron, se abalanzaron el uno contra el otro, abrazándose y besándose ante la sorpresa de los demás gendarmes, de los otros que esperaban el turno para cruzar la frontera y por supuesto de nosotros también. Entonces, el señor Marmarian aclaró la situación, explicando que ambos habían estado en la última guerra, sirviendo en el mismo batallón y que habían sido muy buenos amigos hasta el año 1919, cuando fueron desmovilizados y no habían podido localizarse por más que lo

habían intentado. “Gilbert, ¿qué diablos haces aquí?”, le gritaba Marmarian, y el otro riéndose le preguntaba: “¿y tú Henri?, te imaginaba en París y de repente te encuentro aquí en la frontera. ¿Qué fuiste a hacer en España?, ¿ir a luchar por la República?”, y ambos seguían riéndose con tanto entusiasmo contagioso, que todos los que los rodeábamos también nos pusimos a reír. Por supuesto tuvimos que entrar en la garita y celebrarlo con un vaso del vino tinto que todos los militares franceses siempre tienen en buena cantidad.

Nos quedamos casi una hora en la garita, dejando a los dos amigos ponerse al día de sus vidas y quehaceres después de tantos años sin verse. Por discreción, nosotros tres salimos fuera para dejar a los dos amigos compartir la felicidad de encontrarse en esta circunstancia tan curiosa.

En la frontera, el flujo humano seguía pasando con un ritmo acelerado: mujeres, viejos y una cantidad enorme de niños de todas las edades. Muy pocos iban al otro lado desde Francia, éstos eran en su mayoría hombres en edad de llevar armas. A algunos, los gendarmes no les permitieron cruzar la frontera, sospechando que eran voluntarios para ir a luchar por la República española, ya que la no intervención funcionaba de lleno en esta parte, mientras que los fascistas de Franco seguían recibiendo soldados, armas y aviones de Alemania e Italia.

Después de la despedida emotiva entre los dos camaradas de armas de la primera guerra mundial, Gilbert y Henri, seguimos nuestro viaje. Esta vez en Francia, por caminos buenos y con poco tráfico. Seguimos a Perpiñán, donde cenamos, y de nuevo

estábamos rodando. Marmarian no se cansaba nunca de conducir y llegamos ya muy entrada la noche a Montpellier, donde se decidió pernoctar. Como no teníamos teléfono en casa, mi padre quería regresar cuanto antes, ya que sabía que mi madre estaría haciéndose malasangre y él quería llevarme para que se tranquilizase viéndome. La antipatía de mi padre hacia Jean no disminuía, ni tampoco trataba de disimularlo. Esta situación me ponía muy nervioso, ya que aparentemente Jean no merecía este trato hostil. Además, él por lo menos regresaba herido, después de haber cumplido su deber de demócrata, mientras que yo volvía casi como un desertor. Tal vez mi padre adivinaba mi pensamiento y como no era capaz de aplacar la tortura que me consumía, volcaba su frustración contra Jean.

Al día siguiente reanudamos nuestro viaje. Ambos amigos siguieron hablando de asuntos varios, cuando Marmarian de repente me dijo: “Te comprendo muy bien Misha, yo hice exactamente lo mismo en Armenia en 1906; entonces yo también tenía 16 años y pertenecía al grupo anarquista Bakunin. Habíamos decidido eliminar al jefe de la policía zarista que nos oprimía. Lanzamos una bomba contra la comisaría matando a cuatro policías. Por desgracia, el compañero que fue designado para lanzar la bomba, también murió en la explosión. Nosotros nos escapamos desparramándonos, ya que éramos conocidos”. “¿Es entonces que te viniste a Francia?”, preguntó mi padre aunque ya conocía la respuesta, porque su amigo Henri se lo había contado varias veces, “Sí”, contestó Marmarian con orgullo. Luego, después de una pausa y sin distraerse mientras conducía, siguió hablando con una voz que parecía más para sí mismo que para nosotros: “Llegué a París

sin conocer a nadie y sin dinero, aunque hablaba algo de francés, lo que me permitió encontrar trabajos manuales como lavar platos en un restaurante o barrer las calles. Tenía un deseo loco de seguir estudiando y durante años me privé de todo, comiendo lo que podía encontrar. Muchas veces dormía en el suelo del restaurante donde trabajaba, pero quería estudiar. Era muy dura la lucha, ya que entonces París, como siempre, tenía una gran cantidad de refugiados políticos: revolucionarios italianos, republicanos españoles, rusos aristócratas ricos y otros refugiados pobres, que huían de las persecuciones del zar y de las consecuencias de la revolución abortada de 1905. El ambiente era aún más antiextranjeros que ahora”, se interrumpió unos instantes mientras mi padre le encendía un cigarrillo, ya que ambos eran grandes fumadores, y siguió: “Después de terminar mis estudios de Derecho, con sacrificios inmensos, me hice abogado, me casé y, a penas empecé a levantarme, estalló la guerra de 1914. Aún no estaba nacionalizado francés y entonces un extranjero, sobre todo si era joven, no podía caminar por las calles. La gente era muy hostil, te pegaban e insultaban, gritando: “Así que estás protegiendo tu pellejo y robas el empleo de nuestros hombres, que se están desangrando en los campos de batalla”. La vida era imposible y decidí enrolarme en el ejército, pero como aún no era francés, me pusieron en la Legión Extranjera”, luego, sonriendo y esta vez dirigiéndose a mí agregó: “se enviaba siempre a la Legión a los lugares más peligrosos, como al ejército colonial, y en proporción tuvimos muchos más muertos que el ejército regular francés. El armisticio vino el 11 de noviembre de 1918 y esta vez, todo condecorado con medallas, pude recibir la ciudadanía francesa”. Después parecía que siguió meditando sobre ciertos episodios de su vida, ya

que dejó de hablar por un buen rato. Él era muy amigo de mi padre, quizás el mejor, y ambos se contaban todo y no tenían secretos, que a veces mi padre le contaba a mi madre, diciéndole: “No vayas a decirlo a nadie”. Que más adelante mi madre me vendría a contar a mí con la misma advertencia.

Después de un buen rato, siempre en el coche, la conversación se reanudó nuevamente sobre asuntos diferentes y diversas personas. Luego pareció que Henri le contaba a mi padre algo en voz muy baja. Entonces mi oído era muy bueno y podía escuchar voces o ruidos a gran distancia, lo que lamentablemente cambió en mi vejez, cuando me volví casi completamente sordo. Marinarían le contaba a mi padre algo que le había pasado al otro amigo de ellos, Aziab Minian. Ambos servían en el mismo regimiento durante la última guerra y, mientras estaban en las trincheras en Alsacia, parece que Aziab tuvo un sueño o una visión de su mujer haciendo el amor con otro hombre en París. Aunque ateo y anarquista, Minian era algo supersticioso y creía en las predicciones. Le pidió al capitán de su Compañía una licencia de 5 días para ir a París por un asunto importante de familia. En aquel preciso momento el frente estaba más bien quieto, además nunca se había pedido una licencia y su pedido fue aceptado. Cuando Aziab llegó inesperadamente a casa en París, no encontró a su mujer, que posiblemente estaba haciendo cola para conseguir las provisiones, que estaban racionadas. A Aziab, le sobro tiempo para husmear y buscar en todos los rincones hasta que encontró una carta de amor dirigida a Fanny. La misiva estaba firmada por Leo Avignon, un actor muy conocido entonces, y el sobre tenía la dirección del Gran Hotel de la plaza de la Opera. Aziab, sin esperar el regreso de su esposa fanny, tomó un taxi y

le dio la dirección del hotel que estaba en el sobre. En las oficinas de la recepción, preguntó al empleado por la habitación de Leo Avignon y se dirigió a dicho cuarto. Golpeó la puerta y, cuando un hombre la abrió, le preguntó si él era la persona que buscaba y al recibir la confirmación, sacó un revólver y descargó las cinco balas en sus piernas y entre ellas. Por supuesto el ruido y el griterío atrajeron a un montón de gente, pero nuestro amigo se alejó muy tranquilamente, aprovechando el tumulto que reinaba. No hubo ni un testigo que pudiera dar indicios de quién fue el que mutiló al actor, que quedó tullido e impotente el resto de su vida. Sin regresar a su casa, Aziab volvió al día siguiente al frente para gran sorpresa de sus amigos y sobre todo del capitán que le había dado cinco días de licencia. Henri fue el único amigo a quien le contó su proeza y, después de la guerra, regresó a su casa sin hablar nunca del asunto. Instaló su despacho de abogado y le dio una buena educación a su hija Betty, pero nunca tuvo más vida conyugal con la mujer. No se supo nada sobre los pormenores del asunto, por ejemplo, si existieron algunas explicaciones con la esposa, que por supuesto sabía que él había sido el que había mutilado a su amante Leo, y como decidieron vivir en cuartos separados. Era de suponer que Fanny le habría contado al actor que Aziab fue el agresor, pero no podía hacer nada contra un héroe de guerra, ya que él no había participado en la guerra y se le consideraba despectivamente como “un escondido”. Ningún juez lo hubiera condenado en dicho caso y Leo Avignon fue vegetando hasta que cayó en la miseria, incapaz de desempeñar su profesión de actor y, muy pronto, como ha sucedido en otros casos, todo el mundo le olvidó.

El hecho era que Aziab no quería divorciarse, ya que era muy respetado como abogado y político, muy prominente en la colectividad armenia de París que no veía con buenos ojos un divorcio. Así que Aziab y Fanny vivían bajo el mismo techo únicamente por la forma, pero dormían en diferentes cuartos. Aziab, para insultar aún más a la esposa y también por venganza, eligió el modo más duro para herir a una mujer, es decir, tomando a una amante fea y caprichosa pero con dinero, Olga. Lamentablemente todos nosotros teníamos que verlo con las dos mujeres, pero en ocasiones diferentes. Con la mujer legal, durante reuniones o fiestas oficiales y con la amante en cualquier otra oportunidad. Fanny era una mujer aún muy hermosa, y me imagino cómo habría sido cuando era joven. Los que la conocieron cuentan que había sido como una belleza real.

Algunos de estos detalles ya los conocía a través de mi madre y, poco a poco, dejé de escuchar la conversación privada que tenían mi padre con su amigo Henri y me quedé dormido. Me desperté cuando los otros tres empezaron a hablar muy alto y me di cuenta de que ya estábamos cerca de París. Todos nos sentíamos completamente rendidos y, por supuesto, con deseo de llegar a casa y descansar.

Cuando pasamos por el suburbio de La Villette, Jean pidió que lo dejaran cerca de una callejuela, cuyo nombre no recuerdo, y luego nosotros tres seguimos hacia nuestra casa del Barrio Latino. Al alcanzar la plaza de St. Michel, vi de lejos a mi madre que se asomaba al balcón, donde supongo que habría pasado varios días esperando verme aparecer a cada momento. Vivíamos en el segundo piso y se podía ver muy bien

la calle desde el balcón. Cuando mi madre nos vio, reconociendo el coche y, a pesar de que estaba muy entrada la noche, gritó, cerró la ventana y se precipitó a nuestro encuentro. Me llené de vergüenza cuando la vi, ya que había envejecido diez años y los ojos estaban rojos de tanto llorar. Ahora me daba cuenta del mal que le había causado y del tormento imposible de describir por el que habría pasado. Una madre será siempre una madre y la mía era una madre especial. Sobre todo conmigo. Muchas veces oí decir a la gente, a lo largo de mi vida, que ella no parecía quererme como una madre, sino como una mujer enamorada. Yo sé que fui algo especial para ella y no hubiera aceptado que me pasase cualquier cosa mala. Más adelante, ya en mi madurez, vi que nunca hubo una chica o mujer que yo eligiese que le gustase. Nunca aprobó a ninguna chica que cortejé o a ninguna de mis mujeres cuando me casé, y lo hice varias veces en mi vida.

31. PARÍS HA CAMBIADO. ARGENTINA ESPERA

A principios de septiembre de 1937 volví a ver un París muy diferente del que había dejado cuando me fui a pelear a España. Ahora era una ciudad dominada por el miedo y la falta de seguridad. Ya nadie creía en las bravatas de los demagogos politiqueros franceses, con sus compinches ingleses, que parecían estar listos para sacrificar a cualquier país del mundo, sobre todo a la Unión Soviética, con tal de tener la paz en su propia nación. En Francia, la mayoría de la gente seguía engañándose con el concepto de la invulnerabilidad de la famosa Línea Maginot, aunque muchos se daban cuenta de que no estaba completada y que era muy fácil para los alemanes contornearla, pasando por Bélgica como habían hecho en la primera guerra mundial.

Los obreros seguían ocupando las fábricas, ya que los sindicatos del Frente Popular eran muy poderosos y parte de la economía de la nación estaba paralizada. El gobierno de Blum no solamente había sido tímido, sino completamente ciego políticamente hablando. Todos ellos se comportaban como los avestruces, que al esconder la cabeza en la arena creen que hacen desaparecer el peligro. Fui a ver a mis amigos de la UFE y me sorprendió que, en vez de recibirme con calor, me

recibieron muy fríamente, hasta el punto de que algunos me preguntaron: “¿Ya ganaste la revolución en España?”. No sabía ni qué contestar ni qué pensar, pero mi amigo René me dijo que el ambiente había cambiado mucho durante todo el año que estuve fuera de Francia y que él mismo sentía mucha animosidad alrededor, lo que le quitaba el deseo de tener un coloquio franco con los camaradas, como solíamos hacer antes. Lo único que no había cambiado era el ardor de las conversaciones y noticias que salían en los diarios, que se referían a España y a la inminente posibilidad de una guerra.

No sé si tengo la facultad o la intuición de poder prever acontecimientos políticos, quizás heredado de mi padre, pero a ambos nos llamó la atención la gran cantidad de “turistas” alemanes que invadieron Francia. Ellos decían que les encantaba el país vecino y querían conocerlo bien, explorándolo a pie o en bicicleta, con el saco en la espalda. Mi padre, indignado, me robó las palabras que yo mismo iba decir: “Son oficiales del ejército alemán que vienen a explorar el terreno”. Parecía que era cosa de nosotros dos, ninguno vio esa posibilidad y, en general, los franceses, tanto en las conversaciones como en los diarios, decían: “Es una buena señal tener a todos estos deportistas alemanes que caminan en nuestro país. Los nuestros también deberían hacer otro tanto para reforzar su físico. De cualquier modo es señal de que nos llevamos bien con nuestro vecino del este”. Menos de tres años más tarde, lo que habíamos previsto mi padre y yo se produjo cuando los alemanes invadieron Francia. Entonces, muchos campesinos franceses reconocieron a los famosos turistas en pantalones cortos, que vinieron a alojarse en sus

granjas, y que ahora llevaban los flamantes uniformes de oficiales de las SS y ocupaban la región con sus tropas.

Al ver la animosidad con la cual fui recibido por mis camaradas de la Unión de Estudiantes, no volví a verlos más, aunque seguía asociándome con otros amigos además de René, Paul Besu, Boule de Neige, André Malmaison y otros en nuestras caminatas tradicionales por el Boul'Mich. Fui a ver también a mis amigos de Neuilly sur Seine ya que, desde que regresé de España, me di cuenta de cómo estaba atado a París y parecía que tenía ganas de recuperar el tiempo perdido. Supe por André Hagron que Dede Montezin estaba en Suiza, donde el padre lo había enviado para estudiar agronomía. En cuanto a Paul Henot, se había ido a Brasil con toda la familia. Parece que su padre tuvo la misma visión que el mío, viendo venir la próxima guerra, y prefería pasarla en sus vastos dominios del Nuevo Mundo. El padre de Popol (así lo llamábamos entre los amigos), también había nacido en Brasil, en Bahía, pero participó en la primera guerra mundial, como también el hermano, el tío de Popol, al que todos nosotros queríamos mucho. Era solterón y aventurero y, cuando venía a Francia, siempre nos llevaba a un café para beber cerveza y contarnos sus aventuras. André Hagron estaba movilizado en la marina, y se preparaba para ir a Brest. No pude ver a mi amigo de la infancia Claude, no me acuerdo por qué razón, tal vez estaría trabajando, pero lo volví a ver al final de la guerra, por azar en la Porte Maillot.

En casa, mis padres estaban preparándose para viajar a la Argentina. Tal como yo había sugerido, mi padre fue primero al Consulado de los Estados Unidos, pero le dijeron que, debido al

sistema de cuotas, todos los candidatos para emigrar a América nacidos en Rusia tenían un periodo de espera de ocho años. No podíamos esperar todo ese tiempo ya que, el año siguiente, me iban a llevar a hacer el servicio militar en el ejército francés, y mi padre pensaba que la guerra iba a estallar de un momento a otro. Durante una de esas reuniones que tuvo con sus amigos, los hermanos Grinberg y Robert Vnrgafeld, que acababan de regresar de la Argentina donde se habían mudado, mi padre quedó deslumbrado por lo que oyó del país y decidió conseguir el visado para viajar allí. Para su sorpresa, mi padre se enteró de que todos los que viajaban a la Argentina en primera clase ya tenían el permiso de residencia acordado de antemano. Al ver que no nos era posible emigrar a Estados Unidos, hizo todos los preparativos para viajar a la Argentina. El motivo por el cual yo quería ir a Estados Unidos era porque, en aquella época, era el país más popular y más amado del mundo y teníamos muchos amigos que ya se habían trasladado allí, como las familias Manouk y Ashotian. Otro pretexto era que siempre había estado fascinado por dicho país, al que mis padres adoraban por haber recibido ayuda tan necesaria durante la revolución rusa. Además no me había olvidado jamás de cuando, una vez en clase, en la escuela comunal de Neuilly sur Seine, un maestro nos habló de países y de razas. Él empezó a enumerar las diferentes razas que viven en diferentes países: los anglosajones, los eslavos, los germanos, los galorromanos, etcétera. Luego nos dijo muy serio: “Pero hay un país en el mundo donde no hay razas ni nacionalidades, es cuestión de nacer o de vivir ahí durante cinco años y luego uno puede hacerse ciudadano del país!”. Estas palabras me persiguieron siempre, ya que no me consideraba ruso, era francés, pero tan pronto alguien me preguntaba mi nombre y

decía Burenko, siempre tenían la misma reacción: “¡ah, así que no eres francés!”, y esto siempre me había molestado y mortificado. Por consiguiente, si iba a América y permanecía allí cinco años me podía volver americano. Soñé con esta idea durante muchos años y no me daba cuenta de que, un cuarto de siglo más tarde, me volvería ciudadano americano.

Por razones que no fueron aclaradas en mi casa, nunca hablábamos de mi aventura en España. No sé si mi padre le dio instrucciones al respecto a mi madre, que por naturaleza era muy curiosa y, sin duda, alguna vez me habría hecho preguntas sobre mi experiencia de brigadista. Por otro lado creo que me convenía este arreglo tácito, ya que interiormente estaba devorado entre el remordimiento de haber causado tantos sufrimientos a mi madre y, por otro lado, no estaba del todo contento conmigo mismo por no haber insistido, quedándome allá en España con mis camaradas para seguir la lucha contra el fascismo.



Comida de despedida en Francia antes de viajar a Argentina, 1937

Nuestros preparativos para el viaje avanzaban a pasos agigantados. Ya se había vendido nuestra casa, teníamos los pasajes para viajar a la Argentina en barco en primera clase y mi madre había conseguido vender todos nuestros muebles a la señora rica que había comprado nuestra casa para un hijo que quería vivir en el Barrio Latino. Sin embargo, cuando mi padre quiso también vender un viejo edificio de cinco pisos de la calle Les Pretres St. Severin, en cuyo sótano yo había jugado tanto con mis amigos, no encontró ningún comprador, los días pasaban y nos íbamos a ir muy pronto del país. En general, en un tiempo como aquel de mucha incertidumbre, la gente prefería tener dinero en mano y no propiedades, siendo la libra inglesa la divisa más fuerte y más codiciada. El viejo Serguey Andreyevich, ex senador de la Duma rusa (Parlamento), que hacía todos los trámites y pagos de impuestos para mi padre, le sugirió que hiciera la donación del edificio a la ciudad de París. Cual fue la sorpresa de mi padre cuando, unos días antes de viajar, recibió un aviso de la Municipalidad de París diciéndole que estaba atrasado en sus pagos de impuestos y que, por consiguiente, no podía dejar el país. Completamente consternado, mi padre se rindió con Serguey Andreyevich a las oficinas de los impuestos, con una cartera llena de papeles y comprobantes que demostraban que no debía ningún impuesto a la ciudad de París. El empleado burócrata, con una sonrisa muy irónica le dijo: “Usted ha donado una casa a la ciudad de París, ¿cierto?, pues debe saber que para esto es necesario pagar los impuestos de transferencia”. Serguey Andreyevich y mi padre se quedaron mudos. Donar un edificio a la ciudad de París y además tener la obligación de pagar un impuesto era algo inconcebible que nadie se iba a creer o a comprender. Sin decir nada, como un verdadero caballero

inglés ya que siempre actuó como tal, mi padre sacó su libreta de cheques, extendió uno y se lo dio al funcionario. Éste, con la misma sonrisa de superioridad que tienen todos los empleados municipales en todo el mundo, unos minutos más tarde le trajo el recibo que demostraba que ya no debía ningún impuesto, prueba ésta indispensable para poder salir de Francia. Nunca me podré olvidar de este incidente tan risible que después recordé en Estados Unidos, donde todos los habitantes están horrorizados cuando se habla de impuestos, aunque son la mitad de lo que se paga en Francia.

Por supuesto, un par de días antes, los amigos de mi familia nos organizaron un gran banquete en el restaurante que se había abierto en la planta baja del edificio donde vivíamos en el número 3 de la calle de La Harpe, y cuyo dueño era un serbio. Ya habíamos mandado ocho baúles con servicios de plata y ropa, además de libros, a Le Havre, mientras nosotros tomamos el tren rápido que se llamaba entonces Micheline y rodaba sobre neumáticos a gran velocidad, a 160 kilómetros por hora. Supe más tarde que en 1935, Francois Michelin, el dueño de la fábrica que producía las cubiertas del mismo nombre, viajando un día en tren de Clermont Ferrand a París, se quejó al no poder escribir un informe, porque el tren estaba sacudiéndose constantemente. Así, una vez de regreso a su fábrica, llamó a todos los ingenieros y técnicos, diciéndoles: “Quiero que me hagan rodar un tren, de tal modo que pueda escribir sin sacudidas!”. Fue entonces cuando se inventó el tren con ruedas montadas sobre cubiertas en Francia en el año 1937.

Una hora y media después de haber dejado París llegábamos a Le Havre, donde íbamos a permanecer tres días antes de embarcarnos en el barco de los Chargeurs Reunis. Mi padre quería ver por un par de días el mar, ya que presentía que nunca más iba a regresar a Francia. El día anterior vinieron de París en coche Henri Marmarian, Davoudian y Boris Kazazbachian para despedimos. Mi padre me pidió que me deshiciera de todos los papeles comprometedores, y muy contrariado, le entregué a nuestro amigo Henri fotos de España, documentos, mi libreta de pagos de brigadista y también artículos míos que habían sido publicados por el diario *Avant Garde*. El señor Marmarian, al que yo quería mucho, me dijo que mi padre tenía razón ya que, en la Argentina, el gobierno era reaccionario y podríamos tener problemas si hallaban todos estos papeles comprometedores, además, me prometió que los iba a guardar para mí.

Estuvimos como medio día en un restaurante sobre una colina cerca del mar y se habló un poco de todo. Era muy emocionante, sobre todo cuando mi padre les contó a los demás que cuando fue a despedirse de sus amigos y ex socios del negocio y les dijo a los hermanos Grinberg que debían irse de Francia, ambos se rieron diciendo que Francia era invencible. Incluso Robert Vargafeld insistió, diciendo que Hitler estaba hostigando a los judíos y que la situación iba a empeorarse. Mi padre tenía razón, ya que cuando los fascistas ocuparon Francia, miles desaparecieron. Todo lo que mi padre hizo para encontrarlos después de la guerra no dio resultado, era muy posible que hubiesen perecido en uno de esos infames campos de las SS, donde perdieron la vida millones de inocentes víctimas.

Al fin llegó el momento de viajar. Era una anécdota más para mis padres, que ya habían viajado tanto. Para mí era una aventura ir a la Argentina, un país suramericano que mi padre llamaba un país aún virgen. Mi hermanita estaba triste, no quería dejar a sus amiguitas. Y así dejamos Le Havre en los últimos días de septiembre de 1937.